

A C A N T I L A D O

László Krasznahorkai  
Tango satánico

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS



LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

# TANGO SATÁNICO

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO  
DE ADAN KOVACSICS



ACANTILADO  
BARCELONA 2017

## CONTENIDO

### PRIMERA PARTE

- I. La noticia de que llegan
- II. Resucitamos
- III. Saber algo
- IV. La labor de las arañas I
- V. Esto se descose
- VI. La labor de las arañas II

### SEGUNDA PARTE

- VI. Irimiás pronuncia un discurso
- V. La perspectiva, vista de frente
- IV. ¿Ascensión? ¿Alucinación?
- III. La perspectiva, vista desde atrás
- II. Sólo preocupaciones, sólo trabajo...
- I. El círculo se cierra

Entonces prefiero equivocarme mientras espero.  
F. K.

## PRIMERA PARTE

## LA NOTICIA DE QUE LLEGAN

Una mañana de finales de octubre, poco antes de que las primeras gotas de un otoño largo e implacable cayeran sobre la tierra reseca y agrietada en la zona occidental de la explotación (para que luego un mar de barro hediondo volviera impracticables los caminos e inalcanzable la ciudad hasta la aparición de las primeras heladas), Futaki se despertó al oír unas campanadas. A unos cuatro kilómetros en dirección suroeste, en lo que fueron los antiguos terrenos de los Hochmeiss, se alzaba una ermita solitaria, pero ahí no quedaba campana alguna, es más, la torre se había derrumbado en la época de la guerra; y la ciudad se hallaba demasiado lejos para que de allí llegara sonido alguno. Además, esos sones triunfales, entre retumbantes y tintineantes, no semejaban los de una remota campana, sino que parecían venir de cerca («como si fuese del lado del molino...»), traídos por el viento. Futaki se acodó sobre la almohada para mirar por el ventanuco de la cocina, pero la explotación, sumida en los colores azulados del alba y en el ya menguante repiqueteo, permanecía en silencio e inmóvil al otro lado del cristal medio empañado: en aquellas casas alejadas la una de la otra, sólo la ventana del doctor velada por una cortina filtraba cierta luz, pues se daba la circunstancia de que su habitante llevaba años sin poder dormirse a oscuras. Contuvo la respiración para no perderse ni uno de aquellos toques que iban y venían como una marea, pues quería averiguar su procedencia («Seguro que estás dormido todavía, Futaki...») y para ello necesitaba cada sonido por muy tenue que fuese. Con sus ya legendarios pasos de suavidad felina, se acercó renqueando por el gélido suelo de mosaico de la cocina a la ventana («¿No hay nadie despierto? ¿Nadie lo oye? ¿Nadie salvo yo?»), la abrió y se asomó. Lo asaltó un aire húmedo y acre, y hasta tuvo que cerrar los ojos un instante; en medio del silencio intensificado por el canto de un gallo, por lejanos ladridos y por el aullido de un viento cortante y feroz que acababa de levantarse aguzó el oído, mas

fue en vano, pues no oyó nada excepto los latidos opacos de su corazón, como si todo no hubiera sido más que el juego fantasmagórico de su duermevela, como si («... alguien hubiera querido asustarme»). Contempló con tristeza aquel cielo que no auguraba nada bueno, los restos abrasados del verano recorrido por bandadas de langostas, y de pronto vio desfilar en una misma rama de acacia la primavera, el verano, el otoño y el invierno, como si percibiera la totalidad del tiempo que jugueteaba en la esfera inmóvil de la eternidad mostrando una infernal línea recta, la cual daba la impresión de atravesar el paisaje escabroso del caos y, al crear así la altura, alimentaba a la vez la ilusión de que el vértigo era algo necesario... Y se vio a sí mismo en una cruz de madera formada por la cuna y el ataúd, se vio allí agitándose, atormentado hasta que finalmente una sentencia árida—que no conocía distintivos ni distinciones y sonaba como un chasquido—lo entregaba desnudo a los lavadores de cadáveres, a las risotadas de despellejadores afanados, en un lugar donde comprobaría sin piedad, fríamente, la verdadera medida de las cosas humanas, donde constataría que ni un solo sendero lo conducía de regreso, pues para entonces se habría enterado ya, además, de que había ido a parar a una partida cuyo resultado estaba decidido de antemano y en la que los tahúres lo despojarían incluso de la última arma que poseía: la esperanza de poder retornar algún día a casa. Volvió la cabeza hacia un lado, hacia los edificios situados en la zona oriental de la explotación, antaño abarrotados y ruidosos, ahora abandonados y amenazados de ruina, y observó con pesadumbre cómo los primeros rayos de un sol rojo e hinchado se abrían paso por la armadura del tejado de una casa rural ruinosa que se había quedado pelada, sin la cubierta. «Al final tendré que tomar una decisión. Aquí no puedo quedarme». Volvió a meterse bajo el edredón, apoyó la cabeza en el brazo, pero no consiguió cerrar los ojos: lo atemorizaban esas campanadas fantasmagóricas y más aún el repentino silencio, la mudez amenazante, pues le dio la sensación de que a partir de ese momento podría ocurrir cualquier cosa. Sin embargo, nada se movió; él, tumbado en el lecho, tampoco; hasta que de repente se inició un nervioso diálogo entre los objetos que habían permanecido callados (crujió el aparador, sonó una cacerola, se acomodó un plato de porcelana) y él se dio la vuelta, dio la espalda al sudor que emanaba la señora Schmidt, tanteó con una mano en busca del vaso de agua puesto al lado de la cama y se lo bebió de un trago.

El gesto lo liberó de aquel miedo infantil; suspiró, se enjugó la frente y, como sabía que Schmidt y Kráner en esos momentos empezaban a reunir el ganado para llevarlo desde el Secadal a los establos situados al norte de la explotación donde por fin recibirían el dinero que les correspondía por los ocho duros meses de trabajo y que tardarían por tanto unas cuantas horas en llegar andando a casa, decidió intentar dormir un rato más. Cerró los ojos, se dio la vuelta, abrazó a la mujer y a punto estaba de dormirse cuando volvió a oír las campanas. «¡Por el amor de Dios!». Apartó el edredón, se incorporó, pero en el instante mismo en que sus pies descalzos y juanetudos tocaron el suelo de mosaico de la cocina el sonido se interrumpió de improviso, como si («alguien hubiera dado una señal»)...

Encorvado, sentado en el borde de la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo, posó la vista en el vaso de agua; tenía la garganta seca, le dolía la pierna derecha, y no se atrevía a volver a acostarse ni a levantarse. «Mañana como muy tarde me voy de aquí». Recorrió con la mirada los objetos todavía hasta cierto punto utilizables de la desolada cocina, vio la manteca rancia y seca, el fogón mugriento por los restos de comida, el cesto sin asas debajo, posó la vista en la mesa de patas enclenques y en la estampa cubierta de polvo colgada en la pared, hasta llegar a las ollas y sartenes amontonadas sin orden ni concierto en un rincón junto a la puerta; se volvió luego hacia la ventana ya clara, divisó las ramas peladas de la acacia, el tejado hundido y la chimenea inclinada de la casa de los Halics, reparó en el humo que salía y dijo: «¡Cogeré lo que me corresponde y esta misma noche!... Mañana como muy tarde. Sí, mañana a primera hora». «Ay, Dios mío», se despertó a su lado, sobresaltada, la señora Schmidt; aterrada, paseó la vista por la penumbra, su pecho subía y bajaba agitado, pero luego, al comprobar que todo le devolvía la mirada y le resultaba familiar, suspiró con alivio y volvió a recostar la cabeza en la almohada. «¿Qué pasa? ¿Una pesadilla?», preguntó Futaki. La señora Schmidt clavaba en el techo la vista, todavía con expresión de susto: «¡Por el amor de Dios! ¡Y tanto!—suspiró de nuevo y puso la mano sobre el corazón—. Pues sí... Imagínate... Estaba sentada en la habitación y... de pronto alguien llamaba a la ventana. Sin atreverme a abrirla, me acercaba y espiaba a través del cristal. Solamente le veía la espalda, porque ya estaba tironeando del picaporte... Y luego la boca, pues lo veía gritar, pero no entendía qué... Tenía barba de dos días y sus ojos parecían de vidrio... Terrorífico... Luego recordaba que por la noche sólo

le había dado una vuelta a la llave, pero sabía que cuando yo llegara allí ya sería demasiado tarde... Cerraba rápidamente la puerta de la cocina, pero entonces me daba cuenta de que no tenía la llave... Quería gritar, pero no podía, las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Después..., no recuerdo ni por qué ni para qué..., de repente aparecía la señora Halics mirando por la ventana, sonriendo... ¿Sabes cómo es cuando sonrío?... Da igual, ella miraba hacia la cocina... Pero luego, no sé cómo, desaparecía... A todo esto, el otro pateaba la puerta, yo sabía que bastaba un minuto más para que la tirara abajo, entonces me acordaba del cuchillo de cortar el pan e iba corriendo hasta el aparador, pero el cajón estaba encallado, y yo tiraba de él... Creía que iba a morirme ahí mismo de miedo... Y entonces oía que la puerta cedía con estruendo y que alguien venía por el pasillo... Y yo sin poder abrir el cajón... El otro estaba ya en la cocina... Por fin conseguía abrir el cajón, cogía el cuchillo, el otro se me acercaba agitando los brazos... Y no sé... De repente estaba tumbado en el rincón, debajo de la ventana... Sí, con un montón de cacerolas rojas y azules alrededor, pues todas habían volado por la cocina... Y entonces notaba que el suelo se movía bajo mis pies e, imagínate, la cocina se ponía en marcha igual que un coche... Ahora no recuerdo qué sucedía...», concluyó, y soltó una risa de alivio. «¡Vaya panorama!—dijo Futaki, meneando la cabeza—. Y yo, imagínate, me despierto con el sonido de unas campanas...». «¿¡Qué dices!?!—lo miró asombrada la mujer—. ¿Campanas? ¿Dónde?». «Yo qué sé. Para colmo han sonado dos veces, una tras otra...». La señora Schmidt también meneó la cabeza: «Al final me volveré loca». «A lo mejor sólo lo he soñado—farfulló inquieto Futaki—. Pero, ojo, hoy seguro que ocurrirá algo...». La mujer, enfadada, le dio la espalda: «Siempre dices lo mismo, a ver si lo dejas de una vez, de verdad». En eso, oyeron de pronto que el portón de atrás chirriaba. Se miraron asustados. «¡Es él, fijo que es él!—susurró la señora Schmidt—. Lo percibo». Futaki se incorporó, nervioso: «Pero... ¡eso es imposible! No pueden haber vuelto aún». «Yo qué sé... Vete, ¡vete ya!». Futaki se levantó de la cama de un salto, cogió su ropa, entornó rápidamente la puerta que daba a la habitación y se vistió. «El bastón. He dejado fuera mi bastón». Los Schmidt no utilizaban esa habitación desde la primavera. Al principio el moho cubrió las paredes, la ropa, las toallas y las sábanas se enmohecieron en el armario viejo y desgastado, pero hasta entonces siempre limpio como una patena; al cabo

de unas semanas se oxidaron los cubiertos guardados para las ocasiones solemnes, se estropearon las patas de la mesa grande vestida con un mantel de encajes, y más adelante, cuando las cortinas se tornaron amarillas y dejó de funcionar la luz eléctrica, se trasladaron definitivamente a la cocina y dejaron la habitación en poder de los ratones y de las arañas, cuyo avance no podían frenar. Futaki se apoyó en la jamba de la puerta, pensando en cómo salir sin ser visto; la situación parecía desesperada, ya que para escabullirse debía hacerlo necesariamente a través de la cocina, y se sentía demasiado viejo para escapar por la ventana, aparte de que la señora Kráner o la señora Halics sin duda lo verían, ya que estaban siempre escrutando lo que ocurría allá fuera. Para colmo, si Schmidt descubría su bastón, llegaría a la conclusión de que se encontraba en la casa, lo cual podía acarrear como consecuencia que no recibiera el dinero que le correspondía, pues sabía que Schmidt no estaba para bromas en estos casos, y entonces él tendría que marcharse tal como había llegado hacía siete años—poco después de la campaña de propaganda, el segundo mes tras la inauguración—, con un pantalón astroso, una chaqueta desteñida, los bolsillos vacíos y, para colmo, hambriento. La señora Schmidt salió corriendo al pasillo, mientras él apoyaba la oreja en la puerta. «¡Y nada de quejas, cariño!—oyó decir con voz ronca a Schmidt—. Harás lo que yo te diga. ¿Está claro?». A Futaki le dio un sofoco. «Mi dinero». Sentía que le habían tendido una trampa. Sin embargo, no había tiempo para pensar, de manera que decidió escapar por la ventana, porque «tengo que actuar ahora mismo». Estaba a punto de abrirla cuando oyó a Schmidt recorrer el pasillo. «¡Éste se va a mear!». Volvió, pues, de puntillas a la puerta, contuvo la respiración y aguzó el oído. Cuando la puerta que daba al patio trasero se cerró tras Schmidt, se dirigió con cautela a la cocina, miró de arriba abajo a la señora Schmidt que, nerviosa, agitaba los brazos, enfiló sin decir palabra hacia la salida, abandonó la casa y tras asegurarse de que su amigo había salido del retrete, llamó a la puerta con insistencia, como quien acaba de llegar. «¿Qué pasa? ¿No hay nadie en casa? ¡Schmidt, amigo!—gritó con voz estridente, y cuando Schmidt salió de la cocina con el objeto de escurrirse por la puerta de atrás, él enseguida le cerró el paso—. ¡Vaya, vaya!—empezó con tono de burla—. ¿Por qué tanta prisa, amigo?—Schmidt no era capaz ni de abrir la boca—. ¡Pues ya te lo diré yo! ¡Ya te ayudaré yo, te ayudaré, seguro!—continuó con expresión sombría—. ¡Porque querías largarte con el dinero!

¿No es así? ¿Lo he adivinado?—Luego, al ver que Schmidt pestañeaba sin decir nada, meneó la cabeza—: Vaya, amigo, esto no me lo habría imaginado». Regresaron a la cocina y se sentaron a la mesa, el uno frente al otro. La señora Schmidt, tensa, trajinaba junto al fogón. «Escúchame, amigo...—empezó farfullando Schmidt—, ahora mismo te lo explico...». Futaki hizo un ademán de desprecio: «No hace falta. Lo entiendo de todos modos. Dime, ¿Kráner está en el ajo?». Schmidt asintió de mala gana: «A medias». «¡Caramba!—se indignó Futaki—. Queríais estafarme. —Agachó la cabeza. Se quedó pensando—. ¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer?», preguntó luego. Schmidt abrió los brazos, irritado: «¿Pues qué crees? Tú también estás implicado, amigo». «¿Qué quieres decir?», inquirió Futaki, quien entretanto iba haciendo cuentas mentalmente. «Que lo dividimos todo por tres—respondió sin ningún entusiasmo Schmidt—. Pero, ojo, no te vayas de la lengua». «Pierde cuidado». La señora Schmidt, que seguía junto al fogón, soltó un suspiro: «Os habéis vuelto locos. ¿Creéis que podréis salir indemnes de esto?». Schmidt, como si no la hubiera escuchado, clavó los ojos en el rostro de Futaki: «A ver... No me digas que no hemos aclarado el asunto. Pero quiero decirte algo más, amigo. ¡No me lleses a la ruina!». «Nos hemos puesto de acuerdo, ¿no?». «Claro, sin la menor duda—continuó Schmidt, mientras su voz se volvía quejumbrosa—. Yo sólo te pido que..., que me prestes tu parte por un breve tiempo. ¡Sólo por un año! Hasta que podamos instalarnos en algún sitio...». Futaki se enfureció: «¿Y qué más, amigo? ¿Que te lama el culo?». Schmidt se inclinó hacia adelante, aferrando la mesa con la mano izquierda: «No te lo pediría si tú mismo no hubieras dicho el otro día que de aquí ya no te ibas a ninguna parte. ¿Para qué quieres entonces el dinero? Sólo por un año... ¡Por un año!... Nosotros lo necesitamos, entiéndeme, lo necesitamos. Con estos veinte mil pavos que tenemos no puedo ir a ningún sitio, no me da ni para una granja. ¡Venga, dame al menos diez!». «Ése, la verdad, no es mi problema—respondió Futaki irritado—. Me importa un carajo. ¡Yo tampoco quiero palmarla aquí!». Schmidt negó con la cabeza enfadado, estaba a punto de echarse a llorar de rabia, y luego comenzó de nuevo, de forma obstinada y cada vez más impotente, acodado en la mesa que se balanceaba a cada uno de sus movimientos como si también lo apoyara en su esfuerzo por «ablandarle por fin el corazón» al amigo, por que éste cediera a sus ruegos, y Futaki estaba en un tris de rendirse cuando su mirada empezó a vagar, se quedó

clavada en los millones de motas de polvo que vibraban en el rayo de luz que entraba por la ventana, y aspiró el olor viciado de la cocina. De repente percibió un regusto amargo en la lengua y lo interpretó como una señal de la muerte. Desde que se dismanteló la explotación, desde que la gente se dispersó a la misma velocidad y con el mismo ímpetu con que en su día se presentó, y él se quedó allí varado—igual que algunas familias, el médico y el director de la escuela, quienes tampoco tenían a donde ir—, examinaba todos los días el sabor de las comidas, pues consideraba que lo primero que hacía la muerte era instalarse en las sopas, en las carnes, en las paredes; muchas vueltas les daba a los bocados entre la lengua y el paladar antes de tragarlos, sorbía poco a poco el agua o el escaso vino que a veces le llegaba, y en ocasiones sentía un deseo irrefrenable de arrancarle un trozo al salitroso revoque en la sala de bombas de la nave de maquinaria, donde vivía, y probarlo para reconocer por ciertas irregularidades en el orden de los aromas y sabores la Señal, confiado en que la muerte fuera algo así como una advertencia y no lo desesperantemente definitivo. «No lo pido como un regalo—continuó un tanto apagado Schmidt—, lo pido prestado. ¿Entiendes, amigo? Prestado. Dentro de un año exactamente te devolveré hasta el último céntimo». Estaban sentados a la mesa, desanimados, a Schmidt le ardían los ojos por el cansancio, mientras Futaki clavaba la mirada en el misterioso dibujo del suelo de mosaico para que no se le notara su miedo, el cual, además, le resultaba inexplicable. «Dime, ¿cuántas veces fui en solitario al Secadal en medio de la canícula, cuando no se atrevía uno a respirar siquiera por temor a arder por dentro? ¿Quién conseguía la leña? ¿Quién construyó el aprisco? ¡Me esforcé tanto como tú o Kráner o Halics! Y ahora me pides, amigo, que te preste dinero. ¿Y cuándo te volveré a ver, eh?». «Así que no te fías de mí», dijo Schmidt, ofendido. «¡Pues no!—soltó Futaki—. Te alías con Kráner, os proponéis fugaros antes del alba con todo el dinero, ¿y luego he de fiarme de ti? ¿Por quién me tomas? ¿Por un idiota?». Permanecían sentados, en silencio. La mujer trajinaba con la vajilla delante del fogón; Schmidt parecía desilusionado; él, en cambio, se lió un cigarrillo con mano temblorosa, se levantó, se dirigió renqueando hasta la ventana y, aferrando con la mano izquierda el bastón, observó la lluvia que caía en oleadas sobre los tejados, los árboles que se inclinaban obedeciendo al viento, los amenazantes arcos que dibujaban las ramas peladas; pensó en las raíces, en el lodo vivificante luego convertido en tierra

y en el silencio, en esa plenitud insonora que tanto lo estremecía. «A ver... —dijo con voz insegura—. ¿Para qué habéis vuelto si...?». «¡Para qué, para qué!—gruñó Schmidt—. Porque lo pensamos por el camino, mientras regresábamos a casa. Y cuando lo decidimos ya estábamos aquí, delante de la explotación... Y, además, la mujer... ¿La iba a dejar aquí?». Futaki asintió con la cabeza. «¿Y qué pasa con Kráner?—preguntó—. ¿Cómo habéis quedado?». «Ellos también están en casa, alicaídos. Quieren ir al norte, la señora Kráner se ha enterado de que hay allí un aserradero desmantelado o algo por el estilo. Nos encontraremos junto a la cruz después del anochecer, eso acordamos al despedirnos». Futaki suspiró: «El día es largo. ¿Qué harán los demás? ¿Halics, el director...?». Schmidt, desanimado, se frotaba los dedos. «¿Yo qué sé? Supongo que Halics, claro, se pasará el día durmiendo, porque ayer hubo juerga en casa de los Horgos. Y en cuanto al director, ¡que se vaya al carajo! Si tenemos algún problema por su culpa, lo mando a criar malvas con su estúpida madre, así que tranquilo, amigo, tranquilo». Decidieron esperar la noche en la cocina. Futaki acercó la silla a la ventana para vigilar las casas de enfrente; a Schmidt lo venció el sueño, comenzó a roncar con la cabeza apoyada sobre la mesa, mientras su mujer sacaba un baúl con chapas de metal de detrás del aparador, le quitaba el polvo, lo limpiaba también por dentro y en silencio se ponía a llenarlo con sus pertenencias. «Llueve», dijo Futaki. «Ya lo oigo», respondió la mujer. La tenue luz del sol apenas atravesaba el remolino de nubes que se dirigía hacia el este; una penumbra casi crepuscular inundó la cocina, no podía saberse a ciencia cierta si las manchas que se dibujaban y vibraban sobre la pared eran tan sólo sombras o los signos de mal agüero de la desesperación latente tras la esperanza que abrigaban sus pensamientos. «Me iré al sur—anunció Futaki contemplando la lluvia—. Allí el invierno es más corto. Alquilaré una granja cerca de alguna ciudad próspera y pasaré el día con los pies en una palangana con agua caliente...». Las gotas de lluvia bajaban suavemente por un reguero que se había formado por dentro en la ventana, desde un resquicio de un dedo de ancho arriba hasta la esquina donde se tocaban la jamba y el alféizar; el hilo de agua iba llenando poco a poco hasta las grietas más pequeñas y se abría paso hacia el alféizar, donde volvía a convertirse en gotas y caía sobre el regazo de Futaki, quien entretanto, sin percatarse de ello, pues resultaba difícil volver así sin más de los parajes por los que

divagaba, se había meado encima en silencio. «O me conseguiré un empleo de vigilante en una fábrica de chocolate... O quizá de bedel en un colegio de chicas... E intentaré olvidarlo todo, sólo una palangana con agua caliente por las noches, y no hacer nada, nada de nada, únicamente mirar cómo va pasando esta puñetera vida...». La lluvia que hasta entonces había caído quedamente comenzó a descargar de pronto con fuerza, inundó la tierra ya de por sí asfixiada como si se hubiera desbordado el río, abrió canales estrechos y serpenteantes hacia los terrenos situados más abajo, y si bien Futaki no veía ya nada a través de la ventana, no se dio la vuelta, sino que siguió contemplando el marco carcomido, el yeso descascarillado, y de repente vio aparecer una forma desdibujada en el vidrio; poco a poco se configuró un rostro humano, que al principio no supo identificar, hasta que se perfilaron unos ojos de expresión asustada; y entonces reconoció su «propia mirada desgastada», la reconoció asombrado y dolorido, pues le dio la sensación de que el tiempo acabaría erosionando sus rasgos igual que éstos se veían ahora desvaídos en el vidrio; una gran, una extraña pobreza se reflejaba en esa imagen que lo irradiaba, capas de vergüenza, de orgullo, de miedo que se iban superponiendo. De pronto volvió a sentir un regusto amargo en la boca, recordó las campanadas del amanecer, el vaso, la cama, esa cama de madera de acacia, el suelo de mosaico frío de la cocina, y sus labios dibujaron un mohín de amargura: «¡Una palangana con agua caliente!... ¡Qué diablos!... Si todos los días pongo a enjuagar los pies...— Detrás de él, un sollozo contenido le llegó a los oídos—. ¿Y a ti qué te ha dado?—La señora Schmidt, sin embargo, no respondió, se volvió avergonzada, el llanto le sacudía los hombros—. ¿Me oyes? ¿Qué te pasa?—La mujer lo miró, pero luego, como quien no le ve ningún sentido a hablar, se sentó sin decir palabra en el taburete junto al fogón y se sonó la nariz—. ¿Y ahora por qué callas?—insistió Futaki—. ¿Qué mosca te ha picado?». «¿Adónde vamos a ir?—estalló ella desesperada—. ¡En la primera ciudad nos pillarán la policía! ¿No lo entiendes? ¡Ni siquiera nos preguntarán el nombre!». «Pero ¿qué tonterías dices?—la acalló Futaki, enfurecido—. Te sale el dinero por los bolsillos y tú...». «Pues de eso mismo estoy hablando—lo interrumpió la mujer—. ¡Del dinero! ¡A ver si a ti te queda un poco de cerebro! Largarse... Arrastrando ese maldito baúl... Como una panda de mendigos...». Futaki la reprendió enfadado: «Ya basta. Tú no te metas en esto. No te incumbe en absoluto. Lo que te toca es

callar». La señora Schmidt estalló: «¿Qué dices? ¿Qué me toca?». «No he dicho nada—respondió Futaki en voz baja—. Y habla más bajo, que si no se va a despertar». Las horas transcurrían lentamente; por fortuna para ellos, el despertador llevaba tiempo sin funcionar y, por tanto, su tictac no les indicaba su paso; aun así, la mujer miraba las agujas inmóviles mientras removía la carne con salsa de páprika que se iba cocinando a fuego lento. Luego se sentaron con mirada apática ante los platos humeantes, a pesar de la continua presión de la señora Schmidt («¿A qué esper is? ¿Vais a comer por la noche, calados hasta los huesos?»), no probaron bocado. No encendieron la luz, y eso que en la torturante espera comenzaron a desdibujarse los objetos que tenían delante, los santos cobraron vida en las paredes, a veces hasta daba la impresión de que alguien yacía en la cama, y para librarse de esas visiones de vez en cuando se miraban de reajo, si bien la expresión de los tres sólo reflejaba impotencia; sabían que no podían ponerse en marcha antes de caer la noche (pues estaban seguros de que o la señora Halics o el director estaban sentados detrás de la ventana observando el camino que conducía al Secadal, preguntándose cada vez más angustiados por qué tardaban Schmidt y Kráner casi medio día en llegar), pero ora Schmidt, ora la mujer no podían evitar levantarse dispuestos a partir en medio del crepúsculo prescindiendo de toda cautela. «Ahora van al cine—se al  Futaki en voz baja—. La señora Halics, la señora Kráner, el director de la escuela y Halics». «¿La señora Kráner? ¿Dónde?—preguntó sobresaltado Schmidt». Y se acercó a toda prisa a la ventana. «Tiene razón. Toda la razón del mundo», apuntó la señora Schmidt. «T  calla», le gru o su esposo. «No te precipites, amigo—lo calmó Futaki—. Esa mujer tiene cerebro. Hay que esperar a que oscurezca, ¿no? Y de este modo no levataremos sospechas, ¿no es así?» Schmidt, refunfuñando, volvió a sentarse a la mesa y enterr  la cabeza entre las manos. Futaki, desanimado, soplaba el humo junto a la ventana. La señora Schmidt sacó una cuerda del fondo del aparador y, como los cierres del baúl estaban oxidados y sus intentos de encajarlos habían resultado inútiles, at  éste firmemente, lo puso cerca de la puerta, se sentó al lado de su marido y junt  las manos. «¿Qué estamos esperando?—preguntó Futaki—. ¡Repart monos el dinero!— Schmidt miró a la mujer—. ¿No tienes tiempo, amigo?—Futaki se incorporó y también se sentó a la mesa. Estiró las piernas, se rascó el mentón cubierto de cañones y clav  la vista en Schmidt—: Vamos,

repartámoslo». Schmidt se frotó la sien: «Cuando llegue el momento lo recibirás, no te preocupes». «¿A qué esperas, amigo?». «Pero ¿por qué insistes tanto? Esperemos a que Kráner nos dé la otra parte». Futaki sonrió: «La cosa es muy sencilla. Repartimos lo que tengas. Luego, allá junto a la cruz, haremos lo mismo con el resto del dinero que nos corresponde». «Vale —dijo Schmidt—. Trae la linterna». «Ya lo hago yo—se levantó nerviosa la mujer. Y Schmidt extrajo del bolsillo interior de su gabardina un sobre lleno, mojado, atado con un cordel—. Espera—continuó la señora Schmidt, y limpió el mantel con un trapo—. Ahora...». Schmidt puso un papel arrugado ante las narices de Futaki («El documento—aclaró—, para que no creas que te quiero estafar»), quien le echó un rápido vistazo ladeando la cabeza y sentenció: «Vale, contemos». Puso la linterna en manos de la mujer y con mirada resplandeciente siguió el camino de cada billete, desde que salía de entre los dedos aporretados de Schmidt hasta que iba a parar a un montón creciente en el otro extremo de la mesa; poco a poco fue comprendiendo, se le esfumó la rabia que acumulaba, porque «realmente no es de extrañar que uno se confunda a la vista de tanto dinero y lo arriesgue todo por conseguirlo». Se le encogió el estómago, la boca se le llenó de pronto de saliva, el corazón le latió en la garganta, y mientras menguaba el fajo de dinero manchado de sudor por las manos de Schmidt y crecía el montón en el otro extremo de la mesa, lo cegó la luz temblorosa y saltarina de la linterna, como si la señora Schmidt le apuntara deliberadamente a los ojos, se mareó y a punto estuvo de desmayarse, volvió en sí al oír la voz ronca de Schmidt: «Es exactamente eso». Y cuando él llegó justo a la mitad, alguien apostado debajo de la ventana gritó: «¿Está usted en casa, señora Schmidt, querida?». Schmidt le arrancó la linterna a la mujer, la apagó, señaló la mesa y le susurró: «¡Escóndelo, rápido!». En un visto y no visto, la señora Schmidt recogió el dinero, lo ocultó en el sujetador y luego, formando las sílabas casi sin voz, susurró: «¡La se-ño-ra Ha-lics!». Futaki se puso de un salto entre el fogón y el aparador, con la espalda contra la pared, y en la oscuridad sólo se veían dos puntos luminosos fosforescentes, como si un gato estuviera allí agazapado. «Sal y mándala a la mierda», farfulló Schmidt, acompañó hasta la puerta a su mujer, que se detuvo un instante en el umbral, suspiró, luego salió al pasillo y se aclaró la garganta. «¡Ya voy!». «Si no ha visto la luz, nada se habrá perdido», susurró Schmidt a Futaki, aunque no creía realmente en ello, y cuando se escondió tras la

puerta, se apoderó de él tal nerviosismo que apenas pudo quedarse en su sitio. «Si esa mujer se atreve a poner el pie aquí dentro, la estrangulo», pensó con determinación, y tragó saliva. Percibía que la sangre le latía ferozmente en el cuello, que la cabeza estaba a punto de estallarle: intentó orientarse en la oscuridad, pero al percatarse de que Futaki se apartaba de la pared, buscaba su bastón y se sentaba con estruendo a la mesa, creyó hallarse ante una visión de horror. «¿Qué diablos estás haciendo?», preguntó en un susurro, y comenzó a gesticular como un loco para que guardara silencio. Futaki, sin embargo, no se inmutó. Encendió un cigarrillo, levantó la cerilla encendida e indicó a Schmidt que se serenara, que se sentara él también. «¡Apágala, imbécil!», ordenó éste furioso desde detrás de la puerta, sin moverse, consciente de que el más mínimo ruido los delataría. Futaki, en cambio, permanecía sentado a la mesa con toda calma, soplando el humo y reflexionando. «Vaya estupidez es todo esto—pensó con tristeza—. Con lo viejo que es uno..., meterse en... semejante locura...». Cerró los ojos y vio ante sí la carretera desierta, se vio a sí mismo progresando andrajoso y extenuado rumbo a la ciudad, vio la explotación que se alejaba más y más hasta ser tragada por el horizonte; y entonces comprendió que perdería el dinero tan pronto como lo consiguiera, pues lo que intuía desde hacía tiempo se confirmaba en ese preciso momento: no solamente no podía, sino que tampoco quería marcharse, porque allí al menos podía recogerse a la sombra de su paisaje familiar, mientras que afuera, lejos de la explotación, quién sabía qué le esperaba. Ahora, sin embargo, una difusa intuición le sugería que esas campanadas matutinas, esa conspiración y esa aparición inesperada de la señora Halics estaban íntimamente relacionados, pues estaba convencido de que había ocurrido algo, lo cual explicaba la inusitada y prolongada visita... Y la señora Schmidt, que seguía sin volver... Inhaló nervioso el humo del cigarrillo y su imaginación volvió a llamear por un instante como el fuego que estaba a punto de apagarse mientras el humo flotaba con parsimonia a su alrededor. «¿Es posible que la vida vuelva a la explotación? ¿Que pronto traigan máquinas nuevas, que venga gente nueva y todo comience de cero? ¿Que arreglen las paredes, pinten de nuevo los edificios, pongan en marcha las bombas? ¿Que busquen a un mecánico?». La señora Schmidt estaba en el umbral, pálida. «Podéis salir de vuestros escondites», dijo con voz velada, y encendió la luz. Schmidt, entornando los ojos, se le acercó

rápidamente: «¿Qué haces? ¡Apágala! ¡Pueden vernos!». La señora Schmidt meneó la cabeza: «Para ya. Todo el mundo sabe que estoy en casa, ¿no?». Schmidt, en un gesto forzado, asintió y cogió del brazo a su mujer. «¿Y? ¿Qué pasa? ¿Ha visto la luz?». «Pues sí—respondió la señora Schmidt—. Pero le he dicho que, nerviosa como estaba porque no regresabais, me había dormido. Que luego me he despertado y al encender la luz una bombilla se ha apagado de golpe, y ya está. La estaba cambiando cuando ella ha llamado, por eso había encendido la linterna...». Schmidt farfulló unas palabras de reconocimiento, pero enseguida se ensombreció de nuevo. «Y dime... A nosotros..., ¿a nosotros nos ha visto?». «No, seguro que no». Schmidt respiró aliviado: «¿Y entonces qué diablos quería?». La mujer puso cara de perplejidad: «Se ha vuelto loca», dijo en voz baja. «Ya era hora», observó Schmidt. «Dice—continuó dubitativa su esposa, posando los ojos ahora en Schmidt, ahora en Futaki, quien observaba con mirada tensa—, dice que Irimiás y Petrina se acercan por la carretera... ¡Que vienen hacia aquí, hacia la explotación! A lo mejor ya han llegado y están en la fonda...—Durante un minuto, ni Futaki ni Schmidt fueron capaces de abrir la boca—. Se cuenta que el revisor de la línea de autobús interprovincial..., que él los vio en la ciudad...—rompió el silencio la mujer, y se mordió los labios—. Y después se puso en marcha..., se pusieron en marcha a pie... rumbo a la explotación... con este tiempo infernal que hace... El revisor volvió a verlos en el cruce de Elek, pues tiene allí su granja e iba para casa». Futaki se levantó de un salto: «¿Irimiás? ¿Y Petrina?». Schmidt soltó una risotada: «Esta señora Halics realmente se ha vuelto loca. La Biblia le ha sorbido el seso». La señora Schmidt no se movió. Abrió los brazos como desconcertada, luego, de pronto, se dirigió hacia el fogón, se dejó caer sobre el taburete, apoyó los codos en los muslos y la cabeza en las manos. «Si es verdad—susurró, y sus ojos se iluminaron—, si es verdad...». Schmidt la interrumpió, impaciente: «¡Pero si están muertos!». «Si es verdad—dijo en voz baja Futaki, como si retomara el hilo del pensamiento de la señora Schmidt—, entonces... Entonces el pequeño Horgos mintió en su día...». La señora Schmidt levantó la cabeza y miró a Futaki: «Después de todo sólo lo sabemos por él». «Así es—asintió Futaki, y con manos temblorosas volvió a encenderse un cigarrillo—. ¿Os acordáis? Yo ya dije entonces que la historia me resultaba sospechosa... No sé por qué, algo no me gustó. Pero nadie me prestó atención... Y luego también me conformé». La señora

Schmidt no le quitaba el ojo de encima a Futaki, como hipnotizada: «Mintió. El muchacho mintió, asídesimple. Es increíble. Muy, muyincreíble...». Schmidt, nervioso, miraba ahora a uno, ahora a la otra: «No se ha vuelto loca la señora Halics, sino vosotros dos. —Ni Futaki ni la señora Schmidt respondieron; se miraron—. ¿Has perdido la razón?—estalló Schmidt, y dio un paso hacia Futaki—. ¡Viejo cojo!». Pero Futaki meneó la cabeza: «No, no, amigo... A mi juicio, la señora Halics no se ha vuelto loca en absoluto—dijo dirigiéndose a Schmidt, y luego miró a la mujer y declaró—: Seguro que es verdad. Me voy a la fonda». Schmidt entornó los ojos y se obligó a serenarse: «Llevan muertos año y medio. ¡Año y medio! ¡Todo el mundo lo sabe! Esto no es para bromear. ¡No les creáis! ¡Es una trampa, nada más! ¿Entendéis? ¡Una trampa!». Futaki, sin embargo, ya no le prestaba atención; comenzó a abotonarse el abrigo: «Las cosas se arreglarán, ya veréis—sentenció, y la seguridad de su voz daba a entender que había tomado una decisión definitiva—. Irimiás—añadió con una sonrisa, apoyando la mano sobre el hombro de Schmidt—es un gran hechicero. Capaz de construir un castillo con bosta de vacas... Si quiere...». Schmidt perdió los estribos; agarró con un gesto espasmódico el abrigo de Futaki y lo atrajo hacia sí: «Tú eres todo bosta, amigo—dijo con una sonrisa forzada—, pero acabarás siendo estiércol, te lo aseguro. ¿Crees que voy a dejar que la mierda de gorrión que tienes por cerebro me perjudique? ¡Pues no, amigo! ¡No vas a interponerte en mis planes!». Futaki aguantó su mirada con tranquilidad: «Ni lo deseo, amigo». «Y entonces, ¿qué? ¿Qué pasará con el dinero?». Futaki inclinó la cabeza: «No tienes más que repartirlo con Kráner. Como si nada hubiera ocurrido». Schmidt se plantó ante la puerta, le cerró el paso. «¡Imbéciles!—gritó—. ¡Sois unos imbéciles! ¡Idos todos al carajo! Pero mi dinero—añadió levantando el dedo índice—lo dejáis sobre la mesa. —Lanzó una mirada amenazadora a su esposa—. ¿Me escuchas, desgraciada?... Vas a dejar el dinero aquí. ¿Entendido?». La señora Schmidt no se inmutó. Una luz insólita, peculiar, se encendió en sus ojos. Se levantó poco a poco, dio unos pasos hacia Schmidt. Los músculos se tensaron en su rostro, sus labios se afilaron, y Schmidt se vio frente a tal radiación de burla y de desprecio que sin querer comenzó a retroceder, mirando cohibido a su mujer. «No grites, payaso—le intimó la señora Schmidt en voz muy baja—. Yo me voy. Tú haz lo que quieras». Futaki se frotó la nariz: «Amigo—dijo quedamente—, si ellos de

verdad están aquí, no podrás escapar de Irimiás, lo sabes perfectamente. ¿Y entonces?». Schmidt, ya sin fuerzas, se acercó a la mesa y se dejó caer sobre una silla: «¡Un muerto resucitado!—farfulló—. Y éstos se lo tragan... Ja, ja, ja, es de risa. —Dio un gran golpe a la mesa con el puño—. ¿No veis en qué consiste el juego? Se han olido algo y ahora quieren hacernos salir del escondite... Futaki, amigo, a ver si a ti al menos te queda una gota de sentido común...». Futaki, sin embargo, no le prestaba atención. Se puso delante de la ventana y con las manos cruzadas a la espalda dijo: «¿Os acordáis? Llevábamos nueve días esperando nuestra paga, y él...». La señora Schmidt lo interrumpió con tono severo: «Siempre nos sacó del atolladero». «Traidores de mierda. Debería haberlo sabido», gruñó Schmidt. Futaki se apartó de la ventana y se detuvo a su espalda: «Si no te lo crees—propuso—, mandemos a tu mujer... Que diga que te está buscando a ti, que no sabe dónde estás... Etcétera...». «Aun así puedes estar seguro de que es verdad», señaló ella. El dinero seguía en el sujetador de la señora Schmidt, pues su marido también lo consideraba el lugar más seguro, aunque quería reforzarlo con alguna cinta; a duras penas consiguieron que volviera a sentarse, pues ya se disponía a ir a buscar algo. «Vale, entonces me voy», dijo la señora Schmidt, se puso a toda prisa la gabardina, así como las botas, y enseguida desapareció en la oscuridad evitando los charcos en los profundos baches de la carretera que llevaba a la fonda; ni una sola vez se dio la vuelta para mirar atrás. Allí los dejó, dos caras lavadas por la lluvia que se desdibujaban en el cristal de la ventana. Futaki lió un cigarrillo y sopló el humo contento, esperanzado; desapareció de él toda tensión, se sentía ligero y contemplaba con gesto reflexivo el techo: pensaba en la sala de bombas de la nave de maquinaria, oía ya las máquinas que llevaban años inmóviles, sin vida, los motores que se ponían en marcha a duras penas, tosiendo y gimiendo, e incluso le dio la impresión de percibir cierto olor a recién pintado... En eso, oyeron que se abría la puerta de entrada. A Schmidt apenas le dio tiempo a reaccionar, pues la señora Kráner ya estaba hablando: «¡Aquí están! ¿Se han enterado ustedes?». Futaki se incorporó asintiendo con la cabeza y se caló el sombrero. Schmidt, abatido, seguía sentado, con los brazos apoyados en la mesa. «Mi marido—explicó atropelladamente la señora Kráner—ya se ha ido, sólo me ha mandado para que se lo contara por si no lo sabían aún, aunque seguro que se han enterado, he visto por la ventana que la señora Halics ha pasado por aquí,

ahora mismo me voy, no quiero molestarlos, y el dinero, me manda decir mi marido, el dinero que se vaya al carajo, no es cosa para nosotros, ha dicho, pues sí, tiene razón, no estamos para andar huyendo y escondiéndonos como fugitivos, sin una noche en paz, la verdad que no, y además, ya verán ustedes... Irimías y también Petrina... Sabía que no era cierto, que aquí me quede yo petrificada si no me resultó siempre sospechoso ese muchacho, ese taimado, el hijo de los Horgos, hasta su mirada es torva, y podrán comprobar ustedes mismos que se lo inventó todo, y nosotros que lo creímos, por supuesto que sí, desde el comienzo...». Schmidt observaba con suspicacia a la señora Kráner: «¿También estás metida en esto, no?», preguntó, y soltó una breve risa. La señora Kráner frunció el ceño y, turbada, se marchó. «¿Te vienes, amigo?», preguntó Futaki, y se detuvo por un instante en el umbral. Schmidt iba delante, seguido por el renqueante Futaki; el viento impulsaba hacia atrás los faldones de su abrigo, iba tanteando el camino con el bastón para no desplomarse en el barro en plena oscuridad, mientras la lluvia caía implacable, fundiendo los insultos de Schmidt con sus palabras confiadas y alentadoras que iba repitiendo una y otra vez: «¡No te preocupes, amigo! ¡Ya verás, viviremos como reyes! ¡Como reyes!».

## RESUCITAMOS

Las manecillas del reloj situado sobre sus cabezas marcan las diez menos cuarto, pero qué más pueden esperar: ya saben perfectamente para qué sirven las luces del estridente y agobiante neón en aquel techo recorrido por finísimas grietas, para qué el eco intemporal de los portazos sincronizados, para qué las pesadas botas herradas que suenan como chispazos en la coraza alicatada de los pasillos inusualmente altos, así como intuyen por qué no arden las lámparas allá en el fondo, por qué reina una penumbra tan extenuante por todas partes, e inclinarían la cabeza con un conformismo cómplice y hasta con admiración ante ese sistema tan trabajado y sofisticado si no fueran precisamente ellos dos quienes están sentados con la cabeza gacha en uno de esos bancos lustrados por cientos y cientos de fondillos, obligados a observar el picaporte de aluminio de la puerta número 24 para que luego, una vez dentro, sólo se les concedan dos o tres minutos («no más»...) y ellos los aprovechen para disipar cualquier «sombra de una sospecha» que se haya «suscitado». Porque sólo puede tratarse de un increíble malentendido debido a un funcionario sumamente concienzudo, sin duda, pero movido quizá por un exceso de celo... Las palabras que se contradicen unas a otras comienzan a remolinear sin rumbo, componen frases frágiles y dolorosamente inútiles que se hunden con un crujido—lo mismo que un puente ensamblado a toda prisa se derrumba después de los tres primeros pasos dados sobre él—, con un suave y fatídico crac para, hechizadas, ir y venir entre la cabecera y el texto del documento que les fue entregado ayer. La redacción precisa, contenida y poco habitual («la sombra de una sospecha que se ha suscitado») no deja lugar a dudas en cuanto a que no han sido convocados para demostrar una inocencia que ellos por supuesto no pueden negar y sobre la cual tampoco pueden rendir cuentas, pues supondría una pérdida de tiempo y un gasto de energía superfluo, sino para darles la oportunidad de manifestarse en el marco de una conversación

informal (en relación con un asunto caído en el olvido) respecto a sus convicciones y su identidad, y puede ocurrir incluso que se modifiquen algunos de sus datos personales recabados hasta entonces. En el curso de los meses pasados, que en ocasiones parecieron interminables, quedaron apartados de los cauces normales de la vida por culpa de una discrepancia estúpida que ni siquiera merecía mencionarse; su postura anterior, que podía calificarse de poco seria, ha madurado y se ha convertido en un convencimiento decidido, de modo que ahora, si se da el caso, pueden ofrecer con asombrosa seguridad, sin titubeos ni torturantes convulsiones internas la respuesta correcta a las preguntas que se les planteen y que esencialmente pueden resumirse bajo el concepto de «idea dominante»: por tanto, nada será capaz de sorprenderlos. En lo que respecta al estado de angustia recurrente y destructivo, pueden apuntarlo valientemente a la «cuenta amarga de los tiempos pretéritos», puesto que «no existe la persona que pueda salir indemne de esa cárcel». El minuterero se acerca ya a las doce cuando, con las manos a la espalda y andar elástico, un guardia aparece en el rellano de la escalera, mira al vacío con ojos amarillentos y posa luego la mirada recuperada en esos dos extraños personajes; la sangre afluye a su rostro de un—hasta entonces—cadavérico color gris, se detiene, se pone de puntillas, se da la vuelta con gesto de cansancio, pero antes de desaparecer de nuevo alza la vista al otro reloj que cuelga debajo del letrero que pone PROHIBIDO FUMAR y su cutis vuelve a cobrar un color gris. «Los dos relojes—tranquiliza el otro a su compañero—indican dos horas diferentes, aunque ninguno de ellos lo hace con exactitud. El nuestro—añade señalando hacia arriba con su dedo índice extraordinariamente largo y delgado—atrasa demasiado y aquél, en cambio, no mide el tiempo, sino la eternidad de la servidumbre, con la cual nuestra relación semeja la de una ramilla con la lluvia: una relación de impotencia». Si bien habla despacio, su voz profunda, viril, sonora llena el pasillo desierto. Su compañero, que demuestra a primera vista que «nada tiene que ver» con la seguridad, la dureza y la determinación que irradia el otro hombre, clava los ojos de brillo opaco sobre ese rostro que refleja las pruebas a las que se vio sometido y todo su ser se ve inundado por una suave admiración. «La ramilla y la lluvia...—dice saboreando las palabras como si paladeara un vino de gran reserva y quisiera determinar la añada, aunque resignado a admitir que eso supera sus fuerzas—. Eres un poeta, te lo digo yo», añade, y

asiente con la cabeza como quien se da cuenta asustado de que ha dicho la verdad. Se yergue sobre el banco para poner la cabeza a la altura de la de su compañero, sumerge la mano en el bolsillo de su abrigo diseñado para un gigante y allí, en esa buchaca llena de tornillos, caramelos marca Negro, una postal que representa un paisaje marino, clavos, una cuchara de alpaca, la montura de unas gafas y aspirinas, sus dedos dan con el papel salpicado de manchas de sudor, que, por otra parte, le aflora también en la frente. «¡Con tal que no la caguemos!», se le escapa, pero ya es tarde, no puede retirar sus palabras por mucho que quiera. En la cara del hombre más alto se vuelven más marcadas y profundas las arrugas, se estrechan los labios, se entornan poco a poco los párpados, pues él tampoco está ahora en condiciones de contener los impulsos que surgen de forma repentina. Y eso que ambos son conscientes de haber cometido un error al irrumpir a primera hora de la mañana por la puerta señalada y no detenerse hasta llegar al despacho interior; no es que no recibieran ninguna explicación, sino que, para colmo, el pasmado «jefe» ni siquiera les dirigió la palabra; avisó a los funcionarios de la habitación de fuera («¡a ver, averiguad quiénes son éstos!») y acto seguido los habían echado a ambos. ¿Cómo pudieron ser tan estúpidos? ¡Qué error habían cometido! Acumularon fallo tras fallo, como si esos tres días tampoco hubieran bastado para librarlos de su mala suerte. Porque desde que pudieron respirar de nuevo el aire libre y puro, y recorrieron las calles polvorientas y los parques desiertos, desde que, podría decirse, resucitaron gracias al espectáculo de la vegetación dorada del incipiente otoño y se fortalecieron en virtud de las miradas de los hombres y mujeres que venían hacia ellos, de las cabezas gachas, de los ojos lánguidos de tristes adolescentes que avanzaban arrojados a los muros, desde entonces los persigue como una sombra una desgracia desconocida, informe, ahora lanzándoles un vistazo relampagueante, ahora manifestando su presencia con un gesto amenazador e ineludible. Y todo ello culminó en la escena («escalofriante, o no me llamo Petrina...») de la víspera en la estación ferroviaria desierta, cuando—intuyendo, quién sabe cómo, que deseaban pernoctar en un banco situado junto a la puerta que daba al andén—entró por la puerta giratoria un mozalbete larguirucho con la cara llena de granos y se dirigió a ellos sin titubear ni un instante para entregarles la citación. «¿No acabará nunca esto?», dijo el más alto de los dos a ese mensajero de apariencia apocada, y sus palabras resuenan todavía en el más

bajo cuando se pronuncia con escasa determinación: «Oye, que éstos lo hacen a propósito, por así decirlo...». El otro esboza una débil sonrisa: «Tranquilo, no tengas miedo. Y arréglate esas orejas que las tienes otra vez de soplillo». A lo cual el bajito, como si lo hubieran pillado en flagrante, se lleva avergonzado las manos a las orejas grandes como abanicos e intenta aplastarlas contra el cráneo al tiempo que muestra las encías desdentadas. «Así lo ha querido el destino», dice. El otro levanta las cejas y se lo queda mirando un rato; luego vuelve la cabeza. «Mira que eres feo», dice espantado, y se vuelve unas cuantas veces como quien no cree lo que ven sus ojos. El orejudo se aparta afligido, su cabecita con forma de pera apenas emerge del cuello levantado del abrigo. «No todo depende del aspecto exterior», farfulla ofendido. En ese instante se abre la puerta y sale con estruendo un hombre de nariz chata, semejante a un luchador, pero en vez de dignarse a posar la mirada en los dos personajes que corren a su encuentro (y en vez de decirles: «Entren, por favor»), pasa junto a ellos con andar retumbante y desaparece tras la puerta al final del pasillo. Ambos se miran indignados, se quedan luego inmóviles pero decididos a cualquier cosa, como quien ha perdido la paciencia y se encuentra a un paso de cometer algo irreparable, cuando de pronto vuelve a abrirse la puerta y un hombre rechoncho saca la cabeza. «Díganme, ¿esperan ustedes a alguien?», pregunta con cierto tono de burla y luego, con un estridente «¡ajá!» que nada tiene que ver con la situación, les abre la puerta de par en par y los hace pasar. En la habitación grande, que recuerda un almacén, cinco o seis hombres vestidos de paisano están encorvados sobre unos escritorios pesados y descoloridos; sobre ellos vibra la luz aurática de las lámparas de neón, la tiniebla lleva años agazapada en los lejanos rincones del cuarto e incluso los rayos luminosos que penetran por las persianas bajadas se desvanecen en la nada como si los absorbiera el aire viciado que emana del suelo. Los funcionarios garrapatean en silencio (algunos con coderas negras de goma, otros con las gafas sobre la punta de la nariz) y aun así se oye un murmullo permanente; todos se miran de reojo, taimadamente, con mala sombra, como si aguardaran el momento en que un gesto equivocado traicione al otro, en que bajo la chaqueta planchada y cepillada aparezcan unos tirantes baratos o de los zapatos emerjan unos calcetines agujereados. «¡Qué pasa aquí!», grita furioso el más alto, y luego se detiene sorprendido en el umbral de un cuarto que semeja una celda al ver dentro a un hombre

en mangas de camisa que se arrastra a gatas por el suelo y busca febrilmente algo bajo su escritorio de color marrón oscuro. No lo abandona, sin embargo, su presencia de ánimo; da unos pasos adelante, se detiene y alza la vista al techo como si por discreción no quisiera tomar nota de la indigna posición en que se encuentra aquel hombre: «Distinguido caballero —comienza con voz meliflua—. No hemos olvidado ni olvidamos nuestros deberes. Nos hemos presentado aquí con la intención de satisfacer su deseo de intercambiar unas palabras con nosotros, tal como se desprende de su carta de anoche. Somos ciudadanos fi...fi...fieles a nuestro país, de manera que por voluntad propia, lógicamente, ofrecemos nuestros servicios, a los cuales, me atrevo a recordarle, han recurrido ustedes durante bastantes años de una manera ciertamente irregular. Sin duda no se le ha escapado que se ha producido una lamentable pausa, y que durante un tiempo han tenido que prescindir de nosotros. Aprovechamos la ocasión para garantizar que a partir de ahora, como siempre, evitaremos toda dejadez y otras manifestaciones de los bajos instintos. Puede usted creerme si le aseguro que en el futuro continuaremos procediendo al alto nivel al que estamos habituados». Su compañero asiente emocionado, apenas contiene el impulso de estrechar ahí mismo la mano del amigo. Entretanto el jefe se levanta del suelo, se lleva a la boca una pastilla blanca y finalmente, después de intentarlo varias veces, consigue tragarla en seco. Se sacude el polvo de las rodillas y se sienta a su escritorio. Apoya los brazos cruzados en la carpeta de escay desgastada y clava la vista en esos dos curiosos personajes que miran impasibles al vacío encima de su cabeza. Sus labios se contraen en un rictus de dolor y dan a todo el rostro una expresión de amargura. Sin mover los codos, extrae un cigarrillo del paquete, se lo pone entre los labios y lo enciende. «¿Qué ha dicho usted?—pregunta con expresión de cierta suspicacia, de cierta turbación, y sus piernas empiezan a bailotear nerviosas debajo de la mesa. Sin embargo, la pregunta queda revoloteando sin rumbo en el aire, pues los dos personajes permanecen discretamente inmóviles—. ¿Es usted el zapatero?», prueba otra vez el jefe, y se queda largo rato echando el humo que, después de chocar contra la pila de expedientes que tiene delante, comienza a remolinear a su alrededor, de modo que su rostro tarda minutos en aparecer de nuevo. «No, señor...— responde el orejudo, como quien se siente profundamente ofendido—. A nosotros nos han citado, a las ocho...». «¡Vaya!—les espeta satisfecho el

jefe—. ¿Y por qué no han llegado ustedes a la hora?». El orejudo le lanza desde abajo una mirada de reproche: «Debe de haber un malentendido, por así decirlo... Nosotros hemos llegado a tiempo, ¿no se acuerda?». «Entiendo». «Usted no entiende nada, jefe—continúa animándose el bajito—. El hecho es que nosotros, o sea este señor y yo, sabemos de todo. ¿Carpintería? ¿Criar pollos? ¿Castrar cerdos? ¿Promoción inmobiliaria? ¿Reflotar empresas que se han ido a pique? ¿Inspección de mercados? ¿Comercio?... ¡Por favor! ¡No me haga reír! Y luego está..., a ver, el servicio de información, por llamarlo de alguna manera. A cuenta de ustedes, si lo recuerda. Porque la situación, a ver si me entiende...». El jefe se reclina lánguidamente, los examina poco a poco, se le ilumina el rostro, se levanta de un salto, abre una portezuela en la pared trasera y desde el umbral todavía les dice: «Espérenme aquí. Pero nada de... Que quede claro...». Al cabo de unos minutos se planta ante ellos un hombre alto, rubio, de ojos azules, con el rango de capitán; se sienta al escritorio, estira las piernas con indolencia y sonríe ligeramente: «¿Han traído algún papel?», pregunta para animarlos. El orejudo empieza a rebuscar en sus gigantescos bolsillos. «¿El papel? ¡Por supuesto!—responde feliz y contento—. ¡Un segundo!». Y le pone un papel de carta un tanto arrugado pero limpio ante las narices al capitán. «¿Se le ofrece quizá también un bolígrafo?», pregunta el más alto, que introduce servicialmente la mano en el bolsillo interior. El rostro del capitán se ensombrece por un instante y luego les lanza una mirada divertida, como si se lo hubiera pensado dos veces. «Realmente ingenioso—dice con tono de reconocimiento—. ¡Ustedes realmente tienen sentido del humor!». El orejudo baja la cabeza en un gesto de humildad: «Pues sí, jefe, sin humor no se puede... Qué quiere que le diga...». «Pero ahora vamos al grano—dice con aire serio el capitán—. Me gustaría saber si tienen ustedes otro papel». El orejudo asiente en el acto: «¡Por supuesto, jefe! Ahora mismo...». Vuelve a introducir la mano en el bolsillo, extrae la citación y con expresión triunfante la pone sobre la mesa. El capitán se la mira y les grita luego rojo de ira: «¿No saben leer? ¡La puta que los parió! ¿Qué piso pone aquí?». El estallido los pilla tan desprevenidos que ambos dan un paso atrás. El orejudo asiente repetidas veces: «Claro, claro...», responde a falta de mejor respuesta. «¿Qué pone?». «Segunda planta—dice, y luego añade a modo de explicación—: Con perdón de usted». «¿Y entonces qué buscan ustedes aquí? ¿Cómo han

venido a parar aquí? Vamos a ver, ¿saben ustedes dónde están?—Ambos niegan con la cabeza, abatidos—. En el registro de actividades de comercio carnal», les espeta, inclinándose hacia adelante, el capitán. Sin embargo, no hay ni pizca de sorpresa en la reacción, el bajito niega con la cabeza y abocina los labios como si se quedara pensando, mientras que el otro permanece a su lado con las piernas cruzadas y da la impresión de contemplar el paisaje en la pared. El oficial apoya un codo sobre el escritorio y el mentón en la mano y comienza a frotarse la frente. Tiene la espalda recta como el camino de los justos y saca el pecho; su uniforme limpio como una patena y el cuello de la camisa de deslumbrante color blanco sintonizan perfectamente con la piel de delicado color rosado; un bucle desordenado de su pelo rizado le cae sobre los ojos de color celeste dando un encanto irresistible a ese aspecto que, en general, transmite pueril inocencia. «En primer lugar—dice entonces con un tono severo en su voz meliflua, meridional—, ¡sus documentos!». El orejudo extrae del bolsillo trasero de su pantalón dos pasaportes raídos, con las puntas dobladas hacia dentro, y un fajo de expedientes que empieza a alisar antes de entregar; el capitán, sin embargo, se los arranca de la mano con juvenil agilidad y los hojea militarmente, sin siquiera echarles un vistazo: «¿Cómo te llamas?», pregunta al bajito. «Petrina, para servirle». «¿Así te llamas?». El orejudo asiente con tristeza. «Quiero escuchar tu nombre completo», dice el oficial inclinándose hacia adelante. «Eso es todo, con perdón de usted—responde con expresión de inocencia Petrina, y se vuelve luego hacia su compañero, al que pregunta en voz baja—¿Y ahora qué hago?». «¿Tú qué eres? ¿Un gitano?», le grita el capitán. «¿Yooo?—dice con tono de asombro Petrina—. ¿Un gitano?». «Entonces no me vengas con comedias. ¡Soy todo oídos!». El bajito mira hacia su compañero como pidiendo ayuda y luego, encogiéndose de hombros, trastabillándose, como quien se siente del todo inseguro y no asume responsabilidad alguna por sus palabras, comienza: «Pues... Sándor, Ferenc, István, esto..., András...». El oficial hojea los pasaportes y apunta con voz amenazante: «Aquí pone József». Petrina muestra cara de pasmado: «No me diga, jefe. A ver, enséñemelo, por favor...». «No te muevas», dice el capitán con tono que no admite réplica. En el rostro del compañero no se percibe ni nerviosismo ni interés, y cuando el oficial le pregunta su nombre, pestañea unas cuantas veces como si estuviera abstraído en sus pensamientos y luego responde cortésmente:

«Perdón, ¿qué me decía?». «¡Su nombre!». «Irimiás», contesta con voz alta y no sin cierto orgullo. El capitán se pone un cigarrillo en la comisura de los labios, lo enciende con gestos secos, tira la cerilla encendida en el cenicero y la apaga con el paquete. «Vale, así que usted también tiene sólo un nombre». Irimiás asiente contento: «Sí, señor. Como todo el mundo». El oficial le clava la vista en los ojos y luego, cuando el jefe de servicio abre la puerta (y pregunta: «¿Han acabado?»), les indica que lo sigan. Manteniéndose a unos pasos detrás de él pasan junto a los escritorios de la oficina exterior acompañados de las miradas socarronas de los oficinistas, salen al pasillo y se dirigen por las escaleras hacia arriba. Allí la luz es aún más escasa, tanto que están a punto de caer de bruces en algún rellano; una tosca baranda de hierro los acompaña, con virutas de óxido pinchudas acechando en la parte inferior del revestimiento pulido y lustrado; mientras avanzan paso a paso por la escalera cubierta de musgo húmedo, los rodea la atmósfera de la limpieza realizada y ni siquiera el olor cargante que recuerda al de pescado y que los asalta en cada recodo es capaz de eliminarla.

ENTRESUELO  
PRIMERA PLANTA  
SEGUNDA PLANTA

El oficial, cimbreño como un capitán de húsares, avanza delante de ellos con pasos largos y retumbantes, sus botas relucientes producen un sonido casi musical sobre las baldosas; ni una sola vez se da la vuelta para mirar atrás, pero ellos saben que los está mirando, los está examinando de arriba abajo, desde la corbata de color rojo estridente de Irimiás hasta las botas cúbicas de Petrina, lo hace quizá mediante la memoria, quizá por un singular don de la delicada piel en la zona de la nuca, capaz de registrar detalles profundos que los ojos, menos experimentados, no pueden percibir. «¡Identificación!—le lanza a un cabo de escuadra alto, de bigote negro y tupido, al entrar por la puerta que también luce el número 24 en una habitación de aire viciado, cargado de humo, sin siquiera ralentizar el paso; con rápidos movimientos del dedo índice obliga a volver a sentarse a los hombres que se han levantado de sus asientos y, antes de desaparecer por la puerta acristalada de la izquierda, imparte órdenes con palabras

chisporroteantes—. ¡Luego entran ustedes a verme! ¡Y la prensa, por favor! ¡Y los informes! ¡Y conéctenme con el 109! Y a continuación me pasan con la línea urbana». El cabo de escuadra se mantiene en posición de firmes y después, al oír que se cierra la puerta, se enjuga la frente con el antebrazo, se sienta a la mesa situada frente a la entrada y les pasa un impreso a los dos. «Rellénelo—dice con tono lánguido—. ¡Y siéntense! Pero antes lean las instrucciones que figuran en el dorso». En la sala, el aire es asfixiante. Tres hileras de lámparas fluorescentes recorren el techo, la luz deslumbra, las persianas también están aquí bajadas. Los funcionarios van y vienen nerviosos entre los numerosos escritorios, y cuando se encuentran frente a frente en los estrechos caminos, se apartan unos a otros impacientes con una sonrisa de disculpa, de modo que también las mesas se van moviendo poco a poco y trazando profundas rayas en el suelo. Otros, sin embargo, no se mueven de sus sitios, y si bien el trabajo se acumula de manera agobiante ante ellos, dedican gran parte del tiempo a discutir con sus colegas y no dejan de empujarse por atrás o de desplazar sus escritorios. Algunos están sentados a horcajadas en las sillas revestidas de escay, con el auricular del teléfono en una mano y la taza de café humeante en la otra. Más atrás, entre una pared y otra, mecanógrafas ya mayores aporrean las máquinas de escribir con irresistible encanto en una fila larga y recta. Petrina, ya más tranquilo, contempla esa actividad febril y da un toque con el codo a Irimíás, que se limita a asentir con la cabeza y continúa enfrascado en las instrucciones. «Habrá que largarse antes de que sea demasiado tarde», susurra Petrina, pero su compañero, irritado, lo acalla con un ademán. Luego alza la vista, comienza a olisquear el ambiente y pregunta: «¿No notas nada?», dice señalando hacia arriba. «Huele a cloaca», constata Petrina. El cabo de escuadra los mira, les hace una señal para que se acerquen y les susurra: «Aquí está todo podrido... En tres semanas han mandado pintar dos veces las paredes...—. En sus ojos profundos, ojerosos, se vislumbra una luz socarrona, el cuello duro de la camisa le aprieta la papada—. ¿Quieren que les diga algo?—pregunta con una sonrisa prometidora. Se inclina hacia ellos; se siente su aliento fétido. Empieza a reír de manera silenciosa, largo rato, como quien no logra parar. Luego, haciendo hincapié en cada palabra, como poniéndoles con suavidad tres bombas delante para que después «hagan lo que buenamente puedan», les comunica lo siguiente—: «Esto se va a la mierda». Pone cara de malicia, y

como si repitiera la frase en su interior da con parsimonia tres golpes a la mesa. Irimiás acoge la afirmación con una sonrisa displicente y vuelve a inclinarse sobre el impreso, mientras Petrina mira asombrado al cabo de escuadra, que de pronto se muerde los labios, los mira de arriba abajo con desprecio, se reclina en su asiento, desilusionado y frío, y el ruido espeso y absorbente del que ha emergido por un momento vuelve a tragarlo como una garganta infernal. A continuación, cuando con los formularios rellenos en la mano conduce a los dos al despacho del capitán, ya no le queda ni huella de ese cansancio, de ese agotamiento mortal que antes se ha adueñado de él: sus pasos son firmes; sus movimientos, ágiles; sus palabras, de militar firmeza. El despacho está equipado con discreta comodidad; en el lado izquierdo del escritorio, testimonio de una pretérita elegancia, los ojos pueden posarse en el verde profundo de un gigantesco ficus; en el rincón junto a la puerta hay un canapé con revestimiento de cuero acompañado de dos sillones también revestidos de cuero y una mesita de fumar de «diseño moderno». La ventana está tapada con una pesada cortina de terciopelo de color verde cardenillo, y una alfombra roja cubre el parquet desde la entrada hasta el escritorio. Del techo (que más que verse, se siente...) cae un polvillo finísimo con eterna y parsimoniosa dignidad. En la pared cuelga el retrato de un militar. «¡Siéntense!—dice el capitán, señalando tres sillas de madera puestas una al lado de otra en el rincón de enfrente—. Lo que quiero es que nos entendamos. —Se reclina en su asiento de respaldo alto, aprieta la espalda contra la madera de color hueso, clava la vista en un punto desdibujado en el techo y con una voz inopinadamente cantarina que revolotea hacia ellos disolviéndose en el humo de tabaco que flota en el aire, continúa—: Habéis recibido la citación por vagancia, la cual equivale a peligro público. Os habrá llamado la atención, sin duda, que no le pusiera fecha. Porque los tres meses de rigor no se os aplican a vosotros. Sin embargo, estoy dispuesto a olvidar el asunto. De vosotros depende. A ver si nos entendemos. —El tiempo se acumula sobre las palabras como algas gelatinosas sobre los fósiles—. Yo propongo que olvidemos el pasado siempre y cuando aceptéis mi propuesta relativa al futuro. —Petrina se rasca la nariz, Irimiás, inclinado hacia un lado, trata de liberar su abrigo de debajo de las posaderas de su compañero—. No tenéis otra opción. Si decís que no, os caerán tantos años que os crecerán las canas». «¿De qué estamos hablando, de hecho?», lo interrumpe Irimiás, que no entiende nada de nada.

Sin embargo, el oficial, como si no lo escuchara, continúa: «Se os han dado tres días. Ni siquiera se os ha pasado por la cabeza buscar trabajo. Conozco todos vuestros pasos... Os di tres días para que vierais lo que podéis perder. No prometo mucho. Pero lo prometido es deuda». Irimiás, indignado, suelta un chiflido. Petrina, en cambio, se asusta de verdad: «Yo de todo esto no entiendo ni una puta jota, si se me permite expresarlo así...». El capitán no le presta atención, como si estuviera leyendo una sentencia a la cual, entre líneas, también pertenecen los aspavientos del condenado: «Meteoslo bien en la cabeza porque no lo voy a repetir dos veces: la vagancia, el vagabundeo, la agitación, todo eso se ha acabado. A partir de ahora trabajaréis para mí. ¿Entendido?». «¿Tú lo entiendes?», pregunta el orejudo a Irimiás. «No—responde éste con un gruñido—, no entiendo nada de nada». El capitán, enfadado, aparta la vista del techo y clava los ojos en ellos: «Silencio», dice con su voz melodiosa de antes. Petrina está sentado o, más bien, arrepanchigado en la silla con las manos juntas sobre el pecho, pestañea alarmado con la nuca apoyada en el respaldo, su pesado abrigo de invierno se extiende a su alrededor como un gigantesco pétalo. Irimiás permanece recto en su asiento, su mente trabaja de manera febril, sus zapatos puntiagudos de estridente color amarillo deslumbran. «Tenemos nuestros derechos», señala, y se forman pequeñas arrugas sobre su nariz. El capitán, molesto, exhala el humo del cigarrillo, el cansancio aflora por un instante a su rostro: «¡Derechos!—estalla luego—. ¿Vosotros hablando de derechos? ¡A las personas de vuestra calaña la ley sólo les sirve para burlarla! ¡Para tener algo con que taparse cuando la desgracia se les echa encima! Pero esto se ha acabado... No vamos a discutir, porque no nos hallamos en una fonda, ¿está claro? Y recomiendo que os acostumbréis a vivir a partir de ahora ateniéndoos con más rigor a la ley». Irimiás se masajea las rodillas con las manos sudorosas: «Pero ¿qué ley es ésa?». El capitán se ensombrece: «La del más fuerte—dice mientras la sangre desaparece de su rostro; sus dedos, aferrados a los brazos del asiento, se tornan blancos—. La del país. La del pueblo. ¿Les dice eso algo a ustedes, señores?». Petrina se incorpora dispuesto a hablar («¿Qué pasa ahora? ¿Nos tutea o nos trata de usted? En cuanto a mí, preferiría...»), pero Irimiás lo retiene y dice: «Capitán, usted conoce la ley tan bien como nosotros. Por eso estamos aquí, juntos. Piense lo que piense sobre nosotros, somos ciudadanos respetuosos con la ley. Conocemos nuestros deberes. Me

gustaría recordarle que hemos dado numerosas pruebas de ello. Estamos del lado de la ley. Igual que usted. ¿A qué vienen entonces estas amenazas? A ver...». El oficial esboza una sonrisa burlona, mira con sus ojos grandes y francos el rostro inescrutable de Irimiás, y si bien la calidez impregna de pronto sus palabras, en el fondo de sus pupilas centellea una cólera oculta: «Lo sé todo sobre vosotros... Pero vale...—añade con un sonoro suspiro—, reconozco que no me ha servido de mucho». «¡Habla usted bien!—dice Petrina, liberado, dando un ligero codazo a su compañero, luego mira dócilmente al capitán, que se enfurruña y con expresión de amenaza clava la vista en el orejudo. Éste se adelanta al oficial y señala—: Porque, sabe usted, yo no aguanto estas tensiones. ¡Simplemente no las aguanto!—Y al darse cuenta de que la situación puede acabar mal, añade—: ¿No es mejor hablar así que...?». «¡Cierra el pico, imbécil!—le grita el capitán, y se levanta de golpe de su asiento—. ¿Qué os habéis creído? ¿Vosotros quiénes sois, vagos de mierda? ¿Os atrevéis a tomarme el pelo?—Vuelve a sentarse.—¡En el mismo lado...!».

Petrina se ha puesto en pie, agita las manos y dice en un intento de salvar los muebles: «No, en absoluto, por el amor de Dios, declaro solemnemente que a nosotros, a ver cómo expresarlo, ni siquiera se nos pasa por la cabeza...». El capitán no abre la boca, se enciende otro cigarrillo y mira tensamente al vacío. Petrina sigue de pie, desconcertado, y hace una señal a Irimiás en busca de ayuda. «Estoy harto de vosotros. Ahora mismo—dice con voz metálica el oficial—estoy harto del dúo Irimiás-Petrina. Me tocan un montón de tipos de vuestra calaña, ¡y luego se me responsabiliza a mí, la puta que os parió!». Irimiás enseguida da un paso adelante: «Capitán, usted nos conoce. ¿Por qué no continúa todo igual que siempre? Pregunte usted («... a Szabó...», le ayuda Petrina)... al sargento primero Szabó. Nunca ha habido ningún problema». «A Szabó lo han jubilado. Yo me encargo también de su grupo», responde el capitán con amargura. Petrina se le acerca a toda prisa y lo agarra del brazo: «¡Y nosotros aquí sentados como unos corderitos! Le felicito, jefe, si se me permite la expresión, le felicito con el máximo de los respetos». El capitán aparta irritado la mano de Petrina. «Vuelva a su sitio. ¿Esto qué es?—Menea la cabeza con resignación y luego, al comprobar que los dos, por lo visto, se han acoquinado, vuelve al tono cálido de antes—: A ver, presten atención. Yo quiero que nos entendamos. Tengan en cuenta que ahora reina la paz. La gente está satisfecha. Y así tiene que ser. Pero si leyeran ustedes

los periódicos, sabrían que allá fuera la situación es de crisis. ¡Y nosotros no permitiremos que la crisis penetre aquí y destruya nuestros logros! Pero eso supone una responsabilidad, una gran responsabilidad, ¿entienden? No podemos permitirnos el lujo de dejar que personajes como ustedes anden sueltos por ahí, porque aquí no hay sitio para conchabanzas y trapisondas. Además, ¡ustedes son todavía útiles para el esfuerzo común! Yo no tocaré el pasado de ustedes, que ya han recibido lo merecido. Pero tienen que adaptarse a la nueva situación. ¿Está claro?». Irimiás niega con la cabeza: «Ni hablar, capitán. A nosotros no se nos puede obligar. Ahora bien, cuando se trate de un deber, haremos lo que nos corresponda...». El capitán se levanta de un salto, frunce el ceño, sus labios empiezan a temblar: «¿Cómo que no se os puede obligar? ¿Vosotros qué os creéis? ¿Qué pretendéis? ¿Llevarme la contraria? ¡Maldita sea, la puta que os parió! ¡Vagos de mierda! Pasado mañana a las ocho os presentáis en mi despacho. ¡Y ahora fuera! ¡Largo de aquí!». De repente se yergue y les da la espalda a los dos, que comienzan a marcharse. Irimiás se dirige a la puerta con la cabeza gacha, y antes de cerrarla para seguir a Petrina, que se ha escurrido del despacho como una anguila, lanza un último vistazo atrás. El capitán se frota las sienes, la cara... Es como si lo cubriera una coraza metálica, opaca y gris, una coraza que absorbe la luz, y un poder misterioso inunda su piel: la decadencia resucitada se escapa de los huecos de la osamenta y enseguida llena todos los rincones del cuerpo como hasta entonces había hecho la sangre para llegar hasta las últimas capas de la piel y terminar proclamando su fuerza invencible; la lozanía de color rosado desaparece en un santiamén, los músculos se paralizan, y la coraza devuelve la luz, centellea con colores plateados, la nariz delicadamente arqueada, los pómulos suavemente pronunciados, e incluso las finísimas arrugas, son sustituidos por una nueva nariz, nuevos pómulos y nuevas arrugas, borrando así todos los recuerdos para conservar en un sola característica aquello que dentro de unos años acogerá la concavidad, el negativo de la tierra. Irimiás cierra la puerta, aprieta el paso, cruza la sala que se encuentra a rebosar, en plena actividad, y alcanza a Petrina, que ha llegado ya al pasillo, sin mirar atrás para ver si lo sigue su compañero, porque si lo hiciera, piensa, lo obligarían a regresar. La ciudad respira a través del pañuelo de las espesas nubes que filtran la luz; un viento hostil barre las calles; las casas, aceras y calzadas están expuestas sin defensa alguna a la

lluvia que cae a cántaros. Tras las ventanas, las ancianas contemplan la penumbra a través de ligeras cortinas de encaje y observan con el corazón encogido que los rostros que allá fuera se refugian bajo los canalones reflejan la misma pesadumbre que, en el interior de las casas, las ardientes estufas de azulejos y los humeantes pasteles tampoco consiguen expulsar. Irimiás recorre furioso la ciudad; Petrina, renegando, lo sigue con sus piernecitas, se queda rezagado, se detiene a veces por unos instantes para tomar un respiro, el viento levanta los faldones de su abrigo. «¿Y ahora adónde vamos?», pregunta de mala gana. Irimiás, sin embargo, no lo escucha, continúa sumido en un soliloquio cargado de amenazas. «Lo pagará... Esto lo pagará el cabrón...». Petrina acelera el paso. «Dejemos ya toda esta chorrada—propone, pero su compañero, una vez más, no le presta atención. Petrina levanta entonces la voz—: Vamos a la zona alta del Danubio, allí podríamos empezar algo...». Irimiás, sin embargo, ni mira ni escucha. «Le voy a retorcer el pescuezo...», dice a su compañero y le muestra incluso cómo lo hará. Pero Petrina insiste, también inflexible: «La cantidad de cosas que podrían hacerse allí... Por ejemplo, por decir algo, tenemos la pesca... O, escúchame, imagina que algún tío adinerado y perezoso decide construir algo...». Se detienen ante una fonda, Petrina introduce la mano en el bolsillo y cuenta el dinero que llevan; luego abren la puerta acristalada y entran. En el interior apenas hay cuatro gatos, las campanadas del mediodía suenan en una radio portátil que descansa sobre las rodillas de la mujer encargada de los lavabos; las mesas, la mayoría ya sin clientes a esa hora, con algunos restos de agua que ha dejado un trapo pegajoso, se tambalean ligeramente, a la espera de ínfimas resurrecciones futuras; los cuatro o cinco hombres de caras hundidas, sentados lejos uno del otro, sorben con gesto serio su café, su aguardiente o su vino, mientras miran desilusionados o espían a la camarera o clavan la vista en el vaso o redactan una carta. Un hedor acre a aire viciado se mezcla con el humo de tabaco; alientos agrios ascienden hasta el techo cubierto de hollín; junto a la entrada, detrás de una estufa de fuel, un perro empapado y peludo tiritita mirando asustado hacia fuera. «¡A ver si se mueven, panda de gandules!», grita una señora de la limpieza cuando pasa junto a una mesa con la fregona. Detrás de la barra, una joven camarera de cara infantil y pelo teñido de estridente color rojo se apoya en una estantería llena de pasteles caducados y unas cuantas botellas de champán caro mientras se pinta las

uñas. A su vez, una camarera corpulenta apoya la espalda en el lado exterior de la barra; en una mano sostiene un cigarrillo, con la otra sujeta un libro de un centavo; cuando pasa la página, se lame los labios, nerviosa. En las paredes arden lámparas de ambiente cubiertas de polvo. «Dos decilitros de combinado de ron y licor de pera», dice Petrina, señalando la bebida con el dedo y acodándose en la barra junto a su compañero. La camarera ni siquiera levanta la vista del libro. «Y un paquete de Ezüst Kossuth», añade Irimiás. La camarera de detrás de la barra se aparta con gesto aburrido de la estantería, deja allí con cuidado la laca de uñas, sirve las bebidas con mirada lerda y cansada, y empuja los vasos ante Irimiás. «Siete con setenta», dice en tono apático. Sin embargo, ni el uno ni el otro se mueven. Irimiás clava la vista en los ojos de la muchacha, sus miradas se topan. «¡Hemos hablado de un decilitro!», señala con tono amenazante. La camarera joven, turbada, aparta la vista y rápidamente vuelve a servir la bebida en otros vasos. «Perdón», dice mientras, acoquinada, les pone la bebida delante. «Creo que hemos mencionado también un paquete de cigarrillos», continúa en voz baja Irimiás. «Once con noventa», responde balbuciendo la muchacha, que mira a su compañera, la cual no puede reprimir la risa, y le hace señas para que pare. Sin embargo, ya es tarde: «¿Puede saberse qué le divierte tanto?». Todas las miradas se clavan en ellos. La sonrisa se congela en el rostro de la camarera, que se arregla nerviosa el tirante del sujetador a través de la bata y luego se encoge de hombros. De pronto se hace un silencio. Junto a la ventana que da a la calle está sentado un hombre gordo, de piel grasa, tocado con una gorra de revisor; contempla asombrado a Irimiás, se echa la copita de aguardiente al colete y pone con ruido y torpeza la copa vacía sobre la mesa. «Perdón», farfulla al ver que todo el mundo lo mira. Y entonces, quién sabe de dónde, empieza a oírse un suave zumbido o bordoneo. Todos se observan unos a otros conteniendo la respiración, porque en un primer momento parece que alguien canturrea. Se miran de reojo, mientras el zumbido va poco a poco en aumento. Irimiás alza su vaso y lentamente vuelve a colocarlo en su sitio. «¿Hay alguien canturreando?—murmura furioso—. ¿Quién es el insolente? ¿Qué diablos está pasando? ¿Una máquina?... ¿Las lámparas?... No, no, alguien está canturreando... ¿Será la vieja encorvada allá delante de los lavabos?... ¿O el cabrón ese de las zapatillas de deporte? Pero ¿qué es esto? ¿Una rebelión?». Se interrumpe de golpe. Quedan el silencio, las

miradas suspicaces... El vaso tiembla en la mano de Irimiás, Petrina tamborilea nervioso sobre la barra. Todos permanecen en sus sitios con la cabeza gacha, la mirada baja, nadie se atreve a moverse. La encargada de los lavabos, alarmada, hace una seña a la camarera mayor: «¿No habría que llamar a la policía?». A la camarera más joven le da un ataque de risa que no consigue sofocar, de modo que, para distraerse, abre el grifo de la pila y empieza a armar ruido con las jarras de cerveza. «Vamos a hacer estallar todo—dice con tono contenido Irimiás, y luego lo repite con su sonora voz de bajo—: ¡Vamos a hacer estallar todo! Uno a uno los vamos a reventar—añade volviéndose hacia Petrina—, cagones, acojonados. ¡A todos los vamos a meter una bomba en la chaqueta! A él—señala hacia un lado con el pulgar—, en el bolsillo. A ese otro—lanza una mirada hacia la estufa—, debajo de la almohada. En las chimeneas. Debajo de los felpudos. Encima de las arañas. ¡En el ojo del culo!—Las dos camareras se arriman una a la otra en un extremo de la barra. Los clientes, asustados, se miran. Petrina los observa con ojos asesinos—. Los puentes. Las casas. La ciudad entera. ¡Los parques! ¡Las mañanas! ¡La oficina de correos! Uno a uno, todo...—Irimiás abocina los labios y exhala el humo, empuja el vaso hacia un lado y hacia otro en el charco de cerveza—. Porque hay que terminar por fin el trabajo empezado». «Así es, ¿para qué tanta inseguridad?—asiente Petrina—. Pondremos los explosivos gradualmente». «Las ciudades. Una tras otra—continúa extasiado Irimiás—. Las aldeas. Hasta la choza más recóndita». «¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!—grita Petrina agitando los brazos—¿Os habéis enterado? Y después: ¡paf! Se acabó, señores». Extrae un billete de veinte de su bolsillo y lo arroja sobre la barra, en medio de un charco de cerveza; el papel absorbe poco a poco el líquido. Irimiás también se aleja de la barra, abre la puerta, pero se da la vuelta. «¡Sólo os quedan unos días! ¡Irimiás os hará pedazos!», les espeta para concluir, dibujando una mueca de desprecio con los labios, y a modo de despedida pasea la mirada por aquellos rostros perplejos parecidos a máscaras. El olor a cloaca se mezcla con el del barro de los charcos y los relámpagos que surcan el cielo, el viento zarandea los cables eléctricos, las tejas y los nidos abandonados; por los resquicios de las ventanas que cierran mal sale un calor agobiante, los susurros de amantes impacientes e irritados, el llanto imperioso de los bebés; las calles sinuosas, los parques empapados hasta las raíces, hundidos en el agua, yacen obedientemente bajo la lluvia; los robles pelados, con ramas rotas, las flores

secas, el césped quemado se arriman humildemente a la tormenta como la víctima al pie del verdugo. Petrina, riendo, avanza a trancas y barrancas detrás de Irimiás: «¿Vamos a la taberna de Steigerwald?». Su compañero, sin embargo, no lo escucha, levanta el cuello de su chaqueta a cuadros y avanza con la cabeza alta por las calles, no aminora la marcha en ningún momento, tampoco mira atrás, el cigarrillo empapado le cuelga de los labios y él ni siquiera se da cuenta; Petrina despotrica contra el mundo con una carretada interminable de insultos, sus piernas arqueadas tropiezan una y otra vez, y luego, cuando a unos veinte pasos de distancia de Irimiás le grita («¡Oye, espera! ¡No corras tanto! ¿Qué te crees que soy, un corredor de fondo?») y éste ni siquiera se inmuta, para colmo se hunde hasta los tobillos en un charco, entonces suspira hondo y se apoya impotente en el muro de una casa: «Yo ya no aguanto este ritmo...». Sin embargo, Irimiás vuelve a aparecer al cabo de unos minutos, el pelo le cuelga empapado sobre los ojos, sus zapatos puntiagudos de color amarillo chillón están cubiertos de barro. Petrina chorrea agua. «Mira esto—dice, señalando sus orejas—. Todo es una gran piel de gallina». Irimiás asiente de mala gana, se aclara la garganta y dice: «Nos vamos a la explotación». Petrina lo mira con ojos como platos. «¿Qué? ¿Qué dices? ¿Ahora? ¿Nosotros? ¿A la explotación?». Irimiás extrae otro cigarrillo del paquete, lo enciende y exhala el humo enseguida. «Sí. Ahora mismo». Petrina se apoya en el muro: «Escúchame, mi compañero, mi maestro, mi salvador, mi enterrador, mi asesino. Me está matando este frío de Dios, tengo hambre, quiero entrar en un sitio caliente, quiero secarme, quiero comer algo, y no sólo no tengo ganas de ir con este tiempo de mierda quién sabe adónde, tampoco estoy dispuesto a correr detrás de ti como un loco, ¡y que el diablo se lleve tu alma atormentada! ¡He dicho!». Irimiás, que hace un gesto de desprecio con la mano, dice en tono de indiferencia: «Por mí vete donde quieras». Y se pone en marcha. «¿Adónde vas? ¿Ahora adónde vas?—le grita furioso Petrina, que inmediatamente lo sigue—. ¿Adónde vas a ir sin mí?... ¡Párate ya!». La lluvia cede un poco cuando salen de la ciudad. Cae la noche. No hay luna ni estrellas. En el cruce de Elek, a unos cien metros delante de ellos, ven una sombra tambaleante; al cabo de un rato reconocen a un hombre con gabardina que toma un sendero y desaparece tragado por la oscuridad. A ambos lados de la carretera todo está cubierto de barro hasta el horizonte cobijado bajo sombrías manchas boscosas, y como la noche incipiente

disuelve cuanto es sólido, absorbe los colores, convierte en flotante lo inmóvil y paraliza lo que se mueve, la carretera parece un barco que se mece misteriosamente en medio del universal lodo. Ni un solo pájaro surca el cielo petrificado, ni un solo animal hiere con sus ruidos y escurridizos desplazamientos el silencio que se posa sobre la tierra como la niebla matutina, únicamente un corzo asustado que—como si el barro respirara—se alza y se hunde, listo para huir, en la lejanía. «¡Por el amor de Dios!—susurra Petrina—. Cuando pienso que llegaremos al amanecer, ya me dan calambres en las piernas... ¿Por qué no le pedimos un camión a Steigerwald? ¡Y para colmo este abrigo! ¿Acaso soy, un levantador de pesas?». Irimiás se detiene, apoya un pie sobre un hito y extrae el paquete de cigarrillos de su bolsillo; cada uno coge uno y lo enciende protegiéndolo del viento con la mano. «¿Puedo preguntarte algo, asesino?». «Venga». «¿Para qué vamos a la explotación?». «¿Para qué? ¿Tienes un lugar donde dormir? ¿Tienes algo que comer? ¿Tienes dinero? No te quejes todo el rato, que te retuerzo el pescuezo». «Vale, vale. Hasta aquí entiendo. Pero pasado mañana tendremos que volver, ¿no?». Irimiás hace rechinar los dientes, pero no responde. Petrina suelta un suspiro: «Amigo mío, realmente podrías inventar algo con el gran cerebro que tienes. Yo no me voy a embarcar en los planes de éstos. No aguanto en un solo lugar. Petrina nació bajo el cielo libre, allí ha vivido y allí lo alcanzará la muerte». Irimiás hace un ademán de amargura: «Es una situación de mierda, amigo. Por un tiempo no podremos librarnos de ellos». Petrina junta las manos: «¡Maestro, no me digas eso! Se me encoge el corazón». «Venga, nada de cagarse en las patas. Les cojo el dinero y nos largamos. Ya se arreglará...». Se ponen en marcha. «¿Crees que esa gente tiene dinero?», pregunta Petrina, inquieto. «El campesino siempre guarda algo». Continúan varios kilómetros en silencio, deben de estar a medio camino entre el cruce y la fonda de la explotación; muy de vez en cuando centellea alguna estrella sobre sus cabezas, luego vuelve a reinar la más profunda oscuridad; la luna asoma a veces entre las tinieblas e, igual que los dos caminantes agotados allí abajo en la carretera, huye allá arriba, en el celestial campo de batalla, y pisoteando todo obstáculo se dirige a su meta: el alba. «Siento curiosidad por saber qué dirán esos palurdos cuando nos vean...—dice Irimiás—. Se llevará una sorpresa». Petrina acelera el paso. «¿Qué te hace creer que siguen allí?—pregunta nervioso—. A mi juicio, ya se han largado hace tiempo. Tan tontos

no son». «¿No son tontos?—sonríe Irimiás—. Han nacido para ejercer de criados y es lo que serán hasta el final de sus vidas. Sentados en sus cocinas, cagan en los rincones y de vez en cuando miran por la ventana por ver qué hace el otro. Los conozco como la palma de mi mano». «No entiendo por qué estás tan seguro, amigo—dice Petrina—. A mí me da la sensación de que no queda nadie allí. Casas vacías, tejas robadas, en el mejor de los casos uno o dos ratones raquíuticos en el molino...». «Nada— responde Irimiás, seguro de sus intenciones—. Ésos siguen instalados allí como siempre, sentados en los mismos sucios taburetes, comiendo patatas con páprika todas las noches, sin comprender lo que ha pasado. Se miran unos a otros con suspicacia, regalan grandes eructos al silencio y... esperan. Esperan pacientes y correosos, y están convencidos de haber sido simplemente estafados. Aguardan agazapados como los gatos en la matanza del cerdo, para ver si les cae algún trozo de carne. Son como antiguamente los criados de un castillo, cuando su señor un buen día se pegaba un tiro en la cabeza se quedaban perplejos y desamparados en torno al cadáver...». «No te hagas el poeta, maestro, porque me da un ataque», intenta acallarlo Petrina, que se lleva las manos al vientre para apaciguar el estómago vacío. Irimiás, sin embargo, no le presta atención y continúa: «Son todos esclavos sin señor, pero incapaces de existir sin orgullo, dignidad, ni valentía. Eso mantiene vivas sus almas, aunque perciban en lo más hondo de sus obtusas entendederas que todo ello no les sale de dentro, porque a ellos sólo les gusta vivir a su sombra...». «Basta—dice Petrina con un gemido, mientras se frota los ojos, porque el agua le chorrea sin cesar por la frente lisa—. En serio, perdóname, pero no aguanto escuchar estas cosas... Mañana me lo cuentas, ¡ahora hablemos de una sopa de alubias bien calentita!». Irimiás, sin embargo, sigue sin prestarle atención y continúa impertérrito: «Luego van a donde se dirige esa sombra, van como un rebaño, porque sin sombra no se mueven, así como tampoco aguantan sin pompa y esplendor... («Ay, no sigas, amigo», gime Petrina)..., pero, claro, que no los dejen solos con esa pompa y ese esplendor, porque se enfurecen como los perros y lo destrozan todo. Que les den una habitación bien caldeada, que al anochecer humee sobre la mesa ese estofado a la páprika, por el amor de Dios, y serán felices, sobre todo si por las noches, bajo los edredones bien abrigados, se topan riendo con la mujer bien rellenita del vecino... Oye, ¿me escuchas, Petrina?». «Ayayay—suspira éste, y añade esperanzado—: ¿Por qué? ¿Has

terminado?». Se ve ya la valla derribada de la casa del peón caminero, el cobertizo destartado, el tanque de agua oxidado, cuando justo al lado, desde detrás de un montón de malas hierbas que alcanza una altura considerable, se oye una voz ronca: «¡Esperen! ¡Soy yo!». Un muchacho de unos doce o trece años, calado hasta los huesos y tiritando de frío, corre hacia ellos con los pantalones arremangados hasta las rodillas, con el pelo empapado, los ojos centelleantes, sonriente. Petrina es el primero en reconocerlo: «¿Tú aquí? ¿A ti qué se te ha perdido por aquí, inútil?». «Ya llevo horas aquí agazapado, carajo—dice con cierto tono de orgullo, y enseguida baja la cabeza. El pelo largo le cuelga en manojos sobre su rostro picado de viruela, un cigarrillo arde entre sus dedos encorvados. Irimiás lo observa con atención, el muchacho lo mira de vez en cuando desde abajo, pero enseguida entorna los ojos. «A ver, dinos, ¿qué quieres?», lo interroga Petrina meneando la cabeza. El muchacho mira a Irimiás: «Prometió...—comienza balbuceando—, prometió que... que si...». «¡Venga, suéltalo!», le insta Irimiás. «Que si decía...—farfulla el muchacho mientras patea el suelo—, si decía que había muerto... me arreglaría usted un encuentro con la señora Schmidt...». Petrina lo coge de la oreja y le grita enfurecido: «¿Cómo? ¿Estás más verde aún que una lechuga y ya quieres andar tironeando de unas bragas, bribón? ¿Y qué más?». El muchacho le suelta la mano y le grita con una mirada chisporroteante: «¿Sabe de qué puede tironear usted? ¡De la piel de su cipote, viejo jamelgo!». A punto están de llegar a las manos, pero lo impide la intervención de Irimiás: «¡Basta!—les grita—. ¿Cómo sabías que veníamos?». El muchacho se frota la oreja enfadado, a distancia segura de Petrina. «Es mi secreto. Por lo demás, todo el mundo lo sabe. Por el revisor». Irimiás frena con un gesto de la mano a Petrina, que jura venganza con rabia en los ojos desorbitados («¡A ver si eres sensato por una vez! ¡Déjalo en paz!»), y se vuelve hacia el muchacho. «¿Qué revisor?». «Pues Kelemen, el que vive allá en el cruce de Elek. Los vio a ustedes». «¿Kelemen? ¿Ya es revisor?». «Pues sí, desde la primavera es revisor de la línea de autobús interprovincial. Pero ahora los autobuses no circulan, de manera que tiene tiempo para dar vueltas por ahí...». «Vale», dice Irimiás, y se pone en marcha. El muchacho se planta a su lado: «Hice lo que me pidió... Pero confío en que usted también cumpla...». «¡Yo suelo cumplir mis promesas!» le responde fríamente Irimiás. El muchacho lo sigue como una sombra; cuando consigue alcanzarlo, lo va

mirando de reojo; luego vuelve a quedarse atrás. Petrina va muy rezagado, y si bien no entienden lo que dice, saben perfectamente que despotrica sin piedad contra la lluvia incesante, el barro, el muchacho y todo el mundo «en su conjunto». «¡Además, todavía tengo la fotografía!», grita el muchacho desde una distancia de unos doscientos pasos. Irimiás, sin embargo, no lo escucha, o finge no escucharlo, avanza por el centro de la calzada con la cabeza bien alta y con pasos largos, hendiendo la noche con su nariz aguileña, con su mentón puntiagudo. «¿No quiere ver la fotografía?», insiste el muchacho. Irimiás lo mira lentamente: «¿Qué fotografía?». Entretanto, Petrina los ha alcanzado. «¿La quiere ver?». Irimiás asiente. «¡Venga, no le des tantas vueltas, crío del demonio!», lo apremia Petrina. «¿Entonces no están enfadados?». «No, venga...». «¡Pero no la suelto!», pone como condición el muchacho, que introduce la mano en el bolsillo de la camisa. Están en una ciudad, ante un quiosco; a la derecha Irimiás, peinado, con la crencha en el lado derecho, con chaqueta a cuadros, con corbata roja, con la raya del pantalón que se quiebra a la altura de las rodillas; junto a él Petrina con pantalón de chándal y un jersey demasiado amplio, sus grandes orejas de soplillo traspasadas por la luz del sol. Irimiás entrecierra los ojos maliciosamente; Petrina los entorna con gesto serio, solemne, y tiene la boca entreabierta. A la izquierda de la imagen aparece una mano con un billete de cincuenta forintos entre los dedos. Detrás de ellos, como si se inclinara en ese preciso instante, un tiovivo tumbado. «¡Vaya, qué ven mis ojos!—se alegra Petrina—. ¡Somos nosotros, amigo! ¡Que me aspen si no lo somos! Dámela, así veré mejor mi vieja cara». El muchacho, sin embargo, aparta su mano. «¡No! ¿Qué quiere? ¡Hasta aquí este circo gratuito!». Vuelve a guardar la fotografía en una bolsa de plástico, que esconde en el bolsillo de su camisa. «¡A ver, niño!—le ruega con voz cálida Petrina—. Enséñamela de nuevo, que casi no he visto nada». «Si quiere volver a verla, entonces...—considera el muchacho—, entonces... Entonces júnteme con la mujer del fondista, que también tiene grandes las tetas». Petrina, exasperado, se pone en marcha («¡Y qué más, hijo del infierno!»), el muchacho le propina un golpe en la espalda y se dirige hacia Irimiás, que se ha adelantado. Petrina lo sigue un rato gesticulando, luego le viene a la mente la fotografía, sonrío, masculla algo y acelera el paso. Han llegado a la altura de la cruz, ya sólo queda media hora de camino. El muchacho, radiante, sigue a Irimiás, lo observa, salta a un

lado, y a otro. Entretanto, va pasando el informe en voz alta, mientras le da de vez en cuando una chupada al cigarrillo que casi le quema los dedos y que ha encendido quién sabe cuántas veces: «Mari sale ahora con el fondista... La señora Schmidt ya lleva tiempo con el cojo, y el director de la escuela sigue en casa, solo... ¡Qué cabrón más espantoso, no lo imagina usted!... Y mi hermana menor, que es una lela, una pánfila, calla y espía, no para de espiar a todo el mundo, en vano le pega mamá, no sirve de nada, hasta han dicho que quedará tonta para toda la vida... Y, créame, el doctor está todo el día en su casa y no hace nada, nada de nada. Sentado el día entero, la noche entera, duerme incluso sentado en la silla y la casa hiede como una madriguera de ratas, la luz está encendida a todas horas, pero a él le da igual, fuma sus cigarrillos a cuál más caros y no para de beber como un cosaco, y si no me cree, pregúntele a la señora Kráner, ya le dirá ella que es verdad, ya verá usted. Sí, y hoy mismo Schmidt y Kráner traen el dinero del ganado, sí, es lo que hace todo el mundo desde febrero, salvo mamá, pues a ella no la han querido los cabronazos. ¿El molino? Al molino ya sólo van las cornejas, y mis hermanas mayores, que allí se emputecen ellas, las estúpidas, porque, imagínese, mamá se queda después con todo el dinero, y ellas lloran, claro. ¡Yo desde luego no la dejaría! ¿En la fonda? ¡Allí ya no se puede! La mujer del fondista tiene una jeta más grande que un culo de vaca, pero por suerte se ha mudado ahora a la casa en la ciudad, se quedará allí hasta la primavera, porque dice que aquí no hace más que llenarse de barro, es de risa, el fondista tiene que ir una vez al mes a verla y después vuelve hecho polvo, su mujer lo deja reventado... Además, ha vendido la moto Pannónia tan buena que tenía y ha comprado a cambio un cacharro que hay que empujar para ponerlo en marcha, la explotación en pleno se reúne cuando se va, porque luego hace recados a todos, y todo el mundo tiene que empujar para que el motor arranque... ¡Y después dice que con ese cacharro han ganado incluso campeonatos provinciales! ¡Ja, ja, ja, es de risa! Por lo demás, está ahora con una de mis hermanas mayores, la más pequeña de las dos, porque todavía le debemos el dinero de la semilla para sembrar del año pasado...». Se divisa ya la ventana iluminada de la fonda... Sin embargo, no se oye ni una voz, ni un solo ruido... Reina el silencio, como si dentro no hubiera ni un alma... Pero no es así, se escucha a alguien tocando el bandoneón... Irimiás se quita el barro de los zapatos, que pesan como plomo... Se aclara la garganta... Empuja la puerta con cautela... La

lluvia arrecia de nuevo... Por el este, el cielo se ilumina con la velocidad de un recuerdo, se apoya con su color rojo y con el azul propio del alba sobre el ondulado horizonte, y sale también el sol con la angustiante inseguridad con que el mendigo sube por la mañana las escaleras de la iglesia, emerge para crear las sombras, para desgajar los árboles, la tierra, el firmamento, los animales, los hombres de esa unidad caótica y gélida en la que se dejaron atrapar como moscas en la telaraña, y todavía llega a ver la noche que huye al otro lado por el horizonte, llega a ver cómo van cayendo uno tras otro sus temibles elementos allá en el oeste, cual ejército a la desbandada, desesperado y derrotado.

## SABER ALGO

*Al finalizar el Paleozoico, un proceso de hundimiento se inicia en toda Centroeuropa. Lógicamente, nuestra tierra húngara también se ve afectada. En este nuevo proceso geogénico, las cadenas montañosas de formación paleozoica se hunden y acaban cubiertas de sedimentos marinos. En el curso del hundimiento, el territorio de Hungría se convierte en parte del mar que cubre Europa del Sur, concretamente en su golfo noroccidental. El mar predomina durante todo el Mesozoico.* El doctor estaba sentado junto a la ventana, con gesto malhumorado, el hombro apoyado en la pared fría y húmeda, y ni siquiera había de mover la cabeza para observar la explotación por el hueco que quedaba entre la cortina sucia con estampado de flores que le legara su madre y el marco carcomido de la ventana, le bastaba levantar la vista del libro; le bastaba una única mirada para constatar el más mínimo cambio, y aunque muy de vez en cuando podía ocurrir que se perdiera algo —fuese por estar sumido en sus pensamientos, fuese por hallarse alejado de su puesto de observación—, su extraordinario oído le servía de ayuda; bien es cierto que raras veces se sumergía en sus pensamientos y en menos ocasiones aún se levantaba de su sillón revestido de mantas y de un abrigo de piel y colocado en la posición exacta determinada por su larga experiencia cotidiana, pues había conseguido limitar al mínimo el número de casos en los que había de abandonar su puesto de observador junto a la ventana. Desde luego, no se trataba en absoluto de una tarea fácil que se pudiera empezar de un día para el otro. Todo lo contrario: tuvo que reunir y ordenar de la manera más conveniente posible los objetos necesarios para comer, para beber, para fumar, para llevar el diario, para leer y para un sinnúmero de otras actividades nimias; es más, hubo de renunciar a dejar impune, por indulgencia consigo mismo, cualquier error que pudiera cometer, porque obrando de tal modo actuaría en contra de sí mismo: un error debido a cualquier distracción o entretenimiento acrecentaba los

riesgos y acarrea consecuencias mucho más graves de lo que uno podía suponer. ¿No ocultaba un gesto superfluo una incipiente confusión? ¿No eran una cerilla o una copa de aguardiente en el lugar inadecuado en sí destructivas, en sí monumentos a la amnesia, por no mencionar que provocaban una serie de cambios en cadena? Uno tras otro iban cambiando de sitio los cigarrillos, el cuaderno, el cuchillo y el lápiz y, por consiguiente, se modificaba «el sistema de gestos óptimos», se producía el caos, se iba todo al garete. Esa situación idónea para la observación no fue creada en un santiamén. No; el sistema se fue puliendo durante años, día tras día, a través de autoflagelaciones, de castigos, de oleadas de repugnancia por los errores cometidos, pero tras superar las inseguridades iniciales y las dudas que de vez en vez afloraban, llegó el momento en que ya no tuvo que comprobar uno por uno cada uno de sus gestos, en que los objetos encontraron su lugar definitivo y él mismo pudo dirigir de forma ciega y decidida hasta los detalles más nimios de su actividad y confesarse finalmente, sin ningún ápice de autoengaño o de exceso de confianza, que su vida funcionaba a la perfección. Aun así, necesitó meses para eliminar el miedo, pues sabía que si bien había establecido las bases de su situación en el lugar, por desgracia dependía de otros para conseguir los alimentos, el aguardiente, los cigarrillos y otras cosas imprescindibles. No obstante, sus preocupaciones relativas a la señora Kráner, encargada de la compra de los alimentos, así como sus dudas respecto al fondista resultaron injustificadas: la mujer era puntual, es más, logró que dejara de molestarlo en los momentos más inesperados e inoportunos trayendo alguna comida que se consideraba una rareza en la explotación («¡Antes de que se enfríe, doctor!»). En cuanto a las bebidas, o bien las compraba él mismo en grandes cantidades cada cierto tiempo, o bien, lo que ocurría con más frecuencia, se las pedía a cambio de ciertas contrapartidas al fondista, quien, temeroso de que el imprevisible doctor le retirara algún día la confianza y lo dejara sin unos ingresos seguros, procuraba satisfacer de la mejor manera posible sus deseos aparentemente insignificantes y a veces directamente estúpidos. Por tanto, no había de temer a esas dos personas, y los demás habitantes de la explotación habían dejado de irrumpir en su casa sin aviso, con la excusa de alguna fiebre repentina, de un ardor de estómago o de una lesión, convencidos como estaban de que, al haber sido suspendido oficialmente, su fiabilidad y sus conocimientos médicos también se habían esfumado.

Esto, por muy exagerado que fuera, no carecía de cierto fundamento: centraba gran parte de sus esfuerzos en mantener intacta la memoria y dejaba caer de ella cuanto resultaba superfluo. Aun así, vivía angustiado—porque, tal como apuntaba a menudo en su diario, «éstos son capaces de todo»—, de manera que cuando veía a la señora Kráner o al fondista en el umbral se los quedaba observando durante minutos, los miraba a los ojos para determinar sobre la base de la velocidad a la que clavaban la mirada en el suelo o a la que apartaban la vista, de los cambios en las proporciones de suspicacia, curiosidad y temor en sus ojos, si estaban dispuestos a seguir ateniéndose a los acuerdos en los que se fundamentaban sus relaciones comerciales, y sólo entonces les hacía una señal para que pasaran. Se limitaba a lo más imprescindible, no aceptaba sus agradecimientos, sólo echaba un vistazo a las bolsas llenas y luego miraba con una cara tan malhumorada sus desmañados gestos, escuchaba con una expresión tan sombría e impaciente sus peticiones y explicaciones expuestas con torpeza, que ellos (en particular la señora Kráner) normalmente se tragaban sus palabras, guardaban rápidamente y sin contarle el dinero calculado de antemano y se marchaban. Esto explicaba en gran medida por qué desconfiaba tanto de la zona cercana a la puerta; porque se sentía fatal, le dolía la cabeza o sentía asfixia cuando a veces (generalmente por alguna negligencia de esos dos) había de levantarse de su sillón para traer algo del otro lado de la habitación; en tales casos (después de largas deliberaciones previas en su fuero interno) procuraba resolver cuanto antes el asunto, pero para cuando volvía a su sitio ya se le había estropeado el día: una inquietud tan profunda como incomprensible se adueñaba de él, la copa o el lápiz comenzaban a temblar en su mano y escribía en su diario apuntes cargados de nerviosismo que luego, lógicamente, tachaba enfurecido. No era de extrañar entonces que en esa zona maldita se encontrara todo patas arriba: el barro introducido estaba seco, pegado en gruesas capas al parquet carcomido y desmigajado, las malas hierbas crecían a su aire al pie de la pared junto a la puerta, a la derecha yacía un sombrero aplastado y casi irreconocible con restos de comida, bolsas de plástico, frascos de medicamentos, hojas de cuadernos y muñones de lápices a su alrededor. El doctor—según algunos, en clara contradicción con su quizá exagerado e incluso patológico amor al orden—no hacía nada por resolver esa situación insostenible: y ello se debía a su convencimiento de que esa zona apartada

«perteneía al mundo exterior», era ya parte del territorio enemigo, lo cual le aportaba, además, una explicación decisiva para sus temores, sus angustias, sus inquietudes e inseguridades, puesto que de un lado lo «defendía un muro», del otro, en cambio, «podían atacarlo sin encontrar obstáculos». La habitación daba a un pasillo oscuro, lleno de malas hierbas, por el que se accedía al retrete cuyo depósito llevaba ya años sin funcionar, de modo que había que recurrir a un cubo que la señora Kráner llenaba de agua tres veces por semana. En un extremo del pasillo había dos puertas de las que colgaban sendos candados oxidados; en el otro lado, una salida al exterior. La señora Kráner, que poseía las llaves para acceder a la vivienda, creía percibir ya allí, en el momento mismo de entrar, un hedor acre y potente que le impregnaba la ropa e incluso la piel, como afirmaba insistentemente, en vano se lavaba hasta dos veces «en los días en que me toca ir a la casa del doctor». Así justificaba también ante la señora Halics o la señora Schmidt, interesadas en el asunto, la brevedad de sus estancias en el lugar; era simplemente incapaz de soportar más de unos minutos ese olor, porque era «intolerable, como digo, ¡intolerable! No entiendo cómo se puede vivir en medio de esa peste espantosa. Y eso que es un hombre culto, pero...». El doctor no se percataba del hedor insoportable ni de nada que quedara fuera de su puesto de observación en la vivienda; mucha más atención prestaba al orden de los objetos a su alrededor, a la distancia entre los cubiertos, los cigarrillos, las cerillas, el diario y los libros sobre la mesa, sobre el alféizar y en torno al sillón, en el parquet destrozado ya por los ataques impacientes de la carcoma; tenía una sensación de calidez y de cierta satisfacción cuando en alguna ocasión repasaba con la mirada sus instrumentos ordenados de manera familiar en la habitación inundada de pronto por el crepúsculo y tomaba conciencia de que en el centro de todos ellos se encontraba él, omnipotente, seguro de sí. Meses antes había comprendido que ya no tenía ningún sentido seguir experimentando, y después se había percatado, además, de que ni queriendo habría sido capaz del más mínimo cambio; las modificaciones no resultarían inequívocamente fructíferas, pues era de temer que el deseo de cambio sólo fuese síntoma de una memoria en declive. De hecho, su esfuerzo consistía en procurar que su retentiva lo protegiera de la decadencia destructiva que lo rodeaba; empezó el día en que—después de que se decretara el desmantelamiento de la explotación y él decidiera quedarse hasta que le llegara la «resolución que

anulaba su suspensión»—subió al molino con la mayor de los Horgos, observó los ruidosos preparativos para la mudanza, los gestos febriles de los hombres que chillaban, los camiones que desaparecían a lo lejos, y le dio la impresión de que la explotación se venía abajo a raíz de esa condena a muerte; ese día tomó conciencia de que era demasiado débil para detener él solo la triunfante decadencia; por mucho que lo intentara, no podría oponerse a esa fuerza capaz de destruir casas, muros, árboles y tierras, de aplastar los pájaros que descienden en picado y los animales que se deslizan con sigilo, así como los cuerpos, los deseos y las esperanzas de los humanos; por mucho que lo intentara no podría parar ese ataque alevoso contra la creación humana, de ahí que comprendiera a tiempo que lo único que podía hacer era arrostrar con la memoria esa descomposición siniestra y taimada, confiando en que, si bien acabaría presa de fluidos serpenteantes que circulaban bajo tierra con rumbos misteriosos todo cuanto construyeron los albañiles, ensamblaron los carpinteros, cosieron las costureras, cuanto crearon hombres y mujeres trabajando duramente, su memoria seguiría viva hasta que sus órganos cancelaran «el acuerdo sobre el que se basaba su relación comercial», hasta que sus carnes y huesos terminaran atacados por los buitres mortíferos de la putrefacción. Decidió entonces observarlo todo con detenimiento y «documentarlo» de forma continua procurando no perderse ningún detalle, pues descubrir que no prestar atención a pormenores aparentemente nimios equivalía a reconocer que estamos indefensos, perdidos en el «puente vacilante» entre la desintegración y el orden concebible; había que seguir concentrado y captar cualquier detalle, fuese el «espacio delimitado por las hebras de tabaco en la mesa», la dirección desde la que llegaban las ocas salvajes o simplemente la secuencia de los ademanes humanos más insignificantes, pues ahí residía la única esperanza de no terminar convertidos algún día en prisioneros enmudecidos y sin rastro de ese orden satánico que eternamente se descomponía y eternamente se levantaba. No bastaba, sin embargo, el mero recuerdo concienzudo; éste en sí era «impotente, incapaz de asumir la tarea»; había que encontrar los instrumentos, la conjunción duradera y razonable de las señales con cuya ayuda el ámbito de influencia de esa memoria en permanente actividad pudiera ampliarse y mantenerse en el tiempo. Lo mejor sería, pues, pensó el doctor allá arriba en el molino, «reducir al mínimo el número de circunstancias que me obligaran a

aumentar la cantidad de asuntos sometidos a observación»; esa misma noche, después de enviar a casa descortésmente a la hija de los Horgos, que no comprendía nada de nada, y de comunicarle que en el futuro prescindiría de sus servicios, preparó la mesa de observación todavía incompleta junto a la ventana y se puso a organizar los elementos básicos de ese sistema que desde cierto punto de vista podría calificarse de delirante. Ya despuntaba el día allá fuera, y a los lejos, sobre el Secadal, se cernían amenazadoramente cuatro cornejas peladas, dibujando parsimoniosos círculos; se arregló la manta sobre los hombros y sin mirar encendió un cigarrillo. *En lo que respecta a los elementos que constituyen el cuerpo de nuestra patria en la era cretácica podemos distinguir dos grandes grupos. Un macizo interior presenta entonces hundimientos más regulares. Se configura un territorio con forma de caldera en el que se depositan cada vez más sedimentos. En los bordes, en cambio, encontramos amontonamientos, esto es, se generan sistemas de pliegues sinclinales... Comienza entonces un nuevo capítulo en la historia del macizo interior de Hungría, se inicia una nueva fase evolutiva en la que, a modo de reacción, se deshace el estrecho vínculo entre el marco de pliegues exterior y el macizo interior. Las relaciones de tensión de la corteza terrestre tienden a un equilibrio; éste se produce cuando se hunde el rígido macizo interior hasta entonces predominante, creando así una de las cuencas más bellas de Europa. En el curso del hundimiento, el mar neógeno inunda la nueva cuenca.* Alzó la vista del libro y comprobó que se había levantado el viento, de forma repentina, inopinada, como si se propusiera lanzar un ataque contra la zona; por el este, el color rojo del sol cubrió poco a poco la base del horizonte y de pronto apareció también la bola en el cielo, pálida entre las sombrías nubes que por allí desfilaban. Las diminutas coronas de las acacias se mecían inermes al borde del estrecho sendero que discurría junto a la casa de los Schmidt y la del director de la escuela; el viento empujaba violentamente la capa gruesa y seca de la hojarasca, y un gato negro se escabullía aterrado por la valla de la casa del director. Apartó el libro, cogió el cuaderno en el que escribía su diario y se estremeció por el aire frío que entraba por las grietas de la ventana. Apagó el cigarrillo en el brazo del sillón, se puso las gafas, repasó los apuntes de la noche anterior y escribió a continuación: «Se acerca la tormenta, esta noche tendré que tapar las rendijas de la ventana. Futaki sigue dentro. En la casa del director ha entrado un gato al que no he

visto nunca, ¿qué diablos busca aquí un gato? Algo debe de haberlo asustado, se ha introducido por una abertura increíblemente estrecha, la columna vertebral casi se deslizaba por el suelo, todo ha durado apenas unos segundos. No he podido dormir, me duele la cabeza». Apuró la copa de aguardiente y enseguida volvió a llenarla. Se quitó las gafas y entornó los ojos. Vio una figura larguirucha, desdibujada, que corría con torpeza en la oscuridad; se dio cuenta demasiado tarde de que el camino «sinuoso, dificultado por una serie de obstáculos» de repente se acababa. No esperó a que la figura se precipitara al abismo: aterrado, abrió los ojos. De repente le pareció oír unas campanadas que, sin embargo, enseguida cesaron. ¿Campanadas? Muy cerca, para colmo... Por un instante al menos le dio la impresión de que sonaban a escasa distancia. Con mirada gélida recorrió la explotación observando a través del hueco entre la cortina y la ventana. Se le antojó ver un rostro borroso tras el cristal de los Schmidt, y no tardó en reconocer la cara arrugada de Futaki: la cabeza del hombre asomó luego por la ventana abierta y escrutó entre asustado y atento algo en lo alto, encima de las casas. ¿Qué querría? El doctor extrajo de la pila colocada en un extremo de la mesa un cuaderno con el apellido FUTAKI y buscó la página correspondiente. «Futaki teme algo. Al amanecer miraba alarmado por la ventana. F. teme la muerte». Apuró el aguardiente y enseguida volvió a llenar la copa. Encendió un cigarrillo y señaló en voz alta: «De todos modos, la van a palmar pronto. Y tú también la vas a palmar, Futaki. Así que a qué tanto canguelo». Al cabo de unos minutos comenzó a chispear fuera, y pronto llovía ya a cántaros, el agua no tardó en inundar zanjas y cunetas, pequeños arroyos aparecieron por todas partes en un santiamén. El doctor se quedó un rato mirando, luego pergeñó un dibujo en su diario, trazando de forma concienzuda y precisa hasta los charcos y regueros más pequeños, y apuntó la fecha y la hora debajo. El lugar se fue aclarando poco a poco, mientras la bombilla pelada seguía irradiando una luz tenue y gélida desde el techo. El doctor se incorporó, emergió de entre sus mantas, apagó la luz y volvió a sentarse. De la caja de cartón colocada sobre el brazo derecho sacó una lata de conserva de pescado y un trozo de queso. Éste se había enmohecido, de modo que lo examinó un rato y luego lo arrojó a la basura que había delante de la puerta. Abrió la lata y poco a poco, meticulosamente, fue masticando los bocados antes de tragarlos. A continuación apuró otra copa de aguardiente. Ya no tenía frío, pero siguió

un rato envuelto en las mantas. Cogió el libro y rápidamente decidió volver a llenar la copa. *Resulta interesante observar que al final del Plioceno, el mar de la Gran Llanura descendió de manera considerable y dejó enormes lagos de aguas someras tales como el actual Balatón; el trabajo conjunto del viento y del agua con sus oscilaciones había realizado grandes cambios y destrucciones para el futuro. ¿Esto qué es? ¿Predicción o geología?*, se preguntó molesto el doctor. Continuó hojeando el libro. *En ese mismo período, todo el territorio de la Gran Llanura se levanta, de manera que el agua de los pequeños lagos se desagota y va a parar a zonas incluso bastante alejadas. Sin esta elevación epirogenética del macizo del Tisia no podría explicarse la repentina desaparición de los lagos de levante. Tras su desaparición, en el Pleistoceno ya sólo lagos pequeños, zonas pantanosas y ciénagas indicaban que en su día había habido allí un mar interior...* El texto, publicado en la editorial local del doctor Benda, no sonaba convincente, carecía de una argumentación sólida y en ocasiones se le antojaba poco serio debido a la torpeza de los razonamientos lógicos. Le daba esa impresión a pesar de sus escasos conocimientos en la materia y de que no todos los términos técnicos le resultaban familiares. Aun así, aunque sus ojos se habían animado mientras leía la historia de la tierra de apariencia tan firme y definitiva bajo sus pies y a su alrededor, el estilo tosco y confuso del autor, el uso indistinto del presente y del pasado, no le permitía saber si se trataba de un intento de describir proféticamente la situación posterior a la desaparición del hombre o si tenía entre manos el relato de la evolución de la tierra en la que había de vivir. Su imaginación se vio hechizada por la idea de que la explotación y el territorio que la rodeaba y que se consideraba de tierra grasa y sumamente fértil habían estado cubiertos por el mar hacía millones de años, de que mares y tierras firmes se habían alternado en aquel lugar, y de pronto—mientras tomaba nota disciplinadamente de que Schmidt, hombre regordete y de andar vacilante, se acercaba con el anorak empapado por el camino procedente del Secadal y entraba deprisa y con disimulo, como quien teme ser visto, por la trasera de su casa—se sumió en el oscilante curso de los tiempos y tomó conciencia fríamente de que su existencia no era más que un puntito: se vio a sí mismo como una víctima desprotegida e impotente, el arco entre su nacimiento y su muerte desaparecía frágil en medio de los silenciosos combates entre mares que se retiraban y cadenas montañosas que se

alzaban, y le pareció percibir bajo el cuerpo cada vez más gordo que descansaba en el sillón un ligero estremecimiento, acaso un augurio de la siguiente e inminente irrupción del mar, una advertencia para emprender una inútil huida a cuya necesidad él tampoco podría sustraerse, de manera que correría en una manada salvaje junto con los ciervos, los osos, las liebres, los corzos, las ratas, los insectos y las lagartijas, con la tropa temible y enloquecida de perros y hombres, con tantas vidas sin sentido ni objeto hacia la inconcebible destrucción colectiva, mientras en lo alto quedaba como única esperanza el vuelo de los pájaros extenuados que iban cayendo uno tras otro. Por unos momentos esbozó vagamente en su interior la idea de renunciar a los experimentos y dedicar las fuerzas que así se liberarían a «suprimir sus deseos», a renunciar paulatinamente a la alimentación, a la bebida y al tabaco, a elegir la mudez en lugar de la tortura permanente de poner nombre a las cosas; la idea de alcanzar de este modo, en un plazo de meses, quizá, de unas semanas, una vida sana e impecable y en vez de dejar huellas disolverse en el silencio definitivo que de todas maneras lo llamaba con urgencia; sin embargo, al cabo de un rato todo esto le pareció irrisorio o un fugaz episodio de debilidad surgido del miedo y del orgullo, de modo que apuró la copa de aguardiente y enseguida la llenó de nuevo, porque la copa vacía lo colmaba de inquietud. Después volvió a encenderse un cigarrillo y retomó sus apuntes: «Futaki sale con sigilo por la puerta. Espera un breve lapso de tiempo. Luego llama a la puerta y grita algo. Y vuelve a entrar en la casa. Los Schmidt no han salido. El director de la escuela ha ido atrás con el cubo de la basura, la señora Kráner espía por la puerta. Estoy cansado, debería dormir. ¿Qué día es hoy?». Empujó las gafas hacia la frente, dejó el lápiz y se frotó el caballete enrojecido de la nariz. La lluvia caía con fuerza y ya sólo veía manchas desdibujadas en el exterior, el ramaje de algún árbol que de pronto se perfilaba y enseguida se esfumaba, y en las fugaces pausas del estruendo continuo oía a lo lejos los aullidos lastimeros de unos perros. «Como si alguien los torturara». Vio a unos perros colgados de las patas a los que algún zagal depravado les chamuscaba la nariz con unas cerillas junto a una choza o su cobertizo; aguzó el oído y continuó tomando apuntes: «Ahora parece que para... Ahora arrecia de nuevo». Al cabo de unos minutos ya no estaba tan seguro de si realmente oía esas voces sufrientes o si simplemente era capaz, a raíz de los muchos y agotadores años de trabajo, de escuchar en medio del

estruendo los antiguos aullidos que de alguna manera habían quedado registrados en el tiempo («El tormento no desaparece sin dejar huella», pensó confiado) y que la lluvia levantaba ahora como el polvo. Luego, de pronto, creyó oír algo más, plañidos humanos, llantos y sollozos entrecortados, berrinches exigentes y atormentados que, como las casas y árboles se emborronaban en el exterior, ora se perfilaban con claridad, ora se confundían con el ruido monótono de la lluvia. «Cósmico desbarajuste— escribió en su diario—. Me estoy quedando sordo». Miró por la ventana, apuró la copa, pero en esta ocasión olvidó llenarla de nuevo. Lo inundó una sensación de ardor, el sudor le cubrió la frente y el grueso cuello, sintió un ligero mareo e incluso cierto dolor o, más bien, algo así como angustia en las inmediaciones del corazón. A decir verdad, no le sorprendió demasiado: desde la noche anterior, cuando en medio de un sueño breve, inquieto, de escasas horas de duración, lo sobresaltó un grito cercano, no había dejado de beber (ya sólo le quedaba aguardiente para un día en la «damajuana de considerable cabida» que tenía a su derecha), y para colmo apenas había comido nada. Se levantó con la intención de aliviarse, pero al ver el montón de basura acumulada ante la puerta, se lo pensó dos veces. «Más tarde. No corre prisa», dijo en voz alta, pero no volvió a sentarse, dio unos pasos arrimado a la mesa hasta la pared de enfrente, para ver si así se le pasaba esa «sensación de opresión». De las axilas, por los dos lados de su torso grasiento, el sudor bajaba a raudales: se sentía débil. Mientras caminaba, la manta se le deslizó de los hombros, pero se sintió sin fuerzas para tornar a echársela por encima. Volvió a sentarse en el sillón y llenó de nuevo la copa de aguardiente pensando que le ayudaría; y, en efecto, al cabo de unos minutos se sintió mejor, respiraba con mayor facilidad, ya no sudaba tanto. La lluvia que golpeaba el cristal de la ventana dificultaba la visión, de modo que decidió interrumpir un momento la tarea de observación; sabía que no se perdía nada, ya que «al más mínimo ruido, al más mínimo movimiento» enseguida se espabilaría; a veces incluso con los susurros procedentes de su interior, del corazón, del cerebro o del estómago. No tardó en sumirse en un sueño inquieto. La copa vacía que tenía en la mano antes de dormirse cayó al suelo, pero no se rompió; la cabeza se le inclinó hacia adelante, la saliva emergió por la comisura de los labios. Fue como si todo hubiera esperado ese momento: la oscuridad cayó sobre el lugar como si de pronto alguien se hubiese plantado ante la ventana; se ensombrecieron los colores de las

paredes, del techo, de la puerta, de la cortina, de la ventana, del suelo, crecieron más rápido los mechones desordenados del doctor, al igual que las uñas en sus dedos cortos y regordetes, crujieron la mesa y el sillón, y hasta la casa se hundió un poquito en esa taimada rebelión; atrás, al pie del muro, las malas hierbas comenzaron a crecer a mayor velocidad, las hojas arrugadas del cuaderno trataron de alisarse con algún presuroso gesto; chirriaron las vigas de la techumbre, y las ratas corrieron más intrépidas por el pasillo. Se despertó aturdido, con mal sabor de boca. No sabía, aunque sí intuía la hora; la noche anterior había olvidado darle cuerda a su reloj de pulsera—un Rakéta conocido por su robustez, invulnerable a los golpes, el agua y las heladas—, de modo que la aguja de las horas sólo acababa de rebasar las once. Tenía la espalda empapada de sudor, sentía frío, estaba mareado, su dolor de cabeza—aunque no era fácil de precisar—parecía concentrarse en la nuca. Llenó la copa, y sólo entonces se dio cuenta de que antes había calculado erróneamente: no le quedaba aguardiente para un día, sino para una hora. «Debería ir a la ciudad—pensó nervioso—para llenar la damajuana en el local de Mopsz. ¡Pero, ay, el autobús! Si parara de llover, podría ir a pie». Miró por la ventana y comprobó molesto que la lluvia había vuelto impracticables los caminos. Porque si no se podía utilizar la vía antigua, tampoco podría tomar la carretera, pues sólo llegaría a su destino a la mañana siguiente. Decidió almorzar algo y aplazar la decisión para más adelante. Abrió otra lata de conserva y la cuchareteó inclinado hacia adelante. Cuando acabó y se dispuso a pergeñar otro dibujo del sistema de charcos y regueros, cada vez mayor, para compararlo luego con el de primera hora y constatar la diferencia, oyó un ruido procedente de la puerta. Alguien hurgaba con una llave en la cerradura. El doctor apartó los esbozos y se reclinó en el sillón con gesto malhumorado. «Buenos días, doctor—dijo la señora Kráner, y se detuvo en el umbral—. Soy yo». Sabía que debía esperar, y, en efecto, el doctor tampoco dejó pasar esa ocasión para examinar poco a poco, de forma implacable y minuciosa, sus rasgos. La señora Kráner lo toleraba, aunque la cohibía un poco y no lo entendía («Que me mire no más, que me examine si le place», decía luego en casa a su marido), y después, tras la señal de aprobación del doctor, se acercaba. «Sólo he venido para avisarle de que han llegado ya las lluvias, y este mediodía le he dicho a mi marido que por de pronto no van a parar, y luego ya tendremos aquí la nieve. —El doctor no le respondió, se limitó a mirar

de mala gana al vacío—. He hablado con mi marido y hemos quedado en que, como yo ya no podré ir a la ciudad porque el autobús no circulará hasta la primavera, pues eso... Pensamos que hable usted con el fondista; él tiene coche, así que podrá traerle más cosas, suficientes para dos o tres semanas, ha dicho mi marido. Luego, cuando llegue la primavera, ya veremos». El doctor respiró con dificultad: «¿Quiere usted decir que ya no asume la tarea?». La señora Kráner parecía preparada para la pregunta: «Claro que la asumo, por supuesto, ya me conoce, doctor, nunca le he dado ningún problema, pero usted mismo puede comprobar que ha llegado la época de las lluvias, el autobús ya no circula, lo sabe perfectamente, me ha dicho mi marido, él lo entenderá, me ha dicho, cómo voy a ir yo ahora a pie, a la ciudad, a usted también le conviene recurrir al fondista, el tiene coche y puede traerle más cosas...». «Vale, señora Kráner. Puede usted marcharse». La mujer se dirigió hacia la puerta. «Entonces hablará usted con el fond...». «Hablaré con quien quiera», le espetó el doctor. La señora Kráner salió, pero no dio ni tres pasos por el pasillo cuando rápidamente se dio la vuelta: «Ay, se me olvidaba... La llave». «¿Qué pasa con la llave?». «¿Dónde la dejo?». «Déjela usted donde quiera». La casa de los Kráner era vecina de la del doctor, de manera que éste sólo pudo observar brevemente cómo regresaba la mujer a su hogar, lidiando con el barro pegado a las botas. Buscó en la pila de cuadernos el que decía SEÑORA KRÁNER y apuntó: «K. ha presentado su renuncia. No quiere seguir. Que me dirija al fondista, dice. El otoño pasado no le importaban las lluvias ni ir a la ciudad a pie. Seguro que tiene un plan. Se mostró turbada pero inquebrantable. Se prepara para algo. Pero ¿qué diablos será?». Por la tarde volvió a leer los apuntes de los últimos meses sobre la señora Kráner, pero se quedó desconcertado; posiblemente, sus sospechas fueran infundadas y todo se resumiera en que la mujer se pasaba el día dedicada a ensoñaciones allá en su casa y ahora había acabado por enredar sus asuntos. El doctor conocía la cocina de la señora Kráner desde hacía tiempo, recordaba perfectamente aquel hueco estrecho siempre caldeado en exceso y sabía que esos agujeros de aire viciado y hediondo eran auténticos caldos de cultivo para los proyectos infantiles y carentes de toda base, donde los deseos estúpidos y ridículos emanaban a veces como el vapor de las cacerolas. A buen seguro era eso lo que había ocurrido: el vapor había levantado las tapas de las ollas. Al día siguiente llegaría, como tantas veces, el momento amargo del desencanto a

la mañana siguiente, y la señora Kráner se presentaría a la velocidad de un rayo para reparar el estropicio de la víspera. Dio la impresión de que la lluvia amainaba, pero luego volvió a arreciar; sin duda tenía razón la señora Kráner, y se trataba, en efecto, de la primera lluvia otoñal. El doctor recordó el otoño anterior y los precedentes y era consciente de que no cabía esperar otra cosa: con la excepción de breves pausas de unas pocas horas o de un día a lo sumo llovería sin cesar hasta la primera helada; los caminos se tornarían impracticables, se quedarían aislados del mundo exterior, de la ciudad, de las líneas de ferrocarril; la tierra se convertiría en un barrizal, los animales se retirarían a los bosques más allá del Secadal, al estrecho bosquecillo en los antiguos terrenos de los Hochmeiss o al parque asilvestrado del castillo de los Weinckheim, ya que la ciénaga mataba toda vida, pudría la vegetación, y no quedaba más que la tierra empapada en la que se hundía uno hasta las pantorrillas y los charcos que cubrían los surcos abiertos por las ruedas de los coches a finales del verano. Y en los charcos, así como en el canal que discurría allí cerca, se instalaban las lentejas de agua, las algas y los carrizos que por las noches o al atardecer, iluminados por la luz muerta de la luna, parecían mirar ciegamente el cielo como ojos diminutos y plateados en el cuerpo del paisaje. La señora Halics pasó por delante de la ventana, se dirigió al otro lado y llamó a la ventana de los Schmidt. Unos minutos antes, al doctor se le había antojado oír jirones de conversación procedentes de la casa de los Halics, de modo que pensó que había algún problema con Halics y su desgarrada mujer llamaba a los Schmidt en busca de ayuda. «Seguro que Halics vuelve a estar borracho. La mujer, muy nerviosa, explica algo a la señora Schmidt, la cual parece observarla con expresión de asombro o, más bien, de susto. No lo veo bien. El director de la escuela también ha salido, echa al gato. Luego se pone en marcha rumbo a la Casa de la Cultura, con el proyector bajo el brazo. Los demás también se movilizan; pues sí, habrá cine». Volvió a apurar una copa de aguardiente y encendió un cigarrillo. «¡Vaya ajetreo!», murmuró. Como había caído la noche, se levantó para encender la luz. De repente sintió un fuerte mareo; tambaleándose, llegó hasta el interruptor. Encendió la luz, pero ya no pudo dar ni un solo paso para volver a su sitio. Tropezó con algo, se golpeó la cabeza contra la pared, y allí se derrumbó, debajo del interruptor. Cuando volvió en sí y por fin logró incorporarse, lo primero que notó fue la sangre que manaba, en cantidad exigua, de la frente. No sabía

cuánto tiempo había transcurrido desde que había perdido el conocimiento. Regresó a su sitio. «Por lo visto, estoy muy borracho», pensó, y bebió un trago de aguardiente, pues no le apetecía un cigarrillo. Aturdido, miraba al vacío, le costaba volver definitivamente en sí. Se puso la manta sobre los hombros y miró por el hueco al exterior, oscuro como boca de lobo. Aun embotado por el aguardiente se dio cuenta de que «diversos dolores» trataban de pasar de su cuerpo a su conciencia, aunque él no quisiera tomar nota de ellos: «Sólo me he dado un golpe, eso es todo». Recordó la conversación de esa tarde con la señora Kráner e intentó determinar los pasos a seguir. Con el tiempo que hacía no podía salir, y resultaba perentorio recargar las reservas agotadas de aguardiente. En cuanto a cómo suplir a la señora Kráner, si es que ésta no se lo pensaba dos veces, decidió no preocuparse; debía encontrar a alguien—lo que no era tarea fácil—que se encargara de la compra de los alimentos, y que fuera capaz de realizar ciertos trabajos relacionados con la casa, labores nimias pero imprescindibles; en consecuencia, por el momento sólo procuró esbozar un plan más o menos aceptable para ver cómo, a raíz de este vuelco inesperado de los acontecimientos (los Kráner habían de contactar con el fondista al día siguiente), podía acceder a una cantidad de alcohol que le permitiera aguantar hasta la «solución definitiva». Evidentemente, debía hablar con el fondista. Pero ¿cómo avisarle? ¿A través de quién? Ni se le pasó por la cabeza—teniendo en cuenta su momentáneo estado de salud—dirigirse él mismo a la fonda. Luego, sin embargo, consideró que era preferible no encargarle a nadie la misión, porque el fondista adulteraría la bebida añadiéndole agua y luego se justificaría asegurando «no saber que se trataba de un pedido del doctor». Decidió esperar hasta recuperarse un poco y después ponerse en marcha. Se palpó la frente y se limpió la herida con el pañuelo enjuagado en la jarra de agua que había en la mesa. El dolor de cabeza no cejaba, pero no se atrevió a levantarse para ir a buscar un medicamento. Intentó, si no dormir, dormitar un rato, pero las visiones horribles que afloraban una y otra vez cuando cerraba los ojos lo obligaban a mantenerlos abiertos. Con el pie sacó a empujones de debajo de la mesa una maleta vieja, de piel auténtica, y extrajo algunas revistas extranjeras. Las revistas—compradas al buen tuntún al igual que los libros—provenían de una librería de viejo de Kisrománváros, de un suabo apellidado Schwarzenfeld que se enorgullecía de sus antepasados judíos y que una vez

al año, en los meses invernales, cuando cerraba su pequeño negocio tras concluir la temporada turística, realizaba una gira de compra y venta por las diversas localidades, grandes o pequeñas, de la región y nunca olvidaba visitar al doctor, a quien consideraba un hombre «culto y respetable». El doctor no se entretenía mucho con los artículos de las revistas, sino que prefería contemplar las ilustraciones. Le gustaba mirar los reportajes fotográficos de las guerras en Asia, que en absoluto le parecían lejanas o exóticas; estaba convencido de que las fotografías habían sido tomadas en las proximidades, es más, a veces le daba la impresión de que esta o aquella cara le resultaban familiares; y en esos casos se esforzaba por identificarlas. Seleccionaba y clasificaba las mejores tomas, que siempre identificaba con intuición certera. En particular—aunque la clasificación cambiaba con el tiempo—una fotografía aérea se ganó su aprecio: una enorme columna de personas andrajosas serpenteaba por un terreno desértico, detrás de ellas quedaban las ruinas llameantes y humeantes de una ciudad bombardeada y destruida, y ante ellas aparecía en primer plano una mancha negra, grande, amenazadora. Y lo que hacía especialmente digna de atención la fotografía era un instrumento de observación militar que—de manera superflua a primera vista—aparecía en la esquina inferior izquierda. En su opinión, la imagen merecía suma atención: con gran seguridad y profundidad, concentrándose en lo sustancial, permitía ver la historia perfectamente engrasada «e incluso heroica» de la búsqueda y localización de un objetivo, con la distancia justa entre observador y observado, resaltando los detalles con precisión, hasta tal punto que muchas veces se imaginó detrás de aquel instrumento, accionando con gesto seguro el disparador de la cámara. También en esta ocasión, echó casi sin querer un vistazo a esa imagen; conocía hasta sus detalles más ínfimos, pero cada vez que la miraba confiaba en hallar alguno que hasta entonces no había detectado. Sin embargo, en vano tenía puestas las gafas, pues lo veía todo un tanto borroso. Volvió a guardar las revistas y «tomó un último trago» antes de ponerse en marcha. A duras penas se puso el abrigo de piel, dobló las mantas y salió de la casa con andar tambaleante. Lo asaltó un aire fresco; es más, frío. Se palpó los bolsillos para comprobar que contenían la cartera y el cuaderno de apuntes, se ajustó el sombrero de ala ancha y se dirigió con pasos titubeantes hacia el molino. Podría haber elegido un camino más corto, pero entonces tendría que haber pasado por delante de la casa de los

Kráner, luego por delante de la de los Halics y, para colmo, corría el riesgo de toparse en las inmediaciones de la Casa de Cultura o de la nave de maquinaria con «algún paleta» que lo obligara a detenerse con palabras taimadas o agresivas, con muestras repugnantes de curiosidad disfrazadas de saludo. Le costaba avanzar por el barro y, además, apenas veía nada en la oscuridad, pero cuando, después de atravesar el patio trasero de su casa, alcanzó el sendero que conducía al molino, comenzó más o menos a orientarse; sin embargo, no recuperó el equilibrio, su andar seguía siendo inseguro e indeterminado, de modo que a menudo, al calcular mal un paso, acababa chocando con un árbol o tropezando con un arbusto. Resoplaba, jadeaban sus pulmones, y en torno a su corazón no cesaba la sensación de angustia de esa tarde. Aceleró el paso para llegar cuanto antes al refugio del molino y ya ni siquiera trataba de evitar los alevosos charcos del sendero, se metía hasta los tobillos en el agua, el barro chasqueaba dentro de las botas, el abrigo de piel le pesaba. Empujó con el hombro la pesada puerta del molino, se sentó sobre una caja de madera y durante unos minutos se quedó respirando aturdido. Notaba los latidos de la arteria en el cuello, se le entumecieron las piernas, le temblaban las manos. Estaba en la planta baja de aquel edificio abandonado, había dos plantas más por encima de él. Reinaba un silencio profundo por doquier. Después de que se llevaran de allí todo lo utilizable, la nave gigantesca, oscura y seca resonaba; a la derecha de la entrada se acumulaban unas cajas de madera para frutas y hortalizas, había también un abrevadero metálico destinado a quién sabía qué fin, así como una caja ensamblada de un modo tosco con la inscripción ÁBRASE EN CASO DE INCENDIO y sin arena. El doctor se quitó las botas y los calcetines, que retorció para escurrir el agua. Buscó un cigarrillo, pero en el paquete mojado no encontró ni uno solo que pudiera servirle. La tenue luz que entraba por la puerta abierta permitía ver un trozo de suelo y unas cajas que apenas destacaban como manchas en la oscuridad. Al doctor se le antojó oír ruido de ratas en algún sitio. «¿Ratas? ¿Aquí?», se preguntó extrañado, y dio unos pasos hacia el interior de la nave. Se puso las gafas y entrecerrando los ojos se quedó mirando la densa oscuridad. Sin embargo, no volvió a oír los ruidos, de modo que regresó hacia la puerta y se puso los calcetines y las botas. Frotó en el forro de su abrigo la caja de cerillas tratando de secarla para ver si conseguía encender una. Sus intentos tuvieron éxito y a la luz de la llama afloraron en la pared situada a tres o

cuatro metros de la entrada los escalones de la escalera que llevaba a las plantas de arriba, y él, sin un rumbo preciso, dio unos inseguros pasos hacia lo alto. La cerilla no tardó en apagarse, y ya no tuvo ganas ni vio sentido alguno a intentarlo de nuevo. Se quedó durante unos instantes en la oscuridad y palpó la pared dispuesto a bajar y retomar el camino que llevaba a la fonda cuando oyó un ruido muy suave. «Pues sí son ratas». El ruido parecía proceder de lejos, de la última planta. Enfiló hacia arriba tanteando la pared con una mano, y en cuanto dio unos pasos, el ruido se hizo más fuerte. «No son ratas, suena como el crepitar de unas ramas secas al arder». Después, al alcanzar el rellano, ya percibió claramente los jirones de una conversación. En el fondo de la primera planta, a unos veinte o veinticinco metros del doctor, que escuchaba inmóvil, había dos mujeres sentadas en el suelo en torno al oscilante fuego que proporcionaban unas ramas secas. Las dos estaban evidentemente inmersas en la conversación, pero no se miraban, sino que tenían la vista clavada en las llamas que ahora se avivaban, ahora languidecían. «¿Y ustedes qué hacen aquí?», preguntó en voz alta el doctor encaminándose hacia ellas. Las mujeres se incorporaron asustadas, pero una de ellas soltó, aliviada, una risa: «Vaya, ¿es usted, doctor?». El doctor se acercó al fuego y se sentó en el suelo entre las dos: «Así me calentaré un poco—dijo—. Si no tienen inconveniente». Las dos mujeres volvieron a sentarse junto al fuego, encogieron las piernas y se rieron en voz baja. «¿Me pueden dar un cigarrillo?—preguntó el doctor, sin apartar la vista de las llamas—. Los míos parecen esponjas». «Claro, tenga—respondió una—. Ahí los tiene, junto a sus pies». El doctor encendió el cigarrillo y exhaló largo rato el humo. «Sabe, es la lluvia—explicó una de ellas—. Precisamente de eso nos quejábamos Mari y yo, de que no hay trabajo. Ay, últimamente no va bien el negocio—añadió soltando una risa estridente—, y ahora nos hemos quedado aquí encalladas, ¿entiende?». El doctor se puso de un lado para que también allí le diera el calor. Desde que despidió a la mayor de las Horgos, no había vuelto a ver a ninguna de las dos hermanas. Sabía que se pasaban el día allí en el molino esperando abúlicas a que un «cliente» abriera la puerta o a que llegara un mensaje del fondista. Pocas veces iban a la explotación. «Ni siquiera creemos que valga la pena esperar—continuó la mayor de las Horgos—. ¿Sabe usted?, a menudo se escurren los días, y nosotras aquí sentadas, comiéndonos las uñas, aguardando para nada. Hay veces en que estamos a

punto de enzarzarnos las dos, tan de los nervios nos ponemos. Además, pasamos miedo solas...». La menor soltó un risotada ronca: «Pues sí que tenemos miedo. —Y agregó, ceceando como una niña—: Y lo pasamos muy mal aquí solas». Tras lo cual ambas prorrumpieron en un breve y ensordecedor chillido. «¿Puedo coger otro cigarrillo?», preguntó con tono hosco el doctor. «Claro que puede, por supuesto. ¿A usted cómo se lo voy a negar?». Al oír esto la menor de las Horgos se rió todavía más y repitió, imitando la voz de su hermana: «¿A usted cómo se lo voy a negar? ¡En serio, lo has dicho muy bien!». Sus risas roncadas enseguida amainaron y, cansadas, se quedaron mirando las llamas. El doctor se sentía a gusto allá ante el fuego; pensó permanecer un rato más, secarse, entrar en calor, recuperarse y ponerse luego en marcha rumbo a la fonda. Contemplaba las llamas aturdido, con respiración sibilante. La mayor de las Horgos rompió el silencio. Su voz era monótona, ronca y amargada: «Como usted sabe yo ya he cumplido los veinte y ella está a punto de cumplirlos. De esto hablábamos cuando ha llegado, de que así no iremos a ninguna parte. ¡A veces se le van a una las ganas de todo! ¿Sabe lo que hemos conseguido ahorrar? ¿Se lo imagina usted? ¡Ay, sería capaz de matar, lo digo en serio!». El doctor contemplaba el fuego en silencio. La menor de las Horgos miraba indiferente al vacío; despatarrada, con las manos apoyadas en el suelo a su espalda, asentía: «Ahí tenemos, pegado a nosotras, al pequeño, que es un delincuente, y a Estike, que es más tonta todavía, y a mamá... Y ésta también, dale que te pego, que dónde escondemos el dinero, que soltemos el dinero, que el dinero para aquí y el dinero para allá, ¿qué se creen todos ellos? Serían capaces de arrancarnos hasta las bragas, ¡créame! Y luego, cuando decidimos ir por fin a la ciudad y dejar este nido de mugre... ¡Si hubiera escuchado usted el follón que armó!... Que esto y que aquello y que qué nos hemos creído, o sea... ¡Y eso que ya estamos hasta las narices de esta vida! ¿No es así, Mari? ¡Hasta las narices!». La menor, con expresión de aburrimiento en el rostro, hizo un ademán de resignación: «Para ya, deja de darle a la sin hueso. ¡O te vas o te quedas! A ti nadie te retiene, así que no lo digas». La mayor le espetó: «¿Es lo que quieres, no? ¡Que me largue! ¿Verdad? ¡Bien que te las arreglarías aquí sola! ¡Ni hablar! ¡No y no! ¡Tú te vienes conmigo!». La menor de las Horgos puso cara de mofa: «Venga, no me grites tanto que me echo a llorar». La mayor volvió a estallar, pero no consiguió pronunciar una frase, pues sus palabras quedaron

ahogadas por la tos. Luego permanecieron en silencio, fumando, ante el fuego que ardía tenuemente. «No te preocupes, Mari, que ahora habrá dinero a carretadas—rompió el silencio la mayor—. Ya verás lo que vendrá ahora, ¡ya verás!». La otra reaccionó irritada: «Hace tiempo que deberían haber llegado. Algo me huele mal...». «¡Pero qué dices! Tú no te preocupes. Conozco a Kráner y a los demás. En cuanto llegue, vendrá corriendo detrás de su rabo. Siempre ha sido así, y así será también ahora. ¿No creerás que va a confesar todo lo que tiene?». El doctor alzó la cabeza. «¿De qué dinero estás hablando?». La mayor hizo un gesto de negación con la mano: «Nada, no le interesa... Usted caliéntese, doctorcito, y no se preocupe de lo demás». Él se quedó un rato allí sentado, pidió luego un par de cigarrillos y unas cerillas y a continuación bajó las escaleras. Llegó sin percance alguno hasta la puerta; la lluvia entraba en diagonal por la rendija. Su dolor de cabeza se había moderado un poco y el mareo había pasado por completo, sólo quedaba la sensación de angustia en el pecho, que no quería desaparecer. Sus ojos no tardaron en acostumbrarse a la oscuridad, de manera que se orientaba perfectamente por el sendero. A pesar de su estado, avanzaba a buen ritmo, pocas veces lo rozaba alguna rama o arbusto; iba con la cabeza ligeramente ladeada para evitar que la lluvia le diera tanto en la cara. Durante unos minutos se quedó bajo el saledizo de la casa del pesaje, pero luego se puso en marcha, molesto. Delante y detrás de él reinaban el silencio y la oscuridad. Despotricaba en voz alta contra Kráner e ideaba toda suerte de venganzas que, sin embargo, enseguida olvidaba. Volvía a estar cansado, a veces le daba la sensación de que tenía que sentarse en el acto porque de lo contrario se derrumbaría allí mismo. Llegó a la carretera que conducía hasta la fonda y decidió no parar hasta llegar a su destino. «Son cien pasos, no más, es todo lo que queda», se animaba. Por la puerta y el ventanuco de la fonda una luz esperanzadora se proyectaba hacia el exterior, un único punto que servía de orientación en esa noche oscura como boca de lobo. Estaba ridículamente cerca, pero mientras contemplaba esa luz tuvo la sensación de que se alejaba en vez de acercarse. «No es más que un malestar pasajero», constató, y se detuvo. Alzó la vista al cielo, la lluvia impulsada por el fuerte viento le golpeó la cara, y se le antojó que en ese preciso momento necesitaba más ayuda que nunca. Sin embargo, el instante de debilidad se fue tan rápido como había venido. Bajó de la carretera y se plantó ante la puerta de la fonda cuando,

desde abajo, una voz aflautada se dirigió a él: «Doctorcito». La más pequeña de los Horgos, Estike, aferró su abrigo. Su pelo rubio pajizo y la chaqueta de punto, que le llegaba a los tobillos, estaban empapados. Bajó la cabeza y sujetó el abrigo del doctor como si «no tuviera otra cosa que hacer que colgarse de él como un mono». «¿Qué quieres? ¿Eres tú, Estike?—La niña no respondió—. ¿Qué haces aquí a estas horas?—El doctor se detuvo asombrado, luego, ya impaciente, intentó zafarse, pero Estike, como si de ello dependiera su vida, no lo soltaba—. ¡Vamos, suéltame! ¿Qué te ocurre? ¿Dónde está tu madre?». El doctor cogió a la niña, quien enseguida se soltó, pero inmediatamente volvió a aferrar la manga de su abrigo y se quedó quieta, muda, con la cabeza gacha. El doctor, nervioso, apartó el brazo de Estike, y al zafarse dio sin querer un paso atrás, con tal mala suerte que tropezó con el quitabarros de hierro y, a pesar de que sus brazos se movieron como aspas para mantener el equilibrio, cayó cuan largo era en el barro. La niña fue corriendo hasta la ventana de la fonda y desde allí observó, lista para huir, cómo se incorporaba poco a poco ese gigantesco cuerpo y se dirigía hacia ella. «¡Ven aquí! ¡Ven ahora mismo!». Estike se apoyó en el alféizar de la ventana, tomó impulso y echó a correr con torpes pasos, zancajosa como era, hacia la carretera. «Lo que me faltaba—murmuró furioso el doctor, y aún le gritó a la niña—: ¡Sólo me faltabas tú! ¿Adónde vas? ¡Vamos, para! ¡Ven aquí ahora mismo!». Se quedó desconcertado ante la puerta de la fonda, sin saber qué hacer: resolver por fin el asunto por el que había venido o ir en pos de la niña. «Su madre está aquí dentro, bebiendo..., sus hermanas puteando en el molino su hermano atracando quién sabe qué tienda en la ciudad... Y mientras, ella corretea vestida con apenas un jersey... ¡Que el diablo se los lleve!». Subió hasta la carretera y gritó a la oscuridad: «¡Estike! ¡Oye, que no te haré daño! ¿Te has vuelto loca? ¡Ven aquí ahora mismo!». No recibió respuesta. La siguió, mientras pensaba, molesto, que no debería haberse movido de casa. Calado hasta los huesos, no se sentía bien, y para colmo había aparecido esa niña medio oligofrénica que se le había pegado como una lapa... Consideraba que le habían ocurrido demasiadas cosas desde que había salido y todo ello le daba vueltas en la cabeza. Constató amargado la fragilidad de todo cuanto había levantado en el curso de los años, en largas «y dolorosas» luchas; y más afligido aún comprendió que él mismo—a pesar de su organismo robusto—de pronto acababa de derrumbarse; había bastado un

breve paseo hasta la fonda («¡Y eso que he descansado en el camino!»), lo cual no implicaba una gran distancia, para quedarse sin aliento, sentía una opresión en el pecho, le flaqueaban las piernas, le fallaba el cuerpo ya sin fuerzas. Y, lo más grave, iba de aquí para allá sin ningún tino, alocadamente, como un inepto, sin saber por qué correteaba por la carretera bajo esa lluvia torrencial siguiendo a una niña que, como tantas veces, se había desbocado. Volvió a gritar en la dirección en la que suponía estaba la pequeña, se detuvo y comprendió que de todos modos no la alcanzaría. Además, ya era hora de serenarse. Dio media vuelta y se percató de que se había alejado bastante de la fonda. Se puso en marcha, y al cabo de dos pasos el mundo se oscureció ante sus ojos en un santiamén y notó que sus pies se escurrían por el barro; por un brevísimo instante percibió aún que caía al suelo y rodaba cuesta abajo, hasta que perdió la conciencia por completo. La recuperó muy poco a poco, con gran dificultad. No recordaba cómo había ido a parar allí, tenía la boca llena de barro, le daban ganas de vomitar por el sabor a crudo de la tierra en el paladar. También su abrigo era todo lodo, las piernas estaban entumecidas por el frío, por el agua, aunque, curiosamente, los tres cigarrillos que le habían dado las hermanas Horgos y que apretaba con fuerza en el puño para evitar que se mojaran estaban intactos. Los guardó en el bolsillo e intentó levantarse. Sin embargo, sus pies volvieron a escurrirse por aquella cuneta barrota y escarpada, y sólo tras una serie de intentos fallidos logró alcanzar la carretera. «¡Mi corazón! ¡Mi corazón!», pensó entonces como en una iluminación y, asustado, se llevó la mano al pecho. Se sentía muy débil y sabía que debía acudir cuanto antes al hospital. Sin embargo, no cabía esperanza alguna de hacer realidad esa idea por causa de la lluvia, que no cesaba, que caía sobre la carretera en diagonal, en ráfagas que se sucedían sin parar. «Debería descansar. Bajo algún árbol... ¿O en la fonda? No, descansaré aquí en algún sitio». Salió de la carretera y se refugió al amparo de una vieja acacia. Se puso en cuclillas para evitar apoyar las posaderas en el suelo. Procuró no pensar en nada, fijando la mirada en el vacío. No sabía si habían pasado minutos u horas. El horizonte comenzó a iluminarse por el este. El doctor, frágil ya y abrigando una difusa esperanza, observó cómo la luz empezaba a cubrir implacable el paisaje. Confiaba en la claridad y al mismo tiempo la temía. Mucho le habría gustado yacer en una habitación caldeada y agradable, cucharetear un caldo bien caliente bajo la mirada de una enfermera de cutis blanco y

volverse luego hacia la pared. En ese momento le llamaron la atención tres figuras que se acercaban, habiendo alcanzado ya la casa del peón caminero. Estaban lejos aún, desesperadamente lejos; no podía oír, sino sólo ver que un muchacho de estatura baja explicaba algo con apasionamiento a una de las figuras, mientras que la tercera iba detrás, a unos pasos de distancia. Cuando por fin llegaron a su altura, reconoció a los caminantes; les gritó, pero por lo visto su voz fue arrastrada por el viento y difuminada por la lluvia, pues ni siquiera se volvieron hacia él y prosiguieron su camino rumbo a la fonda. Sin embargo, olvidó la escena antes incluso de llegar a asombrarse de ver a esos dos golfos de altos vuelos; sintió un dolor punzante en las piernas y sequedad en la boca. La mañana lo alcanzó ya en la carretera, rumbo a la ciudad, pues no quería volver hacia la fonda. Más que andar, se tambaleaba, zarandeado por ideas confusas, asustado por voces que gritaban encima de él. Una bandada de cornejas lo seguía; le dio la impresión de que le iban detrás tenazmente, de que en ningún momento se apartaban de él. Por la tarde, cuando llegó al cruce de Elek, ya no tenía fuerzas siquiera para encaramarse por sí solo a la carreta; Kelemen, que se dirigía a casa, tuvo que subirlo de alguna manera e instalarlo sobre la paja empapada apilada detrás del pescante. Se sintió aliviado y durante largo rato, hasta que lo adormiló el movimiento oscilante del vehículo, resonaron en él las palabras de reproche del revisor: «No debería haber hecho esto, doctor, no debería haber hecho esto».

## LA LABOR DE LAS ARAÑAS I

## EL OCHO ACOSTADO, SIGNO DEL INFINITO

«¡Podrías encender la estufa!», sugirió Kerekes, el granjero. Los moscardones de otoño zumbaban alrededor de la pantalla resquebrajada de la lámpara, trazando ochos irregulares en medio de la tenue iluminación, chocando una y otra vez contra aquella sucia pieza de porcelana para volver a caer, tras un ligero golpe, en la red imaginaria que ellas mismas habían tejido y para continuar el movimiento dentro de esa pista de vuelo infinita y cerrada a la vez hasta que alguien apagara la luz; sin embargo, la mano en la que dormitaba tal gesto misericordioso estaba todavía sosteniendo una cara con barba de dos días, la del fondista, quien pestañeaba somnoliento; con el ruido de la incesante lluvia en los oídos, miraba los moscardones y murmuraba: «¡La puta que os parió!». Halics se hallaba en el rincón al lado de la puerta, sentado en una enclenque silla metálica, con el abrigo de servicio abotonada hasta el mentón, aunque, para sentarse, hubo de recoger los faldones sobre los muslos, ya que, a decir verdad, la lluvia y el viento no trataban con delicadeza a nada ni a nadie, a él lo habían ablandado y afeado, le habían desdibujado el rostro, mientras que al abrigo le habían sustraído todo apresto, de manera que la prenda ya no lo protegía de las aguas diluvianas, sino, como solía decir con frecuencia, sólo «de las lluvias internas que fácilmente se convertían en definitivas» y que, procedentes de su corazón marchito, inundaban día y noche sus órganos indefensos. Un charco crecía alrededor de sus botas, el vaso vacío le pesaba en la mano, y él trataba en vano de no escuchar: atrás, apoyado en el «billar», con la mirada opaca, sin mundo, dirigida hacia el fondista, Kerekes filtraba poco a poco el vino entre los dientes y lo tragaba luego con avidez. «Repito: podrías encender la estufa», insistió el granjero, y volvió la cabeza ligeramente hacia la derecha para no perderse ningún sonido. El olor a moho procedente de los rincones envolvía la avanzadilla de la tropa de

cucarachas que descendía por la pared trasera; no tardó en aparecer el grueso del ejército desplegándose por el suelo aceitado. El fondista respondió con un gesto obsceno, miró con una sonrisa llena de picardía y de complicidad a los ojos húmedos de Halics, pero luego, ante las palabras amenazadoras del granjero («¡No finjas, cabeza de huevo!»), se encogió asustado en la silla. Detrás de la barra revestida con una plancha de hojalata, los restos de un cartel con manchas de pintura colgaban en diagonal en la pared, mientras que al otro lado, fuera del círculo de luz de la lámpara, junto a un anuncio descolorido de Coca-Cola, un perchero de hierro se alzaba con un sombrero y un abrigo olvidados y cubiertos de polvo; cualquiera habría podido tomar aquel conjunto por un hombre ahorcado. Kerekes se dirigió hacia el fondista con la botella vacía en la mano; el entarimado de madera crujió bajo sus pies; el hombre se inclinó ligeramente hacia adelante; su gigantesco cuerpo casi llenaba el local, así como se empequeñece de pronto el espacio alrededor del toro que sale del redil. Halics vio al fondista desaparecer tras la puerta que daba al almacén; lo oyó echar el cerrojo y constató con cierta angustia, porque desde luego algo había ocurrido, pero también con cierto alivio que por esa vez no era él quien tenía que esconderse entre hileras de sacos de abono químico amontonados e inmóviles desde hacía años, entre herramientas de jardinería y el pienso para los cerdos, en medio de un olor horrendo, apretando la espalda contra la puerta metálica, e incluso se adueñó de él cierta alegría o, más bien, una pizca de satisfacción al comprobar que quien hacía poco reinaba aún sobre los centelleantes vinos ahora aguardaba recluido, prisionero rebelde de un granjero imprevisible y poseedor de una fuerza mortífera, la aparición de algún ruido liberador. «¡Otra botella!», dijo Kerekes, irritado. Extrajo de su bolsillo un fajo de billetes; debido a la rapidez del gesto, sin embargo, uno de ellos revoloteó por el aire con solemnidad y fue a parar al suelo, junto a las informes botas del granjero. Halics, quien captó, aunque fuese sólo fugazmente, las leyes que regían aquel instante, aquello que probablemente haría el otro y aquello que debía hacer él mismo, se levantó en el acto, esperó un momento para ver si el otro se inclinaba para recoger el billete, se aclaró la garganta, cogió toda su calderilla, se acercó y abrió la mano. Las monedas se esparcieron tintineando por el suelo y, cuando hasta la última se hubo detenido, se arrodilló para recogerlas. «¡Agarra también mi billete de cien!», tronó

Kerekes, y Halics, conocedor de la estructura del mundo («... yo tengo doble vista...»), recogió y entregó el dinero, servicial, con la disposición taimada del criado, sin decir palabra y lleno de odio. «Sólo se equivocó en el valor del billete...—dijo para sus adentros, asustado—. Sólo en el valor del billete...». Luego, tras unas palabras del granjero pronunciadas con tono contenido («¿Y ahora qué?!»), se levantó de un salto, se quitó el polvo de las rodillas y se acodó en la barra concibiendo cierta esperanza aunque manteniendo al mismo tiempo la debida distancia respecto a Kerekes, como si no pudiera saberse si aquel mandato apremiante se refería o no a ambos. Kerekes dio la impresión de titubear, si tal cosa era posible, y en medio del silencio la voz débil, apenas audible de Halics («A ver, ¿hasta cuándo vamos a esperar?») resonó y se multiplicó como todas las palabras que ya no pueden retirarse; la necesidad de coexistir con esa fuerza enorme en aquel momento le hacía sentir, tras haberse distanciado ya de aquella pregunta articulada al azar, una turbia complicidad con Kerekes, la única que podía admitir, pues no sólo su vulnerable autoestima, sino incluso todas sus células se oponían a que fuese incapaz de zafarse de la fraternidad indivisible de los cobardes, de ahí su repentina y pusilánime connivencia con el granjero. Cuando éste se volvió poco a poco hacia él, la obligada lealtad latente en Halics ya había dado lugar a una emoción especial, pues constató con orgullo que, al fin y al cabo, «el disparo soltado a ciegas había dado en el blanco». Todo esto le vino de forma inesperada; no estaba en absoluto preparado, además, para oír—así—su propia voz, de modo que, para aminorar y desactivar la evidente sorpresa del granjero, rápidamente añadió: «Claro que yo no tengo nada que ver con él...». Kerekes comenzó a perder la paciencia. Bajó la cabeza y comprobó que los vasos de vino lavados formaban una fila ante él sobre la barra; estaba a punto de levantar el puño cuando el fondista salió del almacén y se detuvo en el umbral. Se frotó los ojos y apoyó un hombro en la jamba. Unos pocos minutos en su reino le habían bastado para quitarse de la piel ese miedo repentino y además, en definitiva, ridículo («¿Cómo ataca! ¿Cómo ataca esta bestia!»); se lo había quitado de la piel, sí, pues más allá no podía ir, y si lo hiciera a pesar de todo sería «como tirar una piedra a un pozo sin fondo». «¿Otra botella!», dijo Kerekes, y puso el dinero sobre la barra. Luego, como el fondista se quedó mirándolo de lejos, añadió: «¿No tengas miedo, cabeza de huevo! No te haré daño. ¡Pero no finjas!». Cuando volvió a su sitio junto al

«billar» y se sentó con cautela en su silla, como si temiera que alguien se la retirase, el fondista ya apoyaba la barbilla en la otra mano, daba la impresión de que sus ojos de zorro color suero quedaban cubiertos por el velo de la inseguridad y del anhelo de algo tangible, su rostro blanco como la tiza irradiaba el calor asfixiante de la eterna disponibilidad que ablanda la piel y humedece las manos; los dedos largos, delicados, relucientes que llevaban años trabajando en conseguir un puño perfecto, los hombros caídos, la barriga prominente, todo permanecía inmóvil salvo los dedos de los pies que no cesaban de moverse en los zapatos desgastados. La lámpara que hasta entonces colgaba quieta comenzó a oscilar, y el círculo de luz que dejaba a oscuras el techo y la parte superior de las paredes y contorneaba tenuemente a los tres hombres allá abajo, así como la barra llena de galletas, de pasta para la sopa, de vasos de vino y copas de aguardiente, las mesas, las sillas y los moscardones aturdidos, hizo que la fonda se pusiera en movimiento, como un barco meciéndose en el crepúsculo vespertino. Kerekes descorchó la botella y acercó el vaso, y ahí permaneció durante minutos sin moverse, con la botella de vino en una mano y el vaso en la otra, como quien ha olvidado lo que tiene que hacer, o como si en la oscuridad total en que vivía hubieran callado por un tiempo ruidos y palabras y así, con él sordo y ciego, se hubiera vuelto ingrátido cuanto lo rodeaba, incluso su cuerpo, sus nalgas, sus brazos, sus piernas desparradas; como si de pronto hubiera cesado también su capacidad de palpar, de oler y de saborear y sólo quedara en esa profunda inconsciencia el latido de la sangre allá dentro, el mecanismo frío de los órganos, ya que los misteriosos núcleos de los hemisferios cerebrales se habían retirado a la oscuridad, al territorio prohibido de la imaginación de donde habían de prorrumpir una y otra vez. Halics no sabía cómo interpretar la situación, se movía nervioso en su sitio, pues tenía la sensación de que Kerekes lo observaba. Habría sido demasiado cómodo entender esa inesperada inmovilidad como la historia de una invitación que se desplegaba poco a poco, más bien percibía una amenaza difusa en la mirada muerta que en ese momento se volvía hacia él, pero en vano hurgaba él en la memoria, no había cometido ninguna ofensa por la que se le pudieran exigir responsabilidades; es más, en las horas difíciles, cuando el «hombre sufriente» se sume en las honduras liberadoras de la autoflagelación, se había confesado que los cincuenta y dos años de su vida que habían

transcurrido volando eran insignificantes en comparación con los combates encarnizados de los grandes destinos, así como el humo de un cigarrillo resulta imperceptible en un vagón de tren en llamas. El breve y confuso instante de sentimiento de culpa (¿era eso realmente?, porque «cuando el astro de la culpa se extingue tan rápido como una bombilla barata», la oscuridad puede identificarse fácilmente con alguna impureza en la conciencia) desapareció antes de clavarse más hondo, acabó absorbido por la histeria exigente del paladar, de la garganta, del esófago y del estómago, por esa primera y última necesidad que lo había traído allí antes de hora, mucho antes de que, tal como esperaba, llegara Schmidt y compañía y calculara «lo que correspondía a cada uno». El frío no hacía más que empeorar la situación, de modo que una única mirada a las cajas de vino apiladas junto al taburete del fondista bastaba para arrastrar la imaginación a un peligroso remolino que amenazaba con tragárselo definitivamente, sobre todo en el momento en que, por fin, oyó el vino emerger a borbotones de la botella del granjero; no pudo resistirse: una fuerza potente atraía hacia allí su mirada deseosa de ver las fugaces perlas en el vaso. El fondista tenía los ojos entornados cuando escuchó cómo crujían en el suelo los pasos de Halics acercándose; tampoco abrió los ojos cuando notó su aliento amargo porque, a decir verdad, no sentía ninguna curiosidad por ver el sudor en ese rostro y porque sabía que finalmente acabaría cediendo a sus ruegos. «Amigo—dijo Halics aclarándose cuidadosamente la garganta—, un vaso, sólo un vaso. —Lanzó al fondista una mirada seria, fiable y, es más, digna de crédito, e incluso levantó el dedo índice—: Luego ya vendrá Schmidt y tal... Tú ya sabes...». Levantó el vaso medio lleno con los ojos cerrados y bebió a sorbos lentos, echando la cabeza hacia atrás; apuró el vaso y todavía lo dejó un rato apoyado sobre el labio para vaciar hasta la última gota. «Buen vinito», sentenció chasqueando la lengua, y puso el vaso con suavidad y cierta indecisión sobre la barra, como quien aún espera algo en el último momento. Luego se dio la vuelta y regresó a su sitio murmurando para sus adentros («Vaya bebistrajito...»). Kerekes, ya ligeramente borracho, apoyó la cabeza en la tela verde del «billar»; el fondista se sumergió en la luz de la lámpara, se frotó las nalgas que se le habían entumecido y comenzó a asestar golpes con el trapo a las telas de araña a su alrededor. «Oye, Halics... Dime, ¿qué pasa allá?». Halics lo miró sin entender nada: «¿Dónde?». El fondista insistió: «Allá». «Ah, ¿en la Casa de la Cultura?

Pues nada especial», respondió Halics rascándose la cabeza. «Vale, ¿pero qué están dando?». «Nada del otro mundo—dijo Halics con un ademán de desprecio—. La he visto al menos tres veces. Lo cierto es que sólo he acompañado a mi mujer y luego me he venido para acá». El fondista volvió a sentarse en su taburete, apoyó la espalda contra la pared y encendió un cigarrillo. «¡Pero dime al menos cómo se titula la película!». «Pues eso..., no recuerdo cómo se llama... *Escándalo en el Soho...*». «Ah, sí», asintió el fondista. Crujió la mesa junto a Halics, la madera podrida de la barra también soltó un lento suspiro respondiendo al suave murmullo de una vieja rueda de carro y rompiendo la monotonía del zumbido de los moscardones, evocando todo lo pretérito y señalando al mismo tiempo la decadencia intemporal como elemento sustancial de un peculiar mecanismo de relojería. Y al crujido de la madera, como una mano que hojea desorientada un libro con olor a polvo tratando de encontrar una idea clave desaparecida, se le sumó el viento que remolineaba como una pregunta sobre la fonda para llevar la «barata apariencia de una respuesta» al perezoso barro, crear un nexo entre el aire, la tierra y los árboles y encontrar a través de las grietas invisibles de los muros finalmente el camino a la primera voz: Halics eructó. El granjero dormía roncando sobre el «billar», la saliva le salía por la comisura de los labios entreabiertos. De forma inesperada, como el rumor de algo que se acercaba poco a poco desde la distancia y de lo que no podía saberse aún si eran los mugidos de una vacada que regresaba a casa, el zumbido de un autobús escolar que avanzaba a toda velocidad o tal vez una banda militar, un runruneo inidentificable emergió de un rincón profundo del vientre de Kerekes y chocó contra sus labios resecaos y rígidos. Sólo pudieron entenderse las siguientes palabras: «... la puta...» y «... gran...» o «... grande...». Al final, el rumor desembocó en un gesto que parecía un golpe a algo o a alguien. Su vaso se volcó, el vino se derramó sobre el fieltro cobrando la forma del cadáver de un perro atropellado, mostró luego otras variantes que se fueron alternando hasta que finalmente se absorbió y quedó una mancha de contornos difusos (¿se absorbió?, más bien atravesó los pelos del fieltro y se esparció por la superficie de la irregular tabla de madera creando un sistema de lagos, conectados algunos, aislados otros... Todo esto, sin embargo, no significaba mucho para Halics, porque...). Halics soltó un silbido. «¡Vaya cabrón, qué borracho que está!». Y agitó desenfrenadamente el puño mirando a Kerekes y después, con rabia

impotente, como quien no cree lo que están viendo sus ojos, se volvió hacia el fondista como si fuera a explicar algo y dijo furioso: «¡Lo ha derramado!». El fondista se quedó mirando largo rato, con expresión solemne, a Halics y echó después un vistazo al granjero o, mejor dicho, ni siquiera a él, sino en esa dirección, sólo para rozarlo con la mirada y ponderar el daño. Saldó la irritación de Halics, poco experto en estos asuntos, con un sonrisa de desdén y cambió luego de tema asintiendo varias veces con la cabeza: «¡Qué bestia más grande, ¿verdad?!». Halics, turbado, clavó la vista en la luz burlona que titilaba en los ojos entrecerrados del fondista, meneó la cabeza y examinó al granjero, el cual yacía ahí como un toro: «¿Tú cuánto crees—preguntó con un tono opaco—que debe de comer un tipo así?». «¿Comer?—respondió airado el fondista—. ¡Éste no come, traga!». Halics se acercó a la barra y se acodó. «¡Éste es capaz de devorar medio cerdo en un plisplás! ¿No crees?». «Pues sí». Kerekes soltó un imponente ronquido, y ambos callaron. Se quedaron mirando con asombro ese cuerpo enorme, quieto, inamovible, su cráneo cubierto de manchas moradas, sus botas embarradas que emergían de la penumbra de debajo del «billar», lo contemplaron como se mira a una fiera durmiente, desde la seguridad que ofrecen las rejas o el sueño. Halics buscó y he aquí que halló un instante, ¿un minuto?, de complicidad con el fondista, una cálida interdependencia, el encuentro entre la hiena encerrada en un jaula y el buitro que revolotea arriba en libertad, cuando toda exclusión se convierte en inclusión... Se sobresaltaron al oír un chasquido descomunal, como si el cielo se hubiera agrietado encima de ellos. Acto seguido, la fonda se iluminó, hasta se llegó a percibir el olor del relámpago. «Ha caído muy cerca...», empezó a decir Halics, pero en ese momento alguien llamó con insistencia a la puerta. El fondista se levantó de un salto, pero no se dirigió enseguida hacia ella, pues por un instante le dio la impresión de que existía un nexo entre aquel relámpago y los golpes a la puerta. Sólo se acercó cuando comenzaron a aporrearla. «¿Vaya? ¿Es usted?». Halics abrió los ojos de par en par. Al principio no vio nada, porque lo tapaba el fondista, pero luego, al ver las dos pesadas botas y el impermeable, reconoció la cara hinchada de Kelemen con su gorra de revisor empapada. Ambos respiraron aliviados. El recién llegado se sacudió el agua del abrigo mientras soltaba una retahíla de tacos, lo arrojó furioso sobre la estufa y espetó después al fondista, que le daba la espalda, todavía entretenido con el cerrojo: «¿Están

ustedes sordos o qué? Le doy duro a esta maldita puerta, casi me parte el rayo, pero no me abren ustedes por nada en el mundo». El fondista volvió a su sitio tras la barra, sirvió una copa de aguardiente y la acercó al anciano. «Bueno, no es de extrañar con esta tronada», trató de justificarse. Con mirada penetrante y con febril rapidez trató de averiguar a qué se debía la presencia de aquel hombre a pesar de la lluvia torrencial, por qué le temblaba la copa en la mano, qué era ese misterio en sus ojos. Por el momento, ni él ni Halics preguntaron nada; fuera, el cielo volvió a soltar un zurriagazo y la lluvia, como si se precipitara toda de golpe, empezó a retumbar. El anciano escurrió el fieltro de su gorra todo lo que pudo, le devolvió su forma originaria con un par de movimientos expertos, se la caló y apuró la copa de aguardiente con expresión preocupada en los ojos. Por primera vez desde que había enganchado los caballos y buscado en plena oscuridad, conteniendo la respiración, la vía abandonada que desde tiempos inmemoriales nadie usaba (cubierta como estaba de malas hierbas) pudo revivir la escena: se le presentaron las miradas inquietas de los dos animales que, sin entender nada, volvían de vez en cuando la cabeza hacia su dueño desconcertado y al mismo tiempo decidido, vio sus colas que se mecían nerviosas, oyó sus resuellos y los chirridos lastimeros del carro en aquella vía llena de amenazadores baches y se vio a sí mismo de pie en el pescante con barro hasta las pantorrillas, sujetando las riendas y arrostrando el viento que le venía de cara, y en ese momento creyó, es más, supo que sin ellos nunca habría partido, que «fuera de ellos no existía la fuerza» capaz de obligarlo a ponerse en marcha, en ese momento estaba seguro de que aquello era la verdad y se vio entonces a la sombra de la grandeza, como el soldado raso en el campo de batalla cuando intuye la orden todavía latente de su general y la ejecuta sin que nadie se lo mande. Las imágenes desfilaron en silencio ante sus ojos, en una serie cada vez más coherente y estructurada, como si todo cuanto uno considera digno de conservar tuviera un orden autónomo e inamovible, y mientras la memoria trabajaba en alzar a la existencia y en llenar de certeza el fugaz ahora, lo obligaba a uno, al dar validez a ciertas leyes vivas que ponían orden en el tejido caótico de los hechos, a salvar la distancia respecto a su propia vida no con libertad, sino con la satisfacción forzada característica del propietario; por eso, en ese primer momento de evocación, le pareció angustiante cuanto había sucedido, aunque luego seguía aferrándose con la preocupación del

propietario a ese recuerdo cada vez—y cuántas veces ocurriría «en los pocos años que todavía le quedaban»—que volvía a evocar la imagen acodado en el ventanuco de la granja que daba al norte, aguardando solo e insomne el alba. «¿De dónde viene?», preguntó por fin el fondista. «De casa». Halics se aproximó con una expresión de sorpresa en el rostro. «Pues eso supone medio día de camino...». El recién llegado no respondió, sino que se limitó a encenderse un cigarrillo. «¿A pie?», preguntó el fondista con tono inseguro. «Qué va. Con los caballos, con el carro. Por la vía antigua». Ya había entrado en calor gracias a la bebida y miró a uno y a otro entrecerrando los ojos, pero no dijo nada, no sabía cómo empezar, la ocasión no parecía propicia; en realidad tampoco habría sabido precisar qué había esperado, y si bien tenía claro que el vacío del local y el tedio que emanaban las paredes eran tan sólo apariencia porque (ciertamente, le correspondía tal privilegio como mensajero) en ese punto de intersección invisible pero tanto más real de la explotación que era la fonda ya se percibía la febril agitación de las horas siguientes, la inminente algarabía festiva, él contaba con recibir más, mucha más atención que la que le brindaron tanto el fondista como Halics; tenía la sensación de que el destino lo trataba injustamente al ponerle delante a esos dos hombres, concretamente al fondista (del que «un abismo insondable» lo separaba, pues aquello que para él era la «comunidad de usuarios» o, más exactamente, «el Usuario», para el otro no era más que un simple «cliente») y a Halics (al que los conceptos de «disciplina y determinación, combatividad y responsabilidad» no le decían ni le dirían nunca nada). El fondista observaba fijamente la nuca sombreada del revisor y aspiraba el aire poco a poco, con cautela. Y Halics—hasta que el revisor por fin se puso a hablar—pensó: «Alguien ha muerto». La noticia se difundió a toda velocidad por la explotación y la media hora que el fondista tardó en regresar le bastó y sobró a Halics para examinar con disimulo—y con la inmediatez que proporcionaba el tacto—qué escondía en realidad esa inscripción, RIESLING, que podía leerse en la etiqueta de las botellas de vino puestas en fila sobre el mostrador y que a él le resultaba sospechosa, e incluso le dio tiempo para, en presencia de un hombre dormido y de otro que dormitaba, confirmar mediante un rapidísimo experimento la antigua suposición de que el color resultante de la mezcla de vino y agua—¡que era desde luego otra sustancia!—presentaba un parecido engañoso con el color

original del caldo. Mientras aquella comprobación concluía con éxito, la señora Halics creyó ver, camino de la fonda, una estrella fugaz sobre el molino. Se detuvo, se llevó la mano al pecho, y en vano recorrió con mirada escrutadora y obstinada el firmamento que la cubría como una campana; hubo de reconocer finalmente que se trataba más bien de una ilusión óptica debida a la inesperada excitación. Aun así, la sensación de inseguridad, el mero hecho de que tal cosa fuese posible y la visión deprimente de esa zona abandonada se precipitaron con todo su peso sobre ella, de modo que se lo pensó dos veces, dio media vuelta, fue a buscar su Biblia descuajaringada bajo la pila de ropa de cama planchada con primor, y con creciente conciencia de culpa volvió a ponerse en marcha, alcanzó la carretera bajo el antiguo letrero con el nombre de la explotación y dio, bajo la lluvia que le venía de cara, los ciento siete pasos de rigor hasta la fonda, mientras maduraba en ella la revelación con la rapidez propia de una iluminación. Se detuvo ante la fonda para ganar un poco de tiempo, porque a pesar de su estado de agitación y del caos terrible de las palabras que zangoloteaban impotentes en su interior, había de manifestar con claridad y de manera irrefutable que «habían llegado los tiempos bíblicos». Sólo abrió la puerta de par en par cuando, plantándose en el umbral, se sintió capaz de gritar ¡RESURRECCIÓN! a esas caras sorprendidas, ya segura y convencida de haber encontrado el término exacto que con su densidad intensificaría el efecto fascinante que el hecho en sí necesariamente surtiría. Al oír el grito, el granjero alzó la cabeza asustado, el revisor se levantó de un salto como si hubiera recibido un pinchazo, y el propio fondista tampoco se quedó quieto: dio un paso atrás con tal fuerza y de forma tan precipitada y repentina que se golpeó la cabeza e incluso perdió por unos instantes el conocimiento. No tardaron, sin embargo, en reconocer a la señora Halics. El fondista no pudo evitar espetarle («Por el amor de Dios, ¿qué le pasa, señora Halics?») y luego intentó atornillar el cerrojo que se había desprendido por completo de la puerta. Halics, muy turbado por la situación, trató de llevar a su mujer hasta la silla más cercana (lo cual no resultó fácil: «Dios santo, ven ya, que está entrando la lluvia») y luego procuró tranquilizarla asintiendo continuamente con la cabeza; el torrente de palabras que manifestaban ora un patetismo cargado de soberbia, ora una angustia gimoteante sólo terminó cuando la señora Halics reaccionó enfadada a las sonrisas burlonas que se intercambiaban el revisor y el fondista («Esto no es para reír, no es en

absoluto para reír») y cuando Halics consiguió por fin sentarla en una silla junto a la suya, en la mesa del rincón. Entonces calló ofendida, apretó la Biblia contra el pecho, miró por encima de las cabezas de los pecadores hacia la alto, vio allí un nimbo, y la certeza así alcanzada le empañó los ojos. Como un poste que emerge de la tierra, así se alzaba ella ahora sobre el campo magnético creado por esas cabezas gachas y esas espaldas encorvadas; y el lugar que ocupaba y que no abandonaría durante horas y horas semejava una abertura en el espacio cerrado del local, una abertura por la que el aire entraba sin obstáculos con ráfagas glaciales, paralizantes y tóxicas. En el tenso silencio sólo se oía el zumbido insistente de los moscardones y, a lo lejos, la lluvia que caía sin parar, y los dos sonidos eran conectados por un crujido cada vez más frecuente, una extraña actividad nocturna en las ramas de las acacias en el exterior, en las patas de las mesas y en la estructura de la barra en el interior, y con sus señales irregulares iba parcelando el tiempo, delimitando de forma implacable los terrenos en que cabía una palabra, una frase o un gesto. La noche de finales de octubre seguía un único ritmo: según un orden que ni las palabras ni la imaginación conseguían descifrar, marcaba un extraño compás en los árboles, en la lluvia, en el barro; en la penumbra, en la oscuridad que se alejaba poco a poco, en las sombras desdibujadas, en los músculos cansados; en el silencio, en los objetos humanos, en las curvas de la irregular carretera; mientras los tejidos se desintegraban en los cuerpos, los cabellos seguían otra cadencia; el crecimiento y la decadencia iban en direcciones diferentes; sin embargo, ese retumbo con miles de ecos, ese ruido nocturno confuso y frenético formaban parte de un único ritmo destinado a tapar la desesperación: detrás de las cosas aparecían obstinadamente otras, y todas ellas se perdían inconexas en el horizonte. Así una puerta que quedaba abierta para siempre: una cerradura que nunca se abría. Una grieta: un hueco. El fondista, después de darse cuenta de que no tenía sentido buscar un sitio intacto en la jamba carcomida, tiró el cerrojo y lo sustituyó por una cuña; fastidiado, volvió a sentarse en su taburete («Una rendija es una rendija», se conformó finalmente) para, mientras fuera capaz, arrostrar con el cuerpo en paz la inquietud cada vez más intensa de la que, como bien sabía, difícilmente podría librarse a partir de entonces. Porque, aunque su deseo de vengarse en la señora Halics acabó de aflorar, enseguida terminó devorado por la abismal desesperación. Recorrió con la mirada las mesas,

calculó cuánto tiempo durarían aún el vino y el aguardiente, se levantó, entró en el almacén y cerró la puerta. Como allí no se sentía observado, descargó su rabia; con ademanes amenazadores y muecas terroríficas recorrió en medio del olor a óxido («huele a amor», decía antes, cuando el lugar aún era sede de las muchachas Horgos) el camino regular trazado por los productos inmóviles desde hacía años como siempre que necesitaba una reflexión prolongada y solitaria para resolver sus problemas más urgentes: primero en dirección a la ventana protegida por una reja del grueso de dos dedos y por una espesa telaraña ante los ladrones procedentes de la carretera, luego doblando a la altura de los sacos de harina, pasando junto a las paredes de productos alimentarios apilados hasta llegar a la mesita con sus libros de contabilidad, sus apuntes, el tabaco y sus objetos personales, y luego de vuelta al ventanuco, donde, después de dirigir, sin apasionamiento alguno, un comentario vergonzoso contra el Creador que «quería arruinar su vida con arañas asesinas», dobló a la derecha, pasó por encima de un montón de granos derramados primero y recogidos luego con la escoba y enseguida volvió a alcanzar la puerta metálica. Ni hablar; él no creía en ningún tipo de resurrección, dejaba eso a la señora Halics, que conocía a la perfección esa clase de tonterías; sin embargo, debía permitírsele cierta inquietud cuando de pronto se descubría que un muerto estaba vivito y coleando. En su día no tuvo ningún motivo para dudar de lo que el pequeño Horgos afirmaba con determinación, incluso lo llamó aparte para «interrogarlo» sobre los detalles, y si bien alguna nimiedad le llamó la atención y le hizo pensar que los pilares del relato «no se sostenían como debían sostenerse», ni se le pasó por la cabeza que la noticia en sí fuera falsa. Porque, he ahí la pregunta, ¿que motivos podía tener el pequeño Horgos para mentir de tal manera? Bien es cierto que él estaba en condiciones de asegurar que la tierra no había conocido muchacho más depravado, pero nadie podía hacerle creer que un muchacho fuese capaz de inventar algo así sin la intervención de otro, es más, sin manipulación. En cuanto a él, estaba convencidísimo de que, aun cuando alguien supuestamente los hubiera visto en la ciudad, la muerte seguía siendo un hecho incontestable. Pero con Irimiás todo era posible. Podía creer cualquier cosa de ese sucio vagabundo, pues no se podía dudar ni un instante de que tanto él como su compañero eran unos granujas de mucho cuidado. Tomó entonces una decisión: aunque vinieran, él no vacilaría; el

vino valía lo que valía. No importaba que fueran fantasmas, quien bebía había de pagar. Él no podía permitirse perder dinero. No se había afanado «toda una vida», no había abierto el negocio «con el sudor de su frente» para que luego vinieran unos «vagos» a pimplar de gorra. No estaba acostumbrado a fiar, desde luego, y en general la generosidad no era lo suyo. Además, no excluía la posibilidad de que aquel coche atropellara realmente a Irimiás y a su colega. ¿Por qué? ¿Aparte de él, nadie había oído hablar de muertes aparentes? De alguna manera se había logrado devolverlos a esta puta vida, ¿y qué? En su opinión, no era descabellado pensarlo teniendo en cuenta el estado actual de la ciencia médica, aunque se tratara, como en este caso, de un grave desatino. Fuera como fuese, a él no le importaba; no era el tipo de persona al que lo asustara un «muerto» sospechoso. Se sentó a la mesita y, después de despejarla quitando las telas de araña y de repasar el libro de contabilidad, cogió una hoja de papel y un muñón de lápiz mordisqueado, sumó febrilmente los datos de la última hoja y escribió en el papel unas torpes cifras acompañadas de incomprensibles murmullos:

10 × 16 c.	a/4 × 4
9 × 16 r.	a/4 × 4
8 × 16 v.	a/4 × 4
total	2 caj. 31,50
	3 caj. 5,60
	5 caj. 3

Concentrado y orgulloso se quedó mirando los números inclinados de derecha a izquierda y sintió un odio inconmensurable hacia el mundo, el cual posibilitaba que esos miserables sinvergüenzas lo eligieran a él como blanco de sus sucios planes; normalmente era capaz de subordinar la ira repentina («¡Un hombre de temperamento fuerte!», decía su esposa a las vecinas de la ciudad) y el desprecio al gran sueño de su vida: para que se hiciera realidad había de estar siempre alerta, porque bastaba una palabra pronunciada con ligereza o un cálculo precipitado para echarlo todo por tierra. Sin embargo, «a veces uno no logra dominar su naturaleza» y eso lo aboca al desastre. El fondista estaba satisfecho con la creación, pues sabía cómo había de construir los «fundamentos» de su gran sueño. Ya en su

infancia y juventud calculaba casi al céntimo el rendimiento que podía sacarles al asco y al odio que lo rodeaban. Siendo así, no podía caer, evidentemente, en el mismo error. Sin embargo, a veces se adueñaba de él la ira; entonces se retiraba a ese lugar para desfogarse a escondidas, lejos de las miradas no autorizadas. Sabía ir con cuidado. Prestaba atención a no dañar nada. Pateaba la pared o, como mucho, arrojaba una caja vacía contra la puerta metálica o se ponía a «chillar». Ahora, sin embargo, realmente no podía permitírselo, porque podían oírlo desde el interior de la fonda. Por tanto, se refugió en los números como tantas veces. Porque los números guardaban una misteriosa evidencia, una «noble sencillez» estúpidamente menospreciada, de tal modo que entre él y ellos cobraba forma una conciencia que le acariciaba la columna vertebral: «Las perspectivas existen». Pero ¿existía la serie numérica capaz de vencer a ese Irimiás, a ese tipo fibroso, canoso, de mirada inerte, a esa mierda, a esa basura, a ese gusano que merecía un lugar en las cloacas? ¿Dónde se encontraba el número apto para derrotar a esa hipocresía andante, a ese personaje infernal, poco fiable, impenetrable? Se quedaban cortas las palabras. Cualquier formulación resultaba floja. En este caso no se necesitaban palabras, sino fuerza. ¡Alguien capaz de asestar por fin un golpe! ¡Se precisaba fuerza, no la cháchara de los blandengues! Tachó lo que había escrito, pero los números claramente visibles a pesar de los tachones hablaban de forma cada vez más elocuente. No sólo informaban al fondista sobre las existencias de botellas de vino, de cerveza y de refrescos, ¡no! Los números le decían cada vez más cosas. Y él tomaba conciencia de ser al mismo tiempo cada vez más grande. Cuantos más significados poseían los números, tanto más «crecía» él. Desde hacía unos años, la conciencia de su terrible altura lo inquietaba. Se dirigió rápidamente a los refrescos para ver si recordaba bien la cantidad. Estaba intranquilo porque su mano izquierda había empezado a temblar de manera imparable. Había de arrostrar finalmente la cuestión del «qué hacer». «¿Qué quería Irimiás?». Oyó una voz velada procedente de un rincón, y por un instante se le heló la sangre, pues estaba convencido de que para colmo sus demoníacas arañas habían comenzado a hablar. Se enjugó el sudor de la frente, se apoyó en los sacos de harina, encendió un cigarrillo. «Hay uno que pasó dos semanas bebiendo gratis y ahora se atreve a presentarse de nuevo. ¡Vuelve! ¡Pero no de cualquier manera! ¡Hasta le parece poco! ¡Voy a echar a esos cerdos

borrachos! ¡Voy a apagar todas las luces! ¡Voy a cegar la puerta! ¡Voy a poner barricadas delante de la entrada!». Se desquició. Una vez más, comenzó a recorrer a toda prisa los caminos que él mismo había construido. «Vamos a ver. Vino a la explotación y dijo: ¿Necesitas dinero? Porque si lo necesitas, te recomiendo que siembres cebollas. Sólo eso... en medio de dos frases. ¿Qué clase de cebollas? Las rojas. Y las sembré por todas partes. Y funcionó. Luego le compré esta fonda al suabo. Porque las cosas grandes son siempre fáciles. Y cuatro días después de la inauguración el hombre metió aquí su nariz aguileña y se atrevió a decirme que todo esto se lo debía yo (¡¡¡yo!!!) a él y luego se pasó dos semanas pimplando sin darme siquiera las gracias. ¿Y ahora? ¿Vendrá ahora a recuperar LO QUE ES MÍO? ¡Santo cielo! ¿Cómo acabará el mundo si cualquiera puede presentarse un buen día y decir: “Largo de aquí, que el dueño de esto soy yo”. ¿Adónde irá a parar el país? ¡No, no, amiguitos! ¡Todavía existen leyes en este mundo!». Sus ojos se iluminaron, calló. Ya más sosegado, contó las cajas de refrescos. «Pues sí, uno pierde por un momento la cabeza y enseguida aparecen los problemas». Cogió el libro de contabilidad, abrió también el cuaderno, volvió a tachar la última página y, satisfecho, empezó de nuevo:

9 × 16 r.	a/4 × 4
11 × 16 c.	a/4 × 4
8 × 16 v.	a/4 × 4
total	3 caj. 31,50
	3 caj. 3
	5 caj. 5,60

Puso el lápiz sobre la mesa, metió el cuaderno entre las páginas del libro de contabilidad e introdujo éste en el cajón de la mesa, se frotó las rodillas y descorrió el cerrojo de la puerta metálica. «Vamos a ver cómo termina esto». La señora Halics era la única a la que le llamó la atención el «largo tiempo» que el fondista había pasado en «ese lugar espantoso» y a partir de ese instante siguió con mirada penetrante cada uno de sus gestos. Halics escuchaba alarmado el estridente relato del revisor. Se encogió todo lo que pudo, escondió las manos en los profundos bolsillos para ofrecer la menor superficie posible al enemigo en el caso de que «alguien se abalanzara sobre nosotros en este preciso momento». Ya era suficientemente alarmante

que con ese tiempo tan tremendo se hubiera presentado empapado y nervioso el revisor (que había ido por última vez a la explotación en verano), completamente empapado y nervioso como aquel desconocido que con un abrigo desgastado largo hasta los tobillos se presentó una noche en la cocina de una familia reunida tranquilamente en torno a la cena, anunció con voz cansada que había estallado la guerra y aprovechando el espanto y confusión suscitados se echó al colete una copa de aguardiente casero apoyándose con toda calma en el aparador y desapareció luego para siempre. ¿Cómo interpretar esa repentina resurrección, esas prisas febriles? Con una sensación desagradable tomó conciencia de que todo había cambiado a su alrededor: las mesas y las sillas habían sido movidas, quedando las huellas de sus patas claramente visibles en el suelo aceitado; las cajas de vino apoyadas contra la pared estaban puestas de otro modo; una sorprendente limpieza reinaba sobre la barra. Antes «los ceniceros estaban tranquilamente apilados», pues todo el mundo echaba la ceniza al suelo. ¡Y he aquí que ahora cada mesa tenía uno bien reluciente! ¡La puerta estaba sujeta con una cuña, y las colillas barridas y amontonadas en un rincón! ¿A qué venía todo eso? Por no hablar de los malditos arácnidos, pues tan pronto como uno se sentaba tenía que sacudirse de encima las telarañas... «Qué me importa al fin y al cabo. Con tal que el diablo se lleve a esta mujer de vuelta a su casa...». Kelemen esperó a que volvieran a llenarle la copa y se levantó. «Haré crujir un poco la columna—dijo y se inclinó hacia atrás con rítmicos movimientos y grandes gemidos. A continuación se tomó el aguardiente de un trago—. Créanme, porque es tan cierto como que estoy aquí sentado. Se hizo un silencio enorme, hasta el perro callaba como un muerto detrás de la estufa. Y yo, ahí sentado, no podía creerme lo que veían mis ojos. Pero estaban allí, delante de mí, de tamaño real, vivitos y coleando». La señora Halics lo miró de arriba abajo, fríamente: «A ver, dígame, ¿al menos aprendió la lección?». El revisor se volvió hacia ella, enfadado: «¿Qué lección?». «¡Usted no aprendió nada!—continuó con tono triste la señora Halics, señalando la copa con la Biblia que tenía en la mano—. Porque veo que sigue usted pimplando». El viejo estalló: «¿Qué dice? ¿Yo? ¿Pimplando? ¿Cómo se atreve a hablarme así?». Halics tragó saliva e intervino con un tono como si pidiera perdón: «No la tome en serio, señor Kelemen. Siempre es así, por desgracia». «¡Cómo carajo la voy a tomar en serio!—le espetó el otro—. ¿Ustedes qué se

creen?». El fondista terció entonces oficialmente: «Tranquilos, por favor. Y usted continúe, que a mí me interesa». La señora Halics, encolerizada, se volvió hacia su marido: «¿Te quedas aquí sentado, tan tranquilo, como si no hubiera ocurrido nada!? ¡Este tipo ha ofendido a tu señora! ¡No me lo puedo creer!». Irradiaba un desprecio tan profundo e inexplicable que a Kelemen, que se disponía a hablar porque no quería que el asunto quedara ahí, se le atascó la palabra en la garganta. «A ver, ¿por dónde iba?—preguntó al fondista, se sonó la nariz y dobló concienzudamente el pañuelo, pliegue contra pliegue—. Ah, vale... Sí, pues que las camareras comenzaron a insolentarse, y entonces...». Halics negó con la cabeza: «No, por ahí no». Kelemen, enfadado, plantó la copa en la mesa: «¡Esto no puede seguir así, señores!». El fondista lanzó una mirada de reproche a Halics e hizo una señal al revisor para que continuara. «No, señor. ¡Yo he acabado! —le soltó éste, señalando a Halics—. ¡Que siga él! Porque estuvo allí, ¿no? Pues lo sabrá mejor que yo». «No les haga caso—respondió el fondista—. Ellos no lo entienden. Créame, no lo entienden». Kelemen, más relajado, asintió con la cabeza; la bebida le había calentado los huesos, su rostro mofletudo se había enrojecido y hasta daba la impresión de que su nariz también se había hinchado. «Vale, a ver... Decía que las camareras... Y entonces se me antojó que Irimiás les iba a soltar una bofetada ahí mismo, pero no fue así. Todo siguió su curso. ¡Esos insolentes! Iguales que los de aquí... Los conocía de vista, ahí estaban el transportista de la empresa de material de construcción, dos cargadores del aserrador, el profesor de gimnasia de la escuela número uno, un camarero del turno de noche del restaurante, así como unos cuantos más. En serio, me asombró la autodisciplina de Irimiás... Había que darle la razón, claro... ¿Qué podía él hacer con ellos? ¿Qué podemos hacer nosotros con ellos? Esperó a que tomaran un trago de su combinado de ron y licor de pera, porque ambos tomaban eso, sí, un combinado, he dicho, y luego, cuando se sentaron a la mesa, me acerqué. Irimiás, al reconocerme, a ver... Vale, enseguida me reconoció, me abrazó y dijo, vaya, amigo, ¿tú aquí? Hizo una señal a las camareras, que se levantaron de un salto, y eso que no estaban obligadas, y enseguida pidió una ronda». «¿Una ronda?», preguntó asombrado el fondista. «Pues sí, una ronda—confirmó Kelemen—. ¿Qué hay de raro en eso? Me di cuenta de que no tenía ganas de hablar, de manera que me puse a conversar con Petrina. Y éste me lo contó todo». La señora Halics se

inclinó hacia adelante para no perder ripio: «Conque todo. A éste precisamente se lo iba a contar todo», observó secamente, con cierto tono de burla. Antes de que el revisor se volviera para encararse con «esa bruja», el fondista se inclinó por encima de la barra y puso la mano sobre su hombro: «Ya le he dicho que no les preste atención. ¿E Irimiás a todo esto?». Kelemen respiró hondo y no se movió: «Pues Irimiás asentía de vez en cuando con la cabeza. En general, no habló mucho. Le estaba dando vueltas a algo». El fondista tragó saliva. «¿Dice usted que le daba vueltas... a algo?». «Pues sí. Al final sólo dijo que tenían que marcharse. Y se despidió de mí diciendo: “Kelemen, ya nos veremos”. Poco después me fui yo también... No aguanto mucho tiempo a la gentuza y, además, tenía asuntos que resolver en la carnicería de Hochan, en Kisrománváros. Había anochecido cuando emprendí el camino de regreso a casa, pero al llegar al matadero entré en el Escanciador. Allí me topé con el joven Tóth, que hace años fue vecino mío en la explotación de Póstelek. Por él me enteré de que Irimiás y su compañero habían pasado la tarde, supuestamente, en la taberna de Steigerwald y se habían reunido con aquel comerciante de armas de caza que se había arruinado en su día y que se habló de pólvora. Eso contaban al menos los hijos de Steigerwald a todo el mundo en la calle. A continuación me dirigí hacia mi casa. Y antes de doblar en el cruce de Elek, usted ya sabe, por el lugar llamado Fekete, no sé por qué miré hacia atrás. Enseguida me di cuenta de que sólo podían ser ellos, aunque se encontraban a bastante distancia de mí. Proseguí mi camino, pero a paso lento para no perder de vista el cruce, y, en efecto, no me habían engañado los ojos, eran ellos: tomaron la carretera sin titubear. Luego, ya en casa, de pronto comprendí adónde iban, por qué y para qué». El fondista lo escuchaba inclinado hacia adelante; entrecerrando los ojos, con mirada entre satisfecha y taimada, observaba a Kelemen; intuía que cuanto escuchaba en aquel momento era una parte, es más, sólo una gota de aquello que había ocurrido, y que incluso aquel poco era mentira. Apreciaba a Kelemen lo suficiente para suponer que «todavía tenía un as en la manga». Además, sabía que nadie «lo cantaba todo de entrada» voluntariamente, de modo que nunca creía nada a nadie, y tampoco se creyó las palabras del revisor, por mucho que las valorara. Estaba convencido de que ni queriendo aquel hombre era capaz de decir la verdad, de suerte que no otorgaba especial relevancia a la primera versión de una historia y a lo sumo consideraba lo

siguiente: «Puede que algo ocurriera...». Ahora bien, lo que realmente había ocurrido sólo podría descifrarse, en su opinión, a través de un esfuerzo conjunto, escuchando varias versiones, de tal manera que sólo quedaba esperar; esperar a que la verdad se manifestara de repente, de la noche a la mañana, en todo su esplendor; entonces se harían visibles otros detalles y se podría decidir, retrospectivamente, en qué orden poner los elementos de la historia original. «¿Así que adónde, por qué y para qué?», preguntó con una sonrisa. «Quedan cosas por resolver, ¿no?», fue la respuesta. «Pues sí», contestó fríamente el fondista. Halics se arrimó a su mujer («¡Qué palabras tan escalofriantes, Jesús! Se le pone a uno carne de gallina...»), y ella volvió la cabeza hacia él. Largo rato examinó el rostro fofo de su marido, sus ojos vidriosos y grises, su frente baja y saliente. Visto de cerca, el cutis de su marido recordaba a las capas de carne y grasa en las gélidas naves de los mataderos; sus ojos grises, a la superficie del agua cubierta de hierbas acuáticas en los pozos de los patios; y su frente baja y saliente, a la «de aquellos asesinos cuyas fotos aparecen en los diarios y no pueden olvidarse jamás». Por tanto, la momentánea compasión por Halics desapareció con la misma rapidez con que se había adueñado de ella y su lugar fue ocupado por una frase poco conveniente: ¡Jesús mil veces! Ahuyentó el grave deseo de tener que amar a su marido, porque «hasta un perro era más honrado»; pero ¿qué podía hacer? Estaba escrito en el libro del destino. A ella la aguardaba—tal vez—un rincón tranquilo en el cielo, pero ¿qué podía esperar Halics con su alma de hombre bruto y pecador? La señora Halics confiaba en la providencia y en el purgatorio. Agitó la Biblia. «Te convendría leer un poco esto—dijo con tono severo—. Como mínimo». «¿Yo? Sabes, querida, que no...». «¡Tú! ¡Sí, tú! Así al menos estarás preparado para lo inevitable». Estas graves palabras no conmovieron a Halics, quien, sin embargo, cogió con una mueca el libro, porque «era preferible la paz». Luego asintió con la cabeza al constatar su peso y lo abrió en la primera página. Pero, la señora Halics estalló entonces y se lo arrancó: «¡No tienes que leer la Creación, so desgraciado!». Y con pericia abrió el libro en la primera página del Apocalipsis. A Halics le costó leer la primera frase, pero enseguida lo dejó y comenzó a fingir que estaba leyendo, ya que la rigurosa atención de la señora Halics se había atenuado un poco. Y aunque las palabras no llegaran a su cerebro, el olor del libro surtió un efecto benéfico sobre él: apenas prestó oído al diálogo, primero

entre Kerekes y el fondista y luego entre el revisor y el fondista («¿Llueve todavía?», «Llueve», «¿Y éste?», «Está como una cuba»), pues poco a poco recuperó el sentido de la orientación, se esfumó el miedo provocado por Irimiás y su compañero, volvió a percibir la distancia entre él y la barra, la sequedad de su garganta y el espacio cerrado de la fonda. Enseguida lo inundó una sensación agradable por el hecho de poder estar sentado allí, «entre la gente», con la certeza de encontrarse así más protegido. «Esta noche tendré mi vino. Lo demás qué me importa». Luego, cuando vio a la señora Schmidt en la puerta, hasta una «pequeña y pícara esperanza» le recorrió la floja columna vertebral. «¿Quién sabe? A lo mejor tengo dinero también para ella». Sin embargo, la mirada penetrante de la señora Halics le impidió continuar con las ensoñaciones, de modo que volvió a inclinarse sobre el libro como un mal alumno sobre sus deberes que se debate entre la mirada de la madre que no admite protesta alguna y las tentaciones del caluroso verano allá fuera. Porque la señora Schmidt era, para Halics, la encarnación del verano, de la estación inalcanzable para quien sólo conocía «el otoño con su irrupción destructiva, el invierno sin deseos», y la primavera excitada e insaciable. «¡Oh, señora Schmidt!», se levantó de un salto, con una suave sonrisa, el fondista, y mientras Kelemen buscaba tambaleándose la cuña que hasta entonces había mantenido la puerta en su sitio, él condujo a la mujer hasta la mesa reservada para el personal, esperó a que se sentara y luego se inclinó hacia su oído para absorber el aroma fuerte y basto a agua de colonia que emanaba de su cabello, mezclado con un olor acre a brillantina. No habría sabido decir qué le gustaba más, si ese aire pascual o ese efluvio excitante que, como al toro en primavera, también lo llevaba a su destino. «Halics ya ni siquiera es capaz de imaginar lo que le puede haber ocurrido a su marido... Pues sí, con el tiempo horroroso que hace. ¿Qué le traigo?—La señora Schmidt apartó al fondista con «ese codo que era para comérselo» y miró alrededor—. ¿Un aguardiente de cerezas?», preguntó él con su sempiterna sonrisa. «No—respondió la señora Schmidt—. A ver, ahora que lo pienso, venga, sí. Un poquitito». La señora Halics observaba cada uno de los movimientos del fondista con ojos chisporroteantes por el odio, con las mejillas encendidas, con los labios temblorosos; ora se frenaba, ora prorrumplía en su cuerpo reseco el furor, la pasión por defender lo suyo, de modo que no sabía qué decidir: si marcharse de la «horrible granja pecaminosa» o ir allí y propinar una

sonora bofetada a ese bribón voluptuoso que con sus maniobras malignas enredaba a las criaturas indefensas y se atrevía a marear a esa alma pura e inocente. Estaba dispuesta a acudir en ayuda de la señora Schmidt («la abrazaría y la acariciaría») para que no quedara expuesta a la «violencia» del fondista, pero no podía hacer nada. Sabía que no debía revelar sus sentimientos, puesto que enseguida la malinterpretarían (¡de todos modos, no cesaban de cuchichear a sus espaldas al respecto!), así como intuía también qué relación se había visto obligada a iniciar esa pobre joven y qué le esperaba. Estaba sentada, con lágrimas en los ojos, con un gran peso sobre los hombros huesudos, hundida. «¿Está usted enterada?», preguntó el fondista con una dulzura capaz de desarmar a cualquiera. Puso el aguardiente ante la señora Schmidt y procuró meter el abdomen hacia dentro todo lo que podía. La señora Halics le espetó desde el rincón: «Enterada..., enterada... ¡Claro que sí!». El fondista volvió a sentarse en su sitio con expresión sombría, apretando los labios, mientras la señora Schmidt alzaba la copa con elegancia sujetándola con dos dedos y luego— como si se hubiera tomado tiempo para pensarlo—se la bebió de un trago en un gesto sumamente viril. «Pero, díganme, ¿de verdad que son ellos?». «¡Por supuesto!—le replicó el fondista—. Segurísimo». Una enorme excitación se adueñó de la señora Schmidt, notó que la piel se le ponía húmeda, jirones de ideas revoloteaban sin orden ni concierto en su cabeza, y aferró con la mano izquierda el borde de la mesa para no traicionarse mostrando la felicidad que la inundó de golpe. Tendría que sacar sus prendas del baúl, examinar cuáles necesitaría y cuáles no para cuando se pusieran en marcha al día siguiente por la mañana—¿o esa misma noche?—, porque no le cabía la menor duda de que la visita imprevista—¿imprevista? ¡Más bien fantástica! («Típico de él», pensó no sin cierto orgullo)—no podía ser casual... Recordaba perfectamente las palabras... Oh, ¿podía alguien olvidarlas? ¡Y todo ahora, en el último momento! Los meses anteriores, tras los instantes terribles de la noticia de la muerte, había perdido la fe; había renunciado a cualquier esperanza, a sus proyectos tanto tiempo acariciados, y estaba a punto de emprender esa miserable e insensata huida con el único fin de escapar de allí. ¡Qué poca fe, qué estupidez! ¡Sabía desde siempre que esa sórdida vida aún le debía algo! ¡Aún podía tener esperanza, aún quedaba algo por aguardar! ¡Se habían acabado los sufrimientos, se habían terminado las torturas! ¡Cuántas veces lo había

imaginado, cuántas veces lo había soñado! ¡Y ahora estaba aquí! ¡Aquí! ¡El gran momento de su vida! Recorrió esas caras opacas con mirada chisporroteante, llena de odio y de un desprecio ya casi carente de objeto. La alegría casi hizo que le estallara el cuerpo. «Aquí os dejo. Palmadla todos juntos. Así como estáis. Que el rayo os parta. Que reventéis. Ahora mismo». Proyectos grandes y sin perfilar (sobre todo grandes) comenzaron a aflorar en ella, vio luces, hileras de escaparates iluminados, orquestas modernas, enaguas, medias y sombreros («¡Sombreros!»); abrigos de piel suaves y fríos al tacto, hoteles iluminados, desayunos opíparos, grandes compras y las noches, las NOCHES dedicadas a bailar... Entornó los ojos para escuchar los susurros, los zumbidos frenéticos, el bullicio irrefrenable y feliz. Y bajo sus párpados apareció entonces el sueño mágico celosamente guardado desde su infancia y obligado a recogerse en un refugio (una «merienda en un salón» fantaseada una y otra vez), pero en su corazón que latía sin freno irrumpió también la desesperación de siempre: ¡cuánto se había perdido! ¿Sería capaz de estar a la altura? ¿De superarlo todo a la vez? ¿Cómo habría de actuar en esa «vida verdadera» que se le echaba encima? Más o menos sabía comer con tenedor y cuchillo, pero ¿cómo manejar los miles de afeites, polvos y cremas, cómo devolver los «saludos de los conocidos» y los cumplidos, cómo elegir y llevar los vestidos? Y si llegaban a tener un coche—¡Dios mío!—, ¿qué tendría que hacer? Decidió dejarse guiar siempre por la intuición y, además, observarlo todo con detenimiento. Si había aguantado junto a ese chiflado repugnante, rojo como un tomate, a ese tal Schmidt, ¿por qué habría de desesperarse precisamente al lado de Irimiás? Sólo conocía a un hombre, Irimiás, que tanto en la cama como en la vida había sido capaz de satisfacerla plenamente. Sí, Irimiás, cuyo dedo meñique no cambiaría por todos los tesoros del mundo, cuya palabra valía más que las de los demás hombres juntos... ¿Hombres? ¿Dónde había aquí hombres, aparte de él? ¿Acaso lo era Schmidt con su sempiterno olor a queso en los pies? ¿O Futaki, con su pata coja y sus pantalones meados? ¿O el fondista? ¿Éste? ¿Éste con su barriga, con sus dientes podridos, con su aliento apestoso? Ella conocía «todas las mugrientas camas de los alrededores», pero la de Irimiás era insuperable. «Estas jetas horribles. Me da vergüenza vivir aquí. Todo desprende un hedor insoportable, hasta las paredes. ¿Cómo he venido a parar aquí? Qué asco. Qué basural. ¡Qué personajes, todos podridos!». «La

verdad—pensó Halics—, este Schmidt es un afortunado». Se quedó mirando con avidez los anchos hombros de la mujer, sus gruesos muslos, su pelo negro recogido en un moño, sus pechos maravillosos, imponentes, incluso así, con el abrigo puesto... (Se levantó, dispuesto a invitarla a una copa de aguardiente. ¿Y luego? Luego se pondrían a hablar y él le pediría la mano. Pero, le respondería la mujer, usted ya está casado. Eso no importa, le diría él). El fondista volvió a poner una copa ante la señora Schmidt, y mientras ella daba cuenta a sorbitos del aguardiente, a él se le hacía la boca agua. A la señora Halics, en cambio, se le puso carne de gallina. Nada podía disipar ya sus sospechas una vez que el fondista había traído la bebida sin que la señora Schmidt se la pidiera y ella se la había bebido sin decir palabra, como si, en efecto, la hubiera pedido. «¡Se ha convertido en su amante!». Entornó los ojos para que no se le notara la rabia que le recorría las arterias desde el corazón hasta la punta de los pies. Estaba a punto de perder la cabeza. Se sentía atrapada, pues no podía hacer nada contra ellos; de todos modos estaba harta de que «no pararan de hablar», pero tampoco aguantaba seguir allí sentada, impotente, mientras ellos continuaban tranquilamente con sus pecaminosos tejemanejes como si estuviesen solos. Pero en eso—podría haber jurado que por inspiración divina—una luz límpida iluminó de pronto la terrible oscuridad que había inundado su alma. «¡Soy una pecadora!». Con gesto convulso cogió la Biblia y, en una reacción instintiva, comenzó a rezar el padrenuestro moviendo los labios en silencio y aferrándose interiormente a cada una de las palabras. «¿Cómo que por la mañana?—exclamó el revisor—. Cuando me los he encontrado en el cruce no debían de ser más de las siete o a lo sumo las ocho de la tarde. Así que, por muy lentamente que vengan, a medianoche tendrían que estar aquí. Si yo—continuó inclinándose hacia adelante—he recorrido el camino hasta aquí en una hora y media o dos o, digamos, en tres o cuatro, y eso que los caballos en ocasiones sólo podían avanzar a paso lento en el barro, ellos necesitarán entre cuatro o cinco horas, ¿no es así?». El fondista levantó el dedo índice: «Acabarán llegado por la mañana, ya verá usted. El camino está lleno de hoyos, de baches. ¡Y no tiene que explicarme a mí que por la vía antigua se tarda entre tres y cuatro horas! Ya lo sé. La vía antigua conduce hasta aquí en línea recta. Pero ellos sólo pueden venir por la carretera. Y la carretera traza una curva tan grande que parece querer rodear el mar. Así que a mí no me explique

usted nada, que soy de aquí». Kelemen, incapaz ya de mantener los ojos abiertos, se limitó a hacer un ademán, apoyó la cabeza en la barra y se durmió. Más atrás, Kerekes alzó poco a poco la crisma pelada al rape, terrorífica por las cicatrices de viejas heridas; el sueño lo había pegado prácticamente al «billar»... Se quedó un buen rato escuchando la lluvia que no paraba, se frotó los muslos entumecidos, le sacudió un escalofrío y, luego le gritó al fondista: «¡Eh, cabeza de huevo! ¿Por qué no funciona esta puta calefacción?». El tono grosero funcionó hasta cierto punto: «La verdad sea dicha—se sumó la señora Halics—. Un poquito de calor no vendría mal». El fondista perdió la paciencia: «A ver, dígame con franqueza, ¿qué me está contando? ¿Qué? ¡Esto no es una sala de espera, sino una fonda!». Kerekes se enfureció: «Te retuerzo el pescuezo si en diez minutos, diez, ¿me entiendes?, esto no se calienta». «Vale, vale, ¡pero no me grites!—se conformó el fondista, que luego miró a la señora Schmidt y esbozó una sonrisa falsa. «¿Qué hora es?». El fondista miró su reloj: «Las once. A lo sumo las doce. Ya lo sabremos cuando lleguen los demás». «¿Cómo que los demás?», preguntó Kerekes. «Por decir algo». El granjero se acodó en el «billar», bostezó y trató de coger su vaso. «¿Quién se ha llevado mi vino?», preguntó con voz opaca. «Lo has derramado». «Mientes, cabeza de huevo». El fondista abrió los brazos y se sonrió: «Pues no, de verdad que lo has derramado». «Entonces tráeme otro». El humo de tabaco ondeaba lentamente sobre las mesas, y desde lejos se oyeron los ladridos furiosos de los perros, que empezaban de golpe y cesaban también de golpe. La señora Schmidt olfateó el aire. «¿Qué olor es éste? Antes no estaba», dijo sorprendida. «Son sólo las arañas. O el fuel», respondió con voz meliflua el fondista, y se arrodilló ante la estufa para encenderla. La señora Schmidt meneó la cabeza. Oisqueó su impermeable por fuera y por dentro, olisqueó la silla, luego se puso de rodillas y continuó su examen exhaustivo. Estaba a punto de rozar el suelo con la nariz cuando se enderezó de repente y dijo: «Es la tierra».

## ESTO SE DESCOSE

No era fácil. En su momento, ella tardó dos días en descubrir dónde poner el pie, a qué agarrarse y cómo introducirse por ese agujero estrechísimo a primera vista, abierto donde faltaban unos tablones debajo del canalón en la trasera de la casa. Ahora, en cambio, resolvía la maniobra en cuestión de minutos: con unos movimientos arriesgados, pero muy estudiados, saltaba sobre la leñera cubierta con una lona negra, aferraba el canalón, metía la pierna izquierda en el agujero, la deslizaba hacia un lado e introducía luego la cabeza con un fuerte impulso que se daba con la otra pierna; así, en un dos por tres estaba en esa parte del desván destinada en su día a las palomas, en ese reino situado en un lugar cuyo secreto sólo ella conocía; allí no había de temer los ataques inesperados e incomprensibles de su hermano mayor y, además, procuraba instintivamente que sus largas ausencias no despertaran las sospechas de su madre y de sus hermanas, quienes—si descubrieran su escondite—la sacarían de allí de forma implacable, haciendo inútil todo intento posterior de volver. Pero ¡qué importaba todo eso ahora! Se quitó la chaqueta empapada del chándal, se ajustó su vestido preferido de color rosa y cuello blanco, se sentó ante la «ventana» y se quedó escuchando con los ojos cerrados, tiritando, cómo la lluvia tamborileaba sobre las tejas. Su madre dormía abajo en la casa, sus hermanas no habían vuelto ni siquiera para almorzar, de manera que podía estar segura de que no la buscarían por la tarde. No obstante, sí podía hacerlo Sanyi, del que nunca se sabía por dónde andaba y siempre aparecía de forma imprevista, como si investigara un secreto de la explotación que sólo de ese modo—mediante un ataque repentino, sorpresivo—podía descubrirse. A decir verdad, no había motivos para tener miedo, porque al fin y al cabo nunca la buscaban; es más, la conminaban con tono severo a mantenerse alejada, sobre todo cuando había invitados en la casa, lo cual ocurría con frecuencia. Había ido a parar a una tierra de nadie, pues no

podía cumplir ninguna de las instrucciones: ni quedarse cerca de la puerta ni alejarse demasiado, pues podían llamarla en cualquier momento («¡Ve por una botella de vino!» o: «¡Hija, trae tres paquetes de cigarrillos, pero que sean marca Kossuth, no te olvides!») y cualquier distracción por su parte significaba su expulsión definitiva. Era la única tarea que le quedaba; cuando ella, «de común acuerdo», regresó de la institución que la acogía en la ciudad, su madre le encomendó tareas en la cocina, pero temía tanto los reproches que los platos acaban cayendo al suelo y rompiéndose, a las cacerolas se les saltaba el esmalte, las telas de araña continuaban impertérritas en los rincones, la sopa no sabía a nada, el estofado a la páprika salía demasiado salado, incluso era incapaz de cumplir los cometidos más sencillos y no quedó más remedio que echarla de allí. A partir de entonces, sus días transcurrían en un estado de tensa espera; se escondía detrás del granero o en un extremo de la casa, debajo del canalón, porque desde allí podía vigilar la puerta de la cocina de tal manera que, aunque desde dentro no la vieran, ella podía presentarse tan pronto como la llamaban. La continua atención no tardó en desquiciar los hábitos de sus sentidos: su mirada se limitaba casi exclusivamente a la puerta de la cocina, que percibía con una agudeza inconmensurable, con un dolor casi lacerante; captaba todos los detalles al mismo tiempo, arriba los dos cristales sucios tras los cuales se vislumbraba la cortina de encajes fijada con chinchetas, abajo las salpicaduras de barro reseca, la línea diagonal de la manilla, en resumen, un conjunto escalofriante de formas, líneas y colores; es más, percibía con precisión, y en un tiempo extraordinariamente corto, las diversas posiciones de la puerta que de un instante a otro la informaban de los peligros y de otras posibilidades. Y cuando de súbito dejaba de permanecer inmóvil, todo a su alrededor se ponía en movimiento: pasaban junto a ella el muro de la casa, el arco que dibujaba el canalón, la ventana; se movían al otro lado el establo y los arriates abandonados, el cielo en lo alto, la tierra bajo sus pies, y en un santiamén se encontraba ella ante su madre o sus hermanas, se plantaba ante ellas sin que la vieran entrar por la puerta. Le bastaba un instante, mientras bajaba la vista, para reconocerlas; no necesitaba nada más; a partir de ese momento las siluetas difusas de su madre o de sus hermanas quedaban fijas en ese espacio lleno de objetos sin orden ni concierto, y ella percibía sin verlas *que estaban allí y ella* frente a ellas,

abajo,

así como sabía también que se situaban tan por encima de ella que si alguna vez alzara la vista hacia esas mujeres, la imagen estallaría en mil pedazos, pues el derecho intolerable de ellas a la superioridad era tan evidente que semejante visión lo haría explotar todo. El zumbido del silencio sólo duraba hasta la puerta, que permanecía inmóvil, porque luego había de extraer del ruido palpitante el mandato irritado de su madre o de sus hermanas («¡Me va a dar un patatús! ¿Qué haces tú aquí? ¡Tú aquí no pintas nada! ¡Vete ahora mismo a jugar!»), que enseguida se extinguía mientras ella se alejaba a toda prisa, volvía corriendo al granero o a su sitio bajo el canalón, donde se adueñaba de ella el alivio, pues aquello que no había concluido del todo podía continuar. De jugar, por supuesto, ni hablar; no es que nunca hubiera tenido entre las manos una muñeca, un libro de cuentos o una canica para que pareciera que estaba jugando cuando alguien se presentaba en la casa o cuando ellas desde dentro le echaban un vistazo para controlarla, pero lo cierto era que, al permanecer alerta en todo momento, no se atrevía a dedicarse al juego, y, por otra parte, desde hacía bastante tiempo ni siquiera era capaz de concentrarse en una actividad lúdica. No sólo porque los caprichos momentáneos de su hermano determinaban a qué podía jugar, fijando de manera implacable qué podía tener ella y por cuánto tiempo, sino porque jugaba por obligación, por protegerse a sí misma, por responder a las expectativas de su madre y de sus hermanas, quienes, como bien sabía ella, preferían que ella se aferrara a «juegos poco adecuados a su edad» que verse obligados a soportar la vergüenza diaria («¡ojalá pudiera!») de verla «observar y espiar con una insistencia enfermiza cada uno de sus movimientos». Sólo allí arriba, en el antiguo palomar, se sentía segura; allí no tenía que jugar, no había puerta por la que se pudiera «entrar» (la había cegado su padre, como primer paso de un proyecto que había quedado para siempre envuelto en tinieblas), no había ventana por la que se pudiera «mirar», y en el hueco por donde antaño entraban y salían las palomas ella misma había fijado con chinchetas dos fotografías recortadas del periódico para tener una «vista bonita»: una mostraba un paisaje a orillas del mar con el sol poniente, y la otra, una cumbre nevada con un ciervo atento en primer plano... ¡Por supuesto, todo eso acabaría para siempre! La rozó una corriente de aire procedente de la antigua escalera que llevaba al desván; sintió un escalofrío. Palpó la chaqueta de chándal, que no se había secado

aún, de modo que se cubrió con una cortina de encajes blanca rescatada de entre los trastos de la cocina trasera para evitar tener que bajar a la casa, despertar a su madre y pedirle ropa seca. Un día antes todavía habría resultado inconcebible ser tan intrépida; si se hubiera empapado de igual manera, enseguida se habría cambiado de ropa, consciente de que si se veía obligada a guardar cama no podría contener el llanto, algo que su madre y sus hermanas no tolerarían. Pero cómo iba a intuir el día anterior por la mañana que, como en una explosión en la que algo no se derrumba sino que se levanta, al anochecer acabaría conciliando el sueño purificada y «con fe en una tentadora dignidad». Unos días antes había notado que algo le ocurría a su hermano: cogía la cuchara de otra manera, cerraba la puerta de otra manera, se sobresaltaba a su lado en la cama plegable de la cocina y pasaba mucho tiempo absorto en sus pensamientos. El día anterior, después del desayuno, se acercó a ella en el granero, pero en vez de alzarla cogiéndola del pelo o—lo que era peor—en vez de ponerse a su espalda y esperar a que ella se echara a llorar, extrajo de su bolsillo medio chocolate marca Balaton y se lo dio. Estike no supo cómo interpretarlo, y aún intuía algo malo cuando esa tarde Sanyi compartió con ella «el secreto más extraordinario jamás visto». No dudó de las palabras de su hermano, nunca habría osado hacerlo, pero consideraba increíble e inexplicable que Sanyi confiara precisamente en ella, le pidiera ayuda precisamente a ella, «con la que nunca se podía contar». Sin embargo, la esperanza de que no se tratara de otra trampa más fue más fuerte que el temor de que sí lo fuese; por tanto, antes de desvelarse la verdad o justamente para que no se desvelara, Estike lo aceptó todo, sin condiciones y a la velocidad de un rayo. Desde luego, no le quedaba otra opción, pues Sanyi la habría obligado de todos modos a decir que sí; esta vez, sin embargo, no hizo falta coacción alguna, pues le bastó con exponer a su hermana el secreto del árbol del dinero para granjearse enseguida su confianza ilimitada. Cuando Sanyi acabó por fin y observó el efecto en el gesto de «llevarse las manos a la cara», ella estaba a punto de prorrumpir en llanto por la alegría que la había inundado de forma tan inopinada, y eso que sabía por amargas experiencias anteriores que no debía hacerlo delante de su hermano. Turbada entregó para ese «experimento a prueba de bombas» su fortuna reunida desde Semana Santa, que de todas formas pensaba destinar a él, a partir de las monedas de dos forintos que le daban quienes acudían a la casa; eso sí, no supo cómo

explicar el hecho de esconder ese dinero y mentir durante meses para poder mantenerlo a salvo... Sanyi, sin embargo, no insistió en el asunto, y la alegría de poder participar por fin en sus misteriosas aventuras enseguida hizo desaparecer la turbación de Estike. No obstante, no sabía cómo interpretar que ella mereciera esa peligrosa confianza y sobre todo que él asumiera ese riesgo, pues no podía pensar seriamente que su hermana respondiera alguna vez a la idea «de valentía, de dureza y de obligado triunfo». Aun así, tampoco había olvidado que la explicación podía estar más allá de sus ofensas, crueldades y brutalidades, porque a veces, cuando estaba enferma, Sanyi la dejaba meterse a su lado en la cama de la cocina, es más, incluso le permitía abrazarlo y así conciliar el sueño. Y fue su hermano quien la instruyó cuando ella comprendió, hacía unos años, con ocasión del entierro de su padre, que la muerte, «el único camino para estar entre los ángeles», no sólo ocurría por voluntad divina, sino que podía ser una elección humana, y decidió averiguar cómo se hacía. Sola no habría llegado a ninguna parte, sin él jamás habría sabido cómo proceder aunque por alguna vía se habría enterado de que «el matarratas también servía». El día anterior, después de despertarse al amanecer, cuando por fin hubo vencido el miedo y decidido no aplazar más el intento, pues no sólo quería imaginar, sino sentir de forma efectiva cómo sería elevarse en el aire, que una fuerza de atracción la alzara rápido como el viento, alejarse de la tierra más y más mientras se iban empujando y apretando las casas, los árboles, los campos, el canal y el mundo entero allá abajo y hallarse luego ante la Puerta del Cielo, entre los ángeles envueltos en un llameante color rojo, fue Sanyi quien, gracias al secreto del árbol del dinero, la devolvió de ese vuelo mágico y angustiante a la vez, de modo que luego, a la hora del crepúsculo, se pusieron en marcha—¡juntos!—rumbo al canal; su hermano silbaba alegremente con la pala al hombro, mientras ella lo seguía nerviosa, apretando contra el abdomen la fortuna que llevaba envuelta en un pañuelo. Con el silencio que caracteriza a un experto, Sanyi cavó un hoyo a la orilla del canal, y no sólo no la ahuyentó, sino que le permitió colocar el dinero en el fondo. Con tono severo le ordenó regar las semillas abundantemente dos veces al día, por la mañana y por la tarde, («¡De lo contrario se seca!»), y después la mandó a casa indicándole que, al cabo de una hora «exactamente» regresara con la regadera, porque hasta entonces él tendría que pronunciar—en completa soledad—unas «fórmulas mágicas». Estike

llevó a cabo la tarea encomendada y esa noche no durmió tranquila; soñó que la perseguían unos perros que estaban sueltos, pero al amanecer, cuando vio que fuera llovía a cántaros, una benéfica bruma le hizo olvidar todo. Su primer camino la llevó a la orilla del canal, claro está, para regar de todos modos la mágica siembra, por si a pesar de la lluvia no recibía agua suficiente. A la hora del almuerzo comunicó en susurros a Sanyi, para no despertar a la madre que había pasado la noche entera de juerga, que todavía no «se veía nada de nada», pero él la tranquilizó diciendo que en el mejor de los casos tardaría tres o cuatro días en asomar de la tierra, nunca antes, eso sí, «siempre y cuando recibiera la cantidad necesaria de agua». «Además—continuó con un tono impaciente que no admitía réplica—, no se te ocurra pasarte el día entero acurrucada allí encima... No le hace bien... Basta con que le echés un vistazo por la mañana y por la tarde. ¿Entiendes lo que quiero decir, boba?». Dicho esto, se marchó de casa sonriendo, y Estike decidió no moverse del desván hasta el anochecer si no hacía falta. «¡Luego, cuando haya brotado!». Cuántas veces cerró los ojos para ver cómo «crecía el árbol», cómo se volvía espeso su follaje y se inclinaban luego las ramas doradas por el peso que acumulaban, y ella, un buen día, llenaba hasta los topes—¡sí, hasta los topes!—el capazo con el asa rota, regresaba a casa y vertía el contenido sobre la mesa... ¡Cómo se quedarían pasmadas su madre y sus hermanas! A partir de ese día dormiría en la «sala limpia», en la cama grande, bajo el edredón, y sólo tendrían que ir por las mañanas a la orilla del canal y llenar el capazo, y ya no habría más que baile y chocolate en cantidad, y vendrían también los ángeles que se sentarían a la mesa en la cocina... Frunció el ceño («¡A ver!») e inclinándose hacia adelante y hacia atrás comenzó a tararear:

*Ayer fue un día,  
hoy serán dos,  
mañana tres,  
¡pasado cuatro!*

«¿Es posible que ya sólo falten dos noches?», se preguntó nerviosa. «¡No—dijo de pronto—, no está bien!». Se quitó el pulgar de la boca, sacó la otra mano de debajo de la cortina de encajes y de nuevo intentó hacer cuentas con los dedos.

*Ayer es uno,  
hoy es dos,  
¡dos más uno tres!  
Y mañana, sí, mañana,  
es tres más uno: cuatro.*

«¡Pues sí! O sea, que podrá ser esta misma noche. ¡Esta noche!». Fuera, el agua chorreaba de las tejas cayendo sin obstáculos, en rigurosa línea recta, sobre la tierra junto a los muros de la casa Horgos, abriendo una zanja cada vez más profunda en torno al edificio, como si abrigara una intención oculta con cada una de sus gotas: rodear primero la casa con una aguadera, aislar del mundo a sus habitantes y filtrarse después milímetro a milímetro en el barro para bajar hasta los cimientos en el suelo hostil y socavarlo todo. En ese tiempo implacable se agrietarían uno tras otro los muros, se desgajarían las ventanas y las puertas, se ladearía y caería la chimenea, se desintegrarían los clavos en las paredes, se cegarían los espejos que quedaran, y el edificio hundido sembraría una triste mamarrachada, un barco que ha hecho aguas, ha naufragado y anuncia melancólicamente la inutilidad del lamentable combate de la lluvia, de la tierra y de los frágiles propósitos humanos: el techo no servía de protección. Abajo, la oscuridad era casi total, sólo por la abertura se filtraba un poco de luz, algo así como una niebla vaporosa. Rodeada de calma, apoyó la espalda en una viga y, como todavía le quedaban restos de la alegría del día anterior, cerró los ojos: «¡Ahora!»... Tenía siete años cuando su padre la llevó por primera vez a la ciudad con ocasión de la feria agrícola; la dejó deambular entre las carpas, y así conoció ella a Korin, quien había perdido la vista durante la última guerra y sobrevivía con el dinero que ganaba tocando el acordeón en ferias y en fiestas organizadas en fondas y restaurantes. Supo por él que la ceguera era un «estado mágico, hija mía», y que él no sólo no se quejaba, sino que se sentía feliz y agradecido a Dios por esa «tiniebla eterna», de suerte que se reía cuando alguien le describía el «colorido» de esa pobre vida terrenal. Estike escuchó hechizada a Korin, y cuando llegó la siguiente feria lo primero que hizo fue ir a verlo; el ciego le reveló entonces que el camino a ese reino maravilloso no estaba «bloqueado» para ella y que lo único que tenía que hacer era mantener los ojos cerrados largo tiempo. Sus primeros intentos, sin embargo, la espantaron: vio llamaradas y rayos ondeantes y coloridos, vio personajes informes que huían despavoridos y

oyó zumbidos y traqueteos muy cercanos. No se atrevió a pedir consejo a Kerekes, quien entre otoño y primavera se pasaba el día en la fonda, de modo que sólo pudo desvelar su secreto un año más tarde cuando padeció una grave pulmonía y el médico de la explotación permaneció la noche entera a su lado; allí, junto a ese doctor obeso, enorme, taciturno, se sintió por fin segura; la fiebre la aletargó, una sensación de alegría la recorrió fugazmente, y cerró los ojos: y vio entonces lo que Korin le había contado. En aquel reino maravilloso, su padre, con sombrero y abrigo largo, introducía el carro en un patio llevando al caballo de las riendas y extraía del vehículo panes de azúcar, bizcochos de especias y un montón de regalos que llevaba luego a la mesa... Comprendió entonces que las puertas del reino sólo se abrían cuando a ella «le hervía la piel», cuando le temblaba el cuerpo y los párpados le ardían. Su imaginación desbordada resucitaba entonces a su difunto padre, que se alejaba por el campo rumbo a la carretera mientras el viento levantaba la hojarasca a sus espaldas; veía también a su hermano, que le guiñaba alegremente el ojo o dormía a su lado en la cama plegable. Precisamente él se le apareció en aquel momento: durmiendo, con el rostro sereno, el pelo sobre la frente, un brazo colgando del lecho; luego se agitaba un poco, sus dedos comenzaban a moverse, de repente se daba la vuelta y la manta se deslizaba al suelo. «¿Dónde estará ahora?». Entre zumbidos y traqueteos, el reino se esfumó, y ella abrió los ojos. La cabeza le dolía, la piel le ardía por la fiebre, los miembros le pesaban. Y de pronto, al mirar hacia la «ventana», se dio cuenta de que no podía esperar con los brazos cruzados a que la oscuridad de mal agüero se disipara de pronto por sí sola, comprendió que mientras no fuera digna de la inexplicable buena voluntad de su hermano sólo corría el riesgo de perder definitivamente su confianza. Tenía claro que se hallaba ante su primera y tal vez última oportunidad: no podía perder a Sanyi, porque él conocía la estructura «triunfante, compleja y hostil del mundo» y porque sin él deambularía ciegamente por los miles de peligros de la ira y de la compasión asesina, de la cólera y del despilfarro. Sentía miedo, pero entendía que había de actuar; y esto se vio compensado por un sentimiento desconocido hasta entonces, una ambición confusa que se presentó de golpe: si se ganaba el reconocimiento de su hermano, podría «conquistar» el mundo a su lado. Así—de forma lenta, imperceptible—la fortuna maravillosa, el capazo con el asa rota, las ramas inclinadas por el peso del

oro desaparecieron del estrecho campo de su atención y su lugar fue ocupado por la admiración hacia su hermano. Le dio la sensación de estar en un puente que unía sus miedos de antaño con aquello que todavía le hacía temblar el día anterior; sólo debía cruzarlo y en la otra orilla—¡donde Sanyi la esperaba ya con impaciencia!—encontraría la explicación de todo cuanto desde este lado resultaba eternamente incomprensible. Entonces tomó conciencia de lo que quería decir su hermano cuando afirmó: «Hay que vencer, ¿comprendes, boba? ¡Vencer!», porque a ella también la rozó la esperanza del triunfo, y si bien intuía que al final nadie podía vencer a nadie, porque nada acababa nunca, las palabras de Sanyi de la noche anterior («La gente no para de pactar y transigir, y somos unos pocos los que sabemos cómo poner orden aquí, boba...») dejaban en ridículo cualquier oposición y presentaban como heroico todo fracaso. Se quitó el pulgar de la boca, se ciñó la cortina de encajes sobre el cuerpo y comenzó a andar por ese lugar estrecho para mitigar el frío. ¿Qué hacer? ¿Cómo demostrar su capacidad para «vencer»? Desconcertada, miró alrededor en el desván. Las vigas se estiraban amenazadoras sobre ella, ganchos y clavos oxidados sobresalían de la madera. Su corazón latía con frenesí. En eso, oyó un ruido procedente de abajo. ¿Sanyi? ¿Sus hermanas? Con cautela, quedamente, bajó hasta la leñera; arrimada al muro, se deslizó hasta la ventana de la cocina y apretó la cara contra el cristal frío. «¡Es *Micur!*!». El gato negro, instalado sobre la mesa de la cocina, lamía alegremente la olla roja con los restos de *gulasch* que habían quedado del almuerzo. La tapa había rodado hasta el rincón. «¡Ay, *Micur!*!». Abrió la puerta suavemente, cogió al gato y lo puso en el suelo, colocó la tapa sobre la cacerola y entonces tuvo una idea. Se dio la vuelta poco a poco; buscó a *Micur* con la mirada. «¡Soy más fuerte!», pensó. El gato corrió hacia ella y se frotó contra su pierna. Estike se dirigió de puntillas al perchero y cogió la red verde. «¡Vamos, ven acá!». *Micur* obedeció y dejó que Estike lo metiera en la red. Sin embargo, no duró mucho su indiferencia: soltó un maullido de temor al notar que sus patas colgaban a través de los agujeros de la red y no pisaban suelo firme. «¿Qué pasa?—se oyó desde la habitación—. ¿Quién anda ahí?». Estike se detuvo asustada: «Soy yo...». «¿Qué mierda estás hurgando por ahí? ¡Ve a jugar enseguida!». Sin decir palabra, conteniendo la respiración, Estike salió al patio con la maullante red en la mano. Llegó sin contratiempos hasta la esquina de la casa, se detuvo y respiró hondo; y

echó a correr, pues le dio la sensación de que todo a su alrededor se disponía a perseguirla. Cuando, al tercer intento, logró introducirse en su escondite, se apoyó jadeando contra una de las vigas del tejado y no miró atrás, aunque sabía que abajo, en torno a la leñera, mostrando los dientes— como perros tras la presa—, se reunían furiosos el granero, el huerto, el barro, la oscuridad. Soltó a *Micur*, y el gato negro de pelo reluciente enseguida fue corriendo hasta la abertura, pero luego prefirió olisquear poco a poco el desván; de vez en cuando alzaba la cabeza prestando atención al silencio, luego se frotaba contra la pierna de Estike con la cola levantada, y cuando la dueña se sentó ante la «ventana», se instaló en su regazo. «Estás acabado—le susurró Estike, y *Micur* comenzó a ronronear amigablemente—. No creas que me vas a dar pena. Podrás defenderte si quieres, claro, pero será inútil...». Apartó al gato, se acercó a la abertura y tapó la salida con unos tablones apoyados en los montantes. Esperó un rato a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y se acercó lentamente a *Micur*. El gato no sospechó nada, toleró que Estike lo levantara y sólo intentó huir cuando su dueña se arrojó con él al suelo y comenzó a rodar de un lado al otro por el desván. Los dedos de Estike aferraban su cuello como esposas; lo había alzado con tal presteza y se le había puesto encima de forma tan repentina que en un primer instante se quedó paralizado por el terror y ni siquiera intentó defenderse. Sin embargo, el combate no podía durar mucho, el gato aprovechó la primera situación favorable y clavó las garras en las manos de su dueña; la propia Estike, por su parte, se sintió insegura: en vano lo animaba enfadada («¡Vamos! ¡Venga, vamos! ¡Atácame, atácame!»), *Micur* no estaba dispuesto a luchar con ella; Estike incluso procuró no aplastarlo cuando rodaban juntos por el suelo. Miró decidida al gato que se había refugiado en un rincón y clavaba en ella sus ojos extraños, centelleantes, mientras los pelos se le ponían de punta. ¿Qué hacer? ¿Volver a intentarlo? Pero ¿cómo? Estike puso una cara horripilante y fingió querer abalanzarse sobre el gato, el cual huyó volando al otro rincón. A partir de ese momento ella se limitó a hacer algún gesto—levantar la mano, patear el suelo, dar un salto para acercarse—, pues bastaba eso para que *Micur* se refugiara a toda prisa en un rincón más protegido, corriendo de forma cada vez más desesperada, cada vez más desenfundada, sin importarle arañarse con ganchos y clavos, golpearse contra las tejas, las vigas o los tablones que tapaban la salida. Ambos sabían perfectamente dónde estaba el otro; Estike

descubría enseguida la posición exacta de *Micur* por los ojos centelleantes del gato, por el ruido de las tejas o por los golpes sordos que se daba su cuerpo, mientras que a ella la traicionaba el remolino apenas perceptible que generaban sus brazos en ese aire cargado. La alegría y el orgullo cada vez más intensos enardecían su imaginación; tenía la sensación de que ya no necesitaba moverse siquiera, de que el peso insoportable de su poder se cernía sobre el gato; la conciencia de su grandeza y de su invulnerabilidad («Puedo hacer contigo lo que quiera») incluso la turbó ligeramente al comienzo: ante ella se abría, un universo desconocido cuyo centro era ella misma, desconcertada ante la infinitud de opciones; sin embargo, esa feliz plenitud acabó pronto, terminó cuando se vio a sí misma pinchando los ojos de *Micur* que resplandecían aterrados, que brillaban heridos mortalmente, arrancándole las patas delanteras o simplemente colgándolo con un cordel de los ganchos. Percibía el cuerpo curiosamente pesado y se sintió víctima de una conciencia extraña que se había apoderado de ella. El intenso deseo de triunfar tumbó, por así decirlo, a quien había sido, y supo que adondequiera que fuera acabaría tropezando de manera inevitable y que este hecho heriría en el último momento la superioridad y determinación que irradiaba. Observó con fijeza el brillo fosforescente en los ojos del gato y de pronto se percató de algo que hasta entonces no había captado: vio en esa luz el espanto, la impotencia, la desesperación que se volvía en su contra, la última esperanza de que, si se entregaba como trofeo, a lo mejor podría salvarse. Y esos ojos que como focos atravesaban la oscuridad iluminaron de forma inopinada los minutos que acababan de transcurrir, los instantes ora desquiciados, ora coherentes de esa lucha asesina, y Estike vio entonces impotente que aquello que con tanta lentitud, con tanta dificultad se había levantado en ella se derrumbaba ahora de golpe. Volvieron a aparecer en su conciencia las vigas, la «ventana», los tablones, las tejas, los ganchos, la entrada cegada al desván, pero como si formasen parte de un ejército indisciplinado a la espera de una orden, no en el lugar que les correspondía: los objetos más ligeros se alejaban, los más pesados se acercaban de manera peculiar, como si hubieran ido a parar al fondo oscuro de un lago donde el peso de cada uno determinaba la dirección y el ritmo de sus movimientos. *Micur*, con los músculos tensos y a punto de estallar, acechaba pegado a los excrementos secos de las palomas que cubrían el suelo podrido del desván, el perfil de su cuerpo se difuminaba en la oscuridad, daba la impresión de

que se disponía a flotar en ese aire cargado, y ella sólo tomó conciencia de lo que había hecho cuando, por así decirlo, percibió en la mano ardiente el vientre cálido del animal que se encogía y se dilataba, su piel lacerada en varios sitios, la sangre que manaba en torno a las heridas. Se le hizo un nudo en la garganta por la vergüenza y la compasión; sabía que ya nada podría reparar su victoria. No tenía sentido moverse y dirigirse hacia él para acariciarlo, pues *Micur* huiría en el acto. Y esto sería así para siempre: en vano lo llamaría, en vano le susurraría palabras bonitas, en vano lo acariciaría, pues *Micur* estaría siempre alerta, en sus ojos quedaría imborrable el recuerdo aterrador de esa aventura mortífera, y eso la obligó, como quien dice, a realizar el acto definitivo. Hasta entonces creía que sólo el fracaso resultaba intolerable, pero ahora comprendió que también la victoria era insoportable, porque en esta terrible pelea lo vergonzoso no era que ella se impusiera, sino que no existiera para ella la posibilidad de una derrota. Se le pasó por la mente la posibilidad de intentarlo de nuevo («tal vez... si me arañara..., si me mordiera...»), pero de inmediato se dio cuenta de que no había salida, de que era la más fuerte. Le ardía la piel por la fiebre, el sudor le cubría la frente. Y entonces notó el olor. En un primer momento se asustó, pues creyó que había alguien más en el desván. Sólo lo entendió cuando *Micur*, creyendo que su dueña volvía a atacarlo—puesto que Estike dio un paso vacilante hacia la «ventana». («¿De dónde viene esta peste?»)—, huyó a toda velocidad al otro rincón. «Has cagado!—gritó en furioso tono de reproche—. ¡Te has atrevido a cagar!». El hedor inundó el espacio en un santiamén. Estike contuvo la respiración y se inclinó sobre el mojón. «¡Y, además, has meado encima!». Se acercó a la abertura, respiró hondo, volvió luego al escenario del hecho, empujó con un trozo de madera el excremento sobre un papel de periódico y amenazó a *Micur*. «¡Lo que más me gustaría es metértelo en la boca!». De pronto se detuvo, como si la hubieran alcanzado sus palabras, fue hasta la abertura y apartó los tablones. «¡Y yo que creía que tenías miedo! ¡Y me compadecía de ti!». Para no darle tiempo a huir, bajó como un rayo a la leñera, recolocó los tablones, arrojó el paquete hediondo a la oscuridad para que lo devoraran los monstruos invisibles que aguardaban la presa y, arrimándose al muro, se aproximó a la puerta de la cocina. La abrió con sigilo; su madre roncaba en la habitación. «Me atreveré a hacerlo, claro que me atreveré». Se estremeció por el calor, le pesaba la cabeza, sentía débiles las piernas. Abrió suavemente la puerta

de la despensa. «Bestia merdosa. Se lo merece, claro que sí». Bajó del estante la lechera, llenó una taza y regresó de puntillas a la cocina. «De todos modos, ya no se puede hacer nada». Quitó del perchero la rebeca amarilla de su madre y salió, sin prisa para no hacer ruido. «Primero la rebeca». Quiso dejar la taza un momento en el suelo para ponérsela con comodidad, pero al agacharse el bajo de la rebeca rozó el barro. Se incorporó rápidamente, con la prenda en una mano y la taza en la otra. ¿Qué hacer? La lluvia caía oblicua, el lado derecho de la cortina de encajes estaba ya todo empapado. Se puso en marcha, con andar inseguro, cauteloso, para no derramar la leche («Colgaré la rebeca de la leñera y luego, con la taza...»), pero se detuvo de pronto, pues se dio cuenta de que había olvidado el plato del gato junto a la puerta. Sólo tomó conciencia de los pasos a seguir cuando llegó a la puerta de la cocina: si se ponía la rebeca por encima de la cabeza podría agacharse y dejar la taza en el suelo; luego —con el plato hondo del gato en una mano y la taza en la otra— todo pareció más sencillo. Al domeñar finalmente ese caos momentáneo, comprendió también la secuencia de los hechos que la esperaban. Primero subió el plato y luego la taza. Tapó la abertura con los tablones y comenzó a llamar a *Micur* en medio de la oscuridad. «¡*Micur*, *Micur*! ¿Dónde estás? Ven, que te he traído algo rico». El gato acechaba en el rincón más alejado, desde allí observaba cómo su dueña metía la mano bajo la viga que estaba junto a la «ventana», sacaba de allí una bolsa de papel, vertía su contenido en el plato y luego le añadía la leche. «A ver, que esto así no va». Dejó el alimento y se dirigió a la abertura—*Micur* se sacudió nervioso—, pero apartó en vano los tablones, pues no entraba ya ni una pizca de luz. Aparte del tamborileo de la lluvia sobre el tejado sólo se oía el lejano ladrido de los perros. Desamparada, con la rebeca de su madre que le llegaba a las rodillas, habría deseado salir corriendo de esa oscuridad, escapar de ese silencio agobiante; se adueñó de ella el miedo a estar sola, a que en cualquier momento la atacara algo procedente de uno de los rincones, a que ella misma chocara con una mano gélida dispuesta a agarrarla. «¡Hay que darse prisa!», gritó, y aferrándose a su propia voz, por así decirlo, se acercó un paso al gato. *Micur* no se movió. «¿Qué pasa? ¿No tienes hambre?». Le habló con un tono melifluo, y por de pronto consiguió que el gato no se apartara de un salto mientras ella se aproximaba. Y entonces llegó la oportunidad: *Micur*—hechizado quizá por esa voz melosa—dejó que Estike

se acercara mucho; ella se abalanzó entonces a la velocidad de un rayo sobre el animal, lo aplastó contra el suelo, lo levantó luego con habilidad para que no pudiera arañarla y lo llevó hasta el plato preparado debajo de la «ventana». «¡Venga, come, que esto es muy rico!», gritó con voz temblorosa, y metió la cabeza de *Micur* con fuerza en el plato. En vano intentó liberarse el animal y, como si hubiera comprendido que no tenía sentido seguir resistiéndose, dejó de moverse, y cuando por fin su dueña lo soltó, tampoco sabía si se había ahogado o si sólo «fingía», porque se desplomó junto al plato vacío como si hubiera exhalado el último suspiro. Estike retrocedió poco a poco hasta llegar a un rincón, se cubrió los ojos con las manos para no ver esa oscuridad amenazante, mortífera, se tapó los oídos con los pulgares porque del silencio emanaron de pronto unas voces ásperas, estridentes, chillonas. Sin embargo, no estaba en absoluto aterrada, consciente de que el tiempo trabajaba a su favor: únicamente había de esperar a que el ruido se extinguiera por sí solo, así como un ejército despojado de sus jefes huye en desbandada del campo de batalla después de unos momentos de confusión o, si no hay escapatoria, procura pedir clemencia al vencedor. Aguardó un buen rato a que el silencio absorbiera las últimas voces, y no vaciló, ni se precipitó, pues ya sabía cómo debía proceder; sabía dónde había de poner el pie, sus movimientos eran impecables y tenían claro su objetivo, como si los elementos derrotados la hubieran elevado por encima de ellos. Buscó al gato, rígido tras las agónicas convulsiones, y bajó al patio con la cara enrojecida por la fiebre, miró alrededor y se dirigió feliz y orgullosa al canal, pues su instinto le sugería que allí encontraría a Sanyi. Con el corazón en un puño imaginó «la cara que pondría él» cuando ella se presentara con el cadáver en los brazos y se le hizo un nudo en la garganta por la emoción cuando comprobó que los álamos que rodeaban la explotación se inclinaban detrás de ella y observaban envidiosas, como viejas y pendencieras solteras a la novia, su silueta que se alejaba y estirando el brazo, con el animal sujeto por las patas delanteras, mantenía a distancia el cuerpo de *Micur* muerto, extinguido para siempre. El camino no era largo, pero aun así tardó más de lo acostumbrado en alcanzar el canal, ya que a cada paso se hundía en el barro, resbalaba con las pesadas botas heredadas de sus hermanas y, para colmo, esa «bestia merdosa» le resultaba cada vez más pesada, de modo que debía pasarla de una mano a la otra continuamente. Sin embargo, no se desanimó ni prestó

atención al aguacero; lo único que la inquietaba era no poder volar a la velocidad del viento hasta donde se encontraba Sanyi, de manera que cuando por fin llegó al lugar y vio que no había nadie sólo se culpó a sí misma. «¿Dónde se habrá metido?». Tiró el cadáver al barro, se palpó los brazos, que le ardían por el cansancio, y después, olvidándolo todo por unos instantes, se inclinó lentamente sobre la siembra y allí se quedó, conteniendo la respiración, en ese movimiento inacabado, como alguien a quien una bala perdida, incomprensible y aislada, ha alcanzado en pleno corazón. La siembra mágica estaba revuelta, el palo con el que habían marcado el lugar del árbol del dinero yacía roto, bañado por la lluvia; donde había estado el montoncito de tierra perfectamente cuidado al que durante horas y horas había dado el calor de su mirada sólo se veía un hoyo parecido a una cuenca sin el globo ocular, lleno de agua hasta la mitad. Desesperada, se arrojó al suelo y hurgó en el fondo del agujero torpemente excavado. Se levantó de un salto y acopió las fuerzas que le quedaban para poder atravesar con un grito la noche que se alzaba ante ella, pero su voz distorsionada por el esfuerzo («¡Sanyi! ¡Sanyi! ¡Ven aquí!») se perdió absorbida por el rumor invencible del viento y de la lluvia. Desconcertada permaneció en la orilla del canal, sin saber hacia dónde ir. Se puso en marcha por la ribera, pero enseguida se dio la vuelta y comenzó a correr en la dirección contraria, se detuvo al cabo de unos metros y se volvió hacia la carretera. Avanzaba con dificultad, muy despacio, pues a veces se hundía hasta los tobillos en la tierra ya cenagosa, y entonces debía pararse y, haciendo equilibrios, prácticamente arrancar la bota del lodo con las manos. Llegó agotada a la carretera, y cuando recorrió con la mirada aquel paisaje abandonado—la luna asomó por un instante en lo alto—, le dio la impresión de haber tomado la dirección equivocada, de que habría sido preferible buscar primero a su hermano en casa. Pero ¿por qué camino regresar? ¿Si iba por el camino de los Horgos y Sanyi llegaba por el camino de los Hochmeiss? ¿Y si él estaba en la ciudad? ¿Y si se había subido al coche del fondista? Pero ¿qué podía hacer ella sin él? Indecisa, se enfiló hacia a la fonda, considerando que si encontraba el coche allí, entonces... No se atrevía a admitir que la fiebre la había debilitado por completo y que la atraía la ventana iluminada allá lejos. Sin embargo, apenas había dado unos pasos cuando una voz procedente de un costado la conminó a detenerse: «¡La bolsa o la vida!». Estike gritó asustada y echó a correr. «¿Qué pasa?

¿Te has cagado, cariño mío?», continuó la voz, y soltó una áspera carcajada. El susto de la niña se esfumó enseguida y ella, aliviada, volvió corriendo: «¡Ven! ¡Ven rápido! ¡El dinero!... ¡El árbol del dinero!». Sanyi emergió poco a poco de la oscuridad, alcanzó la carretera, se enderezó y sonrió: «¡Vaya, la rebeca de mamá! Caramba, te dará una paliza que volverás a quedarte una semana en cama. ¡Estás loca como una cabra». Hundió la mano izquierda en el bolsillo, mientras que en su derecha ardía un cigarrillo. Estike sonrió turbada, agachó la cabeza y continuó: «¡El árbol del dinero!... ¡Alguien...!». No se atrevió a alzar la vista, sabedora de que a Sanyi le irritaba que le miraran a los ojos. El muchacho examinó de arriba abajo a Estike y le sopló el humo a la cara: «¿Qué noticias hay en el manicomio?—Infló las mejillas como quien apenas puede contener la risa, pero acto seguido su expresión se endureció—. Si no desapareces en el acto, te daré en la crisma, querida, tan fuerte que se te va a caer la cabeza. Sólo me faltaba que me vieran aquí contigo... Se reirán de mí durante una semana entera... ¡largo!». Echó la cabeza hacia atrás y miró nervioso la carretera que se perdía en la oscuridad; luego, como si su hermana no existiera, miró por encima de ella hacia la ventana iluminada de la fonda y puso cara de estar reflexionando. Estike estaba aterrada. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había ocurrido para que Sanyi...? ¿Había hecho ella algo? ¿Algo malo? Lo intentó de nuevo: «Las semillas del dinero también... Las han robado... Robadas...». «¿Las han robado?—gritó exaltado el muchacho—. ¡Vaya! ¿Con que las han robado, eh? ¿Y quién las habrá robado?». «Pues no lo sé... Alguien...». Sanyi la miró fríamente: «¿Me estás tomando el pelo? ¿Te atreves a tomarme el pelo?». Estike, asustada, sacudió rápidamente la cabeza. «Vale, vale. Por un momento lo he creído...». Inhaló el humo del cigarrillo. De pronto se dio la vuelta otra vez y se quedó mirando fijamente la curva, como si esperara a alguien. Acto seguido lanzó una mirada furiosa a su hermana: «¿Qué haces aquí?». La niña se enderezó rápidamente, pero siguió con la cabeza gacha, contemplando las botas y el barro, su pelo de color rubio pajizo le cubría el rostro. Sanyi se encolerizó: «¿Tú qué crees que estoy esperando? ¿Cómo es que sigues aquí? ¡Largo, vete a la mierda! ¿Está claro?—Se frotó el mentón salpicado de granos y de unos pocos pelos y, al ver que Estike no se movía, no le quedó más remedio que decir—: Escucha, presta atención... ¡Necesitaba el dinero! ¿Y qué?—Hizo una breve pausa, pero su hermana

seguía sin moverse—. Además, la puta que os parió a todos... El dinero es mío. ¿Está claro?—Estike asintió asustada—. ¡Ese dinero era mío! ¿Cómo te atreviste a ocultarlo?—dijo Sanyi sonriendo satisfecho—. Alégrate de haberte librado así. ¡Podría habértelo quitado!—Estike asentía con la cabeza, mientras retrocedía poco a poco, convencida de que su hermano le iba a pegar—. Por cierto—continuó él con una sonrisa cómplice—, tengo un vino de primera. ¿Quieres? ¿Quieres un trago? Toma—y le ofreció el cigarrillo apagado. Estike, desamparada, estiró la mano, pero enseguida la retiró—. ¿No? Pues vale. Escucha, que te diré una cosa. Nunca llegarás a nada: naciste tonta y así te quedarás». La niña se armó de valor: «¿Tú... lo sabías?». «¿Qué, reina, qué carajo sabía?». «¿Sabías que las semillas del dinero... nunca... nunca...?». Sanyi volvió a perder la paciencia: «Venga, no me tomes el pelo. Para eso tendrías que haber espabilado antes, tontita. ¿Crees que me he tragado eso de que tú no sabías de qué iba el juego? Tan, tan tonta no eres...—Extrajo una cerilla de la caja y encendió un cigarrillo protegiendo la llama con la mano—. ¡Genial! ¡Eres fantástica! En vez de alegrarte de que me haya ocupado de ti. —Sopló el humo y entornó los ojos—. Venga, que esto es caso cerrado. No tengo tiempo para discutir con una estúpida. ¡Así que largo, chavala, largo de aquí!—dijo, y empujó con el dedo índice a Estike, pero luego, cuando la niña comenzó a correr, la llamó—: ¡Vuelve! Ponte aquí delante de mí. Más cerca. Más todavía. Así. ¿Qué tienes en el bolsillo?—Introdujo la mano en el bolsillo de la rebeca y extrajo, cogiéndola con dos dedos, la bolsa de papel—. Caray, ¿esto qué es?—Levantó la bolsa y deletreó la inscripción—. ¡La puta que te parió! ¡Matarratas! ¿De dónde lo has sacado?—Estike no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra. Sanyi se mordió los labios—. Vale, ya lo sé... ¡Lo has robado en el granero! ¿Verdad?—Palpó la bolsa—. ¿Y para qué lo necesitas, tontita, a ver...? ¡Explícaselo a tu hermano!—Estike no se movió—. Así que en casa ya están todas amontonadas en la cama—continuó riendo el muchacho—. Y ahora me toca a mí, ¿no es cierto? ¡Vale! A ver si tienes una pizca de valentía. ¡Toma!—dijo, y volvió a meter la bolsa en el bolsillo de la rebeca—. Pero ve con cuidado, que no te quitaré el ojo de encima. —Estike echó a correr anadeando rumbo a la fonda—. ¡Con cuidado! ¡Con cuidado!—le gritó Sanyi—. ¡No lo uses todo!». El muchacho se quedó un rato bajo la lluvia, se encogió de hombros, alzó la vista, contuvo la respiración y escuchó los ruidos de la noche; luego miró la

lejana ventana iluminada, se quitó un grano de la cara y también echó a correr, se desvió a la altura de la casa del peón caminero y acabó engullido por la oscuridad. Estike, que miró atrás una y otra vez, aún vio cómo ardía la punta del cigarrillo en su mano y ese fulgor fue como la luz de una estrella que se extinguía para siempre, la luz de la última estrella en el cielo cuya huella permanecía durante largos minutos en la oscura bóveda celeste hasta que sus contornos ondulantes acababan siendo absorbidos definitivamente por las pesadas tinieblas nocturnas que de repente se le echaron encima, disolviendo el camino bajo sus pies, y en las que tuvo la sensación de flotar impotente, desamparada, ingrávida y abandonada. Se puso a correr hacia la luz intermitente de la fonda, como si sustituyera la del cigarrillo de su hermano que acababa de apagarse, y antes de llegar y aferrarse al alféizar de la ventana de la fonda, sintió escalofríos porque su ropa estaba completamente empapada y la cortina de encajes se le pegaba al cuerpo ardiente y parecía hielo. Se puso de puntillas para ver el interior, pero no llegaba a la ventana, de modo que saltó; el cristal, sin embargo, estaba empañado, y sólo se oía un rumor confuso procedente del interior, el tintineo de un vaso o de una botella, alguna risa entrecortada que enseguida se mezclaba con voces que respondían y se superponían. Le zumbaba la cabeza y tenía la sensación de que unas aves chillonas e invisibles revoloteaban a su alrededor. Se apartó de la ventana, apoyó la espalda contra el muro y se quedó mirando ensimismada la mancha que la luz del interior dibujaba sobre la tierra. Sólo en el último instante se dio cuenta de que alguien se acercaba jadeando, con pasos lentos y pesados, por la subida que llevaba de la carretera a la fonda. Ya no tenía tiempo para huir, de manera que permaneció pegada al muro, inmóvil, los pies clavados en el suelo, confiando en no ser vista. Sólo se movió y corrió como una loca hacia aquella persona cuando reconoció al médico. Se agarró de su abrigo empapado, aunque habría preferido meterse bajo la prenda, y no se echó a llorar porque el doctor no la abrazó, de modo que se quedó ante él con la cabeza gacha, con el corazón latiendo a toda velocidad, la sangre palpitando con fuerza en los oídos, y ni siquiera se percató de que el doctor estaba diciendo algo, sólo percibió el tono de impaciencia y de rechazo en las palabras, pero no entendió su significado, y el primer momento de alivio fue sustituido por un incomprensible sentimiento de amargura, porque el médico, en vez de rodearla con los brazos, trataba de apartarla. No pudo

comprender qué le había ocurrido al doctor, al único hombre que «aquella vez había pasado la noche entera a su lado, enjugándole el sudor de la frente», qué le había sucedido para que ahora casi tuviera que luchar con él para impedir que la alejara de un empujón, como tampoco fue capaz de soltar el abrigo, y sólo se rindió cuando vio que en torno a ellos de pronto todo se hundía y luego se alzaba, y ella procuraba retener al doctor, hasta que no pudo hacer nada: contempló aterrada cómo la tierra se abría detrás de ellos y él se precipitaba a un abismo sin fondo. Echó a correr, y a su espalda oyó, como ladridos feroces, gritos de perseguidores, y estaba a punto de creer que había llegado su fin, que ya no podría seguir, que aquellas voces gritonas la agarrarían y la arrastrarían por el barro, cuando de pronto se hizo el silencio y sólo oyó el aullido del viento y los golpecitos de los millones de gotas de lluvia que caían sobre la tierra a su alrededor. Moderó el paso al llegar al comienzo del camino de Hochmeiss, pero no pudo detenerse. El viento le soplaba la lluvia a la cara, ella no paraba de toser, la rebeca se le había desabotonado. Las terroríficas palabras de Sanyi y el percance con el doctor le pesaban tanto que incluso era incapaz de pensar en ello; se obligó a fijar su atención en detalles: que si se le habían soltado los cordones de una de las botas, que si se le había desabotonado la rebeca, que si tenía aún la bolsa de papel... Al llegar al canal y detenerse ante el trozo de tierra revuelto, una peculiar sensación de serenidad se adueñó de ella. «Sí—pensó—, sí, los ángeles lo verán y lo comprenderán». Vio los terrones en torno a la siembra, el agua le chorreaba de la frente sobre los ojos, la tierra parecía dibujar ondas. Se ató el cordón de la bota, se abotonó la rebeca, intentó llenar el hoyo echando tierra con el pie. Se detuvo; interrumpió la operación. Se dio la vuelta y vio el cadáver estirado de *Micur*. Su pelo había absorbido el agua, sus ojos vidriosos miraban a la nada, su barriga estaba curiosamente hinchada. «Vendrás conmigo», le dijo en voz baja, y lo levantó del barro. Lo abrazó y se puso en marcha con determinación. Avanzó un rato por la ribera del canal, dobló al llegar a la altura de la granja de Kerekes y tomó el largo camino serpenteante de Póstelek, que, tras cruzar la carretera que llevaba a la ciudad, se dirigía a los bosques envueltos en la niebla después de pasar ante las ruinas del castillo de Weinckheim. Procuró caminar de tal manera que el interior de la bota no le rozara el talón, consciente de que le esperaba un largo camino: debía llegar al castillo de Weinckheim antes del alba. Se alegró de no estar sola,

de que *Micur* le calentara el vientre. «Sí—dijo en voz baja—, los ángeles lo verán y lo comprenderán». Tuvo una sensación de paz; cuanto la rodeaba, los árboles, el camino, la lluvia, incluso la noche, emanaba calma. «Todo lo que ocurre es bueno», pensó. Las cosas se simplificaron de manera definitiva. Contempló las acacias peladas que flanqueaban el camino, el paisaje que un poco más adelante se perdía en la oscuridad, percibió el olor asfixiante de la lluvia y del barro y no le cupo la menor duda de que estaba actuando de forma correcta y acertada. Recordó lo ocurrido durante el día y comprobó con una sonrisa que los hechos estaban conectados; le dio la sensación de que esos acontecimientos no se relacionaban de forma casual y aleatoria, sino que hasta el vacío entre ellos era salvado por un sentido indeciblemente bello. Supo también que no estaba sola, pues todo y todos—su padre allá arriba, su madre, sus hermanos, el médico, el gato, las acacias, el camino embarrado, el cielo, la noche ahí abajo—dependían de ella, así como ella también pendía, por así decirlo, de ellos. «¿Qué adversario llegaría a ser yo? Así sólo soy un obstáculo para él». Abrazó con fuerza a *Micur*, alzó la vista al cielo inmóvil y se detuvo. «Ya le ayudaré yo desde allí». Poco a poco clareaba por el este. Y cuando los primeros rayos del sol naciente alcanzaron los muros del ruinoso castillo de Weinckheim y se adentraron por las grietas y los gigantescos huecos de las ventanas en las habitaciones calcinadas y cubiertas de malas hierbas, Estike ya se había preparado. Acostó a *Micur* a su lado derecho, y después de dividir fraternalmente lo que quedaba y de tragar con un poco de agua de lluvia la parte que le correspondía, puso la bolsa sobre un tablón carcomido a su izquierda para asegurarse de que su hermano la viera. Ella se echó en medio y estiró cómodamente las piernas. Apartó los pelos que le caían sobre la frente, se llevó el dedo pulgar a la boca y cerró los ojos. No tenía motivos para inquietarse. Sabía perfectamente que sus ángeles vendrían a buscarla.

## LA LABOR DE LAS ARAÑAS II

## LAS TETAS DEL DIABLO, TANGO SATÁNICO

«Lo que he dejado atrás sigue delante de mí. No encuentra uno el sosiego», dijo Futaki para sí con tristeza, mientras, apoyándose en su bastón, regresaba con blandos pasos felinos a la «mesa del personal» situada a la derecha de la barra, donde lo esperaban Schmidt, que callaba obstinadamente, y la señora Schmidt, que de vez en cuando soltaba una carcajada. Allí ocupó su asiento moviéndose con dificultad; no prestó atención a las palabras de la mujer («¡Veo que a usted le gusta el vino! Creo que a mí me ha subido un poco a la cabeza, nada, no debería mezclar... Pero, bueno, es usted un caballero...») y ensimismado, con mirada ausente, empujó la botella que acababa de traer hasta el centro de la mesa, pues él tampoco entendía qué le había dado de pronto, realmente no tenía motivos para tan tenaz melancolía; al fin y al cabo, no era un día cualquiera; sabía que el fondista tenía razón y que «sólo cabía esperar unas horas» para que llegaran Irimiás y Petrina y pusieran fin a esa «miseria agobiante», a ese silencio pastoso, a las alevosas campanadas del amanecer en el alma que lo expulsaban a uno de la cama con el fin de obligarlo a contemplar, sudoroso, impotente, cómo poco a poco se iba todo al garete. Schmidt, quien desde que pusieron el pie en la fonda no se mostró dispuesto a pronunciar ni una sola palabra (se limitó a farfullar algo, dando la espalda a «todo», cuando Kráner y la señora Schmidt repartieron el dinero en medio de un enorme bullicio), alzó esta vez la cabeza y espetó encolerizado a su esposa que se tambaleaba incluso sentada en su silla («¡Cómo que te ha subido a la cabeza! ¡Estás borracha como una cuba!») y se volvió hacia Futaki, que se disponía a servir el vino en los vasos. «¡A ella no le pongas más, carajo! ¿No ves la pinta que tiene?». Futaki no respondió ni se disculpó, sólo dio a entender con un gesto de la mano que estaba de acuerdo y dejó la botella sobre la mesa. Llevaba horas tratando de convencer a Schmidt, quien

sacudía obstinadamente la cabeza: a su juicio habían «desperdiciado la única posibilidad» al entrar allí e instalarse como «lagartos castrados» en vez de aprovechar el follón armado por la llegada de Irimiás y compañía para largarse tranquilamente con el dinero, mandando de paso «a la mierda a Kráner»... En vano le insistió Futaki en que a partir del día siguiente todo cambiaría, que se quedara tranquilo, que eran unos afortunados; Schmidt escuchaba con expresión burlona; y esto continuó así hasta que Futaki se dio cuenta de que difícilmente se pondrían de acuerdo, ya que su compañero quizá estaba dispuesto a admitir que Irimiás «poseía imaginación», pero nunca que no les quedaba otra opción: que sin él (y sin Petrina) seguirían tambaleándose ciega, atropellada, desamparadamente, a veces incluso chocando unos con otros, como «caballos destinados a la muerte en el matadero». Muy en lo hondo, claro está, comprendía la resistencia de Schmidt, pues la mala suerte los acompañaba desde hacía tiempo; sin embargo, consideraba que la mera esperanza de que Irimiás se hiciera cargo de los asuntos valía más que «cualquier posibilidad ofrecida por las circunstancias», pues era el único capaz de «sujetar lo que en manos de ellos se desintegraba». ¿Qué importaba entonces que el dinero, sucio por otra parte, se esfumara definitivamente? Lo fundamental era que desapareciese ese sabor amargo, que no fuese necesario contemplar día tras día cómo caía el revoque allá en el exterior, se agrietaban las paredes, se hundían los tejados, que no fuese preciso aguantar que, en el interior, el corazón latiera cada vez con mayor lentitud y, además, las piernas se entumecieran cada vez con mayor frecuencia. Porque Futaki estaba convencido de que los fracasos que se repetían semana tras semana, mes tras mes, los proyectos cada vez más confusos que se venían abajo de golpe, la esperanza siempre frustrada de una liberación no suponían el verdadero peligro; es más, todo ello los mantenía unidos, porque el camino entre la mala suerte y la destrucción era largo, pero allí, al final, ya ni siquiera se podía fracasar. La verdadera amenaza parecía venir de debajo del suelo, de una fuente siempre incierta; de pronto, el silencio se percibe como aterrador, uno se queda inmóvil, se acurruca en un rincón buscando protección, masticar se convierte en un tormento, tragar en una tortura, y luego ni siquiera llama la atención que todo se ralentice, que el espacio se estreche, y en ese repliegue se produce entonces lo más horrible: la inmovilidad. Futaki miró alrededor asustado, encendió un cigarrillo con

manos temblorosas y apuró el vaso con avidez. «No debería beber—se reprochó—. En estos momentos siempre pienso en el ataúd». Estiró las piernas, se reclinó cómodamente en la silla y decidió no ceder más a los temores; cerró los ojos y dejó que el calor, el vino, el bullicio le recorrieran el esqueleto. Y tal como llegó se fue ese pánico irrisorio; ya sólo prestó atención a las alegres voces que lo rodeaban y apenas pudo contener las lágrimas de la emoción, pues así como antes se había adueñado de él la angustia, ahora lo inundaba la gratitud por poder estar, después de tanto tormento, sentado allí, en medio de la algarabía, confiado y excitado, protegido de todo aquello que hasta entonces debía observar en permanente estado de alerta. Si después de los ocho vasos y medio de vino hubiera estado en condiciones, se habría levantado y habría abrazado uno a uno a sus gesticulantes y sudorosos compañeros, pues no podía resistirse a dar forma, de alguna manera, a su profunda emoción. Sin embargo, empezó a dolerle inesperadamente la cabeza, de pronto se notó afiebrado, sintió náuseas, el sudor le cubrió la frente. Debilitado, se encogió en su asiento y trató de recuperarse respirando hondo, de modo que no escuchó las palabras de la señora Schmidt («¿Qué pasa? ¿Está sordo o qué? Oiga, Futaki, ¿se siente usted mal?»). Luego, al comprobar ella que Futaki, pálido, se frotaba el vientre y miraba al vacío con cara de sufrimiento, hizo un ademán de desprecio («Desde luego, con éste tampoco se puede contar...») y se volvió hacia el fondista, que llevaba un buen rato mirándola con avidez. «¡Este calor es insoportable! ¡János, haga usted algo!». El hombre, como si no la hubiera oído en medio de «esa maldita bulla», se limitó a abrir los brazos en señal de desconcierto, le guiñó el ojo en un gesto de complicidad y no puso trabas a que ella manipulara la estufa. Luego, cuando la mujer, consciente de que no conseguiría su propósito, volvió airada a su asiento y se desabrochó los botones de arriba de su blusa color amarillo limón, el fondista constató satisfecho que su negativa, como siempre, había dado los frutos deseados. Había ido subiendo con sigilo, en un minucioso trabajo, el regulador de la temperatura de la estufa y después, con un movimiento rápido, había inmovilizado el botón del dosificador de fuel—¿a quién le habría llamado la atención en medio de tanto jaleo?—con el objeto de «liberar» primero de su abrigo y luego de su chaleco a la señora Schmidt, cuyos encantos ejercían ese día sobre él un efecto mayor que de costumbre. Por algún motivo incomprensible, hasta entonces ella había rechazado con

arrogancia sus avances; sus intentos—¡y eso que nunca había desistido hasta entonces ni lo haría en adelante!—habían fracasado uno tras otro, y el tormento del rechazo aumentaba cada vez que se enteraba de las nuevas aventuras de la mujer. Sin embargo, tuvo la paciencia de esperar y esperar, pues sabía que el camino hasta la victoria definitiva era largo, lo sabía desde que unos años antes descubrió a la señora Schmidt con un joven tractorista junto al molino, y la mujer, en vez de levantarse y salir corriendo avergonzada, dejó que permaneciera allí, con un nudo en la garganta, mientras ella alcanzaba el clímax del placer en los brazos del muchacho. Sin embargo, cuando días atrás le llegó a los oídos que los «lazos» entre Futaki y la señora Schmidt comenzaban a aflojarse, apenas pudo ocultar su alegría, convencido de que esta vez era su turno, de que tenía una oportunidad única. Y entonces, al ver hechizado cómo la mujer «pillaba» delicadamente entre los dedos el borde de la blusa sobre los pechos para abanicarse, sus manos empezaron a temblar de manera irrefrenable y sus ojos se empañaron: «¡Esos hombros! ¡Esos muslos que se juntan! ¡Esa cintura! ¡Esas tetas, por el amor de Dios!». Habría deseado abarcar el Todo con la vista, pero su nerviosismo sólo le permitía ser testigo de la «retahíla enloquecedora» de los Detalles. Empalideció, se mareó, procuró captar la mirada indiferente de la señora Schmidt casi rogando («Parece idiota...»), y como nunca había podido evitar condensar en una sola y concisa frase las «verdades más o menos profundas de la vida», se formuló feliz y extasiado esta pregunta: «¿Hay alguien que escatime el fuel en un caso así?». Si hubiera sabido que su lucha era inútil, sin duda habría regresado de inmediato al almacén, donde se habría lamido las heridas, lejos de miradas hostiles o directamente maliciosas. No intuía que la señora Schmidt—con sus ojos provocadores, con sus lentos estiramientos que arrojaban a Kráner, a Halics, al director de la escuela y a él mismo a un torbellino—sólo estaba ganando tiempo, pues hasta los más remotos rincones de su imaginación estaban ocupados por Irimiás, los recuerdos rompían contra los «acantilados de su conciencia como las olas enfurecidas del mar bramante» para fundirse con las visiones excitantes de un futuro común y para intensificar su asco y su odio a ese mundo que muy pronto «dejaría atrás». Si se contoneaba no lo hacía sólo para acelerar «el tiempo que tan parsimoniosamente avanzaba», si mostraba los pechos turgentes a las afiladas miradas no lo hacía sólo para que pasaran volando las horas que faltaban, sino que lo hacía como mero

preparativo para el esperado encuentro en el que «dos corazones se recordarían». Kráner y Halics (e incluso el director de la escuela) eran conscientes—a diferencia del fondista—de que no tenían ninguna posibilidad: las flechas de sus deseos rebotaban y caían a los pies de la señora Schmidt; por tanto, los tres se dejaban llevar por la pasión estéril para que al menos ésta se mantuviera viva. El director de la escuela, un hombre calvo, alto y delgado («pero musculoso...») y de cabeza minúscula en relación con su cuerpo, permanecía con cara de ofendido ante su segunda botella de vino en un rincón, detrás de Kerekes. Se enteró de la llegada de Irimiás y compañía por casualidad, ¡él, el único hombre culto de la zona, descontando al siempre borracho y embotado médico! ¿Qué se creían? ¿Adónde iríamos a parar? Si no se hubiera inquietado por el retraso imperdonable de Schmidt y Kráner y no hubiera decidido—después de cerrar la Casa de la Cultura y de poner a salvo, siguiendo la normativa, el proyector—acudir a la fonda con el propósito de «informarse», quizá no se habría enterado de nada... ¿Qué habrían hecho sin él? ¿Y la defensa de los intereses? ¿Creían que Irimiás aceptaría sin más la petición? ¿Que alguien podía estar deseoso de dirigir a un grupo tan heterogéneo como ése? ¡Había que poner orden, elaborar un proyecto, resumir los «principios fundamentales punto por punto»! Tras su enfado inicial («Esta gente es inmadura, qué le vamos a hacer. Hay que avanzar paso a paso, no se puede conseguir todo de un día para el otro...») prefirió repartir su atención entre la señora Schmidt y el esbozo de sus planes, pero no tardó en dejar éstos, ateniéndose a la certeza basada en su irrefutable experiencia de que «sólo una cosa concreta puede ocupar un tiempo concreto». Estaba convencido de que esa mujer era diferente de las demás. No podía ser casual que ella rechazara uno tras otro los avances brutos, animales, de los hombres de la explotación. La señora Schmidt necesitaba, en su opinión, a un «hombre serio y sólido», no a uno como Schmidt, cuya zafiedad no encajaba para nada con esa persona prudente, sencilla y pura. Además, no era «en absoluto» de extrañar que la mujer se sintiera, sin la menor duda, atraída por él; como botón de muestra, fue la única persona que no se mofó cuando, después de clausurarse la escuela de la explotación, él insistió en mantener su título de director. Esa mujer—al margen de su natural atractivo—le mostraba un evidente respeto, consciente, sin duda, de que él sólo esperaba el momento oportuno (cuando volvieran a sus puestos en las oficinas

municipales esos hombres excelentes en lo humano y en lo profesional, cuya sustitución por la actual panda de arrogantes payasos sólo podía ser el resultado de consideraciones estratégicas) para rehabilitar el edificio y «dar un nuevo impulso a la enseñanza». La señora Schmidt era una mujer sumamente atractiva, no cabía la menor duda, y las fotografías de ella (hechas por él mismo hacía unos años con una cámara barata, pero no por eso menos fiable) superaban con creces, a su juicio, las fotos «realmente provocadoras» de la revista de crucigramas *Füles*, que le servían para sobreponerse a las inquietudes en las interminables noches de insomnio... Sus pensamientos, claros, regulares y ordenados hasta ese instante, se embrollaron de repente—por obra y gracia de la segunda botella que acababa de beber—, sintió náuseas, las «venas» empezaron a palpitarle sordamente en el cerebro, y a punto estuvo de levantarse de su asiento detrás de Kerekes—que roncaba apoyado en el «billar»—para invitar a la mujer a su mesa sin preocuparse por aquellos «campesinos» de lengua viperina; pero cuando su mirada nerviosa, después de recorrer ese cuerpo prometedor, se topó con los ojos aparentemente indiferentes pero en realidad implacables y penetrantes de la mujer, enrojeció, agachó la cabeza y se escondió tras la enorme masa del granjero para «quedar solo con su vergüenza» y renunciar por un tiempo a su propósito; lo mismo que Halics, quien, al comprobar que la señora Schmidt, sentada frente a él, no escuchaba o simplemente no quería escuchar su versión, la más creíble, de la historia que se venía contando desde hacía un rato, se interrumpió en medio de una frase y dejó que siguieran gritando, que siguieran discutiendo Kráner y el revisor cada vez más irritado, pero—¡un respeto!—sin él; se quitó de encima las telarañas y observó molesto el rostro adiposo y satisfecho del fondista que le hacía ojitos a la señora Schmidt, porque, después de prolijas reflexiones, había llegado a la conclusión de que «tales bichos simplemente no existían» y de que todas esas telarañas eran un simple truco de la fonda. ¡Qué cabrón más desvergonzado! No contento con hacerles pasar un mal rato con esa pueril estupidez, ahora, para colmo, le había «echado las redes» a la señora Schmidt. A pesar de que esa mujer sólo era para él..., sólo sería para él, porque hasta un ciego se daba cuenta de que le había sonreído al menos dos veces y él le había devuelto la sonrisa. Y aun así—porque sin duda lo había visto con sus supuestos ojos de lince—el hombre, ese bribón, ese mangón insaciable, ese zapatero

echado a patadas de su puesto de trabajo, era capaz... Cargado de dinero, con el almacén lleno de vino y aguardiente hasta los topes, con la fonda para colmo y el coche allá fuera, pero... ¡Pero y pero! No contento con eso, ¡también quería a la señora Schmidt! ¡Pues no! Halics no era el tipo de hombre que soporta sin chistar semejante desfachatez. Por supuesto, todo el mundo lo consideraba un ser insignificante y pusilánime, pero era mera apariencia, mera superficie. ¡Espera a que lleguen Irimiás y Petrina! Por dentro era capaz de cosas que ni siquiera podían soñar. Apuró su vino, miró de reojo a su mujer, que lo observaba inmóvil, y se dispuso luego a rellenar su vaso, pero para su gran sorpresa—y eso que recordaba perfectamente que había como mínimo para dos vasos en el fondo de la botella—ésta estaba vacía. «Me han robado mi vino», pensó furioso; entonces se levantó de un salto y miró alrededor con aire amenazador; luego, al no toparse con ninguna mirada aterrada que reconociera el delito, volvió a sentarse, farfullando algo. Apenas se podía ver nada por el humo de tabaco acumulado, la estufa calentaba a más no poder, su tapa presentaba un vivo color rojo, todo el mundo sudaba. El bullicio iba a más, porque los más escandalosos, Kráner y Kelemen, la señora Kráner y en ocasiones—cuando recuperaba fuerzas—también la señora Schmidt, intentaban una y otra vez imponerse a gritos a la algarabía que ellos mismos generaban, y para colmo se despertó Kerekes y pidió a voz en cuello otra botella al fondista. «¡Eso es lo que tú te crees, amiguito!», dijo Kráner, inclinándose hacia adelante. Con el vaso en la mano gesticulaba ante las narices del excitado Kelemen, las venas se le hincharon en la frente, sus vidriosos ojos grises centellearon amenazantes. «¡No soy tu amiguito!—dijo levantándose de golpe, fuera de sí, el revisor—. Nunca he sido el amiguito de nadie, ¿entendido?». El fondista trató de acallarlos desde detrás de la barra («¡Dejen ya de gritar! A la gente se le parte la cabeza de tanto vocerío»), y Kelemen dio un rodeo alrededor de la mesa de Futaki y compañía y se acercó a la barra: «¡Al menos dígaselo usted! ¡Dígaselo!». El fondista se frotó la nariz: «¿Qué quiere que le diga? Tranquilícese, ¿no ve usted que molesta a mis clientes?». Sin embargo, en vez de calmarse, Kelemen se acaloró todavía más: «¿Así que usted tampoco me entiende? ¿Son todos tontos aquí o qué?—gritó, y empezó a aporrear el tablero de la barra—. A ver..., cuando yo..., cuando me hice amigo de Irimiás..., allá en el campo de prisioneros de Novosibirsk, ¡Petrina no estaba en ninguna parte! ¿Me entiende? ¡En

ninguna parte!». «¿Cómo que en ninguna parte? En alguna parte debía de estar, ¿no cree?». Kelemen, espumajeando, dio una enorme patada a la barra: «¡Si he dicho que en ninguna parte, pues será en ninguna parte! ¡Simplemente, no estaba en ninguna parte!». «Vale, vale—lo tranquilizó el fondista—. Sucedió tal como usted dice, pero vuelva a su sitio y no le dé patadas a mi barra». Kráner, sonriendo, gritó por encima de la cabeza de Futaki y compañía: «¿Dónde estuviste? ¿En Novisibirsk o como se llame? Si no aguantas la bebida, amiguito, mejor será que no bebas». Kelemen miró al fondista con una expresión de dolor en el rostro, luego a Kráner, y después de menear la cabeza en un gesto de rabia y de amargura hizo con la mano un ademán como si se resignara ante tan increíble incompreensión... Tambaleándose regresó a su sitio y trató de sentarse, pero perdió el equilibrio y acabó en el suelo con silla y todo. Kráner se echó a reír. «¿Qué pasa contigo... contigo, hombre de Nomo... Nomomisirk...? ¡Que me estoy meando de risa! ¡No puedo más!». Tambaleándose, con los ojos desorbitados, con las manos apretando el bajo vientre, se acercó a la mesa de los Schmidt, se detuvo detrás de la mujer y de repente la abrazó: «¿Ha oído?—preguntó, a punto de ahogarse por la risa—. Este hombre..., este de aquí, ¿sabe?... pretende contarme... ¿Lo ha oído?». «No lo he oído ni me interesa—estalló la señora Schmidt, e intentó quitarse de encima las manazas de Kráner—. ¡Y quite de aquí sus sucias zarpas!». Kráner, sin embargo, fingiendo no haberla escuchado apoyó todo el cuerpo sobre la mujer y después, como sin querer, introdujo la mano derecha bajo su blusa desabotonada. «Oh, qué calentito está esto...», dijo con una sonrisa, pero la mujer se liberó del acoso con un gesto airado, se volvió hacia él y le soltó una bofetada con toda su fuerza. «¡Oye!—gritó ella a Schmidt al ver que Kráner no paraba de sonreír—. ¿Te vas a quedar ahí sentado? ¿Vas a tolerar esto? ¿Que me toqueteen?». Schmidt, con gran esfuerzo, levantó la cabeza de la mesa, pero, como quien ha llegado al límite de sus energías, enseguida la dejó caer de nuevo sobre el tablero. «¿Qué te pasa?—farfulló, y enseguida comenzó a hipar—. ¡Venga, deja... que te... toqueteen! Así al menos... le toca... también a... también algo a los demás». Para entonces, el fondista ya se había plantado delante de Kráner y se dirigió a él como un gallo encolerizado: «¿Usted qué se ha pensado? ¿Qué cree que es esto? ¿Un burdel?». Kráner permaneció ahí como un cordero, ni siquiera se tambaleaba; miró de reojo al fondista y de pronto se le iluminó la cara:

«¡Un burdel! ¡Eso es!—abrazó al fondista y empezó a arrastrarlo hacia la puerta—. Venga, vamos, amiguito. Dejemos este antro. ¡Vamos al molino! Ahí bulle la vida de verdad... Venga, no te hagas de rogar...». El fondista consiguió zafarse, se refugió rápidamente detrás de la barra y esperó, como si así consiguiera una reparación, a que ese «borracho imbécil» se diera cuenta por fin de que su fornida esposa llevaba un buen rato ya en la puerta, sin decir palabra, con ojos centelleantes y las manos en las caderas. «No te he escuchado bien. A ver, dímelo también a mí—le susurró al oído a su marido cuando éste chocó con ella—. ¿Adónde carajo quieres ir?». Kráner recuperó la sobriedad en un momento: «¿Yo?—preguntó mirándola como quien no entiende—. ¿Adónde quieres que vaya? A ninguna parte, porque yo sólo quiero a mi conejita». La señora Kráner se quitó de encima los brazos de su marido y continuó, afilada como una navaja: «Ya te dará tu conejita cuando estés sobrio otra vez. Una galleta te dará que se te hinchará el ojo. —Cogió por la manga de la camisa a Kráner, que era dos cabezas más alto que ella y dócil como una manteca, lo condujo de vuelta a su mesa y lo sentó en la silla—. Si vuelves a levantarte antes de que yo te lo ordene, te arrepentirás...». Llenó su vaso de vino, lo apuró con rabia, miró alrededor, suspiró hondo y se volvió hacia la señora Halics, quien observaba la escena con mirada maliciosa («¡Vaya antro de perdición, la verdad sea dicha! ¡Pero habrá llantos, habrá sollozos, como dice el profeta!»). «¿Por dónde iba?—continuó la señora Kráner la conversación interrumpida hacía unos momentos, mientras levantaba el dedo índice amenazador hacia a su marido, quien se disponía cautelosamente a coger su vaso—. Pues sí, mi esposo es un buen hombre, no puedo quejarme, la verdad sea dicha. Eso sí, la bebida, sabe usted, la bebida. Si no fuera por la bebida, se podría untar con él el pan, se lo digo yo, ¡el pan! Porque es un bendito, ¡cuando quiere! ¡Y aguanta el trabajo, lo sabe usted bien, porque trabaja como una mula! Y los pequeños defectos que tiene, por el amor de Dios, ¿quién no? ¿Quién no? Dígame, querida señora Halics, ¿quién no los tiene? ¡No hay nadie perfecto sobre la faz de la tierra! ¿Cómo dice? ¿Ah, sí? ¿Que no soporta que lo insulten? Pues sí, a eso es muy sensible mi marido. Es lo que le pasó con el doctor... Usted ya sabe cómo es el doctor, trata a las personas como si fueran perros. Pero la gente lista no le hace caso, lo escucha y se da la vuelta, porque es, a pesar de todo, el médico y, además, no siendo la cosa tan grave, hay que aguantarlo y ya está. Porque ese hombre no es tan malo

como lo pintan. Bien lo sé yo, querida señora Halics, ¿cómo no iba a conocer yo sus borrones y flaquezas después de tantos años?». Futaki, blanco como la cera, se dirigió a la salida con sigilo, tambaleándose, adelantando una mano a modo de protección, aferrando con la otra el bastón; tenía el pelo revuelto, la camisa se le salía del pantalón. Retiró con gran esfuerzo la cuña, abandonó el local y el aire fresco enseguida lo tumbó. Jarreaba sin parar, las gotas de lluvia caían como un «aviso irrevocable y amenazador» sobre las tejas de la fonda cubiertas de musgo, sobre los troncos y las ramas de las acacias, y más abajo, delante de la puerta, el cuerpo convulsionado, encogido y dolorido de Futaki yacía en el barro. Durante varios minutos permaneció así en la oscuridad, y luego, cuando por fin pudo relajarse, se quedó dormido, y si al fondista no le hubiera llamado la atención que aquel hombre no hubiera vuelto aún, si no hubiera salido a buscarlo y no lo hubiera espabilado («¿Eh, está usted loco?! ¡Levántese! ¡Si sigue usted ahí, pillaré una neumonía!»), tal vez no habría recobrado la conciencia hasta el día siguiente. Futaki se levantó, se apoyó mareado en el muro de la fonda, rechazó la oferta del fondista («Venga usted, apóyese en mí, que acabará usted calado hasta los huesos...»), se quedó mirando lelo y vacuo esa naturaleza implacable, mirando sin entender el mundo que se tambaleaba a su alrededor, hasta que al cabo de media hora, cuando estaba ya completamente empapado, de pronto se dio cuenta de que había recuperado la sobriedad. Rodeó la esquina del edificio y se detuvo a orinar junto a una acacia pelada: al alzar la vista al cielo se sintió terriblemente pequeño y desamparado y, mientras la orina chorreaba de su cuerpo con una fuerza imparable y viril, volvió a adueñarse de él la tristeza. Recorrió poco a poco el cielo con la mirada y pensó que en algún sitio, por muy lejos que fuera, terminaba esa bóveda levantada sobre ellos, así como «todo aquí abajo tiene el final que le corresponde». Nacemos en un mundo cercado como una pocilga, continuó pensando con el cerebro zumbándole, e igual que los cerdos que se revuelcan en su propio fango no sabemos con qué fin nos apelotonamos en torno a las ubres nutricias, para qué luchamos encarnizadamente en el barro, por llegar al comedero o, al atardecer, al lugar donde dormir. Se abotonó el pantalón y dio unos pasos para que la lluvia le diera de lleno. «¡Lávame estos viejos huesos!—murmuró con tono de amargura—. ¡Lávalos porque este viejo meón ya no durará mucho tiempo!»). Ahí se quedó inmóvil, con

los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, deseoso de librarse del ansia obstinada y repetitiva de saber por fin, ya en sus últimos años, «para qué era necesario en el mundo ese tal Futaki». Porque lo más conveniente habría sido conformarse con caer en la fosa ahí mismo y con el mismo celo con que en su día había arribado como berreante bebé; volvió a pensar en la pocilga y en los cerdos, pues tenía la sensación—aunque con la boca reseca difícilmente habría podido formularla con palabras en ese momento—de que, así como ellos no intuyen que la providencia tranquilizadora, por repetitiva, que flotaba sobre su día a día se resumiría de repente («¡en una ineludible hora matutina!») en un mero fulgor en el cuchillo del matarife, nosotros tampoco sospechamos ni podemos saber nunca a qué se debe esa angustiante, por incomprensible, despedida. Y no hay socorro, no hay salida, dijo para sus adentros mientras sacudía tristemente la cabeza despeinada, pues quién era capaz de entender que «yo, dispuesto a vivir hasta el fin de los tiempos, de repente, por alguna causa, tenga que largarme de aquí, meterme con los gusanos en la ciénaga hedionda y oscura». Futaki, «enamorado de las máquinas», lo seguía estando allí, empapado como un pajarito, cubierto de barro y de vómito, y sabía por tanto que un orden y un sentido actuaban incluso en la bomba de agua más sencilla. De ahí que pensara: si en algún lugar («¡en aquellas máquinas desde luego!») actuaba tan evidente disciplina, entonces («¡tan seguro como que la noche sigue al día!») este mundo caótico también había de atenerse a un sentido coherente. Permaneció desamparado bajo la lluvia torrencial y luego, sin solución de continuidad, empezó a cubrirse a sí mismo de insultos. «¡Qué estúpido eres, qué tonto de remate, Futaki! Primero te revuelcas en el barro como un cerdo asqueroso y luego te quedas aquí fuera como un cordero extraviado... ¿Has perdido lo poco que te quedaba de razón? Y bebes como un cosaco como si no supieras que no deberías. ¡Para colmo, en ayunas!».

Meneó la cabeza furioso, se miró de arriba abajo y, avergonzado, comenzó a limpiarse la ropa, aunque sin mucho éxito: su pantalón y su camisa eran todo barro, de manera que buscó rápidamente su bastón en la oscuridad y entró en la fonda procurando pasar desapercibido para pedir ayuda al fondista. «Vaya, ¿ya se encuentra mejor?—quiso saber éste guiñándole el ojo con complicidad y lo invitó a pasar al almacén—. Aquí tiene usted el lavamanos y el jabón, y puede secarse con esto tranquilamente». Se quedó con los brazos cruzados detrás de Futaki y no se movió hasta que su cliente acabó de lavarse;

aunque sabía que podía dejarlo solo, prefirió permanecer ahí porque «nunca se sabe, el diablo jamás duerme». Le propuso que cepillara su pantalón y lavara también la camisa, luego podían secarse sobre la estufa: «Mientras tanto póngase esto». Futaki le dio las gracias, se puso la bata desgastada y cubierta de telarañas, se atusó el pelo revuelto y salió del almacén siguiendo al fondista. No volvió a sentarse con los Schmidt, sino que prefirió instalarse junto a la estufa, colgó la camisa del respaldo de la silla y preguntó si «había algo sólido para comer». «Tengo chocolate con leche y estos palillos de pan», respondió el fondista. «Deme dos palillos», dijo Futaki, pero cuando el fondista se los trajo en un plato él ya se había dormido, embotado por el repentino calor. Ya era tarde, sólo seguían despiertos la señora Kráner, el director de la escuela, Kerekes y la señora Halics (quien, aprovechando el cansancio que se había apoderado de los demás, bebía con libertad y osadía de la botella de *Riesling* de su marido, quien no se enteraba de nada), de manera que las palabras del fondista («Sírvanse, son palillos del día») fueron recibidas con un ligero rumor de rechazo, y el plato regresó intacto a su sitio. «Vale, muéranse de hambre... De todos modos resucitarán dentro de media hora...», farfulló enfadado el fondista, estiró los miembros entumecidos y calculó luego mentalmente «por dónde iba en ese momento». La situación parecía bastante desesperada, porque los ingresos quedaban lejos de los previstos, y sólo podía confiar en que el café hiciera entrar en razón a esa «panda de borrachos»... Más allá de las pérdidas materiales (porque, «ay ay ay», los ingresos que no se producen equivalen a pérdidas), lo que más lo amargaba era que cuando había estado en un tris de llevar a la señora Schmidt al almacén, ella, como si le hubieran dado un golpe, se había dormido de repente, y a partir de ese momento no le había quedado más remedio que pensar en Irimiás (aunque había decidido «no ponerse nervioso, porque será lo que tenga que ser...»), consciente de que ellos estaban a punto de llegar y entonces «todo» se iría al garete... «Esperar y esperar, nada más que esperar», se quejó para sus adentros, pero enseguida se levantó sobresaltado al darse cuenta de que no había tapado con un celofán el plato con los palillos de pan, pues sabía que a «esos cabrones» les bastaban minutos para dejarlo todo hecho un desastre. Se había acostumbrado a vivir en un estado de permanente alerta, pues había superado hacía tiempo las primeras oleadas de indignación, así como había renunciado a buscar al anterior

propietario, a «ese maldito suabo» para espetarle que «las arañas no estaban incluidas en el trato». Porque poco antes de la inauguración, después del primer momento de asombro, de intentar eliminar a esos bichos con todos los medios y métodos imaginables hasta llegar a la conclusión de que no había ninguna esperanza, decidió como último recurso hablar con el suabo para que al menos rebajara el precio. Pero el hombre había desaparecido del mapa, al contrario que las arañas, las cuales seguían «tan contentas» en la fonda; y él tuvo que conformarse con la certeza de no poder con ellas, de que habría de perseguirlas hasta el final de su vida con el trapo en la mano, es más, se acostumbró a bajarse de la cama en plena noche para «quitarse de encima al menos el grueso» de lo que iban dejando. Por suerte no se mencionaba el asunto, ya que afortunadamente las arañas «no podían ponerse de verdad manos a la obra» mientras la fonda permanecía abierta pues no eran capaces de «llenar de babas lo que se movía»... El problema comenzaba cuando se marchaba el último cliente y él trancaba la puerta; después de lavar los vasos, de poner orden y de hacer la contabilidad, enseguida tenía que dedicarse a las tareas de limpieza, ya que una finísima telaraña cubría los rincones, las patas de las mesas y sillas, la estufa, las cajas apiladas y a veces incluso los ceniceros alineados sobre la barra. Y la situación iba a peor: una vez concluidos los trabajos, se acostaba despotricando en el almacén, pero apenas podía conciliar el sueño, pues sabía que al cabo de unas horas tampoco se olvidarían de él. De ahí que no era de extrañar que le repugnase todo cuanto le recordaba ni que fuese mínimamente a una telaraña; en más de una ocasión se abalanzó desesperado contra los barrotes de hierro que protegían la ventana del almacén o la de la propia fonda, aunque afortunadamente, como sólo atacaba con las manos, no ocasionó daño alguno. «Y esto no es todo...», se quejó a su mujer. Porque lo más terrorífico era que no había visto nunca ni una sola araña, pese a haber permanecido noches enteras en vela, vigilando desde detrás de la barra; las arañas, sin embargo, como si se sintieran observadas, no aparecían. Y si bien se había conformado con que nunca sería capaz de eliminarlas, no podía aceptar que no se le diera la oportunidad de observar al menos una, ¡una sola vez! Por tanto, se había habituado a mirar de vez en cuando a su alrededor, sin interrumpir sus quehaceres, y es lo que hizo también entonces, cuando repasó los rincones con la mirada. Pero nada. Suspiró, limpió la barra con el paño, recogió las

botellas vacías de las mesas y salió de la fonda a orinar detrás de un árbol. «Alguien viene», anunció con tono solemne al regresar. En un instante, la fonda entera se puso en pie. «¿Alguien? ¿Cómo que alguien?—inquirió la señora Kráner con voz quejumbrosa—. ¿Viene solo?». «Solo», respondió tranquilamente el fondista. «¿Y Petrina?», dijo Halics abriendo las manos. «He dicho que sólo viene una persona. No insistan». «Entonces no es él», sentenció Futaki. «Pues no...», murmuraron los demás. Volvieron a sus asientos, encendieron decepcionados sus cigarrillos o bebieron un trago de sus vasos. Cuando la señora Horgos entró en la fonda, hubo quien se limitó a echarle un breve vistazo y enseguida se volvió, porque la viuda, que parecía una anciana a pesar de no ser tan vieja («¡Nada es sagrado para esta mujer!», decretó la señora Kráner), no gozaba de popularidad en la explotación. La señora Horgos se sacudió el agua del impermeable, se dirigió sin decir palabra a la barra, se acodó en ella y miró alrededor. «¿Qué desea?», preguntó fríamente el fondista. «Una botella de cerveza. Que esto es el infierno», respondió con voz ronca la señora Horgos. Paseó su mirada aguda por el local, no como quien meramente siente curiosidad, sino como quien ha llegado justo a tiempo de desenmascararlos a todos. Al final, posó los ojos en Halics. Mostró las encías rojas, desdentadas, y se dirigió al fondista—: «A éstos les va muy bien»—dijo, mientras su rostro corvino surcado de arrugas irradiaba cólera y su impermeable, que seguía goteando, se le arrugaba en la espalda como si escondiera debajo una joroba. Se llevó la botella a la boca y bebió con avidez. La cerveza le chorreaba por el mentón, y el fondista observaba asqueado cómo seguía su curso por el cuello. ¿No ha visto a mi hija?—preguntó, y se enjugó el mentón con la mano—. ¿A la pequeña?». «No—respondió el fondista con tono desabrido—. Por aquí no ha venido». La señora Horgos carraspeó y escupió sobre el suelo. Sacó un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió y sopló el humo a la cara del fondista. «¿Sabe lo que pasa?—explicó—. Ayer estuve de juerga con Halics, que ahora ni siquiera me saluda, el asqueroso. Y me he pasado el día durmiendo. Y cuando por fin me he despertado al anochecer, no había nadie en casa. Ni Mari, ni Juli, ni Sanyi. Esto vaya y pase. Pero también la pequeña se ha ido, quién sabe adónde. La voy a zurrar a base de bien cuando aparezca. Ella ya sabe lo que le espera». El fondista callaba. La señora Horgos apuró la botella y enseguida pidió otra. «Así que no ha pasado por aquí—murmuró—. Vaya cabroncilla». El fondista movía los

dedos de los pies para desentumecerlos. «Seguro que la niña anda por la explotación. No suele escaparse». La mujer estalló: «¡Cómo que no! Que el diablo se la lleve. ¡Ojalá ocurra! Mire, está a punto de amanecer y ella por ahí, con la lluvia que está cayendo. No es de extrañar que después me pase el día entero en la cama». Kráner le gritó: «Oiga, ¿y dónde ha dejado a las muchachas?». «¿Y a usted qué le importa?—respondió encolerizada la señora Horgos—. ¡Son mis hijas!». Kráner sonrió: «Vale, vale... ¡No tiene por qué morder!». «Yo no muerdo, pero usted ocúpese de sus asuntos». Se hizo un silencio. La señora Horgos dio la espalda a los parroquianos, apoyó un codo en la barra y bebió de la botella echando la cabeza hacia atrás: «Esto es lo que necesita mi estómago enfermo. Es mi única medicina en estos casos». «Ya lo sé—asintió el fondista—. ¿No quiere un café?». La mujer sacudió la cabeza: «No, eso sólo me sirve para pasar la noche vomitando. Para nada más. —Volvió a acercarse la botella a los labios y no la dejó hasta apurar la última gota—. Vale, entonces buenas noches a todos. Me vuelvo para mi casa. Si ve usted a alguna de mis hijas o a mi hijo, le dice que vaya para allá inmediatamente. ¡No voy a estar dando vueltas toda la noche! Usted ya me entiende. A mi edad...». Puso un billete de veinte ante el fondista, guardó la vuelta y se dirigió hacia la salida. «Dígale a sus hijas que sean pacientes, ¡nada de precipitarse!», le gritó Kráner riendo. La señora Horgos murmuró algo para sus adentros y mientras el fondista le abría la puerta soltó todavía un escupitajo, a modo de despedida. Halics, quien seguía acudiendo a su casa, ni siquiera le «echó la vista», porque desde que se había despertado no había hecho más que mirar la botella vacía que tenía delante y preguntarse quién había querido mofarse de él. Lanzó una mirada penetrante alrededor, la posó finalmente en el fondista y decidió mantenerse alerta a partir de ese momento hasta lograr desenmascarar al bribón. Entornó los ojos, apoyó el mentón sobre el pecho, pero sólo pudo permanecer así durante unos pocos minutos, puesto que pronto volvió a vencerlo el sueño. «Dentro de poco amanecerá—dijo la señora Kráner—. Creo que ya no vendrán». «Dios la oiga», murmuró el fondista, que iba y venía con el termo lleno de café, y se enjugó la frente. «¡No siembres el pánico!—la interrumpió Kráner—. Cuando llegue la hora, aquí estarán». «Por supuesto—asintió Futaki—. Falta poco, ya verán». Sorbió poco a poco el café que vaporeaba, palpó la camisa que se estaba secando, encendió un cigarrillo y se preguntó qué haría Irimiás para empezar. Seguro que las

bombas y los generadores necesitaban una revisión completa; eso sería, pues, lo primero. Luego habría que pintar la nave de maquinaria, reparar puertas y ventanas, puesto que la corriente de aire era tal que siempre acababa uno con dolor de cabeza. Por supuesto, no resultaría una tarea fácil; los edificios se encontraban en estado ruinoso y habían sido despojados de todo lo utilizable, sólo quedaban en pie los muros, los huertos estaban cubiertos de malas hierbas, era como si la explotación hubiese sido víctima de un bombardeo. Ahora bien, ¿para Irimiás nada era imposible! Y, además, se necesitaría algo de suerte, pues sin ella todo era en vano. Pero la suerte sólo acompañaba al inteligente. Y la inteligencia de Irimiás era afilada como una navaja. Futaki recordó con una sonrisa, que cuando lo nombraron jefe del taller mecánico la gente iba a verlo, incluso los superiores, porque, tal como decía Petrina, Irimiás era el «pastor de las situaciones desesperadas y de las personas desesperadas». Sin embargo, también él acabó sintiéndose impotente ante la estupidez, de modo que no extrañó a nadie que al cabo de un año liara el petate. Y tan pronto como se marchó, se hundieron y se hundieron más y más. Vinieron las heladas, después la fiebre aftosa, los corderos empezaron a morir a montones, llegaron luego los tiempos en que los salarios se recibían a menudo con una semana de retraso porque no había con qué pagarlos... y todo el mundo comentaba ya que esto no podía seguir así, que habría que cerrar la barraca. Y así fue. Quienes tenían a donde ir, liaron los bártulos y se marcharon; quienes no, se quedaron, y comenzaron las discusiones, las riñas, los proyectos irrealizables que revoloteaban por los aires, cada cual sabía mejor que el otro los pasos a seguir, y por supuesto no ocurría nada. Al final todo el mundo se habituó a la inactividad, ya sólo creían en los milagros, contaban cada vez más nerviosos las horas, las semanas, los meses, luego hasta eso carecía de importancia, la gente permanecía sentada todo el tiempo en las cocinas, y si alguna vez conseguían algún dinerillo, se lo gastaban bebiendo en la fonda. Últimamente, él tampoco salía de la nave de maquinaria, sólo lo hacía para acudir a la fonda o ir a ver a la señora Schmidt, pues no podía imaginar que algo fuese a cambiar en aquel lugar. Se conformó con quedarse allí hasta el final de sus días, porque no le cabía otra salida. ¿Comenzar él, un viejo, una nueva vida? Pero bueno, esto se iba a acabar, Irimiás «pondría todo en orden»... Nervioso, se movía en su asiento, pues en más de una ocasión tuvo la impresión de que alguien empujaba la puerta,

pero luego se obligó a tranquilizarse («Paciencia, paciencia...») y pidió otro café al fondista. Futaki no estaba solo, la excitación recorría el local, sobre todo a partir del momento en que Kráner miró por el vidrio de la puerta y habló con tono solemne («Ya clarea», dijo). La gente se animó; volvió a fluir el vino, sobre todo cuando la señora Kráner se incorporó y gritó con voz estridente: «¿Esto qué es? ¿Un entierro?». Atravesó la fonda contoneándose, balanceando sus gigantescas caderas, y se detuvo ante Kerekes: «Venga, deje ya de dormir. Tóquenos algo con ese bandoneón». El granjero alzó la cabeza y soltó un tremendo eructo. «Hable con el fondista. Es suyo». «¡Eh, fondista!—gritó la señora Kráner—. ¿Tiene el bandoneón a mano?». «Sí, sí, lo tengo... Ahora mismo lo traigo...—farfulló él, y se dirigió al almacén—. Ojalá me quede suficiente vino». Extrajo de detrás de las conservas el instrumento cubierto de telarañas, lo limpió someramente y se lo llevó a Kerekes. «Pero vaya usted con cuidado, que es un animalito delicado...». Kerekes lo apartó, se puso las correas, tocó unas escalas, se inclinó hacia adelante y apuró su vaso. «A ver, ¿qué pasa con el vino?». La señora Kráner se contoneaba en medio de la fonda con los ojos entornados. «Venga, ¡llévele una botella!—dijo al fondista, y pateó el suelo en un gesto de impaciencia—. ¡Qué pasa, panda de holgazanes! ¡No os durmáis!—Se llevó las manos a las caderas y espetó a los hombres que reían por lo bajo —: ¡Sois unos gusanos, unos cobardes! ¿Qué? ¿Nadie se atreve a medirse conmigo?». Halics, quien desde luego no podía tolerar que alguien lo considerara cobarde, se levantó de un salto y, como si no hubiera oído que su esposa le gritaba («¡Tú te quedas aquí!»), se plantó ante la señora Kráner. «¡Un tango!», exclamó, y se puso bien erguido. Kerekes, sin embargo, no le prestó atención, de modo que Halics cogió a la señora Kráner por la cintura y «marcó el paso» de una zarda. Los demás les dejaron espacio, los animaron a voz en cuello y ni siquiera Schmidt pudo reprimir la risa, porque realmente ofrecían un espectáculo irresistible. Halics, al menos una cabeza más bajo que su pareja de baile, saltaba en torno a las caderas enormes de la señora Kráner (que se bamboleaban, sin mover los pies de su sitio), como si una avispa se le hubiera metido bajo la camisa y él quisiera librarse de ella a toda costa. Una vez concluida la primera zarda, Halics hizo una reverencia henchido de orgullo ante la algarabía con que los espectadores celebraban su actuación y apenas logró contener el deseo de espetarles a esas personas que reían y lanzaban gritos de júbilo y de ánimo:

«¡Ya veis! ¡Así es Halics!». Y en las dos zardas siguientes se superó incluso, interrumpiendo de pronto sus figuras de una complejidad tan increíble como inimitable y creando por unos instantes una estatua viviente, petrificándose, por así decirlo, al sacar el pecho y al levantar el brazo derecho o el izquierdo por encima de la cabeza, para luego, al comenzar el siguiente compás, continuar con sus diabólicos pasos de baile en torno a la señora Kráner que no paraba de jadear y de reír. Su éxito fue indiscutible, y después de cada número Halics pedía de forma cada vez más insistente que se tocara un tango, y cuando Kerekes accedió por fin a su petición y arrancó con una célebre melodía marcando el ritmo con sus gigantescas botas, el director de la escuela no se aguantó, se plantó ante la señora Schmidt, que se había animado con el griterío, y se inclinó hacia su oído: «¿Me permite?». La fragancia del agua de colonia se adueñó de él, de modo que tuvo que reunir todas sus fuerzas para mantener la «obligada distancia» cuando—¡por fin!—pudo poner la mano en la espalda de la señora Schmidt y a trompicones, eso sí, comenzar el baile, porque lo que más deseaba era abrazar a esa mujer y perderse entre sus pechos ardientes. Sin embargo, la situación no era en absoluto desesperada, ya que la señora Schmidt se le arribaba con mirada ensoñadora y de manera cada vez más «fogosa», y cuando la música se volvió más lírica si cabía, posó con ojos bañados en lágrimas la cabeza sobre el hombro del director («Sabe usted, el baile es mi debilidad...») y apoyó en él todo el peso de su cuerpo. En eso, el director tampoco pudo contenerse y besó torpemente el blando cuello de la señora Schmidt; enseguida cobró conciencia de lo hecho, claro está, se enderezó, pero no llegó a disculparse, porque la mujer, aplicando muda fuerza, volvió a atraerlo hacia sí. La señora Halics, que de su anterior odio activo y belicoso había pasado a un silencioso desprecio, por supuesto lo veía todo con claridad; nada se le ocultaba, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. «¡Pero mi Dios está conmigo, mi salvador!», dijo para sus adentros, aunque no entendía por qué se retrasaba tanto la sentencia que había de castigar a todos ellos con el fuego del infierno. ¿Qué esperaban allá arriba?, ¿cómo podían contemplar «esta Sodoma y Gomorra» sin hacer nada de nada? Y como estaba convencida de lograrlo, aguardaba con creciente impaciencia el perdón de sus pecados, aunque tuviera que reconocer que a veces, por unos instantes, el maligno ponía en entredicho su fe, la obligaba a beber unos sorbos de vino o la incitaba a observar con

deseo pecaminoso los senos bamboleantes de la señora Schmidt, cautiva de Satanás. A pesar de todo, Dios se mantuvo firme en ella, que se sentía muy capaz de enfrentarse a Satanás, si bien esperaba para ello la llegada del resucitado Irimiás, ya que «nadie podía pedirle» que arrostrara y rechazara ella sola esa alevosa ofensiva. Había de admitir que por un breve tiempo el diablo había cosechado una total aunque fugaz victoria en la fonda—si tal era su objetivo—, pues con la excepción de Futaki y de Kerekes todo el mundo estaba de pie, y quien no había podido disfrutar bailando con la señora Kráner o con la señora Schmidt tampoco se sentaba, sino que se quedaba cerca, aguardando a que acabara el baile y comenzara el siguiente. Kerekes, incansable, marcaba el ritmo con el pie detrás del «billar», y los impacientes bailarines ni siquiera le daban tiempo a beberse tranquilamente un vaso de vino entre pieza y pieza, aunque le iban poniendo botellas delante para que no languidciera. Y Kerekes no se oponía, tocaba un tango tras otro, hasta que comenzó a tocar siempre el mismo; eso sí, nadie le llamó la atención. La señora Kráner no aguantó mucho tiempo el ritmo vertiginoso; se quedó sin resuello, chorreando sudor, y le ardían las piernas, de modo que ni siquiera esperó a que terminara el baile, simplemente se dio la vuelta, dejó al indignado director de la escuela y se sentó. Halics la siguió con una expresión entre implorante y recriminatoria. «¡Querida Rozika, haga usted el favor! ¡No me deje aquí solo! ¡Me tocaba precisamente a mí!». La señora Kráner se enjugó la cara con una servilleta y, jadeando, hizo un ademán de negativa: «¿Pero qué se cree usted? ¡Ya no tengo veinte años!». Halics le sirvió rápidamente un vaso de vino y se lo puso en la mano: «Beba esto, Rozika, querida. ¡Y luego...!». «¡No habrá ningún luego!—lo interrumpió con una risita la señora Kráner—. No tengo el aguante de ustedes, los jóvenes». «Escuche, mi querida Rozika, que yo tampoco nací ayer. ¡Pero el arte, querida Rozika, el arte...!». Sin embargo, no pudo continuar, pues su mirada se posó en los pechos de la mujer que subían y bajaban. Tragó saliva y se aclaró la garganta: «Le traeré unos palillos de pan». «Desde luego que me vendrían bien», le dijo la señora Kráner con tono dulce, y se enjugó la frente transpirada. Y mientras Halics regresaba con la bandeja, se quedó mirando pensativa a la infatigable señora Schmidt, quien con expresión soñadora bailaba tango pasando de un hombre a otro. «Venga, manos a la obra, querida Rozika», la animó Halics sentándose a su lado. Se reclinó cómodamente en su asiento y, puso el brazo

derecho sobre los hombros de la señora Kráner, sin riesgo alguno, puesto que su esposa, rendida por el sueño, dormía apoyada en la pared. Sin decir palabra, fueron comiendo los palillos secos, y al cabo de unos minutos de repente se miraron turbados al comprobar que sobre la bandeja ya sólo quedaba uno. «Hay mucha corriente de aire aquí, ¿no le parece?», señaló, un tanto cohibida, la mujer. Halics, bizqueando por la cantidad de vino que había bebido, la miró a los ojos: «¿Sabe qué, querida Rozika?—dijo, y cogió ese último palillo—. Nos lo vamos a comer juntos, ¿vale? Usted por un lado y yo por el otro... Y cuando lleguemos a la mitad, lo dejaremos. ¿Y sabé qué, reina? Con lo que quede cegaremos la puerta». La señora Kráner se echó a reír: «¡Usted siempre bromeando! ¡A ver cuándo sienta la cabeza! ¡Cegar la puerta...!». Halics se mostró inflexible: «Querida Rozika, usted misma ha asegurado que había mucha corriente. ¡Yo no bromeo! ¡Venga, dele un mordisco!». Introdujo una punta del palillo de pan en la boca de la mujer y la otra punta en la suya. El palillo se quebró en el acto y les cayó sobre el regazo, pero ellos—¡boca frente a boca!—permanecieron inmóviles, y luego, cuando Halics empezó a marearse, se armó de valor y la besó heroicamente en los labios. La señora Kráner pestañeó turbada y apartó al desenfrenado. «¡Vamos, eso no se hace, Lajos! ¡No tontee conmigo! ¿Qué se cree? ¡Podrían vernos!», dijo, y se arregló la falda. Cuando empezaron a iluminarse los vidrios de la ventana y de la puerta, el baile también acabó. El fondista y Kelemen, el uno frente al otro, inclinados sobre la barra; el director de la escuela apoyando la cabeza en la mesa junto a Schmidt y señora; Futaki y Kráner arrimados como una pareja de novios; la señora Halics con la cabeza caída sobre el pecho: todos dormían profundamente. La señora Kráner y Halics cuchichearon un rato todavía, pero ya no tenían fuerzas para levantarse y traer una botella de vino de la barra, de manera que el sueño no tardó en vencerlos también a ellos y sumarlos a la general y pacífica respiración de los durmientes. Sólo Kerekes seguía despierto. Esperó a que terminara el cuchicheo, se levantó, hizo crujir sus miembros y empezó a caminar entre las mesas con cautela, en silencio. Palpó las botellas de vino, cogió las que todavía contenían algo y las puso en fila sobre el «billar»; examinó también los vasos y rápidamente apuró los que aún contenían vino. Su gigantesca sombra lo seguía como un fantasma en la pared, a veces subía incluso al techo, y luego, cuando su dueño se sentó con movimientos inseguros en la mesa, se calmó en el

rincón trasero. Kerekes se quitó del rostro curtido, terrorífico por las cicatrices y por heridas y arañazos más recientes, las telarañas que se le habían pegado por el camino, mezcló como pudo las bebidas que había reunido, llenó su vaso y comenzó a beber con avidez, a grandes sorbos. Bebió sin parar, sin desfallecer, se servía y apuraba el vaso, volvía a servirse y volvía a apurarlo, como una máquina insensible, hasta que la última gota desapareció en su gigantesco estómago. Se reclinó en su asiento, abrió la boca e intentó eructar, pero como no lo consiguió, se llevó las manos a la barriga y tambaleándose se dirigió a un rincón. Metió el dedo índice en la boca y vomitó. Se enderezó y se secó la boca con el dorso de la mano. «Esto ha sido todo», murmuró, y regresó a su sitio detrás del «billar». Cogió el bandoneón y tocó una melodía triste, sentimental. Balanceaba el enorme cuerpo hacia adelante y hacia atrás, y cuando llegó a la mitad de la pieza las lágrimas le asomaron a los ojos. Si le hubieran preguntado en ese momento por qué, no lo habría sabido explicar. Estaba solo, rodeado por la respiración de los durmientes, y no le molestaba acabar impregnado y llevado por esa lenta canción de soldados. No tenía por qué interrumpir la melancólica melodía, de modo que, al terminar, comenzó de nuevo sin pausa alguna, y como un niño entre adultos dormidos, sintió que lo inundaba una feliz satisfacción, pues salvo él no lo escuchaba nadie. A la vez, animadas por el son aterciopelado del bandoneón, las arañas de la fonda lanzaron un último ataque. Arrojaron suaves redes sobre las botellas, los vasos, las copas, las tazas y los ceniceros, rodearon las patas de las sillas y las mesas y las unieron después con un hilo finísimo y secreto, como si, acechando en sus escondites indetectables, necesitaran enterarse enseguida de cualquier gesto, de cualquier movimiento mientras se mantenía intacta esa tela impecable, peculiar y casi invisible. Cubrieron caras, pies y manos de los durmientes y acto seguido se refugiaron en sus escondrijos, dispuestas a reiniciar su trabajo cuando percibieran la vibración de alguno de esos sutiles hilos. Los incansables moscardones—buscando luz y actividad para refugiarse ante las arañas—trazaban sus ojos en torno a la lámpara que apenas iluminaba; Kerekes ya sólo tocaba en un estado de duermevela, en su cabeza gacha se sucedían a velocidad vertiginosa las imágenes de cráteres de bombardeos, de aviones que caían en picado, de soldados en plena huida y de ciudades en llamas. Y a todo esto entraron tan silenciosos, pasaron tan inadvertidos, y se detuvieron tan asombrados ante

el espectáculo que se les ofrecía, que Kerekes, más que percatarse, sólo intuyó que Irimiás y Petrina habían llegado.

## SEGUNDA PARTE

## IRIMIÁS PRONUNCIA UN DISCURSO

«Amigos, confieso que me encuentro en una situación difícil. Si no me equivoco, nadie ha dejado de acudir a esta reunión decisiva... Y muchos, confiando en que yo pueda ofrecer una explicación a esta tragedia incomprensible para una mente sana, se han presentado bastante antes de la hora acordada, de la hora en que quedamos ayer... Pero ¿qué puedo decirles, señoras y señores? Qué puedo decir salvo que estoy... conmocionado, es decir..., aterrado y desesperado... Créanme, también en mí no reina más que confusión, y por eso han de disculparme si por el momento me cuesta encontrar las palabras... No puedo mostrarme elocuente, el asombro me oprime la garganta, de modo que no debe sorprenderles que en esta mañana de aflicción se adueñe de mí un torturante tartamudeo, pues he de reconocer que no ha ayudado en absoluto que anoche, cuando rodeábamos aterrados el por fin encontrado cadáver de la niña, yo mismo propusiera que nos fuéramos a dormir y nos reuniéramos de nuevo esta mañana, para ver si así, con las mentes más despejadas, podíamos afrontar lo ocurrido, porque no... El caos en mi interior sigue siendo total, el desconcierto no ha hecho más que crecer en mi alma... Aun así... Sé que he de recuperarme y serenarme, pero estoy también convencido de que entenderán si en estos momentos sólo soy capaz de decir que comparto, que comparto profundamente... el dolor de una desdichada madre, el duelo inextinguible, eternamente vivo de una madre..., pues creo que no hace falta repetir que nada es comparable con la pesadumbre... de perder repentinamente, amigos, a nuestro ser más querido... No creo que haya entre los reunidos alguien que no esté de acuerdo conmigo... Esta tragedia nos pesa a todos nosotros, seres conscientes de que todos sin excepción somos responsables de lo sucedido. Y lo más difícil en esta situación es la obligación de sobreponernos, de superar la conmoción apretando los dientes, tratando de contener las lágrimas, con un nudo en la

garganta por la amargura... Porque (¡y querría hacer particular hincapié en esto!), antes de que lleguen los organismos oficiales, antes de que las unidades policiales comiencen las pesquisas, nada es más importante que el que nosotros mismos, testigos y responsables, reconstruyamos con precisión las causas de esta inconcebible desgracia, la terrible muerte de una niña inocente... Porque lo idóneo sería estar preparados para afrontar que la comisión investigadora que venga de la ciudad nos responsabilizará básicamente a nosotros de esta catástrofe... ¡A nosotros, sí, amigos, a nosotros! ¡Y, por favor, no se extrañen! Porque, con el corazón en la mano, ¿no se habría podido evitar la desgracia con un poco de atención, con una pizca de cuidado y de previsión, con un poquito de cariñosa vigilancia? ¿No es así?... Piensen ustedes que esa criatura indefensa a la que ya realmente podemos denominar un corderito abandonado de Dios, a merced del primer recién llegado, del primer vagabundo de la carretera, a merced de cualquiera, amigos, de cualquiera..., pasó la noche entera empapándose bajo la lluvia, azotada por el viento, fácil presa de los elementos, y así, ciegamente en medio de la desatención, de la imperdonable, de la pecaminosa desatención, como un perro apaleado, anduvo aquí cerca de nosotros, deambuló aquí a nuestro alrededor, miró tal vez por esta misma ventana y vio cómo ustedes, damas y caballeros, se entregaban borrachos al baile, y tampoco niego que es muy posible que incluso nos viera a nosotros oculta tras un árbol, nos viera caminar agotados de hito a hito de la carretera rumbo a nuestra meta, la antigua quinta de los Almásy... Pues bien, aquí estuvo ella, prácticamente al alcance de nuestras manos, y nadie, ¿entienden ustedes?, nadie acudió en su ayuda, su voz (porque no cabe la menor duda de que en los instantes definitivos nos llamó, llamó a alguien) ¡se la llevó el viento así como la algarabía de ustedes, damas y caballeros! ¿Qué terrible concatenación de casualidades se produjo, se preguntarán ustedes, qué despiadada mueca dibujó el destino?... No me malinterpreten, yo no acuso a nadie en particular... No acuso a la madre, a la que tal vez nunca más le será dada una noche de tranquilo descanso, ya que jamás se perdonará haberse despertado tarde ese día funesto... Tampoco acuso al hermano de la víctima (¡al contrario que ustedes, amigos!), a ese joven prometedor, el último en verla a unos doscientos metros de aquí donde estamos ahora sentados, a unos doscientos metros de ustedes, damas y caballeros, quienes, sin intuir nada de nada, nos esperaron pacientemente hasta acabar borrachos

y vencidos por el sueño... Es decir, no acuso a nadie en particular, pero aun así... déjenme formularles la pregunta: ¿no somos todos culpables? ¿No sería más decente que, en vez de buscar excusas baratas, confesáramos ser, en efecto, los responsables? Porque (y en esto la señora Halics tiene toda la razón del mundo) no podemos engañarnos, con el único objeto de tranquilizar nuestras conciencias, afirmando que lo ocurrido sólo fue un desgraciado cúmulo de circunstancias, que no pudimos hacer nada para evitarlo... ¡Esto no es así, en absoluto, como demostraré en unos instantes! Vamos por partes... Examinemos los elementos del terrible conjunto de los hechos, porque lo fundamental (¡y esto no lo olviden, damas y caballeros!), lo fundamental es saber qué ocurrió aquí ayer por la mañana... Porque... A ver, he pasado la noche dando vueltas y vueltas hasta que me he dado cuenta... No piensen ustedes que solamente no sabemos cómo sucedió la tragedia, porque, a decir verdad, tampoco tenemos claro qué sucedió... Los datos y las declaraciones con que contamos se contradicen de tal manera que no existe ser humano capaz de ver con nitidez en medio de esta sospechosa bruma... Lo único que sabemos es que la niña ya no vive. ¡Admitan ustedes que no es mucho! Por eso he pensado allí, en el almacén, donde el señor fondista puso a mi disposición, desinteresadamente, un lugar para dormir, que no nos queda más solución que avanzar paso a paso, eso he pensado y estoy convencido de que es el método más adecuado... Por tanto, reunamos incluso los detalles en apariencia más insignificantes, no duden, aunque les venga a la mente una minucia que crean carente de toda importancia... Intenten recordar cosas que ayer no me dijeron... Porque sólo así podemos confiar en encontrar una explicación y al mismo tiempo cierta protección en los difíciles momentos de las acusaciones... Aprovechen el escaso margen de tiempo que nos queda, ya que solamente podemos fiarnos de nosotros, pues otros no podrán averiguar lo que ocurrió en esa dramática noche o mañana...».

Las graves palabras de Irimiás zumbaban sombrías en la fonda, como si doblaran unas campanas que por el momento sólo expresaban horror, aunque no se supiera aún la causa. La gente—con los rostros marcados por las pesadillas de la noche anterior y por las siniestras tinieblas del duermevela—lo rodeaba muda, angustiada, hechizada, como si acabara de despertarse en ese instante y esperara aturdida, con la ropa arrugada, el pelo revuelto y las huellas de la almohada en las sienes, una explicación, ya que

mientras dormían el mundo se había puesto patas arriba y todo se había desquiciado. Irimiás, sentado entre ellos con las piernas cruzadas, se reclinó lleno de dignidad en su asiento, procurando evitar esos ojos sanguinolentos y ojerosos, su nariz aguileña, con una muesca en el centro, a la altura de los pómulos, así como su mentón agresivo, recién afeitado, casi llegaba a alzarse por encima de las cabezas de los oyentes, y la cabellera que le cubría la nuca dibujaba rizos a ambos lados; de vez en vez—cuando pronunciaba una palabra significativa, cuando expresaba un pensamiento cargado de importancia—levantaba las cejas pobladas, unidas y revueltas y levantaba también el dedo índice hacia donde se dirigía entonces el rayo de las miradas angustiadas.

«Mas antes de emprender ese peligroso camino, déjenme decirles algo. Amigos, cuando llegamos ayer mientras despuntaba el alba, nos acribillaron ustedes a preguntas, se interrumpían unos a otros con explicaciones y dudas, aseguraban una cosa y se retractaban, pedían y proponían, se entusiasmaban y se quejaban, de modo que de toda esa confusión yo sólo extraeré dos cuestiones a las que quiero dar respuesta, si bien algo he adelantado ya a algunos de ustedes... Una pregunta se refería a si podía “revelar” el “secreto”, como algunos lo denominaban, a si podía explicar nuestra llamada “desaparición” de hace año y medio más o menos... Vamos a ver, damas y caballeros, no hay aquí “ni secreto ni tiniebla”, no hay aquí, para dejarlo claro de una vez por todas, ningún misterio... En los últimos tiempos hemos tenido que asumir cierto encargo que incluso podría definir como misión... Por el momento bastará con manifestarles que está íntimamente relacionada con el objeto de nuestra llegada... Dicho esto, tendré que desilusionarlos, porque (para utilizar las palabras de ustedes) nuestro reencuentro inesperado y sorpresivo se debe en realidad al mero azar. Resulta que nuestro camino nos conducía a mí y a mi amigo y nunca bien ponderado asistente a la quinta Almássy, donde, por ciertas razones, hemos de realizar una visita urgente o, dicho de otro modo, una labor de inspección... Y como estábamos convencidos, amigos, de que ya no los encontraríamos, es más, dudábamos incluso de que la fonda existiera aún, la sorpresa fue nuestra al verlos a todos ustedes de nuevo en este lugar, como si nada hubiera ocurrido... No negaré que me supuso una alegría volver a ver las caras de antaño, pero al mismo tiempo... no quiero ocultar que constaté con cierta preocupación que ustedes, amigos, siguen dando vueltas

por aquí..., ¡tal vez les parezca fuerte esta expresión!..., en el quinto pino como quien dice, años después de que decidieran por enésima vez abandonar esta región carente de toda expectativa y tratar de prosperar en otro sitio... Cuando nos separamos hace año y medio, cuando nos vimos por última vez, y ustedes estaban aquí ante la fonda agitando las manos a modo de despedida hasta que desaparecimos en la curva, lo recuerdo perfectamente, ¡cuántas ideas efervescentes, cuántos proyectos a gran escala esperaban su realización, cuánto entusiasmo reinaba en ustedes! ¡Y ahora resulta que me los encuentro tal como los dejé en su día, es más, y perdónenme ustedes la palabra, acojonados y desarrapados, damas y caballeros! ¿Qué ha pasado?... ¿Qué ha sido de aquellos proyectos, de aquella efervescencia de ideas? A ver, me parece que me he ido por las ramas... Resumiendo: como han podido comprobar, amigos, nuestra presencia entre ustedes es sólo fruto de la casualidad. Y si bien el asunto por el cual deberíamos haber llegado a la quinta Almásy hace tiempo, concretamente ayer al mediodía, es de suma urgencia e incluso inaplazable, he decidido, teniendo en cuenta nuestra antigua amistad, no dejarlos a ustedes, damas y caballeros, en la estacada, no sólo porque esta tragedia me afecta de manera indirecta también a mí, puesto que, por una parte, yo ya estaba aquí cuando sucedió y, por otra, recuerdo, aunque sea vagamente, la personalidad inolvidable de la víctima y, además, mi buena relación de siempre con su familia me obliga, sino también porque veo que este drama es consecuencia directa de la situación que reina en este lugar, amigos, y siendo así no puedo volverles la espalda... A decir verdad, así he respondido también a la segunda pregunta, pero repetiré la respuesta para que luego no surjan malentendidos... Se equivocaron ustedes cuando de la noticia de que nos dirigíamos hacia aquí sacaron la conclusión precipitada de que veníamos a la explotación, ya que, como he mencionado, ni se nos pasaba por la cabeza la posibilidad de encontrarlos... No negaré que esta pérdida de tiempo me resulta un tanto molesta, puesto que hoy mismo debería haber estado de vuelta en la ciudad, pero ya que las cosas se han dado así, pasemos página cuanto antes y pongamos punto final a esta tragedia. Y si por casualidad... nos queda algo de tiempo... intentaré hacer algo por ustedes, aunque... he de confesar... que por el momento me siento completamente desconcertado...».

Tras una breve pausa, hizo una señal a Petrina, quien, acurrucado junto a la estufa de fuel, se levantó de un salto, dispuesto y entusiasta, con la chaqueta a cuadros de Irimiás recién planchada, ¡gracias a los cuidados de la señora Schmidt! Y en el instante en que vieron a Irimiás extraer un cigarrillo del bolsillo interior de la chaqueta, Halics, Futaki y Kráner se abalanzaron como un solo hombre para darle fuego. El fondista, quien no se hallaba entre los demás, sino que permanecía tenso y con el rostro blanco como la pared tras la barra, los miraba con expresión burlona.

«Pues bien, dicho esto, vamos ahora al grano. Remontémonos al mediodía de anteayer, cuando mi joven amigo Sándor Horgos almorzó en su casa con la niña. Según sus afirmaciones, no percibió nada extraño en ella..., ¿me explico bien, joven?... pues eso, nada reseñable... O sea, que almorzaron juntos, ¿verdad? Pues sí, así es. No observó nada especial, salvo que... quizá ella parecía un poco más confusa de lo normal... Sin embargo, nuestro prometedor amigo sólo puede explicar esta confusión como una consecuencia de que lloviera, ¿lo digo bien?... Porque..., sí..., el espectáculo de la lluvia..., si no he entendido mal..., siempre surtía un efecto negativo en ella. Esto es desde luego un poco raro, pero teniendo en cuenta la por todos conocida escasa capacidad mental de la niña se explica sin duda por el hecho de que en estos casos cualquier acontecimiento puede provocar un estado de desánimo, un estado de confusión de mayor o menor alcance, que el lenguaje científico denomina depresión... Y después del almuerzo perdemos de vista a la víctima hasta..., ¿hasta cuándo?... hasta el anochecer, cuando volvemos a verla, efectivamente... Mi joven amigo, entre la casa del peón caminero y la fonda..., ¿no es así?... más cerca de la casa del peón, se encuentra de pronto frente a frente con ella en la carretera... Nuestro amigo Sándor la ve sumamente nerviosa..., más bien desesperada, ¿no?... digamos desesperada, y cuando le pregunta qué hace ahí y por qué no está en casa Estike no le responde... Después de interrogarla, nuestro testigo la conmina a regresar de inmediato a su hogar, porque (tal como nos explicó en nuestra conversación de ayer) temía por la salud de su hermana, que llevaba puesta la rebeca amarilla, así como la cortina de encajes debajo..., y tiritaba calada hasta los huesos... A partir de ese momento la perdemos de vista definitivamente..., avisen ustedes si me equivoco..., hasta que volvemos a encontrarla anoche, lejos de aquí, en el castillo de Weinckheim..., donde después de un día entero de pesquisas que

al final devinieron en algo así como una auténtica batida, después de atender, no olviden, precisamente a las intuiciones y sugerencias de nuestro amigo Sándor, la hallamos en las ruinas cubiertas de malas hierbas, muerta... Vamos a ver qué opinan ustedes al respecto... Según algunos (en cuyo portavoz se ha erigido mi amigo Kráner), el caso sólo tiene una interpretación posible: se trata de un asesinato... Se basan en que, conociendo el escaso desarrollo intelectual de la niña, no la consideran capaz de poner fin a su vida... Porque, dice mi amigo Kráner, ¿cómo había conseguido el matarratas?... Y aunque pueda pensarse que ella lo encontró en el granero, ¿cómo supo para qué servía? Asimismo, mi amigo Kráner considera inconcebible que Estike fuese capaz de recorrer kilómetros y kilómetros con el veneno en la mano en medio de ese tiempo espantoso hasta llegar al edificio abandonado y... allí... Además..., se pregunta nuestro amigo Kráner..., ¿por qué llevaba encima al gato? ¿Para envenenarlo allí? Pero ¿cómo? ¿Y para qué?... ¿No habría sido más sencillo, si mantenemos que fue un suicidio, cometerlo en su casa? Nadie la molestaba... Sus hermanas no estaban, mi joven amigo se marchó después de almorzar y no regresó, y la madre de la víctima dormía tan profundamente que no se despertó hasta caer la noche, ¿verdad?... ¿No es así?... Pues sí... O sea que por la tarde..., cuando hizo ruido..., entiendo..., y la mandó a jugar... ¿a la lluvia?... Entiendo, solía hacerlo bajo el canalón... O sea que por la tarde aún estaba... Es decir, debió de marcharse de su casa poco antes de que nuestro joven amigo la encontrara en la carretera... Como pueden comprobar, nuestro común esfuerzo nos ha permitido avanzar... Pero volvamos a lo nuestro... Es probable que mi amigo Kráner, pese a sus muchas buenas observaciones, se equivoque... A mi juicio, es preciso excluir de forma unánime la idea de un asesinato, pues en el momento en cuestión nadie tenía ni motivo ni forma de cometer un crimen tan atroz... Porque todo el mundo estaba en la fonda, salvo... salvo nuestro prometedor amigo..., el doctor... y otros miembros de la familia... Ahora bien, al doctor, en esto no habrá discusión, creo yo, al señor doctor podemos excluirlo sin la menor duda de la lista de sospechosos, pues todo el mundo conoce su tendencia a permanecer en casa, sus curiosos hábitos, así como sus ideas fijas en lo que respecta al mal tiempo... Las hermanas Horgos, como todos saben, esperaban en el molino a que... a que la lluvia parara, y luego, claro está, mi amigo Sándor nos aguardaba heroicamente

cerca de la casa del peón caminero, de lo cual yo mismo soy testigo... Por otra parte, podemos excluir con total certeza la presencia de algún vagabundo de fuera, pues no es probable que unos vagabundos anden por ahí bajo una lluvia torrencial, armados con un matarratas y a la caza de una niña de diez años... Así pues, para gran alivio nuestro, no podemos estar de acuerdo con nuestro amigo Kráner, pero... resulta asimismo difícil dar la razón a quienes sostienen que se trata de un fatal... accidente... fruto de la casualidad. Porque aun admitiendo que la víctima, en un estado de ánimo confuso..., se dirigió al castillo de Weinckheim..., cabe preguntarse por qué fue precisamente allí... Y el gato, damas y caballeros, el gato, si se trató de un accidente fruto de la casualidad, simplemente no tiene explicación... Sin embargo, no descartemos así sin más esta hipótesis, amigos... Porque, ¿cómo dice el benefactor de todos nosotros, el señor fondista tan merecedor de nuestros respetos? Fatal, ¿verdad?... Ésta fue la palabra que empleó..., un fatal accidente... Eso dijo, ¿no? ¿Lo recuerdo bien, señor fondista? Sabe usted, anoche, cuando trajimos el cadáver de la niña y lo pusimos sobre el «billar» (así lo llaman, ¿no?) para rendirle el último homenaje mientras nuestro amigo Kráner preparaba el ataúd..., usted, sin duda roto por el peso de lo ocurrido, casi se echa a llorar por la emoción. Pues bien, algo me sugiere que comenzamos a acercarnos a la verdad... Porque esto, damas y caballeros, de que se trate de algo fatal... es un acierto extraordinario... A ver, ¿cómo puede ser lo fatídico fruto de la casualidad?... Y ya que lo fatídico resulta inevitable, ¿cómo podemos hablar de un accidente?...».

Las mujeres se sorbían la moquita, la señora Horgos, rodeada por sus hijos, un tanto apartada del resto, toda vestida de negro, permanecía sentada atrás, delante del «billar», sobre el que todavía yacían sin orden ni concierto los restos de frondosas ramas de arce y de álamo puestas allí de adorno, y no se quitaba el pañuelo de los ojos... Los hombres observaban rígidos a Irimiás, encendían un cigarrillo tras otro, tensos, sin abrir la boca, esperando la continuación con crecientes malos presentimientos, atentos no tanto a las palabras como al tono de voz cada vez más metálico, cada vez más amenazante, porque, si bien en los primeros momentos rechazaban en su interior las numerosas referencias a los «responsables» y a nuestra «víctima» y esos repetitivos «yo acuso», luego se fortaleció en ellos el sentimiento de culpa, a Halics le latía con fuerza el corazón por ese motivo,

y hasta Kráner, el más reacio de todos ellos, retrocedió un poco, pues percibía que en las palabras de Irimiás realmente «algo había»...

«Pero vamos a ver, dirán ustedes para sus adentros, si no es un crimen ni un accidente, ¿entonces qué diablos es?... Confío en que nadie ponga en duda que desde que nos enteramos de que la niña no sólo se perdió, sino que se perdió para siempre, yo he hecho cuanto estaba en mis manos para averiguar lo sucedido. Sin escatimar esfuerzos (y créanme, después de pasar una noche caminando bajo la lluvia y con el viento, después de un trajín agotador que en muchos momentos parecía carente de toda esperanza, me encontraba exhausto), así que repito, sin escatimar esfuerzos mantuve conversaciones discretas, a solas, con todos ustedes anoche, de modo que poseo todos los datos y no podrán ustedes poner en entredicho la credibilidad de mis palabras: ¡esta tragedia tenía que ocurrir!... No tiene ningún sentido seguir torturándonos unos a otros, porque, tal como ya he dicho, la cuestión es saber lo que ocurrió y no el cómo... ¡Y esto, damas y caballeros, tiene una explicación!... ¡Y ustedes, amigos míos, la intuyen, de eso estoy seguro!... Sin embargo, damas y caballeros, no basta con intuir algo, sólo con la intuición no se llega a ningún sitio. ¡Hay que entender las cosas y expresarlas sin vacilar! Permítanme quitarles este peso de encima, pues reconozco sin un ápice de presunción que poseo cierta experiencia y cierta práctica en estos asuntos... Pues bien... Recordarán que en las horas matutinas que siguieron a nuestra llegada, hasta que se presentó la señora Horgos y nos pusimos todos en marcha a buscar a la niña, mantuve importantes conversaciones con varios de ustedes, en particular con nuestro amigo Futaki... Y de esos intercambios de pareceres, tan instructivos para mí, deduje con claridad que la situación de ustedes, damas y caballeros, es crítica... Ustedes sólo me dijeron que las cosas aquí han ido a peor, pero yo comprendí enseguida que el problema era mucho más grave. Amigos míos, antes de mi llegada ustedes ya sabían, aunque no osaran manifestarlo, que sobre la explotación—y les aseguro que esto se remonta a hace más de año y medio—pesaba una maldición, y tienen todos los motivos para creer que un castigo irrevocable poco a poco se cierne sobre ustedes... Y ustedes, amigos míos, deambulan en medio de esta destrucción, lejos de todo cuanto es la Vida... Sus proyectos fracasan uno tras otro, sus sueños se desintegran como burbujas, confían ustedes en un milagro que nunca se producirá, esperan a un salvador que se los lleve de aquí... Sin embargo, saben que no

queda ya nada en que confiar, nada en que depositar las esperanzas, porque estos últimos años pesan, claro, damas y caballeros, pesan tanto que da la impresión de que se ha perdido para siempre la posibilidad de poner coto a esta impotencia, lo cual los angustia cada día más, les oprime la garganta cada día más, hasta que ya apenas pueden respirar... Pero ¿de qué tipo de maldición son ustedes víctimas, mis desdichados amigos? ¿Se trata de los revoques que se caen, tal como señala continuamente, hasta la saciedad, nuestro amigo Futaki, de los tejados que se vienen abajo, de los muros que se derrumban, de los ladrillos impregnados de salitre, de los sabores amargos? ¿O más bien se trata de que la imaginación se viene abajo, las expectativas se derrumban, las rodillas flaquean, por no hablar de la incapacidad absoluta para actuar?... No se extrañen ustedes de que formule con más dureza de lo acostumbrado... Sin embargo, considero que hemos de ser sinceros. Porque los remilgos, la cobardía y las pamplinas sólo acrecientan el problema, ¡créanme!... Y si realmente perciben que, tal como me dijo el señor director bajando la voz, “una maldición pesa sobre la explotación”, entonces, ¿por qué no se atreven a actuar?... ¿Acaso creen ustedes que más vale pájaro en mano que ciento volando?... ¡Esta manera de pensar vergonzosa, cobarde y frívola acarrea consecuencias muy graves, perdonen ustedes que lo diga, amigos míos!... ¡Porque esta impotencia es pecado, esta debilidad es pecado, esta cobardía, damas y caballeros, es pecado! Pues, ¡ténganlo muy en cuenta!, no sólo cometemos algo irrevocable contra los demás, sino también contra nosotros mismos... Y esto es lo más grave, amigos míos, es más, pensándolo bien, ¡todo pecado es una ignominia cometida contra ustedes mismos!».

Los habitantes de la explotación, asustados, se arrimaron unos a otros y se vieron obligados a entornar incluso los ojos bajo esas últimas frases que cayeron como un mazazo sobre ellos, porque no sólo el fuego que irradiaban las palabras, sino también la mirada de Irimiás quemaba y abrasaba... La señora Halics absorbía esos sonidos retumbantes con la expresión de una penitente y a punto estuvo de retorcerse de placer ante Irimiás. La señora Kráner cogía del brazo a su marido y lo apretaba con tal fuerza que a él no le quedó más remedio que llamarle la atención a susurros en varias ocasiones. La señora Schmidt, sentada a la «mesa del personal», se frotaba en ocasiones la frente como si quisiera hacer desaparecer el rubor, las suaves olas de un orgullo que no podía contener... La señora

Horgos, en cambio, al contrario que los hombres, a los que ese apasionamiento cada vez más desenfrenado agobiaba y llenaba de angustia sin que entendieran del todo las nebulosas alusiones, observaba la escena con intensa curiosidad lanzando miradas desde detrás del pañuelo arrugado y hecho un bollo.

«Claro..., lo sé, lo sé... ¡La situación no es tan sencilla! Sin embargo, antes de absolverlos a ustedes de estas acusaciones aludiendo a la presión incontenible de las circunstancias, al torno opresor de la impotencia ante los hechos, piensen por unos minutos en Estike, cuya inesperada muerte ha provocado tal conmoción entre nosotros... Aseguran ustedes, amigos míos, que somos inocentes... Pero ¿qué dirían si les formulara ahora esta pregunta: de ser verdad, cómo denominaríamos a esa desdichada niña? ¿Víctima de unos inocentes? ¿Mártir de unos hombres libres de toda culpa? ¿Desangrada por unos seres exentos de cualquier pecado? Pues eso. Mejor será convenir en que la inocente era ella, ¿verdad? Entonces, si ella era la encarnación de la inocencia, ¡todos ustedes son culpables! Contradíganme, amigos míos, si consideran injustificadas mis palabras... ¡Pero veo que callan! Así que están de acuerdo conmigo. Y hacen bien, porque de este modo hemos llegado al umbral mismo de la confesión liberadora... Pues ahora ya todos saben y no sólo intuyen lo ocurrido, ¿verdad? Me gustaría escucharlo, me gustaría que hablaran como un solo hombre, como un coro... ¿No? ¿Callan ustedes, amigos míos? Claro, los entiendo, resulta difícil, sigue resultando difícil, y eso que todo es tan evidente. ¡Desde luego, difícilmente podremos resucitar a la niña! ¡Pero, créanme, no es éste nuestro objetivo ahora! ¡Debemos tener el coraje de afrontar la realidad! Reconocer las cosas abiertamente equivale, bien lo saben ustedes, a una confesión. ¡Se purifica el alma, se libera la voluntad, se puede volver a levantar la cabeza! ¡Piénsenlo, amigos! El señor fondista no tardará en llevar el féretro a la ciudad, y nosotros nos quedaremos aquí, con el alma devastada por el recuerdo de esta tragedia, pero no debilitados, no desamparados, no acobardados ni encogidos, porque habremos asumido la culpa; y aunque rotos, nos pondremos bajo la luz de la condena que busca al culpable... Y ahora ya no vamos a vacilar, pues hemos comprendido que la muerte de Estike ha sido un castigo, una llamada de atención, un sacrificio por nosotros, un sacrificio por un futuro más justo para ustedes, damas y caballeros...».

Lágrimas nublaron los ojos insomnes y afligidos, oleadas de un alivio rápido, todavía inseguro y cauteloso pero ya incontenible, recorrieron los rostros, algún suspiro breve, casi impersonal, se oyó aquí y allá deshaciendo la congoja como el catarro se deshace al calor del sol. Esto era lo que esperaban, llevaban horas esperando esta frase libertadora, la de «un futuro más justo para ustedes», y las miradas hasta entonces desilusionadas dirigidas a Irimiás empezaron a emanar confianza y esperanza, fe y entusiasmo, determinación y una voluntad cada vez más férrea...

«Y, ¿saben?, recordando ahora el espectáculo que ofrecían ustedes cuando llegamos, amigos míos, dormidos, tirados en las sillas y en las mesas, apoyados los unos sobre los otros, con la saliva saliéndoles por las comisuras de los labios, desastrados y sudados, confieso que se me encogió el corazón y que me siento incapaz de juzgarlos, porque aquello nunca lo olvidaré. Una y otra vez lo recordaré cuando alguna situación me quiera apartar del asunto al que Dios me destinó. Porque en esa imagen vi la miseria de los desposeídos, una multitud de desdichados y marginados, de precarizados e indefensos, y en sus susurros, ronquidos y gemidos oí un grito imperativo de socorro al que tendré que responder eternamente, hasta mi último aliento, hasta que me convierta yo también en polvo... Yo veo en ello una señal, pues ¿cuál ha sido el motivo de mi viaje sino ponerme al frente de un impulso justificado que se manifiesta cada vez con más fuerza y que pide la cabeza de los verdaderos culpables?... Nos conocemos perfectamente, soy un libro abierto para ustedes, amigos míos. Saben que llevo años, es más, décadas recorriendo este mundo y que he constatado con amargura que, a pesar de las promesas, detrás del grueso manto de los engaños y de las falsas palabras, en realidad nada ha cambiado... La miseria sigue siendo miseria, y esas dos cucharadas de comida que nos tocan de más enrarecen el aire ante nuestras bocas. Y en este año y medio me he dado cuenta de que lo que he hecho hasta ahora no vale nada... No he de resolver asuntos materiales de escasa importancia, sino hallar una solución mucho más profunda... Por eso, considerando las posibilidades actuales, he decidido que reuniré a unos cuantos hombres y crearé una explotación modélica que ofrezca unos ingresos seguros y aglutine a un pequeño grupo de marginados, es decir, ¿me entienden ustedes, verdad?, crearé una pequeña isla con unos cuantos hombres que no tengan nada que perder, una isla en que desaparezca la servidumbre, en que no luchemos

unos contra otros, en que cada cual pueda, al caer la noche, apoyar la cabeza tranquilamente sobre la almohada, de forma digna y segura, y así conciliar el sueño... Y cuando la nueva realidad se difunda, islas como ésta, lo sé, se multiplicarán como setas, seremos más y más, y aquello que parecía carente de toda perspectiva, tu vida... y la tuya... y también la tuya..., de pronto la tendrán... Cuando llegué aquí supe o, más bien, sentí que ese proyecto había de hacerse realidad. Y como nací aquí y pertenezco a este lugar, aquí quiero plasmarlo. Por eso me dirigía con mi compañero a la quinta Almássy y por eso pudimos reencontrarnos, amigos míos... Si mal no recuerdo, el edificio principal sigue en bastante buen estado y los edificios anexos no nos plantearán mayores dificultades... El contrato de alquiler se resolverá con facilidad... Sólo queda un problema mayor, cuya solución dejaremos para más adelante...».

Un rumor de excitación se levantó a su alrededor; Irimiás encendió un cigarrillo, se quedó mirando al vacío con gesto sombrío y reflexivo y se mordió los labios. A su espalda, instalado junto a la estufa, Petrina observaba hechizado esa «nuca genial»... En eso, Futaki y Kráner preguntaron al unísono: «¿Y cuál es ese problema?».

«Creo que no tiene sentido cargarlos a ustedes ahora con tales preocupaciones. Sé que en estos momentos piensan: ¿por qué no podemos ser nosotros?... No, amigos míos, esa idea es del todo absurda. Necesito a hombres que no tengan nada que perder y, (¡esto es lo principal!), no teman el riesgo... Porque mi proyecto es sin duda arriesgado. Si alguien, ¿me entienden, damas y caballeros?, si alguien intenta estropearlo, entonces... entonces se acabó, y tendré que echarme inmediatamente para atrás... Estamos viviendo tiempos difíciles, de manera que por el momento no puedo forzar nada... Tendré que prepararme, así como me he preparado para retirarme provisionalmente en el caso de encontrarme con obstáculos que no pueda superar... Eso sí, esperando el momento oportuno para continuar...».

Ya empezó a oírse desde varios sitios la pregunta: «¿Cuál es entonces el problema? A ver si... de alguna manera...».

«Miren ustedes, amigos... Al fin y al cabo no se trata de ningún secreto, podría contarlos, pero ¿para qué?... Seguro que ustedes no pueden ayudar en estos momentos... Además, como he dicho, los apoyaría encantado para que las cosas aquí fueran a mejor, pero, como pueden ustedes comprobar,

este asunto me tiene completamente ocupado y, a decir verdad, no veo ninguna esperanza en la explotación... Tal vez pueda echar una mano a alguna familia para encontrar un empleo que garantice una vida digna... en algún sitio..., pero bueno, así de pronto, créanme que no es posible..., tendría que pensármelo un poco... ¿No? ¿Quieren permanecer juntos?... Lo entiendo, vale, pero ¿qué puedo hacer yo?... ¿Sí? ¿Cómo dicen? ¡Ah, sí! ¿Que cuál es el problema? Vamos a ver, ya he dicho que ante ustedes no tiene sentido guardar el secreto, pero... O sea, es el dinero, damas y caballeros... Porque, sin un céntimo, el proyecto queda de entrada en la vía muerta... El alquiler... Los gastos del contrato... La rehabilitación... La inversión... La producción, saben ustedes, requiere un capital inicial... Vamos, es un poco complicado y no merece la pena entretenernos con esto ahora, amigos míos... ¿Cómo dicen?... ¿Cómo?... ¿Ustedes?... Pero ¿de dónde?... Ah, vale... El ganado. Bueno, es muy loable...».

La exaltación se adueñó de la comunidad; Futaki se levantó de un salto, cogió una mesa y la puso delante de Irimiás, metió la mano en el bolsillo y mostró a los demás su aportación, que arrojó sobre el tablero; en pocos minutos todos siguieron su ejemplo; primero los Kráner y después todos los demás pusieron su contribución junto al dinero de Futaki... El fondista, con el rostro gris, iba y venía nervioso detrás de la barra, a veces se detenía y se ponía de puntillas para ver mejor... Irimiás, cansado, se frotaba los ojos; el cigarrillo se le apagó entre los dedos. Con mirada inmóvil oía cómo Futaki, Kráner, Halics y Schmidt, el director de la escuela y la señora Kráner se interrumpían el uno al otro y demostraban con entusiasmo su disposición y su determinación señalando el dinero que yacía en un montón sobre la mesa y señalándose luego a ellos mismos... Acto seguido se levantó poco a poco, se dirigió hacia Petrina, se detuvo a su lado y, con un solo ademán suyo, impuso silencio.

«¡Amigos! Confieso que este entusiasmo resulta conmovedor... No creerán ustedes de verdad... ¡No, no! ¡No protesten! Esto no lo pueden creer de verdad. No pueden deshacerse... de pronto..., así sin más..., respondiendo a una ocurrencia repentina..., de esta cantidad de dinero reunida a fuerza de amargo trabajo, de esfuerzos inhumanos... ¿Sacrificarlo por un asunto lleno de riesgos? ¡No, amigos míos! Agradezco este emocionante gesto de altruismo, pero no... No puedo aceptarlo... ¡El premio a muchos meses..., ¿no?..., a casi todo un año de trabajos y

tormentos!... ¡¿En qué están pensando ustedes?! ¡Si mi proyecto está lleno de obstáculos imprevisibles! He de contar con una resistencia que puede atrasar durante meses, es más, durante años su realización. ¿Y ustedes pretenden sacrificar por eso su fortuna reunida con grandes dificultades? ¿Y he de aceptarlo precisamente yo, que acabo de confesarles que... por el momento... no puedo ayudarles? ¡No, damas y caballeros! ¡No puedo! Recojan, por favor, su dinero y guárdenlo. De alguna manera se arreglará... No puedo obligarlos a asumir un riesgo tan grande... Señor fondista, si puede parar un momento, le rogaría que me sirviera un vaso de vino con soda... Gracias... ¡Es más! Supongo que nadie protestará si invito a todo este grupo a un vaso... Por favor, señor fondista, proceda... Y ustedes beban... Beban y piensen... Piensen, amigos míos... Serénense y reflexionen... No tomen decisiones precipitadas. Yo... ya les he dicho de qué se trata... He hablado de los riesgos... Sólo podrán dar el sí cuando estén realmente decididos... Piensen que puede perderse esta cantidad conseguida con tanto esfuerzo... Y entonces deberían empezar de cero... ¡No puede ser, Futaki, amigo mío! Me parece demasiado... Yo... un salvador... Por favor, no me haga sonrojarme... Bueno, esto sí, esto sí lo asumo, Kráner, amigo mío... Protector, sí... Eso es más acertado, sin duda... Veo que no he podido convencerlos... Vale, vale... De acuerdo... ¡Damas y caballeros!... ¡Silencio, por favor!... No olviden por qué nos hemos reunido esta mañana. ¡Pues sí! Y muchas gracias... Vuelvan a sus asientos... Sí... Por favor... Gracias, amigos... ¡Muchas gracias!».

Irimiás esperó a que todos se sentaran, regresó a su asiento, se detuvo, se aclaró la garganta, abrió emocionado los brazos, los dejó caer luego, impotente, y clavó en el techo los ojos de un azul radiante un tanto humedecidos. Detrás de los habitantes de la explotación que observaban enfervorizados la escena, los miembros de la familia Horgos—definitivamente aislados de los demás—se miraban unos a otros nerviosos y desamparados. El fondista no paraba de limpiar con el paño la barra, los vasos, la bandeja de las pastas dulces, y acto seguido volvió a sentarse en su taburete intentando en vano apartar la mirada del montón de dinero arrugado que se acumulaba ante Irimiás.

«Pues sí, queridos amigos míos... ¿Qué puedo decirles ahora? Nuestros caminos se cruzaron por una casualidad, pero el destino ha querido que a partir de este momento permanezcamos juntos, inseparables... Aunque

tengo miedo por ustedes, damas y caballeros, miedo de un posible fracaso, les confieso que... la confianza me sienta bien..., me sienta bien el afecto del que me considero indigno... ¡Pero no olviden a qué se lo debemos! ¡No lo olviden! Recordemos siempre, no olvidemos nunca el precio. ¡El precio! ¡Damas y caballeros! Confío en que todos coincidan conmigo si propongo donar una pequeña parte de la cantidad que tengo aquí delante para los gastos del entierro, librar de ello a esta desdichada madre y dedicar esa suma a la niña que a buen seguro por nosotros... o por culpa de nosotros... partió de esta vida... Porque al fin y al cabo... no podemos decidir si ha sido por nosotros o por nuestra culpa... No podemos responder a esto ni con un sí ni con un no... No obstante, la pregunta quedará eternamente en nuestro fuero interno, así como seguirá vivo en nosotros el recuerdo de la niña que quizá por eso mismo tuvo que sucumbir..., para que nuestra estrella volviera por fin a elevarse... Quién sabe, amigos míos... De ser así, la vida se muestra implacable con nosotros».

## LA PERSPECTIVA, VISTA DE FRENTE

Años más tarde, la señora Halics aún insistía en que, cuando Irimiás y Petrina, así como la «criatura del diablo» que ese mismo día se había sumado a ellos, desaparecieron bajo la llovizna por la carretera que conducía a la ciudad y ellos se quedaron durante unos minutos en silencio ante la fonda, ya que la silueta nítidamente perfilada de su salvador no quería desdibujarse allá en la curva, de forma inesperada aparecieron en el aire encima de sus cabezas unas mariposas celestiales—¿de dónde venían?—y desde lo alto se oyó la suave melodía de una música angelical. Y si bien se quedó bastante sola con su observación, lo cierto es que a partir de ese momento sí comenzaron a creer realmente en lo sucedido y por fin comprendieron que no estaban allí como prisioneros de un sueño dulce y hechizador, pero también péfido, al que luego seguiría un amargo despertar, sino que eran los entusiastas elegidos de una liberación merecida desde hacía años, porque hasta que no desapareció de la vista Irimiás tras dar algunas instrucciones concisas y pronunciar algunas palabras de ánimo, el temor a que en cualquier momento se produjera algo funesto que devolviera el frágil triunfo al caos insoportable de la revocación ahogó las llamas de su entusiasmo, de suerte que en el tiempo tristemente largo entre el acuerdo y la despedida («¡hasta esta misma noche!») desviaron astutamente la atención de Irimiás comentando con febril apasionamiento, interrumpiéndose unos a otros, las inclemencias climáticas del lugar, los tormentos de las partes del cuerpo afectadas por el reumatismo, la mala calidad del vino embotellado o, en general, la decadencia de la vida. Era comprensible que sólo entonces pudieran respirar aliviados, ya que Irimiás no sólo era la fuente de su futuro, sino que bien podía serlo también de su desgracia, de modo que no fue de extrañar que sólo a partir de entonces confiaran en que ahora «todo iría como la seda» y en que hubiera llegado el momento de entregarse por fin a una alegría que dejara atrás las angustias,

de entregarse a la ebriedad del alivio y de la repentina libertad, ante la cual incluso «la maldición aparentemente inevitable se vería obligada a retroceder». Su regocijo limpio, carente de nubarrones, sólo se vio empañado cuando, mientras se despedían haciendo señas con la mano y dando voces («¡La has cagado, viejo avaro!», gritó Kráner), echaron un último vistazo al fondista, quien agotado, apoyado en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, con los ojos ojerosos, observaba el cortejo que se alejaba charlando alegremente y, superando la rabia que lo consumía, el odio efervescente y los tormentos de la impotencia, sólo fue capaz de gritarles fuera de sí: «¡A ver si la palmáis, bribones infames e ingratos!». La noche en vela había sido inútil, como si cayera de una trampa a la otra había imaginado un plan tras otro para liquidar a Irimiás, quien, para colmo, lo había sacado de la cama de malos modos; mientras él se preguntaba con los ojos inyectados en sangre si debía apuñalarlo, ahorcarlo, envenenarlo o simplemente descuartizarlo con el hacha, el «maldito cabrón de nariz aguileña» roncaba plácidamente en el fondo del almacén, sin prestarle ni la más mínima atención; inútil resultó también el discurso, y eso que hizo todo lo posible, intentó disuadir ora con rabia, ora con ira, ora con amenazas, ora con ruegos «a esos cretinos estúpidos», intentó convencerlos de que se trataba de un proyecto que significaría la ruina de todos («¡A ver si os despertáis, por el amor de Dios! ¿No veis que os está tomando el pelo?»), pero era como hablarle a una pared, de modo que no le quedó más remedio que maldecir el mundo y confesarse amargamente que estaba arruinado, de una vez para siempre. Después de llegar a esa conclusión—porque «¿tenía sentido quedarse aquí por ese animal borracho y por esa vieja depravada?»—qué podía hacer sino liar el petate y trasladarse antes de que llegara la primavera a su casa en la ciudad; hasta entonces intentaría vender la fonda e incluso podría conseguir algo de las arañas. «A lo mejor puedo ofrecerlas—se le presentó la idea como un rayo de esperanza—para un experimento científico, quién sabe, tal vez me paguen algo por ellas... Pero bueno—reconoció luego con tristeza—, sería una gota en el océano... Lo cierto es que debo empezar otra vez de cero». Más profunda que su amargura sólo era la malicia de la señora Horgos, quien—después de contemplar con acritud «esa enorme ceremonia»—regresó a la fonda y observó con miradas burlonas al fondista, hundido detrás de la barra. «Ya ve usted. Ha dejado escapar una buena. Y ahora ya ve cómo ha quedado. —

El fondista permaneció inmóvil, a pesar de las ganas que tenía de asestarle una patada—. Pues sí, a veces se está arriba, a veces se está abajo. Siempre he dicho que lo mejor es esperar tranquilo. Ya ve usted adónde ha llegado. Tenía su maravillosa casa en la ciudad, tenía a su señora esposa, su coche, pero a usted eso no le bastaba. ¡Quería más, y ahora se lo tendrá que comer con patatas!». El fondista le gruñó: «Venga, no me chille. Si quiere chillar, váyase a su casa». La señora Horgos apuró la cerveza y encendió un cigarrillo. «Mi marido era un culo inquieto como usted. Tampoco se conformaba nunca con nada. Luego, cuando se dio cuenta, ya era tarde. Ya iba para el desván con la soga en la mano». El fondista estalló: «¡Venga, déjeme en paz! ¡Mejor será que se ocupe de sus hijas, porque ésas también se le escaparán!». «¿Ésas?—sonrió la señora Horgos—. Ésas seguro que no. ¿Me toma usted por tonta o qué? Las dejé encerradas hasta que se fueran los de la explotación. ¿Qué si no?, dígame usted. Me habrían dejado aquí sola en mi vejez. Que sigan cultivando buenamente la tierra, que bastante han putañado ya. Les guste o no, ya se conformarán. Sólo dejé marcharse a mi hijo Sanyi. Que se vaya. En casa no me es de ninguna ayuda. Come como un cerdo y no hay quien lo aguante. Que se marche a donde quiera, así tendré una preocupación menos». «Usted y Kerekes hagan lo que les venga en gana—farfulló el fondista—. Pero esto a mí me ha hundido. A mí, el cara de rata ese me ha destrozado». Sabía que esa noche, cuando acabara de empaquetar las cosas, cuando ya no cupiera nada ni atrás junto al ataúd ni sobre los asientos, cuando clausurara con candado todas las ventanas y la puerta y se marchara despotricando a la ciudad en su destartalado Warszawa, no miraría atrás, no volvería la cabeza ni una sola vez, se libraría cuanto antes del cadáver, intentaría borrar de la mente cuanto antes ese triste edificio, confiando en que algún día se hundiera, la tierra lo sepultara y ni siquiera los perros salvajes se detuvieran allí para dejar sus deposiciones; tampoco los habitantes de la explotación se dieron la vuelta para echar un vistazo a ese tejado cubierto de musgo, a la chimenea inclinada, a las ventanas con rejas de hierro, pues tenían la sensación, al pasar bajo el antiguo letrero de la explotación, de que las «brillantes expectativas de futuro» no sólo se superponían al pasado, sino que incluso lo borraban. Habían quedado en encontrarse delante de la nave de maquinaria, a lo sumo al cabo de dos horas, pues se proponían llegar a la quinta Almássy todavía con luz diurna, y, además, consideraban más que

suficientes las cosas que habían reunido, las imprescindibles, pues habría sido estúpido recorrer esos diez o doce kilómetros cargados con toda suerte de trastos, sabiendo, además, que allí realmente no les faltaría de nada. La señora Halics propuso ponerse en marcha de inmediato, que no se preocuparan de nada, dijo, que lo dejaran todo allí y empezaran en un estado de pobreza bíblica, porque «nos ha sido dada la gracia suprema y tenemos la Biblia». Los demás, sin embargo, en particular Halics, la convencieron finalmente de que era preferible llevar lo necesario. Se separaron nerviosos y comenzaron a reunir y empaquetar las cosas febrilmente; las tres mujeres vaciaron primero los armarios roperos y los aparadores y se dedicaron después a la despensa, mientras que Schmidt, Kráner y Halics eligieron las herramientas más imprescindibles y recorrieron luego con mirada penetrante los cuartos por si la negligencia de las mujeres había hecho que quedara allí algún objeto de valor. Los dos solteros lo tuvieron más fácil: sus pertenencias cabían en dos maletas de dimensiones más o menos grandes cada uno. A diferencia del director de la escuela, quien fue empaquetando sus cosas de manera rápida pero también metódica, teniendo siempre en cuenta el «aprovechamiento racional del espacio disponible», Futaki metió las suyas deprisa y corriendo en unas maletas desgastadas heredadas de su padre y las cerró a la velocidad de un rayo: como quien vuelve a introducir los espíritus en la botella; luego puso las maletas una sobre otra, se sentó encima y encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Ahora que nada evocaba a su persona, ahora que lo rodeaba ese cuarto frío y pelado, despojado de sus objetos personales, le dio la sensación de que, al haber empaquetado sus pertenencias, había eliminado del mundo las señales que hasta ese momento demostraban sus derechos sobre ese trocito de espacio. Y aunque lo aguardaran días, semanas, meses y quizá incluso años llenos de esperanza, pues estaba convencido de que su destino había llegado por fin a buen puerto, en ese momento, sentado sobre las maletas, en ese lugar oscuro, hediondo, atravesado por corrientes de aire (ya no podía decir: «Vale, aquí vivo yo», y tampoco habría podido responder a la pregunta: «¿Y entonces dónde vives?»), le costó más y más resistirse a la tristeza asfixiante que de pronto se adueñó de él. Comenzó a dolerle la pierna enferma, de modo que se bajó de las maletas y se tumbó cuidadosamente sobre su lecho. El sueño se apoderó de él durante unos minutos, y cuando se despertó sobresaltado, se

levantó con tal torpeza que la pierna mala quedó atrapada entre el bastidor de la cama y la tela metálica y a punto estuvo de caer al suelo. Despotricando volvió a acostarse, puso los pies sobre la cabecera y se quedó un rato recorriendo con la mirada, tristemente, el techo agrietado aquí y allá; luego se apoyó sobre un codo y miró el cuarto desierto. Entonces comprendió qué lo retenía una y otra vez, qué le impedía decidirse por fin a marcharse, lo comprendió porque había liquidado su único asidero y se había quedado sin nada; y así como hasta entonces no había tenido el valor de quedarse, ahora ya no lo tenía para marcharse, porque al hecho de hacer las maletas de manera definitiva lo acompañaba la sensación de haberse reducido y encogido, y simplemente haber cambiado la vieja trampa por una nueva. Hasta ese momento había sido el prisionero de la nave de maquinaria y de la explotación; ahora, en cambio, estaba a merced de una aventura llena de riesgos; y si hasta entonces temblaba ante la idea del día en que no supiera abrir esa puerta y en que la ventana no dejara entrar ni un rayo de luz, ahora se había condenado a perder incluso esto convirtiéndose en prisionero de un impulso eterno. «Un minuto más y ya me voy», se dio él mismo una prórroga, y buscó a tientas el paquete de cigarrillos junto a la cama. Recordó con amargura las palabras pronunciadas por Irimiás ante la puerta de la fonda («¡Ustedes, amigos míos, son libres a partir de esta hora!»), porque en esos instantes sentía cualquier cosa menos libertad: no había manera de decidirse a ponerse en marcha, aunque el tiempo apremiaba. Entornó los ojos y procuró imaginar su vida futura con el objeto de atenuar de alguna manera esa inquietud «superflua», pero en vez de tranquilizarse se puso tan nervioso que el sudor le cubrió la frente. En vano forzaba él la imaginación, siempre acababa en la misma imagen: se veía a sí mismo en la carretera, con el abrigo desgastado, con la bolsa descosida al hombro, caminando agotado bajo la lluvia, deteniéndose y regresando titubeante a su casa. «¡Eso no!—estalló con determinación—. ¡Basta ya, Futaki!». Se bajó de la cama, se metió la camisa en el pantalón, se puso el abrigo desgastado y ató entre sí las asas de las maletas. Las llevó hasta debajo del canalón y después—al no percibir movimiento alguno—fue a apremiar a los demás. Estaba a punto de llamar a la puerta de los que vivían más cerca, los Kráner, cuando oyó un ruido dentro y le pareció que un objeto pesado caía con gran estruendo al suelo. Retrocedió unos pasos, pues en un primer instante se le antojó que algo grave ocurría. Después,

cuando se dispuso a llamar de nuevo a la puerta, oyó la risa gutural de la señora Kráner y a continuación el ruido de un plato... o de una taza... que se hacía trizas en el mosaico. «¿Y esta gente qué está haciendo?». Se dirigió a la ventana de la cocina, se llevó una mano a la frente a modo de visera y miró al interior. En un primer momento no pudo creer lo que veían sus ojos: Kráner levantaba una cacerola de diez litros sobre su cabeza y la arrojaba con todas sus fuerzas contra la puerta de la cocina; entretanto, la señora Kráner iba arrancando las cortinas de las ventanas que daban al patio de atrás; acto seguido, avisó a Kráner, que no paraba de jadear, que anduviera con cuidado, apartó el aparador vacío de la pared y lo volcó con una vigorosa maniobra. El aparador cayó con gran estrépito sobre el suelo de mosaico de la cocina, uno de sus costados se desprendió, y Kráner se encargó de destrozar a patadas el resto. La señora Kráner se subió entonces sobre el montón de fragmentos que yacían en el suelo, arrancó del techo la lámpara de hojalata y la hizo girar por encima de la cabeza; a Futaki apenas le dio tiempo de agacharse, pues la lámpara salió volando hacia él, atravesó la ventana, rodó unos metros y fue a parar al pie de un arbusto. «Oiga, ¿qué está haciendo usted ahí?», le gritó Kráner, cuando por fin consiguió abrir con cautela la ventana. «¡Ay, Dios mío!—chilló la señora Kráner a su espalda. Observó entre lamentos cómo Futaki se levantaba del suelo despotricando, se apoyaba en su bastón y se sacudía con cuidado los trozos de vidrio que le habían caído encima—. No se habrá cortado, ¿no?». «Sólo he venido a avisar—murmuró Futaki con cara de pocos amigos—. Pero si hubiera sabido cómo me recibirían, me habría quedado en casa». Kráner, bañado en sudor, no conseguía quitarse del rostro, por mucho que lo intentara, las huellas de su furia destructiva. «¡Así le va al que espía!—espetó con una sonrisa forzada a Futaki—. Venga, entre, que nos tomaremos la copa de la paz». Futaki asintió con la cabeza, se quitó el barro de las botas y para cuando consiguió pasar entre los fragmentos de cristal de un enorme espejo, una estufa de fuel abollada y un armario ropero hecho trizas en el vestíbulo, Kráner ya había servido el aguardiente en las tres copas. «¿Qué le parece? Buen trabajo, ¿no?», preguntó, plantándose satisfecho ante Futaki. «Pues sí, hay que reconocerlo», respondió éste, y brindó con Kráner. «No voy a dejar que una panda de gitanos se lo lleve todo. Para eso prefiero que quede todo hecho polvo», explicó Kráner. «Lo entiendo perfectamente», asintió Futaki no muy convencido; después

agradeció el aguardiente y se despidió rápidamente. Atravesó el sendero que separaba las dos hileras de casas, y al llegar a la casa de los Schmidt se mostró más cauteloso y miró con cuidado por la ventana de la cocina. Allí, sin embargo, ya no lo amenazaba ningún peligro, sólo vio ruinas, y a Schmidt y a su esposa exhaustos, sentados sobre una aparador volcado. «¿Se han vuelto todos locos? ¿Qué carajo les ha dado?». Llamó a la ventana y le hizo señas a Schmidt, que lo miraba sin entender nada, para que se dieran prisa, pues ya era hora de marcharse; después se enfiló hacia el portón, pero al cabo de unos pasos se detuvo al darse cuenta de que el director de la escuela cruzaba lentamente el sendero, entraba en el patio de los Kráner y echaba un vistazo al interior de la casa a través de la ventana rota; luego, creyendo que no lo veía nadie (Futaki estaba tapado por el portón de los Schmidt), regresó a su casa y comenzó a golpear, al principio tímidamente pero luego cada vez más envalentonado, la puerta de entrada. «¿Y a éste qué le ha dado ahora? ¿Se han vuelto todos locos?», se preguntó Futaki sin entender nada de cuanto ocurría; entonces salió de la finca de los Schmidt y se encaminó poco a poco hacia la del director de la escuela. Éste aporreaba la puerta cada vez con más rabia, como si quisiera espolearse a sí mismo; luego, al ver que no conseguía su propósito, desquició la puerta, retrocedió dos pasos y la arrojó con toda su fuerza contra la pared. Sin embargo, así tampoco se rompió, de modo que empezó a saltar encolerizado sobre ella y la pateó hasta que no quedó ningún tablón intacto. Si no hubiera mirado atrás por casualidad, si no hubiera visto a Futaki, que estaba allí fuera sonriendo, quizá le habrían entrado ganas de abalanzarse sobre los muebles que sin duda continuaban todavía enteros en el interior de la casa; no obstante, se cohibió, se ajustó el abrigo y sonrió vacilante a Futaki: «Usted ya me entiende...—farfulló, y se encontró con el silencio de Futaki—. Ya sabe cómo es esto. Además...». Futaki se encogió de hombros: «Sí, por supuesto. Yo sólo quería saber cuándo estará listo. Los demás ya han acabado». El director de la escuela se aclaró la garganta: «¿Yo? A ver, yo también estoy listo como quien dice. Sólo falta poner mis maletas en la carreta de los Kráner». «Perfecto. Ya lo hablarán ustedes». «Ya nos hemos puesto de acuerdo. Me cuesta dos litros de aguardiente. En otro caso me lo habría pensado, pero ahora, claro, para un viaje tan largo...». «Sí, por supuesto. Merece la pena», lo tranquilizó Futaki, que se despidió y se dirigió a la nave de maquinaria. El director de la escuela, como si hubiera

esperado a la marcha de Futaki, lanzó primero un enorme escupitajo al vestíbulo de su casa a modo de despedida, cogió luego un ladrillo y apuntó hacia la ventana de la cocina. Y cuando Futaki se dio la vuelta al oír el ruido de los cristales rotos, él, como si no hubiera oído nada, comenzó a sacudirse el polvo del abrigo y a ir y venir entre los escombros. Al cabo de media hora todo el mundo se encontraba ante la nave de maquinaria, listo para emprender el viaje, pero salvo Schmidt (quien apartó a Futaki para darle una explicación de lo sucedido: «Sabes, amigo mío, a mí ni siquiera se me habría ocurrido. Cayó por casualidad una cacerola de la mesa de la cocina, y lo demás vino solo») nadie dijo nada, sólo los rostros enrojecidos y los ojos que brillaban de satisfacción revelaban que la despedida había sido «todo un éxito». Además de las maletas del director de la escuela también cupo en la carreta de los Kráner buena parte de las pertenencias de los Halics, y como los Schmidt disponían de vehículo propio, no había que temer que se avanzara con excesiva lentitud debido a la cantidad de objetos a transportar. Estaban preparados, podrían haberse puesto en marcha en el acto, pero nadie se atrevía a pronunciar la palabra decisiva. Cada uno esperaba que el otro tomara la iniciativa, de manera que nadie abría la boca; cada vez más confusos y turbados, contemplaban la explotación, porque en el instante de marcharse todos tenían la sensación de que «algo había que decir», de que era preciso pronunciar unas frases de despedida o «algo por el estilo»; confiaban sobre todo en Futaki, pero para cuando éste logró arrancar con unas palabras «más o menos solemnes» que de alguna manera obviaban esa destrucción que seguía resultando incomprensible, Halics se hartó, cogió los vástagos de su carretilla y dijo: «Vamos allá». Kráner agarró la lanza de su carreta y se puso a la cabeza del cortejo con las señoras Kráner y Halics sujetando los fardos a un lado y al otro para evitar que cayeran debido a las sacudidas del traqueteo; detrás de ellos iba Halics empujando la carretilla, seguido por los Schmidt. Salieron por la antigua puerta principal de la explotación y durante un buen rato sólo se oyó el chirrido de ruedas de carreta y carretilla, pues con la excepción de la señora Kráner—que no aguantaba mucho tiempo callada e iba soltando observaciones sobre la situación de los fardos en lo alto del vehículo—nadie se atrevía a romper el silencio, ya que no resultaba fácil habituarse de golpe a la curiosa mezcla de nerviosismo, entusiasmo y angustia ante lo desconocido que los esperaba, a la que se sumaba la preocupación por cómo

aguantarían las vicisitudes del largo viaje después de pasar dos noches en vela. Esto, sin embargo, no duró mucho, ya que a todos les tranquilizó el hecho de que desde hacía horas sólo lloviznara y de que no se previera un empeoramiento del tiempo. Por otra parte, cada vez les resultaba más difícil guardarse las palabras de alivio y de determinación heroica que a la larga nadie que emprende una aventura es capaz de contener. Kráner estuvo a punto de lanzar gritos de júbilo cuando llegaron a la carretera y empezaron a caminar rumbo a la quinta Almássy, en dirección contraria a la ciudad, ya que en el instante mismo en que el cortejo se puso en marcha concluyeron para él de golpe esos diez años de tormento de los que media hora antes incluso había conseguido vengarse. Sin embargo, al comprobar que sus compañeros lo seguían un tanto cohibidos, se reprimió hasta que llegaron a la entrada de los antiguos terrenos de los Hochmeiss; entonces ya no pudo contener la alegría y gritó con regocijo: «¡La puta que parió esa vida miserable! ¡Lo hemos conseguido a pesar de todo!—Detuvo la carreta, se volvió hacia los demás y dando unas palmadas sobre sus muslos volvió a gritar—: ¡Amigos! ¡Compañeros! ¡Se ha acabado la miseria! ¿Lo entendéis? ¿Lo entiendes, mujer?—De un salto se plantó ante la señora Kráner, la levantó como si fuese una criatura, comenzó a dar vueltas y vueltas, volvió a depositarla en el suelo y la abrazó sin cesar de repetir—: Siempre lo he dicho, siempre lo he dicho...». Para entonces, en los demás también se habían «abierto los diques de contención»; comenzó Halics despotricando contra cielo y tierra, volviéndose hacia la explotación y levantando el puño a modo de amenaza; luego Futaki se plantó ante un sonriente Schmidt y se limitó a decir con tono sensiblero: «¡Amigo mío...!», mientras el director de la escuela se dirigía entusiasmado a la señora Schmidt («Ya lo decía yo: nunca se debe perder la esperanza. Hay que confiar hasta el último aliento. ¿Adónde habríamos llegado si no? ¿Adónde? A ver, ¡dígame!»), pero ella—visiblemente afectada por ese repentino estallido de cruda alegría—se limitó a esbozar una sonrisa para no atraer la atención de los demás; la señora Halics alzó la vista hacia el cielo y se puso a rezar con voz estridente la oración que empieza con las palabras «¡Bendito sea tu nombre...!» hasta que se vio obligada a agachar la cabeza por la lluvia que le caía sobre la cara, comprobando, además, que no había manera de acallar con su rezo ese «execrable griterío». «¡Gente!—gritó entonces la señora Kráner—. ¡Hay que beber algo para celebrarlo!». Dicho

esto, extrajo una botella de medio litro de una bolsa. «¡La madre que la parió! ¡Qué bien preparados para la nueva vida!», se alegró Halics, y enseguida se puso detrás de Kráner para que le tocara cuanto antes; sin embargo, la botella fue de manera irregular de uno a otro, de modo que cuando llegó a él ya sólo quedaban unas gotas en el fondo. «¡No se preocupe, Lajos!—le susurró la señora Kráner, e incluso le guiñó el ojo—: Ya verá que hay más». A partir de ese momento apenas se pudo contener a Halics, quien comenzó a corretear ligero como una pluma con su carretilla por el camino y sólo se tranquilizó un poco cuando, unos doscientos metros más allá, se detuvo y miró a la señora Kráner como si le pidiera explicaciones. Ella, sin embargo, lo entibió con una mirada que quería decir: «Todavía no...». El buen humor de Halics aumentó el de los demás, de manera que avanzaron a buen ritmo a pesar de que continuamente hubiera que recolocar algún fardo sobre los utensilios de transporte; pronto dejaron atrás el puentecito del antiguo canal de riego y a lo lejos se vislumbraban ya las gigantescas torres de alta tensión y los arcos que dibujaban los cables entre ellas. Futaki intervenía esporádicamente en las conversaciones a pesar de ser el más perjudicado por la caminata, pues había de seguir el paso de los demás con las pesadas maletas atadas a la espalda (las cuales, a pesar de los intentos de Kráner y de Schmidt, no habían cabido de ninguna manera en lo alto del vehículo), además de tener que realizar un esfuerzo adicional para no quedar rezagado a causa de su cojera. «A todo esto, me gustaría saber qué será de los otros», dijo con tono reflexivo. «¿De quiénes?», preguntó Schmidt. «Pues de Kerekes, por ejemplo». «¡Kerekes!—gritó hacia atrás Kráner—. Por él no se preocupe usted. Ayer volvió a su casa, se tumbó en la cama y, si ésta no se vino abajo por su peso, seguirá durmiendo hasta mañana. Luego soltará uno o dos gruñidos delante de la fonda y después se irá a paso lento a la casa de la Horgos. Porque, además, esos dos encajan perfectamente». «Desde luego que sí—intervino Halics—. Se emborracharán de lo lindo, ¡qué les importa a ellos lo demás! La Horgos incluso se quitó la ropa de luto al día siguiente...». «Ahora me viene a la mente—terció la señora Kráner—. ¿Qué habrá sido de ese tal Kelemen? Se largó sin que me diera cuenta...». «¿Kelemen? ¿Mi amiguito del alma?—sonrió Kráner mirando hacia atrás—. Ése hizo mutis por el foro ayer al mediodía. Se le vino todo abajo, ja, ja, ja. Primero lo dejé hecho polvo yo, y luego el estúpido quiso buscarle las

cosquillas a Irimiás. Pero, claro, ahí se metió en camisa de once varas, porque éste no se anduvo con chiquitas, lo mandó al carajo tan pronto como el otro comenzó a darle a la sin hueso explicando que así y asá, que él le diría cómo había que proceder, que había que mandar a toda la banda a chirona, que él merecía un trato diferente... y cosas por el estilo. Al final lió el hato sin decir ni pío. Creo que lo que más daño le hizo fue mostrarle el brazalete de policía voluntario a Irimiás, porque éste, con perdón, le dijo que se lo metiera en el culo». «Pues no diría yo que lamento su ausencia—señaló Schmidt—. Eso sí, ahora aceptaría encantado su carro». «Ya lo creo. Pero ¿y luego? ¿Qué haría usted después con él? Porque ese hombre no para de dar el coñazo». La señora Kráner se detuvo de repente: «¡Alto! —Kráner frenó la carreta de golpe—. ¡Maldita sea mi memoria, que más agujeros tiene que un queso!». «¡Venga, habla, dinos qué ocurre!», la urgió Kráner. «El doctor». «¿Qué pasa con el doctor?». Se hizo silencio, también Schmidt paró su carretilla. «Pues...—empezó titubeando la señora Kráner—, ¡que no le dije ni una mísera palabra! ¡Aun así...!». «Pero qué dices, mujer—dijo enfadado Kráner—. Y yo que creía que había ocurrido algo. ¿A ti qué te importa el doctor?». «Seguro que habría venido con nosotros. Se morirá de hambre allá solo. Lo conozco, ¡cómo no lo voy a conocer después de tantos años! Sé que ese hombre es como un niño. Si no le pongo la comida delante de las narices, se muere de hambre. Y necesita su aguardiente. Y el tabaco. Y la colada. Una semana, dos semanas, y después lo devorarán las ratas». Schmidt terció irritado: «¡No se las dé de heroína! ¡Si tanto lo echa usted de menos, dé media vuelta y vaya a verlo! ¡A mí no me falta! ¡Ni un pelo! A mi juicio, el hombre estará feliz incluso de habernos perdido de vista». La señora Halics también intervino: «¡Dice usted bien! Mejor sería alabar al Señor por que no haya venido con nosotros ese cómplice del infierno. Es uno de los hombres de Satanás, lo sé desde hace tiempo». Como se habían detenido, Futaki encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a los otros. «Sin embargo, me parece extraño—dijo—. ¿No se ha dado cuenta de nada?». La señora Schmidt, cuya voz apenas se había escuchado hasta el momento, se acercó y habló: «Ese hombre se ha convertido en algo así como un topo. O peor aún. Porque el topo a veces saca la cabeza de la tierra. Pero es como si él quisiera enterrarse vivo. Yo al menos llevo semanas sin verle el pelo...». «¡Qué dice!—exclamó alegremente Kráner—. Se encuentra perfectamente. Se emborracha todos

los días a base de bien y luego ronca de lo lindo, pues no tiene nada más que hacer. ¡No hay que llorar por él! Ya me gustaría tener en mi bolsillo su herencia materna. Además, basta ya de estar aquí papando moscas. Vamos, que de seguir así, no llegaremos nunca». A Futaki, sin embargo, el asunto no lo dejaba en paz. «Se pasa el día sentado junto a la ventana. ¿Cómo es que no se ha percatado de nada?—pensó intranquilo, y apoyándose en el bastón se puso en marcha a la zaga de los Kráner—. Además, es imposible que no haya oído todo el jaleo. Las idas y venidas, los gritos, los chirridos de la carreta... Por supuesto, también es posible que haya estado durmiendo todo este tiempo. Al fin y al cabo, la señora Kráner habló con él antes de ayer y se encontraba en perfecto estado. Por otra parte, Kráner tiene razón: que cada cual se ocupe de sus asuntos. Si quiere palmarla allá, pues adelante, que lo haga. Eso sí, apostarí a que si se entera de lo ocurrido y se lo piensa dos veces, cogerá sus bártulos y se vendrá. Porque ese hombre no puede estar sin nosotros». Durante unos quinientos metros arreció la lluvia, los ya ex habitantes de la explotación prosiguieron su camino soltando improperios; las acacias peladas a ambos lados eran cada vez más escasas, como si la vida se acabara. Más adentro, en los campos empantanados, no quedaba nada, ni un solo árbol, ni una sola corneja. La pálida esfera de la luna, en lo alto del cielo, a duras penas traspasaba la sombría masa de inmóviles nubes. En un hora, lo sabían, llegaría el crepúsculo y luego, de pronto, caería la noche. Sin embargo, no podían avanzar más rápido, y para colmo el cansancio hizo mella en ellos de golpe: cuando pasaron por delante del Cristo de hojalata de Csúd azotado por los vientos y la señora Halics propuso un descanso (así como un padrenuestro), la reprendieron de forma airada, conscientes de que si se detenían en ese momento apenas les quedarían fuerzas para proseguir. En vano intentó Kráner alegrar a sus compañeros con alguna historia memorable («¿Os acordáis de cuando la mujer del fondista destrozó la cuchara de palo al darle a éste en la cabeza?», o bien: «¿Recordáis aquella vez que Petrina le echó sal en el culo, con perdón, a aquel gato rojizo...?»), ellos no sólo no se animaron, sino que despotricaron contra Kráner para sus adentros acusándolo de no parar de hablar. «Además, ¿quién le ha dicho que haga aquí de jefe?—bufaba Schmidt—¿Puede mandonearme? Ya le avisaré yo a Irimiás que le pare el carro, porque este hombre anda últimamente inflado como un pavo...». Y como Kráner no cejaba en sus intentos de alegrar al personal («¡Un minuto

de descanso! ¡Beban un trago! ¡Cada gota vale su peso en oro! ¡Esto no es el brebaje del fondista!»), bebieron con rabia, como si el hombre les hubiera ocultado hasta entonces la botella. Futaki no se contuvo: «Se te ve muy contento. No sé si estarías tan de buen humor llevando estas dos maletas con una pierna mala...». «¿Crees tú que me resulta fácil manejar esta maldita carreta?—estalló Kráner—. Ya no sé cómo arreglármelas para que no se me desintegre en este puto camino». Calló ofendido y a partir de entonces no dijo nada a nadie, se aferró a la lanza del vehículo y se limitó a mirar la calzada ante sus pies. A su vez, la señora Halics comenzó a decir pestes para sus adentros contra la señora Kráner, que según ella no hacía nada al otro costado de la carreta; por su parte, Halics, cada vez que pensaba en sus manos ampolladas, acusaba en su interior a Kráner y a Schmidt, porque «ellos desde luego lo tienen fácil y por eso no paran de hablar...». Sin embargo, estaban disgustados sobre todo con la señora Schmidt, porque a esas alturas resultaba muy llamativo que hubiera permanecido en silencio desde que se pusieran en marcha, es más, «pensándolo bien—les vino a la mente tanto a la señora Kráner como al propio Schmidt—, apenas ha abierto la boca desde que llegó Irimiás...». «Me resulta tan sospechosa esta señora Schmidt—continuó hilando sus pensamientos la señora Kráner—. ¿La atormenta algo? ¿Está enferma? ¿No será...? No, eso no. Es suficientemente lista. Seguro que Irimiás le dijo algo cuando por la noche la hizo pasar al almacén... Pero ¿qué querría de ella? Claro, todo el mundo sabe que en su momento algo hubo entre ellos... Pero ¿dónde queda eso? ¿Cuántos años han transcurrido ya desde entonces?». «Este Irimiás la lleva de cabeza—continuó inquieto Schmidt—. ¡Cómo me miró ella cuando la señora Halics vino con la noticia!... Casi me perforó con la mirada... ¿No estará enam...? No, eso no. A esta edad no se pierde el juicio así sin más. Pero ¿y si...? Sabe que le retuerzo el pescuezo en el acto. ¡No, seguro que no lo hará! Por otra parte, ¿no imaginará que Irimiás ha puesto los ojos justo en ella? Sería de risa. Si huele como un cerdo por mucho que se eche agua de colonia todo el día. ¿Y precisamente en ella se iba a fijar Irimiás? Si el hombre está rodeado de mujercitas de lo más guapas, qué iba hacer con una gansa campestre como ella. Desde luego que no... Pero ¿por qué se le encandilaban entonces los ojos? Esos ojos grandes de ternera... ¡Y cómo se le insinuaba a Irimiás, que el rayo la parta! Por supuesto, se insinúa a cualquiera, le da igual a quién, con tal que lleve

pantalones... ¡Ya le voy a quitar yo las ganas! Si no le basta con lo que le he dado hasta ahora, no es culpa mía. Ya la obligaré yo a poner de nuevo los pies en el suelo. ¡Ay, a ver si se largan de una vez del puto mundo todas estas tetudas!». A Futaki le costaba más y más seguir el ritmo de los otros, tenía los hombros lacerados por las correas de las que pendían las maletas, le ardían los huesos, y cuando comenzó a dolerle la pierna mala, se quedó definitivamente rezagado; los otros ni siquiera se dieron cuenta, tampoco Schmidt se ocupó de él, sólo le gritó («Oye, ¿qué pasa? ¡Ya vamos avanzando como tortugas, no nos frenes todavía más!»), pues estaba cada vez más enfadado con Kráner que se las daba «de gran jefe»; luego recriminó a su mujer sus melindres, y a pesar de las escasas fuerzas que le quedaban apretó el paso. No tardó en alcanzar la carreta de Kráner y se puso a la cabeza del cortejo. «¡Tú corre lo que quieras!—le espetó Kráner para sus adentros—. Ya veremos quién aguanta más». Halics suspiró: «Ay, amigos míos de mi alma... ¡No corráis tanto! Estas malditas botas me están rozando los talones, cada paso es una tortura...». «Tú no te lamentes—le dijo furiosa, con tono amenazante, su esposa—. ¡A qué viene tanto lloriqueo! Muéstrales a éstos que no sólo en la fonda eres un hombre». Halics apretó entonces los dientes y trató de seguir el ritmo de Kráner y de Schmidt, los cuales competían entre sí, adelantándose ahora el uno al otro, encabezando alternativamente la tropa. En consecuencia, Futaki se quedó cada vez más rezagado, y cuando la distancia alcanzó los doscientos metros aproximadamente ya ni siquiera se esforzó por alcanzarlos. Ideaba planes para avanzar más fácilmente con aquellas maletas cada vez más pesadas, pero por mucho que se ajustara y recolocara las correas, el tormento no terminaba nunca. Por tanto, decidió no seguir con la tortura y al divisar una acacia de tronco grueso se apartó del camino y, con maletas y todo, se sentó en el barro. Apoyó la espalda en el tronco; estiró las piernas y permaneció jadeando unos minutos. Metió la mano en el bolsillo, pero ya no tenía ni fuerzas para encender un cigarrillo; el sueño lo venció de repente. Se despertó con ganas de orinar; se incorporó, pero sus miembros estaban tan entumecidos que enseguida volvió a recostarse y sólo al segundo intento consiguió ponerse en pie. «Qué estúpidos que hemos sido...—gruñó en voz alta, y después de hacer aguas se sentó sobre una de las maletas—. ¡Ojalá hubiéramos escuchado a Irimiás! Él nos dijo que esperaríamos con la mudanza, ¿y nosotros qué? ¡Hoy mismo! ¡Esta misma tarde! ¡Y mira!

¡Aquí sentado en el barro, muerto de cansancio!... Como si no diera igual que fuéramos hoy o mañana o dentro de una semana... Irimiás hasta nos habría conseguido un camión. Pero nosotros... ¡Enseguida! ¡Ahora mismo!... ¡Sobre todo Kráner!... Bueno, da lo mismo... Demasiado tarde para quejarse. Además, no falta mucho para llegar». Cogió un cigarrillo, lo encendió e inhaló profundamente el humo. Enseguida se sintió mejor, aunque seguía un tanto mareado y notaba una ligera jaqueca. Estiró los miembros torturados, se frotó las piernas agarrotadas y comenzó a hurgar en la tierra con el bastón. Ya lobreguecía. Apenas se veía el camino, pero Futaki estaba tranquilo: no podía perder el rumbo, porque el camino desembocaba precisamente en la quinta Almássy; además, hacía años había frecuentado el lugar, que se utilizaba como vertedero de chatarra, pues su tarea, entre otras, consistía en trasladar rastras y arados viejos e inservibles y quién sabe cuántos trastos más a ese edificio ya entonces bastante ruinoso. «Desde luego, hay en todo este asunto algunas cosas bastante raras...— pensó de pronto—. En primer lugar..., la quinta. En algún momento, en tiempos del conde, debía de tener buen aspecto. Pero ¿ahora? La última vez que la vi, las habitaciones estaban invadidas por la maleza, el viento había arrancado las tejas de la torre, no quedaba ni una sola puerta o ventana y, en algunos sitios, el suelo había desaparecido y se podía ver directamente al sótano... Claro que en esto no conviene meterse... Irimiás es el jefe, él sabrá por qué eligió esta quinta... A lo mejor se debe precisamente a que se encuentra lejos de todo... Porque aquí cerca no hay ni una granja ni nada parecido... Quién sabe. Es muy posible». Como estaba muy húmedo prefirió no encender el cigarrillo con una cerilla y utilizó la punta prendida del anterior que, sin embargo, no tiró, pues lo mantuvo un rato entre los dedos doblados: el poquito de calor le sentaba bien en ese momento. «Y luego... lo de ayer... Por mucho que lo intente, no logro comprenderlo... Él sabe que lo conocemos muy bien. ¿Para qué entonces toda esa comedia? Hablaba como un misionero... Se le notaba el esfuerzo, como a nosotros... No lo entiendo, pues seguro que conocía nuestros deseos. Y sabía también que sólo nos tragábamos sus necedades sobre esa niña deficiente porque queríamos oírlo decir: “Venga, vale, ya basta. Amigos, aquí estoy. ¿Por qué tanta pesadumbre? Hagamos algo inteligente. A ver, ¿quién tiene alguna propuesta?”... Pero ¡no fue así! Que si damas y caballeros por aquí, que si damas y caballeros por allá, que si somos culpables... ¡Increíble! ¡Y quién

sabe si estaba simplemente tomándonos el pelo o si iba en serio! Ni siquiera se le podía decir que parara... Y toda la historia de la niña idiota... Ingirió una cantidad de matarratas, ¿y qué? Mejor para la desdichada, porque así dejará de sufrir. Pero ¿qué tengo que ver yo con eso? Ahí está su madre, ojalá se hubiera ocupado ella de la niña, como le correspondía... Y luego el día entero arriba y abajo, recorriendo la zona en medio de ese tiempo horroroso hasta encontrar a la pobre criatura. ¡Tendría que haberla buscado la vieja bruja de su madre! Desde luego, ¿quién entiende a Irimiás? Como él no hay nadie... Pero aun así... Antes no habría hecho nada parecido... Nos quedamos todos de una pieza... Lo que es seguro es que ha cambiado mucho. Claro que quién sabe por cuántas cosas habrá pasado en los últimos años. Ahora bien, la nariz aguileña, la chaqueta a cuadros y la corbata roja son las de siempre. ¡De eso no cabe la menor duda!». Suspiró aliviado, se levantó, se ajustó las correas en los hombros y ayudándose con el bastón alcanzó de nuevo la carretera. Para que el tiempo pasara más rápido, para desviar la atención de las correas que se le clavaban en la carne y también porque sentía un poco de miedo tan solo en aquel camino desierto en el culo del mundo, se puso a cantar «Bella eres, dulce Hungría», pero como ni siquiera recordaba el segundo verso y como no se le ocurrió otra canción, entonó el himno nacional. Sin embargo, con el canto se sintió más solo todavía, de manera que lo interrumpió en el acto y contuvo la respiración. Le dio la impresión de oír un ruido a la derecha. Apretó el paso todo lo que pudo. En eso se le antojó percibir un crujido al otro lado... «¿Qué será?». Le pareció mejor continuar con la melodía. De todos modos, faltaba menos para llegar a la meta. Así, el tiempo transcurriría más rápido...

*Dios, bendice al húngaro  
con alegría y abundancia  
ofrécele tu brazo protector  
cuando luche con el...*

Entonces creyó oír un grito... O no... Más bien un llanto... «No, debe de ser algún animal... Son gemidos o algo así. Seguro que se ha fracturado una pata». Sin embargo, en vano giraba la cabeza a un lado y a otro, no veía nada, ambos lados de la carretera estaban sumidos en la oscuridad.

*A quien desgarrar la desgracia*

*tráele un año de alegrías...*

«Ya creíamos que te lo habías pensado dos veces», soltó Kráner cuando se percataron de que Futaki se acercaba. «Yo lo reconocí por el andar—añadió la señora Kráner—. Porque ese andar es inconfundible. Parece un gato cojo». Futaki se despojó de las correas, dejó caer las maletas al suelo y suspiró aliviado: «¿No oísteis nada en el camino?». «¿Qué deberíamos haber oído?», inquirió Schmidt, extrañado. «Nada, sólo preguntaba». La señora Halics, sentada sobre una piedra, se masajeaba los pies: «Sólo oímos un ruido raro cuando usted se acercó. No sabíamos quién podía ser». «¿Qué pensabais? ¿Quién puede andar por aquí si no nosotros? ¿Bandidos?... No se oye ni un pájaro. Y menos aún un hombre». El sendero en el que se encontraban conducía al edificio principal; estaba desde hacía décadas flanqueado por el boj silvestre que aquí y allá se aferraba al ancho tronco de alguna haya o de algún pino y subía, además, igual que la hiedra a los gruesos muros del edificio que poseía todas las características de una casa solariega, de modo que el «castillo» (como allí se llamaba) transmitía cierta muda desesperación, pues, si bien la parte alta de la fachada estaba aún al descubierto, era evidente que dentro de pocos años sería incapaz de hacer frente al implacable ataque de la vegetación. A ambos lados de la escalinata que conducía al enorme hueco de la entrada principal se alzaban en su día sendas «estatuas femeninas desnudas», y Futaki, a quien se le habían grabado en la memoria, lo primero que hizo fue ir a verlas, pero en vano, ya que, por lo visto, se las había tragado la tierra. Subieron la escalera con los ojos abiertos de par en par, sin decir palabra, cohibidos, pues el «castillo» que apenas se perfilaba en la oscuridad—a pesar de que el revoque se había desprendido casi por completo de la fachada y la enclenque torre daba a entender que no aguantaría otro vendaval, por no hablar de las aberturas vacuas de las ventanas—todavía conservaba las huellas de su antigua majestuosidad, el rigor intemporal de la dignidad, para cuya defensa había sido construido en su día. En cuanto llegaron arriba, la señora Schmidt pasó sin titubear bajo el arco deformado de la puerta principal y recorrió con gesto respetuoso, pero sin una pizca de miedo, el lugar que retumbaba vacío; sus ojos enseguida se acostumbraron a la oscuridad, de suerte que al entrar en una habitación más pequeña a la izquierda pudo evitar hábilmente las máquinas y herramientas oxidadas que yacían alevosas sobre el suelo de

azulejos agrietados o luego, ya en otra sala, el parquet completamente carcomido y detenerse a tiempo ante las grandes grietas que Futaki recordaba perfectamente. Los demás la seguían a unos ocho o diez pasos; así recorrieron las piezas del «castillo» abandonado, gélidas y expuestas a las corrientes de aire; a veces se detenían ante el hueco de una ventana y contemplaban el parque peligrosamente exuberante, e ignorando su cansancio miraron, a la fugaz luz de las cerillas, las jambas primorosamente talladas, aquí y allá intactas aunque carcomidas, de puertas y ventanas, y las figuras de los relieves que en ocasiones se distinguían en lo alto; no obstante, a lo que prestaron mayor atención fue a una estufa de cobre particularmente «acicalada» que estaba tumbada y que lucía, según contó una fascinada señora Halics, exactamente trece cabezas de dragón. Del mudo asombro que todos compartían los sacó la voz estridente de la señora Kráner, quien plantada sobre sus robustas piernas en medio de la sala y con los brazos en alto preguntó perpleja: «¿Y esta buena gente cómo caldeaba un lugar así?». Y como la pregunta contenía también la respuesta, las palabras de la señora Kráner fueron recibidas con un unánime gruñido; volvieron luego a la primera sala y después de una breve discusión (sobre todo Schmidt se opuso a la propuesta de Kráner diciendo: «¿Justo aquí? ¿Aquí donde más corre el aire? Le aseguro, jefe, que ha acertado usted de pleno...») se aceptó la sugerencia, según la cual lo mejor era pernoctar allí: «Vale, corre el aire y hay otros inconvenientes, pero ¿qué ocurrirá si Irimiás llega antes del alba? ¿Cómo diablos nos hallará en este enorme laberinto?». Salieron hasta donde se encontraban las carretas para sujetar mejor las lonas por si arreciaban la lluvia y el viento, regresaron, y cada uno intentó confeccionar un lecho provisional con lo que tenía, un saco, una manta o un edredón. Sin embargo, cuando estaban ya todos en sus yacijas y se habían calentado con el propio aliento bajo las mantas, no lograban conciliar el sueño por el cansancio acumulado. «La verdad sea dicha, no entiendo del todo a Irimiás—dijo Kráner en la oscuridad—. A ver si alguien me lo explica... Era un hombre tan sencillo como nosotros, llevaba el corazón en la mano, aunque desde luego tenía una mente más aguda. ¿Y ahora? ¡Se comporta como un señor, como un mandamás! ¿No es cierto?». Se hizo un largo silencio, interrumpido por Schmidt. «Lo cierto es que ha sido realmente muy extraño. ¿Por qué se dedicó a tirar mierda por ahí? Me di cuenta de que quería algo, y mucho, pero ¿supe yo adónde iba a ir a

parar?... Si hubiera sabido de entrada que quería justamente lo mismo que nosotros, le habría dicho que no se esforzara tanto...». El director de la escuela se dio la vuelta en su yacija y miró con inquietud hacia la oscuridad: «Porque, a ver, resulta un poco exagerado andar diciendo que los culpables esto y los culpables aquello, que Estike por aquí y Estike por allá. ¡Como si yo hubiera tenido algo que ver con esa degenerada! En cuanto oía su nombre me ponía hecho una furia. Porque, ¿qué es eso de Estike? ¿Acaso es eso un nombre? ¿Puede uno dirigirse a una niña diciendo “Oye, Estike”? Es de locos, por favor. En su día, la muchacha tenía un nombre hecho y derecho; se llamaba Erzsi, vale, pero luego llegó el capricho, por favor. ¡A esa niña la destruyó la ampulosidad paterna! Pero ¿y yo qué tengo que ver? ¿O nosotros? Para colmo, hice todo lo posible por enderezar a esa niña... Le dije a la bruja de su madre, cuando la trajeron de la escuela de educación especial, que estaba dispuesto a ponerla en orden a cambio de alguna contraprestación y que me la mandara todas las mañanas. Pero no y no. A esa vieja bribona de siete suelas le daba pena gastarse unos forintos en ella. ¡Y luego el culpable soy yo! Es de risa, por favor». «Hablen más bajo—susurró la señora Halics—, que mi marido ya duerme. Y está acostumbrado al silencio». A Futaki, sin embargo, las palabras le entraron por un oído y le salieron por el otro. «Será lo que será. Ya veremos qué quería Irimiás con todo esto. Mañana lo sabremos todo. O, mejor dicho, esta misma noche. ¿Lo imaginan ustedes?». «Yo sí—respondió el director de la escuela—. ¿Han visto los edificios anejos? Debe de haber unos cinco. Apuesto a que allí se instalarán los diversos talleres». «¿Talleres?—preguntó Kráner—. ¿Qué talleres?». «Yo qué sé... Supongo que... Pues de esto y de aquello. ¡No me atosigue!». La señora Halics volvió a levantar la voz. «¿No van a acabar nunca? ¡Así no se puede descansar!». «¡Qué dice!—estalló Schmidt—. Conversar sí se puede». «A mi juicio—continuó Futaki con tono ponderado—, ocurrirá todo lo contrario. Nos darán esos edificios anejos para viviendas y aquí se instalarán los talleres». «¡Dale con los talleres!—se quejó Kráner—. ¿Qué les pasa? ¿Todos quieren ser mecánicos? Futaki vaya y pase, ¿pero usted? ¿De qué hará usted? ¿De director mecánico?». «Haga el favor, déjese de bromitas. No creo que sea el momento adecuado para las bromas estúpidas—señaló fríamente el director de la escuela—. Además, ¿cómo se le ocurre insultarme? ¡Protesto!». «A ver si se duermen ya, por el amor de Dios—suspiró Halics—. Así es

imposible dormir...». Por unos minutos se hizo un silencio, pero no duró mucho, pues alguno de ellos soltó una ventosidad. «¿Quién ha sido?», preguntó riendo Kráner, y dio un empujón a Schmidt, que yacía al costado. «¡Déjeme en paz! ¡Yo no!», se quejó éste enfadado, y se volvió hacia el otro lado. Kráner, sin embargo, insistió: «¿Qué pasa? ¿Nadie se atreve a reconocerlo?». Halics, jadeante por lo nervioso que estaba, se incorporó y suplico: «Por favor..., lo confieso todo... Pero callen de una vez...». Después de esto realmente dejaron de hablar y al cabo de unos minutos todos dormían a pierna suelta. A Halics lo perseguía un hombrecito jorobado y con gafas; tras una auténtica odisea, logró ocultarse en un río, pero su situación era cada vez más insostenible, pues cuando emergía del agua para respirar, el hombrecito le daba un golpe en la cabeza con un palo enorme gritándole: «¡Ahora me las pagarás!». La señora Kráner oyó un ruido fuera, pero no logró identificarlo. Se puso una chaqueta forrada de piel y se dirigió con cautela hacia la nave de maquinaria. Estaba a punto de llegar a la carretera cuando de pronto notó una sensación desagradable. Se dio la vuelta y vio que las llamas lamían la techumbre de su casa. «¡La leña! ¡He dejado fuera la leña! ¡Por el amor de Dios!», gritó aterrada. Volvió corriendo pidiendo ayuda a los demás, pero todo el mundo había desaparecido, así que entró trémula de pavor en la casa y trató de salvar todo lo salvable. Primero en la habitación, donde recogió a la velocidad de un rayo el dinero en efectivo escondido bajo la ropa de cama, luego franqueó de un salto el umbral que ya llameaba y pasó a la cocina, donde Kráner estaba sentado a la mesa, comiendo tranquilamente como si no ocurriera nada: «Jóska, ¿te has vuelto loco? ¡La casa está ardiendo!». Kráner, sin embargo, ni se inmutó... Su mujer vio entonces que las llamas habían prendido incluso en las cortinas. «Huye, loco, ¿no te das cuenta de que la casa se nos va a caer encima?». Salió corriendo y se quedó sentada allá fuera; su temor y temblor desaparecieron de golpe, es más, casi disfrutó al ver cómo se reducía poco a poco a cenizas todo cuanto le pertenecía. Hasta se lo mostró a la señora Halics, que se puso a su lado: «¿Ve usted lo bonito que es? En mi vida he visto un color rojo tan hermoso». La tierra se movió bajo los pies de Schmidt, que tenía la sensación de andar sobre una ciénaga. Llegó hasta un árbol y se subió, pero le pareció que éste también comenzaba a hundirse... Tumbado en la cama, trató de quitarle el camisón a su mujer, que se puso a gritar; se abalanzó sobre ella, le desgarró el

camisón, la señora Schmidt lo miró de hito en hito, soltó una carcajada, los pezones de sus enormes pechos parecían espléndidas rosas. Allá dentro hacía un calor insoportable, estaban bañados en sudor. Miró por la ventana: fuera llovía a cántaros Kráner corría rumbo a su casa llevaba en la mano una caja de cartón cuyo fondo se abrió de pronto y el contenido se esparció por el suelo la señora Kráner le pedía a gritos que se diera prisa de manera que no pudo recoger ni siquiera la mitad de cuanto se había caído y decidió ir a buscarlo al día siguiente. Un perro se abalanzó de pronto sobre él y asustado gritó y le dio una patada en el morro al animal que gimiendo se encogió y quedó allí en el suelo. Como no pudo aguantarse le dio otra patada. El perro tenía blando el vientre. El director de la escuela logró convencer con gran esfuerzo y con un sentimiento de vergüenza a un hombrecito vestido con un abrigo desgastado de que lo acompañara pues conocía un lugar apartado y el hombre aceptó como si no pudiera negarse y él apenas podía con su alma y cuando entraron en un parque abandonado incluso lo empujó para que llegaran cuanto antes a un banco de piedra rodeado de una densa maleza y acostó al hombrecito sobre el banco y se tumbó sobre él y le besó el cuello pero en ese instante se acercaron por el paseo cubierto de guijarros unos médicos con batas blancas y él abochornado les hizo señas para avisar que ya se iba pero luego explicó a unos de ellos que no sabían adónde ir que habían de comprenderlo y tenerlo en consideración y empezó a decir pestes del hombrecito pudibundo porque a esas alturas ya le daba muchísimo asco pero miró en vano aquí y allá pues aquél había desaparecido y el médico le miró a los ojos con desprecio la señora Halics le lavaba la espalda a la señora Schmidt un rosario se deslizó poco a poco como una serpiente hacia el agua el rostro sonriente de un chaval apareció en la ventana y la señora Schmidt dijo que ya tenía bastante que le ardía la piel de tanto frote pero la señora Halics la empujó de vuelta a la bañera y continuó frotándole la espalda cada vez más temerosa de que la señora Schmidt no se sintiera satisfecha y enfurecida le gritó quetemuerdalavíbora y se sentó en el borde de la bañera desde donde seguía viendo al muchacho sonriente en la ventana la señora Schmidt era un pájaro que volaba contento por encima de las nubes y veía que abajo alguien la saludaba fue descendiendo y entonces ya oyó los gritos de Schmidt que por qué no has cocinado que eres una furcia baja ahora mismo pero ella pasó volando arriba y legorjeó que hasta mañana no te vas a morir de hambre y sentía

que el solle calentaba la espalda y de pronto Schmid estaba asulado  
dejalo a horamismo pero ella no le prestó atención sino que descendió volando  
quería coger un insecto al vuelo a Futaki le golpeó en el hombro con un hierro no  
podía moverse estaba atado a un árbol rígido sentía que el cordel cedía y se  
miró el hombro en el que se abrió una herida  
apartó la mirada pues no podía aguantar lo que veía y de repente estaba sentado  
en un bulldozer la pala excavaba un enorme agujero se acercó un hombre y dijo  
date prisa que no te daré más gasolina por mucho que me lo pidas  
iba ahondando el hoyo que para siempre derrumbó lo intentó de nuevo  
pero en vano se echó a llorar sentado en la ventanilla de la nave de maquinaria  
y no sabía qué ocurría si amanecía o si anochecía y todo ello no quería nunca acabar  
sentado allí no sabía qué pasaba nada cambiaba allí fuera  
no llegaba ni la mañana ni la noche reinaba un crepúsculo sin cesar

## ¿ASCENSIÓN? ¿ALUCINACIÓN?

Cuando dejaron atrás la curva y perdieron de vista definitivamente a la gente que se despedía agitando la mano ante la puerta de la fonda, el plúmbeo cansancio que sentía se disolvió de golpe y dejó de atormentarlo esa somnolencia insistente que, por mucho que intentara combatir, casi lo había atornillado a la silla al lado de la estufa de fuel, pues desde que, la noche anterior, Irimiás le comunicó aquello que no había esperado ni en sueños («Venga, coméntaselo a tu madre. Puedes venir conmigo si quieres...»), ya no fue capaz de cerrar los ojos y se pasó las horas nocturnas revolviéndose en la cama para no perderse la cita prevista al amanecer; en ese instante, sin embargo, al ver ante sí el camino que se perdía en la penumbra de la niebla y se clavaba en el infinito, sus fuerzas se redoblaron y abrigó la sensación de que por fin «se abría ante él el mundo entero», de que, ocurriera lo que ocurriera, él a buen seguro que resistiría. Y por intenso que fuese el deseo de dar voz de alguna manera a su entusiasmo, se contuvo, consciente de que sólo podría llevar a cabo la tarea encomendada si no se comportaba como un mocoso y actuaba con virilidad, por no mencionar que cualquier manifestación irreflexiva habría merecido la respuesta burlona de un Petrina siempre dispuesto a dar la bronca y él no habría soportado abochornarse en presencia de Irimiás. Tenía claro que lo más indicado era seguir a éste fielmente en todo, pues así se aseguraba no encontrarse con sorpresas: en primer lugar, observó el ritmo ligero de sus largos pasos, el porte peculiar, altivo, de la cabeza, el recorrido entre amenazador y monitorio del índice derecho en las pausas previas a ciertas palabras enfáticas, y enseguida procuró aprender también lo más difícil, la entonación descendente de Irimiás, así como los graves silencios con que separaba las diferentes partes de su discurso, registrar el rigor de sus solemnes frases y fijarse en esa seguridad infalible gracias a la cual conseguía expresar sus pensamientos con precisión mortífera. En ningún

momento apartó la vista de la espalda un tanto encorvada de Irimiás, así como de su sombrero de ala estrecha, que su dueño se había calado casi hasta los ojos para que la lluvia no le fuera a la cara, y al ver que su maestro no hacía ningún caso a quienes le acompañaban, pues estaba reflexionando intensamente, él también siguió andando sin abrir la boca y frunciendo el ceño, convencido de que, si se concentraba, contribuiría a que los pensamientos de Irimiás, todavía en gestación, alcanzaran cuanto antes su objetivo. Petrina, desesperado, se rascaba la oreja, pues al ver la expresión tensa en el rostro de su compañero tampoco se animó a romper el silencio, pero en vano hizo señas con la mirada al «niño» obligándose de este modo también a sí mismo («¡Ni una palabra! ¡Está pensando!»), las preguntas se agolpaban en su garganta con tal ímpetu que al principio respiraba con cierta dificultad y luego tomaba ya el aire entre silbidos y resuellos hasta que incluso a Irimiás le llamó la atención el heroísmo de su compañero, que iba ahogándose a su lado. «A ver, dime, ¿qué quieres?». Petrina respiró aliviado, se lamió los labios cuarteados y empezó a pestañear muy seguido. «Maestro, estoy cagado de miedo... ¿Cómo esperas salir de ésta?». «Muchomeextrañaría—respondió sarcásticamente Irimiás—que no estuvieras cagado de miedo. ¿Necesitas papel higiénico?». Petrina sacudió la cabeza: «No bromeo. Mentiría si dijera que estoy a punto de partirme de risa...». «Tú calla—. Irimiás miró con aire soberbio el camino que se perdía en la lejana niebla, se puso un cigarrillo en la comisura de los labios y lo encendió sin detenerse ni ralentizar el paso—. Si te dijera ahora que estábamos esperando precisamente esta oportunidad—declaró muy seguro de sí mismo, y miró a Petrina a los ojos—, ¿te tranquilizarías?». El compañero aguantó su mirada inquieto, agachó luego la cabeza, se detuvo, se quedó pensando, y cuando volvió a alcanzar a Irimiás estaba tan nervioso que apenas logró pronunciar su pregunta: «¿A qué... a qué... qué... le estás dando vuel... vueltas en la cabeza?». Aquél, sin embargo, no respondió; con cara de misterio paseaba la mirada por el camino. Petrina, atormentado por los malos presentimientos, trató de encontrar una explicación a ese enigmático silencio y después, aunque en el fondo sabía que era inútil, intentó detener lo inevitable: «¡Escucha! He sido tu compañero, lo soy y lo seré en lo bueno y en lo malo. Y si éste es el precio, ¡que lo sea! Juro que en la miserable vida que me queda no haré más que obligar a hincar la rodilla a quien con el sombrero en la cabeza se atreva a faltarte al respeto. Pero...

¡no hagas tonterías! ¡Escúchame por esta vez! ¡Escucha a tu viejo amigo Petrina! ¡Vayámonos de aquí cuanto antes! ¡Subámonos al primer tren y larguémonos! Porque éstos te lincharán en cuanto se den cuenta de la jugada». «Ni hablar—dijo Irimiás con tono de desprecio—. Libraremos la dura y desesperanzada lucha por la dignidad humana...—Levantó el legendario dedo índice y amenazó a Petrina—. ¡Orejudo! ¡Ha llegado nuestra hora!». «Ay de mí—gimió Petrina, como quien ve confirmados sus peores presentimientos—. Siempre lo he sabido. Creía..., confiaba..., abrigaba mis esperanzas... ¡Y mira por dónde, éste es el final!». «Deje ya de hacerse el bufón—intervino desde atrás el Niño—. Debería alegrarse y tomarse las cosas por una vez en serio...». «¿Yo?—gimoteó Petrina—. Me siento tan feliz que ahora mismo se me cae la baba...—Apretando los dientes alzó la vista al cielo y empezó a menear la cabeza, desesperado—: Ahora dime, ¿yo qué pecado he cometido? ¿He hecho daño a alguien? ¿He ofendido a alguien de palabra? Te ruego, maestro, que al menos respetes mi avanzada edad. ¡Mira estas canas!». Sin embargo, no había manera de sacar a Irimiás de su ensimismamiento; las sonoras palabras de su compañero le entraron por una oreja y le salieron por la otra, y con una enigmática sonrisa dijo: «La red, orejudo. —Petrina enseguida alzó la cabeza—. ¿Me entiendes ahora?—Se detuvieron, se pusieron frente a frente, Irimiás se inclinó ligeramente hacia adelante—. La gran telaraña nacional de Irimiás... ¿Se te va despejando la obtusa mente? Cuando en algún sitio... algo... vibra...». Petrina volvió a animarse; esbozó primero una fugaz sonrisa, luego se encendió una luz de complicidad en sus ojillos, sus orejas cobraron un color rojo por la excitación y el entusiasmo que se apoderó de él: «Cuando en algún sitio... algo... vibra... Creo que empiezo a entender...—susurró emocionado—. Sería... fantástico que... como quien dice...». «Pues ya ves —señaló Irimiás fríamente—, primero se piensa y después se protesta». El Niño observaba la escena desde una respetuosa distancia, pero su fino oído le ayudaba esta vez también a no perder ripio, y como de entrada no comprendía nada de nada, repitió para sus adentros todas las palabras para no olvidarlas; cogió un cigarrillo, lo encendió lentamente con gesto ponderado y, abocinando los labios, exhaló el humo en un hilo finísimo, como solía hacer Irimiás. No se acercó a ellos, sino que tal como había hecho hasta entonces, los siguió a ocho o diez pasos de distancia, cada vez más ofendido por el hecho de que su maestro «no se tomara la molestia de

iniciarlo en el asunto», a pesar de que bien podía saber que él—al contrario que el siempre disconforme Petrina—estaba dispuesto a entregar incluso su alma, que había jurado lealtad incondicional para sus adentros. Y la prueba a la que lo sometía esa ofensa no cesaba, la amargura crecía más y más en su fuero interno, pues había de reconocer que Irimiás ni siquiera lo consideraba digno de dirigirle una palabra, ¡no!, simplemente lo ignoraba, como «si no existiera», como si no significara nada en absoluto que «Sándor Horgos, quien no es un don nadie, le haya ofrecido sus servicios»... Nervioso como estaba, se rascó un grano que le afeaba la cara, y cuando se acercaron al cruce de Póstelek no aguantó más, corrió hasta ellos, se volvió hacia Irimiás y trémulo de rabia le gritó: «¡Yo así no sigo con ustedes!». Irimiás lo miró perplejo: «¿Qué dices?». «Que si tiene algún problema conmigo, por favor, ¡dígamelo! Dígame que no confía en mí y me marcho en el acto». «¿A ti qué te pasa?», le espetó Petrina. «A mí no me pasa nada de nada. Pero dígame si me necesita o no. Desde que hemos partido no me ha dirigido ni una sola palabra, ¡siempre a Petrina, Petrina, Petrina! Si tanto le importa él, ¿por qué me ha llamado?». «Vamos a ver—lo interrumpió Irimiás con calma—, creo que te entiendo. Registra bien lo que te diré, porque esto no puede repetirse... Te he llamado porque necesito a un joven listo como tú. Pero sólo si eres capaz de cumplir con los siguientes requisitos. Primero: sólo me hablarás cuando te pregunte. Segundo: cuando te encargue algo, procurarás llevarlo a cabo correctamente. Tercero: se acabó el hablarme en este tono. Por el momento soy yo quien decide lo que te digo y lo que no. ¿Está claro?». El Niño bajó la mirada dócilmente. «Sí. Yo sólo...». «Nada de “yo sólo”. A ver si te comportas como un hombre... Además... Conozco tus aptitudes, hijo mío. Confío en que estarás a la altura... Así que vamos, ¡en marcha!». En un gesto amistoso, Petrina le dio un golpe en el hombro al Niño, dejó allí la mano y comenzó a zarandearlo: «¿Sabes, granuja?, cuando yo era un muchacho como tú, no me atrevía ni a pestañear cuando veía a un adulto cerca. Me quedaba mudo como una tumba. Porque en aquel entonces no se tenía muchos miramientos. ¡Ya ves! Qué sabéis vosotros de...—De repente se detuvo—. ¿Qué es eso?». «¿Qué?». «Pues ese ruido». «Yo no oigo nada», dijo perplejo el Niño. «¿No lo oyes? ¿Ahora tampoco?». Aguzaron el oído conteniendo la respiración; unos pasos delante de ellos Irimiás también escuchaba inmóvil. Estaban en el cruce de Póstelek; lloviznaba

silenciosamente, no se veía ni un alma, sólo una bandada de cornejas revoloteaba a lo lejos. A Petrina le dio la impresión de oír algo... en lo alto, y sin abrir la boca señaló el cielo, pero Irimiás meneó la cabeza. «Viene más bien de por ahí», dijo indicando en dirección a la ciudad. «¿Un coche?». «No lo sé», respondió el maestro, inquieto. No se movían. El rumor ni crecía ni decrecía en intensidad. «Tal vez algún avión», terció inseguro el Niño. «No. No es probable...—dijo Irimiás—. Sea como fuere, cogeremos un camino más corto. Iremos por el de Póstelek hasta el castillo de los Weinckheim y allí tomaremos la vía antigua. Así ganaremos entre cuatro o cinco horas...». «¿Sabes la cantidad de barro que hay allí?», protestó Petrina. «Lo sé. Pero esto no me gusta. Será mejor elegir esa ruta. Allí seguro que no nos toparemos con nadie». «¿En quién piensas?». «Yo qué sé. Vamos». Salieron de la carretera y tomaron el camino de Póstelek. Petrina, intranquilo, volvía la cabeza hacia atrás y escrutaba el paisaje. Habría jurado que el ruido procedía de arriba. «Pero no es un avión... Suena más bien como el órgano de una iglesia... Ay, esto es una locura». Se detuvo, se agachó y apoyado en una mano acercó el oído al suelo. «No, no. Seguro que no. Esto es para volverse loco». El rumor continuaba. Ni se aproximaba ni se alejaba. En vano rebuscaba él en la memoria, no se parecía a nada conocido. No era ni el ruido de un coche, ni el zumbido de un avión, ni el retumbo del cielo... Le daba mala espina. Inquieto, volvía la cabeza a un lado y a otro, intuía peligro en todos los arbustos, en todos los árboles enclenques y pelados, en el estrecho canal cubierto de verdín que bordeaba el camino. Y lo más terrorífico era que no podía determinar si ese... algo los amenazaba de cerca o de lejos... Desconfiado, se volvió hacia el Niño: «Dime, ¿has comido hoy? ¿No será el gruñido de tus tripas?». «No digas tonterías, Petrina—dijo con voz tensa Irimiás volviéndose hacia atrás—. ¡Y aprieta el paso!». Se habían alejado unos trescientos o cuatrocientos metros del cruce cuando percibieron algo nuevo y peculiar en ese ininterrumpido y siempre angustiante rumor. Petrina fue quien lo descubrió; no atinó a decir una palabra, sino que soltó un grito inarticulado por el susto, y en silencio, con los ojos desorbitados, levantó el dedo índice hacia arriba. A su derecha, unos quince o veinte metros por encima de la tierra cenagosa e inerte, flotaba un velo blanco, transparente, que se mecía con suavidad y descendía poco a poco, solemnemente. No habían salido aún de su asombro cuando vieron sorprendidos que ese «algo

parecido a un velo», al tocar el suelo, simplemente se disolvía en la nada. «¡Pellizcadme!», rogó con un gemido Petrina, y sacudió la cabeza, incrédulo. El Niño se quedó boquiabierto por el asombro y luego, al comprobar que ni Irimiás ni Petrina decían nada, observó seguro de sí mismo: «¿Cómo? ¿No han visto nunca la niebla?». «¿A esto lo llamas niebla?—preguntó Petrina, nervioso—. ¡No digas tonterías! Apostaría a que es... algo... algo así como un velo de novia... Maestro, esto me huele a cuerno quemado». Irimiás, sin entender nada, miraba el lugar en el que se había posado el velo. «Esto es una broma. Petrina, serénate y di algo». «¡Mirad!», exclamó el Niño, y señaló, no lejos del anterior, otro velo que descendía poco a poco. Contemplaron hechizados cómo tocaba el suelo y se disipaba, cual si fuese realmente niebla. «¡Vámonos de aquí, maestro!—propuso Petrina con voz temblorosa—. Por lo que veo, pronto empezarán a caer incluso los niños gitanos...». «Seguro que esto tiene una explicación—dijo Irimiás con determinación—. Sólo hace falta saber de qué diablos se trata... No puede ser que los tres nos hayamos atontado de golpe». «Desde luego, si estuviera aquí la señora Halics—señaló con una sonrisa el Niño—, enseguida nos explicaría qué es». Irimiás alzó la cabeza: «¿Qué estás diciendo?». Callaron. El Niño, turbado, bajó la mirada. «Sólo era un decir...». «¿Tú sabes algo?», inquirió asustado Petrina. «¿Yo?—respondió el otro con una sonrisa—. ¿Yo qué voy a saber? Lo decía por bromear un poco...». Prosiguieron el camino sin abrir la boca, y no sólo Petrina, sino también Irimiás se preguntó si no sería preferible dar media vuelta de inmediato; sin embargo, ninguno estaba dispuesto a tomar esa decisión, pues no podían estar seguros de que el regreso entrañara menos riesgos. Apretaron el paso, y esta vez tampoco Petrina protestó, es más, si de él hubiera dependido, se habrían echado a correr y no se habrían detenido hasta llegar a la ciudad; de modo que cuando apareció el castillo abandonado de los Weinckheim e Irimiás propuso un breve descanso («Se me han entumecido las piernas... Hacemos fuego, comemos algo, nos secamos y luego continuamos...»), él gritó desesperado: «¡Eso sí que no! ¿No pretenderás que después de lo ocurrido vaya a permanecer ni un minuto en un lugar?». «El hecho es que estamos agotados. Llevamos dos días sin apenas dormir. Necesitamos un descanso. Todavía nos aguarda un largo camino». «Vale, pero tú irás delante», sentenció Petrina, quien reuniendo todo el coraje que le quedaba los seguía a unos diez pasos de

distancia; se le hizo un nudo en la garganta y ni siquiera tuvo ganas de responder a las burlas del Niño, que se relajó un poco al ver la calma de Irimiás y procuró darle muestras del respeto que sentía por él y «que merecían los valientes»... Esperó a que ambos tomaran el sendero que conducía al castillo de los Weinckheim y los siguió luego con cautela, volviendo la cabeza hacia un lado y otro, pero al llegar ante la entrada principal de aquel edificio ruinoso ya no le quedaba una gota de sangre en el cuerpo, y aunque vio que Irimiás y el Niño se escondían rápidamente tras un arbusto, él no fue capaz de apartarse del sendero. Desde algún sitio—¿el castillo?, ¿el parque abrasado y empapado?—se oyeron claramente unas risas alegres, cristalinas. «Me estoy volviendo loco. Lo noto». La angustia hizo que le aflorara el sudor en la frente. «Diablos e infiernos, ¿en qué nos hemos metido?». Contuvo la respiración y con los nervios a punto de estallar logró esconderse—¡caminando de costado!—detrás de un arbusto. Volvió a oírse, cada vez más fuerte, esa risa perlada, era como si un grupo jacarero se estuviera divirtiendo, como si fuese del todo natural que una peña alegre pasara el rato precisamente en esa zona abandonada, bajo la lluvia, con el frío y el viento... Para colmo, esa risa... sonaba tan extraña... Sintió un escalofrío. Espió el sendero y cuando consideró que era el momento propicio echó a correr a toda pastilla hasta llegar junto a Irimiás, como en la guerra, donde se pasa de una trinchera a la otra poniendo en riesgo la propia vida, mientras el fuego enemigo barre el terreno. «Amigo... —susurró a punto de asfixiarse mientras se ocultaba al lado de Irimiás—, ¿qué está pasando?». «Por el momento no veo nada—respondió el otro en voz baja, tranquilo, con gran dominio de sí mismo, sin apartar la vista del parque del antiguo castillo—. Pero pronto lo averiguaremos». «¡No!—gimió Petrina—. ¡Mejor no averiguar nada!». «Es como si estuvieran festejando...», dijo el Niño, nervioso e impaciente, deseoso de que su maestro le confiara una misión. «¿Aquí?—preguntó gimoteando Petrina—. ¿Con esta lluvia?... ¿En el culo del mundo?... Maestro, ¡levantemos velas antes de que sea demasiado tarde!». «Tú calla, que no oigo nada». «Yo sí oigo, yo sí... Y por eso digo que...». «¡Silencio!», le conminó Irimiás. En el parque, cuyos robles y nogales, bojés y arriates estaban todos cubiertos por las malas hierbas, no se percibía movimiento alguno, de modo que Irimiás decidió avanzar con cautela ya que desde allí el conjunto sólo se veía parcialmente; cogió del brazo a Petrina, que se resistió con manos y

pies, y arrastrándolo se acercó hasta la entrada principal, doblaron a la derecha y avanzaron de puntillas, arrimados al muro del edificio. Irimiás iba primero y, al llegar a la esquina, echó con sigilo un vistazo a la parte trasera del parque; por un instante se quedó petrificado y luego retiró rápidamente la cabeza. «¿Qué pasa?—susurró Petrina—. ¿Nos vamos?». «¿Veis allá esa pequeña cabaña?—preguntó Irimiás con voz apagada, señalando en línea recta un edificio en estado ruinoso—. Pues a correr. Uno por uno. Primero yo. Luego tú, Petrina, Y por último tu, niño. ¿Está claro?». Y acto seguido echó a correr rumbo al antiguo pabellón de verano. «Yo no—murmuró Petrina con la mirada torcida—. Está a unos veinte metros como mínimo. Hasta llegar allí me acribillarán a balazos». «¡Vamos!», lo empujó rudamente el Niño, y Petrina, que no se lo esperaba, perdió al cabo de unos pasos el equilibrio y cayó de bruces en el barro. Enseguida se levantó, pero volvió a echarse al suelo y deslizándose como una lagartija alcanzó a su compañero, que lo esperaba junto al pabellón. Ni siquiera se atrevió a alzar la vista por el susto, se tapó los ojos con las manos y permaneció tumbado; luego, al darse cuenta de que a pesar de todo había sobrevivido «por la gracia de Dios», se armó de valor, se levantó y miró por un hueco hacia el parque. Sus nervios, de por sí alterados, no aguantaron la escena que vio. «¡Tírate al suelo!», chilló, y volvió a tumbarse. «¡No grites, imbécil!—lo reprendió Irimiás—. Si vuelvo a oírte, te ahorco». En la parte trasera del parque, en un claro ante tres robles gigantescos y pelados, envuelto en velos blancos y traslúcidos, yacía un... cuerpo pequeño. Debía de hallarse a unos treinta metros, de modo que hasta podía distinguirse su cara, que no estaba velada; y si los tres no lo hubieran considerado imposible, si no la hubieran puesto ellos mismos en el tosco ataúd fabricado por Kráner, habrían jurado que se trataba de la hermana menor del Niño, que dormitaba tranquilamente con su cabello rubio y rizado... El viento levantaba de vez en cuando el borde de los velos, la lluvia mojaba silenciosamente el cadáver, y los tres viejos robles crujían y crepitaban como si estuvieran a punto de desplomarse... Y alrededor del cadáver no había ni un alma, sólo esa risa dulce y cristalina, esa hilaridad revoltosa que se oía por doquier como la melodía alegre de voces despreocupadas y retozonas... El Niño contemplaba petrificado el claro y no sabía qué le daba más miedo, si el hecho de ver, en esa terrible calma, níveo y limpio el cuerpo antes crispado y barroso de su hermana o la posibilidad de que de pronto se alzara y

empezara a caminar hacia él; le temblaban las piernas, todo se oscureció ante sus ojos, el parque, los árboles, el castillo, el cielo, sólo ella resplandecía de forma cada vez más dolorosa, más intensa, boca arriba allá en medio de aquel claro. Y en el silencio sepulcral que se produjo de pronto, en que hasta las gotas de lluvia caían sin hacer ruido en el suelo, creyeron haberse quedado sordos, ya que percibían pero no podían oír ni el zumbido del viento ni esas ráfagas tibias y peculiares que los rozaban suavemente, y al Niño le pareció que las risas rezongonas y el rumor incesante habían sido sustituidos de pronto por unos terroríficos gemidos y bramidos y le dio la impresión de que se dirigían a él, de manera que se tapó los ojos con el brazo y estalló en llanto. «¿Has visto?», susurró Irimiás petrificado, y apretó el brazo de Petrina con tal fuerza que sus dedos se pusieron blancos. El viento verberó en torno al cuerpo, y en ese profundo silencio el cadáver blanco, deslumbrante, se elevó poco a poco, inseguro... Al alcanzar la altura de la copa de los robles, comenzó a bajar de nuevo entre convulsiones y volvió a tocar suelo en el centro del claro. A todo esto, las voces incorpóreas de antes entonaron un lamento furioso como si pertenecieran a un coro insatisfecho que a pesar de sus esfuerzos reconocía una vez más su fracaso. Petrina jadeaba. «¿Te puedes creer esto?». «Trato de hacerlo», respondió Irimiás, blanco como el papel. «¿Desde cuándo lo estarán intentando? La niña lleva casi dos días muerta». «Petrina, es quizá la primera vez en mi vida que siento miedo». «Amigo, ¿puedo preguntarte algo?». «Venga, pregunta». «A tu juicio...». «¿A mi juicio qué?». «¿A tu juicio..., eh..., existe el infierno?». Irimiás tragó saliva. «Quién sabe. Puede que sí». De repente volvió a reinar el silencio. Sólo el zumbido se intensificó ligeramente. El cadáver se elevó de nuevo y a unos dos metros por encima del claro comenzó a temblar y a ascender a una velocidad de vértigo hasta perderse entre las nubes inmóviles y sombrías. El viento recorrió el parque, los robles se agitaron, y vibró también el ruinoso pabellón de verano; luego oyeron las voces cristalinas que sonaban triunfantes sobre sus cabezas y se iban apagando poco a poco, de manera que no quedaron más que unos jirones de velos en el aire, el ruido de las tejas en la cubierta desvencijada del castillo, los golpes aterradores contra el muro de los canalones de hojalata que colgaban rotos... Durante unos minutos permanecieron paralizados contemplando el claro, pero luego, como no ocurría nada, recobraron el juicio: «Creo que ha terminado»,

sentenció Irimiás, y soltó un sonoro hipo. «Eso espero—farfulló Petrina—. A ver si reanimamos a este niño». Cogieron por las axilas al muchacho, que seguía acurrucado y tiritando, y lo pusieron en pie. «Vamos, serénate—lo animó Petrina, aunque a él mismo también le temblaban las piernas—. No ha pasado nada». «Déjenme en paz...—gimió el Niño—. ¡Suéltense!».

«¡Vale! ¡Ya no tienes nada que temer!».

«¡Déjenme aquí! ¡Yo ya no voy a ninguna parte!».

«No, tú te vienes con nosotros... ¡Y basta ya de tanto lloriqueo! Además, ahí ya no queda nada...». El Niño se acercó al hueco y miró hacia el claro. «¿Dónde... dónde está?».

«Se levantó, como la niebla», respondió Petrina, aferrando un trozo de ladrillo que sobresalía del muro. «¿Como la... niebla?».

«Como la niebla». El Niño señaló tímidamente: «Entonces yo tenía razón».

«Así es—intervino Irimiás, después de dejar finalmente de hipar—, he de reconocer que tenías razón».

«¿Pero ustedes... ustedes han visto algo?».

«Yo por mi parte sólo he visto niebla—dijo Petrina, se quedó mirando al vacío y sacudió la cabeza en un gesto de amargura—. Por doquier niebla y más niebla».

El Niño miró inquieto a Irimiás: «¿Entonces... qué era?».

«Una alucinación—contestó Irimiás, blanco como la cera; su voz sonaba tan débil que el Niño hubo de inclinarse hacia él—. Estamos agotados. Sobre todo tú. A decir verdad, no es de extrañar».

«En absoluto—se sumó Petrina—. Y entonces se ve cualquier cosa. Cuando estaba en el frente, por las noches incluso me perseguían brujas cabalgando sobre palos de escoba. Lo digo en serio...». Recorrieron el sendero y luego avanzaron largo rato por el camino de Póstelek, evitando los charcos en los que podían hundirse hasta los tobillos, y mientras se acercaban a la vía antigua, que conducía en línea recta a la zona sudoriental de la ciudad, Petrina juzgó cada vez más alarmante el estado de Irimiás. Era evidente que el maestro estaba a punto de estallar por la tensión acumulada, se le doblaban las rodillas y más de una vez dio la impresión de que sólo necesitaba un paso más para desplomarse. Tenía la cara demacrada, sus rasgos habían dejado de ser definidos, sus ojos miraban vidriosos al vacío. Por fortuna, el Niño no se percataba de nada, en parte porque se había tranquilizado gracias a las palabras de Irimiás y Petrina («¡Por supuesto! Qué podía ser sino una alucinación. Tendré que serenarme porque de lo contrario se burlarán de mí...»), en parte porque lo animó el hecho de que Petrina le asignara algo así como un papel de avanzada y lo dejara ponerse a la cabeza del grupo. Irimiás se detuvo de pronto, y Petrina se plantó a su

lado de un salto, dispuesto a ayudarlo si hacía falta. Irimiás, sin embargo, lo apartó de un empujón, se encaró con él y le gritó: «¡Cabrón! ¿Por qué no te vas a la mierda ahora mismo? ¡Estoy harto de ti! ¿Entiendes?». Petrina bajó la mirada en el acto. Irimiás, a su vez, lo cogió del cuello y trató de elevarlo, pero como no lo consiguió, lo empujó rudamente. Petrina perdió el equilibrio, logró dar unos pasos, pero acabó tumbado en el barro. «Amigo...—dijo con voz quejumbrosa—, no pierdas el...». «¿Te atreves a llevarme la contraria?», le espetó Irimiás, corrió hacia Petrina, lo levantó del suelo y le dio una bofetada con todas sus fuerzas. Se quedaron el uno frente al otro, Petrina mirando desesperado a Irimiás, que recobró de pronto la sensatez y sólo sintió un cansancio infinito y algo así como un vacío enorme, la presión mortífera de la desesperanza que percibe el animal que ha caído en una trampa cuando se da cuenta de que no tiene escapatoria. «Maestro...—balbuceó Petrina—. Yo... no estoy enfadado...». Irimiás agachó la cabeza: «Perdóname, orejudo...». Se pusieron en marcha de nuevo, Petrina hizo una señal al Niño que contemplaba petrificado la escena para indicarle que siguiera, que ya estaba «todo resuelto»; a veces soltaba un profundo suspiro y se rascaba la oreja. «Soy evangelista...». «Más bien evangélico, ¿no?», lo corrigió Irimiás. «¡Eso, eso! Es lo que quería decir...—se apresuró a decir Petrina, y respiró aliviado al comprobar que su compañero había “superado ya el bache”—. ¿Y tú?». «¿Yo? A mí ni siquiera me bautizaron. Debían saber que no serviría de nada...». «¡Chist...!—hizo Petrina aterrado, señalando hacia lo alto—. ¡No hables tan fuerte!». «¡Qué dices, orejudo...! —dijo Irimiás con tono de amargura—. A estas alturas ya da igual...». «Será a ti, porque a mí no me da igual. Cuando pienso en esas calderas humeantes, se me pone la carne de gallina». «Todo es una ilusión—sentenció Irimiás tras un largo silencio—. Incluso si hubiéramos visto algo, no significaría nada. ¿Cielo? ¿Infierno? ¿Más allá? Tonterías. Estoy convencido de que con estas ideas no acertamos en absoluto. Aunque nuestra imaginación funcione sin cesar, no nos acercaremos ni un paso a la verdad». Tras estas palabras, Petrina se tranquilizó definitivamente. Ya sabía que «todo estaba en orden», así como qué debía decir para que su compañero volviera a ser el de siempre. «¡Al menos no grites!—trató de apaciguarlo—. ¿No tenemos ya bastantes problemas?». «Porque Dios no se manifiesta con palabras, orejudo. No se manifiesta de ninguna manera. No se muestra. Ni existe». «¡Yo soy

creyente!—lo interrumpió indignado Petrina—. Respétame al menos a mí, impío». «Estaba equivocado. Porque luego comprendí que no existe ninguna diferencia entre yo y un insecto, entre un insecto y un río, entre un río y el grito que lo cruza. Todo funciona de manera vacua e irracional, por la fuerza de una interdependencia y de una oscilación salvaje y atemporal, y sólo nuestra imaginación, y no nuestros sentidos condenados eternamente al fracaso, nos incita a creer en todo momento que podemos liberarnos de las zanjias de la miseria. No hay salida, orejudo». «¿Y me lo dices ahora?—protestó Petrina—. ¿Ahora que acabamos de ver lo que hemos visto?». Irimiás volvió la cara con un gesto de amargura. «Por eso mismo te digo que de ésta no saldremos nunca. Está todo muy atado. Lo mejor es no forzar nada y no creer cuanto ven tus ojos. Es una trampa, Petrina. Y nosotros caemos una y otra vez, eternamente. Cuando creemos poder liberarnos, lo único que ocurre es que están arreglando los candados. Todo muy atado». Petrina se enfureció de verdad: «¡No entiendo ni jota! ¡A mí no me hables en verso, por el amor de Dios! ¡Habla claro!». «Cojamos una sogia y ahorquémonos, orejudo—propuso con tristeza Irimiás—. Así al menos acabaremos antes. Por lo demás, da igual. No nos ahorquemos». «Amigo, la verdad es que desconciertas a cualquiera. Para ya, porque me voy a echar a llorar...». Continuaron caminando en silencio, pero la situación no dejaba de inquietar a Petrina: «¿Sabes cuál es tu problema, maestro? Que no estás bautizado». «Puede». Iban ya por la vía antigua, el Niño, hambriento de aventuras, barría la zona con la mirada, pero no encontraba nada peligroso más allá de los profundos surcos formados por las ruedas de los vehículos en verano; de vez en cuando los sobrevolaba una bandada de cornejas, en ocasiones arreciaba la lluvia y, a medida que se acercaban a la ciudad, también el viento. «¿Y ahora?», preguntó Petrina. «¿Cómo?». «¿Y ahora qué?». «¿Cómo que qué?—soltó entre dientes Irimiás—. Vamos viento en popa. Hasta ahora te decían a ti lo que debías de hacer y a partir de hoy lo dirás tú. Exactamente lo mismo. Palabra por palabra». Encendieron sendos cigarrillos y exhalaban el humo con gesto sombrío. Cuando alcanzaron la zona sudoriental de la ciudad, había oscurecido; recorrieron calles desiertas, las ventanas estaban iluminadas, en el interior de las casas la gente estaba sentada en silencio a las mesas, ante los humeantes platos. «A ver—dijo Irimiás al llegar a la taberna llamada Escanciador—, vamos a entrar un rato». Entraron en el local cargado de humo y aire viciado, lleno a rebosar;

pasaron entre grupos de transportistas, funcionarios, albañiles y estudiantes que reían y discutían con voces estridentes, y se colocaron al final de la barra. El camarero, que reconoció a Irimiás en cuanto éste abrió la puerta, enseguida se dirigió al final del mostrador y le dijo: «¡Vaya, vaya, dichosos los ojos! ¡Mis respetos! ¡También a usted, maestro de la broma!—Se inclinó por encima de la barra, les tendió la mano y preguntó en voz baja—: ¿Qué puedo servir a los señores?». Irimiás, sin prestar atención a la mano tendida, respondió fríamente: «Dos combinados de ron y licor de pera y un vino con soda». «Muy bien, señores—dijo un tanto sorprendido el camarero, y retiró la mano—. Dos combinados de ron y licor de pera y un vino con soda. Ahora mismo». Raudó volvió a la zona central de la barra, preparó las bebidas rápidamente y las sirvió con gesto servicial. «Invita la casa». «Gracias—dijo Irimiás—. ¿Cómo va todo, Weisz?». El camarero se enjugó el sudor de la frente con la manga de la camisa, miró alrededor y se inclinó hacia la cara de Irimiás: «Se han escapado los caballos del matadero...—susurró nervioso—. Eso dicen...». Irimiás asintió y luego, alzando los vasos por encima de la cabeza, atravesó la multitud y a duras penas consiguió llegar hasta Petrina y el Niño, que habían logrado sentarse junto a la ventana. «Te he traído vino con soda, niño». «Gracias, veo que ya lo sabe». «No ha sido difícil descubrirlo. Venga, ¡a nuestra salud!». Apuraron los vasos, Petrina ofreció cigarrillos a sus compañeros, que aceptaron. Irimiás sintió una mano sobre su hombro. «¡Buenas noches! ¿Usted? ¿Cómo diablos ha venido a parar aquí? ¡Cómo me alegra!—Era un hombrecillo calvo, rojo como un tomate, que le tendía la mano con familiaridad—. ¡Vaya, el célebre bromista! ¡Mis respetos!», dijo volviéndose hacia Petrina. «¿Cómo estás, Tóth?». «Pues tirando, como corresponde a los tiempos que corren. ¿Y ustedes? En serio, hacía dos, no, tres años que no les veía a ustedes. ¿Ha pasado algo?». Petrina asintió con la cabeza: «Bastante». «Vaya, eso es otra cosa—se disculpó turbado el calvo, y se volvió hacia Irimiás—. ¿Se ha enterado? Szabó ya no está». «Caray—murmuró el otro, y apuró el vaso—. ¿Cómo van las cosas, Tóth?». El calvo se inclinó hacia su oído: «Me han otorgado un piso». «No me diga... ¡Felicidades! ¿Algo más?». «Nada, que la vida fluye—respondió sin entusiasmo Tóth—. Se han celebrado las elecciones. ¿Sabe usted cuántos no fueron? Pues ya se lo puede imaginar. Me conozco sus nombres uno por uno. Los tengo todos aquí», añadió señalando su frente. «Así me gusta, Tóth—dijo Irimiás con

tono cansado—. Veo que no pierde usted el tiempo». «Eso es—señaló el calvo abriendo los brazos—. Uno sabe cuál es su sitio, ¿no es así?». «¡Pues entonces póngase en la cola y tráiganos algo!», intervino Petrina. El calvo se inclinó hacia adelante, solícito: «¿Qué beberán los señores? Invito yo». «Un combinado de ron y licor de pera». «Ahora mismo se lo traigo». En un dos por tres se plantó ante la barra, llamó al camarero y al cabo de unos instantes ya volvía con los vasos llenos en las manos. «¡Por la alegría del reencuentro!». «¡Salud!», dijo Irimiás. «¡Hasta la muerte!», dijo Petrina. «Bueno, cuéntenme algo. ¿Qué tal por ahí?», preguntó Tóth con los ojos desorbitados. «¿Por dónde?», preguntó Petrina lanzándole una mirada inquisitiva. «Pues por ahí. Así en general». «Ah, entiendo. Pues Acabamos de ver una resurrección». El calvo esbozó una sonrisa, mostrando sus brillantes dientes amarillos: «¡Usted no ha cambiado, Petrina! Ja, ja, ja. Ahora mismo venimos de una resurrección. ¡Buenísimo! Lo reconozco a usted». «No me cree, ¿verdad?—señaló con cierta amargura Petrina—. Ya verá, acabará usted mal. No se ponga ropa muy abrigada cuando sienta que le ha llegado la última hora». Tóth se desternillaba de risa: «Vale, vale, señores—dijo resollando—. Vuelvo con mis amiguetes. Nos volveremos a ver, ¿no?». «Por desgracia, Tóth—respondió con una sonrisa triste Petrina—, será inevitable». Salieron del Escanciador y tomaron la avenida flanqueada por álamos rumbo al centro de la ciudad. El viento les soplaba de cara, la lluvia se les clavaba en los ojos y, como se habían dejado puestos los abrigos en la taberna, ahora tiritaban. No se toparon con un alma en el camino hasta la plaza de la iglesia. Petrina lo comentó: «¿Qué pasa? ¿Hay toque de queda?». «No, otoño—respondió Irimiás con tono melancólico—. Están sentados junto a las estufas y sólo se levantarán cuando llegue la primavera. Pasarán horas pegados a las ventanas, hasta que caiga la noche. Comerán, beberán, se abrazarán en la cama bajo el edredón. Luego, de vez en cuando, sentirán que esto no puede seguir así y les darán una buena tunda a los niños o una fuerte patada al gato y aguantarán un tiempo más. Así funciona esto, orejudo». En la plaza principal los detuvo un grupo de hombres. «¿No han visto ustedes nada?», les preguntó un larguirucho. «No, nada», respondió Irimiás. «Si ven algo, comuníquennoslo enseguida. Aquí estamos esperando noticias, aquí nos encontrarán». «Vale. Hasta luego». Al cabo de unos pasos Petrina preguntó: «A lo mejor soy tonto, pero ¿a éstos qué les ocurre? Porque parecían bastante normales. ¿Qué tendríamos que

haber visto?». «Caballos», respondió Irimiás. «¿Caballos? ¿Qué caballos?». «Los que se escaparon del matadero». Recorrieron la calle principal desierta y doblaron por la vía que conducía a Nagyrománváros. Y en el cruce de la calle Eminescu y el paseo los vieron. En plena calle Eminescu, unos ocho o diez caballos pastaban alrededor de una fuente. La tenue luz de las farolas hacía brillar sus crines, y mientras no vieron a los hombres que los miraban continuaron mordisqueando pacíficamente la hierba; luego alzaron las cabezas casi al alimón, uno de ellos relinchó, y en menos de un minuto habían desaparecido por el otro extremo de la calle. «¿Tú por quién vas?», preguntó sonriendo el Niño. «Por mí mismo», respondió nervioso Petrina. En la taberna de Steigerwald sólo quedaban unos pocos parroquianos que, además, se marcharon poco después de que entraran; ya era tarde. Steigerwald estaba manipulando el televisor instalado en un rincón. «¡La puta que lo parió!», se quejaba, y ni siquiera vio a los recién llegados. «¡Buenas noches!», le gritó Irimiás. Steigerwald volvió la cabeza de golpe: «¡Dios bendito! ¿Ustedes?». «Todo bien, todo bien», lo tranquilizó Petrina. «Vale. Ya creía que...—murmuró el tabernero, y se puso detrás de la barra—. Maldito trasto—añadió señalando furioso el televisor—, llevo una hora tratando de arreglarlo, pero no hay manera, la imagen no vuelve». «Pues entonces descanse un poco. Y sírvanos dos combinados de ron y licor de pera. Y para el joven un vino con soda». Se sentaron a una mesa, se desabotonaron los abrigo y volvieron a encender unos cigarrillos. «Niño—dijo Irimiás—. Te lo bebes y luego vas a ver a Páyer. ¿Sabes dónde vive? Perfecto... Y le dices que lo espero aquí». «De acuerdo», respondió el Niño, y volvió a abotonarse el abrigo. Le quitó al tabernero el vaso de vino de las manos, se lo bebió de un trago y salió a toda prisa por la puerta. «Steigerwald», dijo Irimiás, deteniendo al tabernero, quien, en cuanto puso los vasos delante de sus clientes, volvía hacia la barra. «Vaya, ¿con que sí hay algún problema?», preguntó preocupado Steigerwald, sentando su gigantesco cuerpo junto a ellos en una silla. «Ninguno—lo tranquilizó Irimiás—. Necesito un camión para mañana». «¿Y cuándo lo devolverás?». «Mañana por la tarde. Y esta noche dormimos aquí». «Vale—asintió aliviado Steigerwald, y se levantó poco a poco—. ¿Y cuando lo pagarás?». «Ahora». «¡¿Qué dices?!». «Has oído mal—se corrigió el maestro—. Mañana». Se abrió la puerta y entró corriendo el Niño. «Ahora mismo viene», comunicó, y volvió a sentarse en su sitio. «Muy bien, colega. Pídete

otro vino con soda. Y dile que nos prepare una sopa de judías». «Con codillo», añadió Petrina con una sonrisa. Al cabo de unos minutos apareció un hombre canoso, robusto, entrado en carnes, con un paraguas en la mano. Por lo visto, estaba a punto de acostarse, pues llevaba el pijama debajo del abrigo y unas pantuflas de piel sintética. «Me he enterado de la noticia de que vuelve a honrar usted nuestra ciudad con su presencia, míster—dijo con tono somnoliento y se sentó muy poco a poco en una silla junto a Irimiás—. No me opondría si me estrechara usted la mano». Irimiás miraba con expresión lúgubre al vacío, pero al oír las palabras de Páyer levantó la cabeza y sonrió satisfecho. «Mis profundos respetos. Confío en no haber perturbado su sueño». Páyer entornó los ojos y respondió con sarcasmo: «No ha perturbado mi sueño y confío en que tampoco lo haga en el futuro». No se desdibujó la sonrisa en el rostro de Irimiás. Cruzó las piernas, se reclinó y exhaló largo rato el humo de su cigarrillo. «Vamos al grano». «No me asuste usted de entrada—dijo el recién llegado alzando la mano con lentitud, pero seguro de sí—. ¡Pídame algo! Ya que me ha sacado de la cama...». «¿Qué desea beber?». «No me pregunte lo que deseo beber. Eso aquí no existe. Pídame usted una copita de aguardiente de ciruela». Escuchó a Irimiás con los ojos cerrados, como si durmiera, y sólo volvió a levantar la mano para pedir la palabra después de que el tabernero llegara con el aguardiente y él apurara la copa con un parsimonioso movimiento. «¡Un instante! ¿Por qué tanta prisa? No conozco a estos distinguidos colegas...». Petrina se levantó de un salto: «Yo sería Petrina... O lo soy, decídalo usted mismo». El Niño no se movió: «Horgos», dijo. Páyer alzó los párpados: «Un joven muy educado—dijo, y miró a Irimiás con gesto de reconocimiento—. Seguro que llegará lejos». «Me alegra que mis colaboradores se granjeen su simpatía, señor armero». Páyer echó la cabeza hacia atrás, como si se pusiera a la defensiva. «Ahórreme esas calificaciones. No estoy obsesionado con mi oficio, ya me conoce usted. Quedemos en que soy Páyer». «Vale—dijo con una sonrisa Irimiás, y apagó el cigarrillo en la cara inferior del tablero—. La situación es la siguiente. Cierta materia prima me obligaría a estarle eternamente agradecido. Cuanto más variada, mejor». Páyer entornó los ojos: «¿Se interesa usted en un plano meramente informativo o estaría dispuesto a contribuir con una suma de dinero que me permita soportar mejor la humillación que supone la mera existencia?». «Por supuesto». El recién llegado asintió con la cabeza: «Se

vuelve a confirmar, pues, que es usted un caballero, colega. Por desgracia, me cuesta cada vez más encontrar compañeros suyos tan bien educados». «¿Cena usted con nosotros?», preguntó Irimiás con su sonrisa incombustible cuando Steigerwald llegó a la mesa con la sopa de judías. «¿Qué me recomienda?». «Nada», respondió secamente el tabernero. «¿Quiere usted decir que cualquier cosa que me traiga a la mesa será incomible?», preguntó Páyer con tono cansado. «Así es». «Pues entonces no pediré nada. —Se levantó, se inclinó ligeramente y se despidió con un gesto de la cabeza en dirección al Niño—. Señores, yo me despido. Más adelante me comunicarán los detalles, si he entendido bien». Irimiás también se levantó y le tendió la mano. «Pues sí. Este fin de semana me pondré en contacto con usted. Que descanse». «Colega, la última vez que dormí cinco horas y media seguidas fue hace veinticinco años. Desde entonces no hago más que dar vueltas en la cama en un estado de duermevela. De todos modos, gracias». Volvió a inclinarse ligeramente y se marchó de la taberna a paso lento y con mirada somnolienta. Una vez terminada la cena, Steigerwald les preparó una cama en un rincón, amenazó con el puño levantado al televisor averiado y se dispuso a salir. «¿Tiene usted una Biblia?», le preguntó Petrina mientras se marchaba. Steigerwald se detuvo y se volvió hacia él: «¿Una Biblia? ¿Para qué?». «He pensado que me gustaría leer algo antes de dormirme. Siempre me tranquiliza, ¿sabe usted?». «Vaya jeta que tienes—murmuró Irimiás—. La última vez que tuviste un libro en las manos fue en tu infancia, eso sí, sólo para mirar las ilustraciones...». «¡No le haga caso!—protestó Petrina con cara de ofendido—. Pura envidia, eso es todo». Steigerwald se rascó la cabeza. «Aquí sólo hay novelas policiacas. ¿Quiere que le traiga alguna?». «¡Dios me libre, no! —exclamó Petrina—. ¡Eso no!». Steigerwald puso mala cara y desapareció por la puerta que daba al patio. «Qué tipo siniestro este Steigerwald...—gruñó Petrina—. Juro que un oso hambriento en la peor de las pesadillas es más amable que él». Irimiás se acostó en su lecho y se cubrió con la manta. «Puede. Pero nos sobrevivirá a todos nosotros». El Niño apagó la luz y callaron. Sólo se oyeron un rato los murmullos de Petrina, que procuraba recordar la oración que le enseñó su abuela: «Padre nuestro, a ver... Padre nuestro, que estás ahí en el cielo, pues... en los cielos, alabado sea nuestro señor Jesucristo, no... no... santificado... santifiquemos... santificado sea tu nombre, y hágase... vamos... hágase como tú quieras... tanto en la tierra

como en el cielo y en todas partes adonde llega tu mano... así en la tierra...  
en la tierra... como en el cielo... como en el infierno, amén...».

## LA PERSPECTIVA, VISTA DESDE ATRÁS

La lluvia caía incesante y silenciosa; con el viento que se levantaba y amainaba de golpe temblaba la superficie inmóvil de los charcos, mas de una forma tan débil por ese pesaroso contacto que ni siquiera se agrietaban las capas muertas de su protección nocturna, y en lugar de recuperar el brillo cansado del día anterior, las pozas absorbían de forma cada vez más decidida la luz que poco a poco emergía por oriente. Una membrana fina y viscosa cubría los troncos de los árboles, las ramas que crujían de cuando en cuando, la hierba aplastada y putrefacta e incluso el «castillo», como si los escurridizos agentes de la oscuridad los hubieran marcado para la noche siguiente, en que continuaría la destrucción correosa y corrosiva. Cuando la luna, muy por encima del manto de nubes, desapareció inadvertidamente por el horizonte occidental y ellos vieron entrecerrando los ojos la claridad que penetraba por la enorme abertura de la antigua entrada principal y por los huecos de las altas ventanas, empezaron a tomar conciencia de que algo había cambiado de la noche a la mañana, algo no seguía en su sitio, y no tardaron en darse cuenta de que se había hecho realidad aquello que secretamente temían: había terminado el sueño que ayer con tanto entusiasmo los impulsó adelante y había llegado el amargo despertar... La confusión inicial fue pronto sustituida por el reconocimiento: comprendieron que se habían «precipitado», que su marcha no había obedecido a una reflexión sobria, sino a un impulso maligno, y como habían quemado también el único camino que conducía de vuelta ni siquiera les quedaba la opción más sensata, la del regreso. En esa hora mísera del amanecer, en que se levantaron frotándose las piernas entumecidas, tiritando de frío, muertos de hambre, con los labios morados, comprobaron que ese mismo «castillo» que el día anterior aún prometía la inminente transformación de sus deseos en realidad los mantenía ahora prisioneros de manera fría e implacable. Gruñendo, cada vez más

amargados, volvieron a recorrer las salas peladas de aquel edificio abandonado, esquivando sin decir palabra, sombríos, los restos de máquinas oxidadas tirados aquí y allá, y en medio del sepulcral silencio iba germinando en ellos la sospecha de que habían caído en una trampa, de que eran víctimas ingenuas de una conjura alevosa y de que ahora estaban allí, sin casa, estafados, despojados y humillados. La señora Schmidt fue la primera que volvió, en medio de la penumbra crepuscular, a su yacija, que ofrecía un espectáculo lamentable; se sentó tiritando sobre sus pertenencias amontonadas y arrugadas y se quedó mirando decepcionada la luz que iba creciendo. La sombra de ojos que en su día «él» le había regalado se emborronó en su rostro hinchado, notaba amarga la boca y seca la garganta, le dolía el estómago y ni siquiera se sentía con fuerzas suficientes para arreglarse el pelo revuelto y la vestimenta. En vano: las pocas horas que había pasado con «él» eran demasiado escasas para frenar la angustia y el temor de que todo se hubiera perdido, pues resultaba cada vez más evidente que Irimiás, había faltado groseramente a su palabra... No era fácil, pero no le quedaba más remedio: había de conformarse con que Irimiás («... hasta que el asunto cobre su forma definitiva...») no se la llevara de allí, de modo que su sueño de librarse por fin de las «sucias garras» de Schmidt y de marcharse de esa «región asquerosa» sólo podría hacerse realidad dentro de meses o quizá años («¡Por Dios, años otra vez!»); pero ante la terrible idea de que esto también fuera mentira y de que él hubiera huido y se encontrara ya lejos, muy lejos, hambriento de nuevas aventuras, sus dedos se crisparon. Ciertamente, al recordar la noche previa, en que se había entregado a Irimiás en el rincón trasero del almacén de la fonda, hubo de confesarse, incluso en ese momento atormentador, que no se había equivocado: aquellos instantes maravillosos, aquellos minutos de placer supremo habrían de resarcirla de todo; sin embargo, ¡había sido «engañado su amor» y arrastrada por el fango la «pureza de sus sentimientos», y eso no tenía perdón! ¿Y de qué se trataba si no, puesto que las palabras que él le había susurrado al despedirse («será antes del amanecer, seguro») habían resultado ser «una sucia mentira»?... Habiendo perdido la esperanza, pero aun así con un anhelo insistente, contempló a través de la gigantesca abertura de la entrada principal la lluvia que caía en oleadas, se inclinó hacia adelante, se le encogió el corazón, su pelo revuelto cayó sobre su rostro atormentado. En vano trató de cultivar la sed de venganza y no la

atroz tristeza de la resignación impotente, pues continuamente creía oír la voz acariciadora de Irimiás, a cada instante se le presentaba su imponente figura alta, fibrosa, cimbreña, el arco definido de su nariz, sus labios suaves y delgados, el brillo irresistible de sus ojos, una y otra vez sentía el recorrido absorto de aquellos finísimos dedos en su cabellera, el calor de aquella mano en sus pechos y en sus muslos, y en cualquier ruido imaginado o real lo esperaba a él, de manera que—cuando regresaron los demás y vio en sus rostros la misma amargura luctuosa que la hacía sufrir a ella—la desesperación arrasó las últimas y débiles barreras de la orgullosa resistencia. «¿Qué será de mí sin él?... Por el amor de Dios... Vale, que me deje, pero... ¡Pero no ahora! ¡Todavía no!... ¡Una vez al menos!... ¡Una hora!... ¡Un minuto!... ¿Qué me importa lo que haga con éstos? ¡Pero conmigo no! ¡Conmigo... no! ¡Que al menos me deje ser su amante! ¡Su concubina! ¡Su criada! ¡Su criada! ¡A mí me da igual! ¡Que me pegue, que me patee como a un perro, pero que vuelva aunque sea una vez!...». Estaban sentados con las pobres provisiones en el regazo, apoyados en la pared, desanimados a la luz fría, azulada, del amanecer. En el exterior crujía con estruendo la torre pelada y ruinosa que en su día atesoró la campana de la antigua capilla situada en el ala derecha del «castillo», desde cuyo interior llegaba un rumor lejano como si en algún punto hubiera vuelto a hundirse el suelo... Nadie se atrevía a romper el silencio, a pronunciar palabras graves para decir que «nos han hecho una jugarreta», pues resultaba sumamente difícil convertir de pronto al «salvador Irimiás» en un «maldito cabrón», en un «mentiroso de mierda», en un «vil ladrón», por no decir que, al fin y al cabo, aún no sabían a ciencia cierta qué había ocurrido... ¿Y si le había pasado algo?... A lo mejor se retrasaban porque el camino estaba mal, porque llovía, porque... Kráner se levantó, se dirigió a la entrada principal, apoyó el hombro en la pared húmeda y, nervioso, paseó la mirada por el sendero que bajaba de la carretera; encendió un cigarrillo, se apartó encolerizado, asestó un golpe al aire y volvió a sentarse en su sitio. Al cabo de un rato dijo con voz temblorosa: «Escuchen... Me da la sensación de que... ¡nos han engañado vilmente!». Al oír estas palabras, bajaron la vista incluso aquellos que no estaban mirando al vacío, y todos comenzaron a moverse intranquilos. «Insisto, ¡nos han engañado!—continuó Kráner subiendo la voz. Nadie reaccionó; en medio del angustiante silencio las duras palabras resonaron amenazadoras—. ¿Qué

pasa? ¿Están ustedes sordos?—gritó Kráner fuera de sí, y se levantó de un salto—. ¿No tienen nada que añadir?». «Yo ya lo dije—estalló Schmidt con la mirada nublada—. Lo dije de entrada». Le temblaba la boca; señaló con el dedo índice acusador a Futaki, que estaba acurrucado. «Nos aseguró—prosiguió a su vez Kráner, con los ojos desorbitados, inclinándose ligeramente hacia adelante—, nos aseguró que nos traería a la tierra prometida... ¡Toma! ¡Miren ustedes! ¡Ésta es nuestra tierra de promisión! Así es, ¡y que el cielo se desplome sobre todos los canallas de este miserable mundo! Nos indujo a engaño, nos hizo venir a este montón de escombros... ¿Y nosotros? ¡Como corderos!». «Y él mientras tanto—añadió Schmidt—se ha largado alegremente en la dirección contraria... ¿Quién sabe por dónde andará ahora? Podemos acabar ciegos buscando sus huellas...». «¿Quién sabe en qué tasca se estará gastando todo nuestro dinero?». «Todo un año de nuestro trabajo—continuó con voz temblorosa Schmidt—. Un año de sudor y lágrimas. Y no me ha quedado ni un céntimo. Una vez más, ¡sin un puto céntimo!». Kráner, como un animal enjaulado, empezó a deambular compulsivamente, apretando los puños y dando de vez en cuando manotazos al aire: «¡Pero lo pagará! ¡Ese granuja se arrepentirá! Kráner no dejará esto así. Porque lo encontraré aunque se esconda debajo de la tierra. Y juro que con estas manos, con éstas, lo ahorcaré». Futaki levantó la mano, nervioso: «¡Poco a poco! Vamos a ver, tranquilos... ¿Y si dentro de dos minutos se presenta? Entonces, ¿qué gritará usted? ¿Eh?». Schmidt estalló: «¿Tú qué dices? ¿Tú te atreves a abrir la boca? ¿Quién es el culpable de que me hayan arruinado? ¿Quién?». Kráner se acercó y le miró a los ojos: «Espere—dijo, y respiró hondo—. A ver, aguardaremos dos minutos. ¡Exactamente dos minutos! Y entonces ya veremos lo que pasará». Cogió a Schmidt de la mano; se detuvieron en el umbral de la entrada principal; Kráner, con las piernas separadas, balanceaba el cuerpo adelante y atrás. «¡Toma! ¡Ya viene!—dijo Schmidt en tono burlón, y se volvió hacia Futaki—. ¿Lo oyes? ¡Ya viene tu salvador! ¡So desgraciado!». «Usted calle—intervino Kráner, y apretó el brazo de Schmidt—. ¡Esperemos los dos minutos! Ya veremos entonces si se jacta o no...». Futaki inclinó la cabeza sobre las rodillas. Se hizo un profundo silencio. La señora Schmidt se acurrucó asustada en un rincón. Halics tragó saliva y dijo con voz apenas audible, pues intuía vagamente lo que se estaba gestando: «Esto es terrible... que ahora... entre nosotros...». El director de

la escuela se incorporó. «¡Señores!—dijo tratando de apaciguar a Kráner y a Schmidt—. ¿Qué significa esto? Así..., así no se solucionan las cosas. Piensen...». «¡Calla, payaso!—le espetó Kráner, y ante su mirada amenazadora el director de la escuela enseguida se sentó de nuevo en su sitio». «¿Qué, amigo?—preguntó Schmidt (conteniendo la voz) y mirando al sendero, de espaldas a Futaki—. ¿Han pasado ya los dos minutos?». Futaki alzó la cabeza y rodeó las rodillas con los brazos. «Dime ahora qué sentido tiene todo este circo. ¿De verdad crees que la culpa es mía?». Schmidt se puso rojo como el tomate: «¿Quién hizo todo por convencerme allá en la fonda? ¿Eh?—Con pasos lentos se dirigió hacia él—. ¿Quién insistió en que mantuviera la calma, que todo se arreglaría de una manera u otra? ¿Eh?». «¿Has perdido el juicio?—inquirió Futaki levantando también la voz, y comenzó a moverse nervioso—. ¿Te has vuelto loco?». Pero Schmidt estaba ya ante él, de manera que no le dio tiempo de levantarse. «¡Devuélveme mi dinero!—siseó Schmidt con los ojos inyectados en sangre—. ¿Me oyes? ¡Devuélveme mi dinero!». Acurrucado como estaba, Futaki retrocedió hasta la pared y se volvió, dándole la espalda: «¡No me pidas el dinero a mí, que no lo tengo! A ver si recuperas el juicio...». Schmidt entornó los ojos: «Lo digo por última vez: ¡devuélveme mi dinero!». «¡Amigos, llévenselo de aquí, que este hombre realmente se ha vuel...!», gritó Futaki, pero no pudo concluir su frase, porque Schmidt le propinó con todas sus fuerzas una patada en plena cara. La cabeza de Futaki se dobló hacia atrás, se quedó por un instante inmóvil, comenzó expulsar sangre por la nariz y poco a poco se inclinó hacia un lado. Para entonces las mujeres, así como Halics y el director de la escuela se habían acercado ya rápidamente; le practicaron una llave a Schmidt para inmovilizarlo y a duras penas lograron apartarlo. Kráner sonreía nervioso, todavía en el umbral con las piernas separadas y los brazos cruzados; luego se dirigió hacia donde estaba Schmidt. Mientras, las señoras Schmidt, Halics y Kráner se afanaban chillando asustadas alrededor de Futaki, que había perdido el conocimiento; la señora Schmidt, sin embargo, logró serenarse, cogió un paño, salió rápidamente a la terraza, lo metió en un charco de agua y regresó a toda prisa; se arrodilló junto a Futaki y comenzó a limpiarle la cara, mientras se encaraba con la señora Halics, que no paraba de lloriquear. «En vez de tanto gimotear, tráigame un paño grueso para limpiarle la sangre...». Poco a poco, Futaki recuperó el conocimiento; abrió los ojos y,

aturdido, se quedó mirando el techo, así como la cara de la señora Schmidt, que se inclinaba sobre él preocupada; luego sintió de pronto un dolor agudo y trató de incorporarse. «¡Ay, bendito sea Dios! Tranquilo, quédese donde está—le gritó la señora Kráner—. Todavía no ha parado la hemorragia». Lo acostaron de nuevo sobre las mantas; la señora Kráner salió a lavar la ropa manchada de sangre, y la señora Halics se arrodilló junto a Futaki y comenzó a rezar en voz baja. «Llévense de aquí a esta bruja...—murmuró Futaki—. Todavía estoy vivo...». Schmidt permanecía acurrucado en el otro rincón, con la mirada turbia, jadeando y apretándose las sienes con los puños, como si sólo así pudiera obligarse a permanecer quieto. «Por favor—dijo el director de la escuela meneando la cabeza, mientras, con Halics cubriéndole las espaldas, se interponía entre el agresor y Futaki—, ¿no me puedo creer lo que han visto mis ojos! ¡Usted es un hombre serio, un adulto! ¿Qué se ha creído? ¡Atacar así sin más a otra persona! ¿Sabe lo que eso significa? ¡Arbitrariedad, despotismo!». «Déjeme en paz», murmuró el otro. «Así es—intervino Kráner, acercándose—. Usted no tiene nada que ver con todo esto. ¿Por qué se mete donde no lo llaman? Además, el campesino este lo tiene bien merecido. Sólo ha recibido lo que le correspondía». «Usted calle, pajarraco—le espetó el director de la escuela—. Precisamente usted lo incitó... ¿Cree que no lo he visto? ¡Será mejor que calle!». «Pueslerecomiendo...—dijo Kráner con los ojos centelleantes, agarrando al director por las solapas—, le recomiendo que se vaya de aquí cuanto antes... ¡No me gustaría que acabara...!». En ese instante se oyó una voz sonora, decidida y severa procedente del umbral: «¿Qué pasa aquí?». Todos alzaron la cabeza, la señora Halics gritó asustada, la señora Schmidt se levantó de un salto, Kráner empezó a retroceder inconscientemente. Era Irimiás, estaba en la entrada principal. Llevaba la gabardina de color gris abotonada hasta el mentón y el sombrero calado hasta los ojos. Lanzó una mirada penetrante alrededor, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo empapado entre los labios. Se hizo un profundo silencio. Hasta Futaki se incorporó, se levantó mareado, se enjugó la sangre que todavía le manaba de la nariz y escondió rápidamente el paño a la espalda. La señora Halics, perpleja, se persignó y bajó la mano en el acto porque Halics le hacía señales para que lo dejara correr.... «He preguntado qué pasa aquí», insistió Irimiás con tono rudo. Escupió la colilla, se puso otro cigarrillo entre los labios y lo encendió. Los habitantes de la explotación estaban ante él con la

cabeza gacha. «Pensábamos que ya no venía...», dijo la señora Kráner con voz insegura, y esbozó una sonrisa. Irimiás miró el reloj y, enfadado, le dio unos golpecitos al cristal: «Son las seis y cuarenta y tres. Y este reloj va bien». La señora Kráner respondió de forma apenas audible: «Es que... Dijo usted por la noche...». Irimiás frunció el ceño: «¿Qué se creen que soy? ¿Un taxista? Me entrego en cuerpo y alma a ustedes, llevo tres días sin dormir, horas caminando bajo la lluvia, yendo de una oficina a la otra para solucionar problemas, ¿y ustedes?—Se dirigió hacia ellos, echó un vistazo a sus yacijas revueltas y se detuvo ante Futaki—: ¿Y a usted qué le pasa?». Futaki, avergonzado, agachó la cabeza: «Me ha salido sangre de la nariz». «Ya veo. Pero ¿por qué?». Futaki no respondió. «Pues amigo...—suspiró Irimiás—, no me esperaba esto de usted. ¡Y de ustedes tampoco!—añadió volviéndose hacia los demás—. ¡Y eso que estamos al comienzo del proceso! ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Se van a apuñalar unos a otros? No...—dijo a Kráner, que se disponía a decir algo—, ¡no me interesan los detalles! Lo que he visto me basta y me sobra. Es triste, desde luego, ¡muy triste!». Pasó por delante de los habitantes de la explotación, mirando con expresión sombría al vacío, y al llegar de nuevo a la entrada principal se volvió hacia ellos: «Vamos a ver, no sé lo que ha ocurrido exactamente, ni quiero saberlo, porque no tenemos tiempo para malgastarlo en nimiedades. Pero no lo olvidaré, y sobre todo viniendo de usted, amigo Futaki. Por esta vez, sin embargo, se lo perdono a ustedes. Con una condición: ¡que no vuelva a ocurrir! ¿Está claro?—Hizo una breve pausa y se acarició la frente con expresión preocupada—. ¡Y ahora al grano!—Inhaló el humo del cigarrillo que ya le quemaba las uñas y aplastó la colilla en el suelo—. He de informar sobre asuntos importantes». Todos se espabilaron de golpe, como si hubieran salido de un maléfico estado de aturdimiento. No entendían qué les había pasado en las últimas horas, cómo habían podido perder la sangre fría de tal modo, de qué sortilegio diabólico habían sido víctimas, que mosca les había picado para perder el juicio y abalanzarse unos sobre otros «cual cerdos mugrientos cuando tarda en llegar la puchada», cómo era posible que ellos, que habían escapado de la desesperanza aparentemente definitiva de los últimos años y podían respirar por fin el aire embriagador de la libertad, corretearan desazonados y sin sentido como presos en una jaula, y hasta se les nublara la vista, pues cómo se explicaba si no que en su futuro hogar sólo «tuvieran ojos» para la ruina, el hedor y el abandono y se

esfumara de sus mentes la promesa de «volver a construir lo que se había venido abajo, volver a levantar lo que había caído». Como si acabaran de despertar de una pesadilla, así rodearon a Irimiás. Más profunda que esa sensación de liberación era quizá la de bochorno, ya que en su imperdonable impaciencia habían renegado casi todos de quien al fin y al cabo había cumplido su palabra—aunque se retrasara unas horas—, renegado de la persona a la que, en definitiva, le debían todo; y la dolorosa vergüenza se vio intensificada por el hecho de que él ni siquiera intuía, ni siquiera sabía que ellos, por quienes «estaba dispuesto a dar la vida», poco antes lo habían puesto verde, despellejado, arrastrado por el fango y acusado sin pensárselo dos veces de algo que ahora quedaba refutado por su mera presencia y por su disposición a actuar, de modo que lo escucharon con crecientes remordimientos y, por eso mismo, también con una confianza inquebrantable y con ganas de mostrar su aprobación, y antes de que comprendieran con exactitud de qué hablaba, ya comenzaron a asentir entusiasmados, sobre todo Kráner y Schmidt, conscientes ambos de la gravedad de su culpa. Y eso que las «nuevas y desfavorables circunstancias» que mencionaba Irimiás podrían haberlos preocupado, ya que se descubrió que «habían de suspenderse *sine die* los planes relativos a la quinta Almássy», pues determinados círculos «no veían con buenos ojos en la situación actual» que surgiera allí una entidad «cuyos propósitos no eran claros» y objetaban sobre todo que, tal como se enteraron por Irimiás, la distancia entre la quinta y la ciudad fuera considerable y el «castillo» les resultara prácticamente inaccesible, obligando a «reducir casi al mínimo» el ejercicio de un control continuo... Dada la situación, continuó Irimiás con voz vibrante, «la única fórmula viable» para la realización del proyecto que tanto interesaba a todos consistía en «dispersarse provisionalmente por la comarca» para «desorientar a esos señores», para que «les perdieran la pista y ellos pudieran regresar luego y comenzar a poner en práctica sus ideas...». Con creciente orgullo se enteraron de que a partir de ese momento sus personas «poseían una importancia capital, pues eran los elegidos de una causa» en que la lealtad, el fervor y la vigilancia permanente resultaban imprescindibles. Y aunque el verdadero sentido de algunas reflexiones seguía siendo brumoso para ellos (por ejemplo, eso de que «nuestra meta apunta más allá de ella misma»), inmediatamente les quedó claro que su dispersión era tan sólo una «jugada táctica» y que si

bien no se relacionarían entre ellos sí mantendrían un contacto intenso y permanente con el propio Irimiás. «Pero no piensen ustedes—dijo el maestro alzando la voz—que en todo este tiempo esperaremos sin mover un dedo a que las cosas se resuelvan por sí solas a nuestro favor». Escucharon con fugaz perplejidad que su misión consistiría en vigilar de manera constante y atenta su entorno, en registrar con rigor las opiniones, los rumores y los sucesos «significativos desde el punto de vista de la causa». Todos ellos habrían de adquirir ciertas habilidades para «separar las señales favorables de las desfavorables o, dicho de otro modo, el bien del mal», porque él, Irimiás, confiaba en que ninguno de ellos creyera que sin tales capacidades se pudiera avanzar un paso por el camino que él había esbozado con detalle... A la pregunta de Schmidt («¿Y de qué viviremos hasta entonces?») recibieron la siguiente respuesta: «Tranquilos, tranquilos, está todo organizado, está todo pensado, todos tendrán trabajo y dispondrán de una suma procedente del capital común que alcanzará para lo más necesario», y enseguida desaparecieron de su memoria hasta las últimas huellas del pánico que se había apoderado de ellos al amanecer y sólo les quedó recoger sus pertenencias y ponerlas sobre el camión que aguardaba junto a la carretera, allá donde comenzaba el sendero... Se pusieron manos a la obra a toda prisa, con un afán febril, y poco a poco, con ciertas dudas al principio, incluso comenzaron a charlar animadamente entre ellos; los encabezaba con su ejemplo Halics, quien con sendas bolsas o maletas en las manos se situaba detrás de Kráner, que se movía como un oso, o de su esposa, que daba pasos largos y viriles, y los imitaba con ademanes simiescos; luego, tras haber trasladado sus pertenencias, llevó también las maletas de Futaki, que seguía bastante mareado, asegurando que «es a las duras cuando hay que apoyar al amigo»... Primero dejaron los bártulos junto al camino, mientras el Niño daba la vuelta con el camión (después de que, a raíz de sus insistentes ruegos, Irimiás le permitiera ponerse un rato al volante), luego los colocaron sobre la plataforma del vehículo, de suerte que al final no les quedó más que lanzar una última mirada al escenario de su vida futura, despedirse en silencio de aquel «castillo» y subirse. «¡Vale, queridos amigos!—dijo Petrina sacando la cabeza por la ventanilla de la cabina—. Instálense bien, porque, aunque este cacharro alcanza una velocidad vertiginosa, tardaremos dos horas como mínimo. Así que a abrocharse los abrigos, a calarse gorras o sombreros y a darle la espalda al

esperanzador futuro, porque si no la maldita lluvia les dará en la cara...». Los bultos ocupaban casi la mitad de la plataforma, de manera que se acomodaron en dos apretadas filas en el espacio que quedaba, y cuando Irimiás arrancó el motor y el camión se puso en marcha entre sacudidas—de nuevo rumbo a la ciudad—, volvieron a sentir el calor de aquella «inquebrantable solidaridad» que tanto les había endulzado la memorable marcha del día anterior. Sobre todo Kráner y Schmidt prometieron con firmeza no ceder nunca más a sus estúpidos impulsos y ser los primeros en frenar en el acto cualquier desavenencia que en el futuro pudiera surgir entre ellos. Schmidt, quien en medio del jolgorio había intentado en vano indicar a Futaki que «sentía mucho lo que había hecho», y cuando trasladaban los bártulos tampoco había conseguido «encontrarse» con él en el camino porque le había faltado el necesario valor para ello, aprovechó ese momento y decidió «al menos ofrecer un cigarrillo» a su amigo, pero como estaba tan apretado entre la señora Kráner y Halics ni siquiera fue capaz de mover una mano. «No importa—dijo para sus adentros, intentando tranquilizarse—, lo haré como muy tarde cuando nos bajemos de este maldito trasto... ¡De ninguna manera podemos separarnos peleados!». La señora Schmidt, con las mejillas encendidas y los ojos centelleándole felices, contemplaba la quinta que se alejaba rápidamente, el gigantesco edificio cubierto de maleza y de hiedra silvestre, las tristes torrecitas que despuntaban en las cuatro esquinas, las ondulaciones de la carretera que detrás de ellos se perdía en el infinito, y sintió tal excitación por la sensación de alivio que le había producido el regreso de su «querido» que ni siquiera se percató de la lluvia y del viento que le azotaban la cara, pues, en medio de la confusión había ido a parar a un extremo de la fila, donde estaba completamente desprotegida e incluso la capucha se revelaba inútil. Ya no podía albergar dudas, sabía que nada le haría perder la confianza en Irimiás, y, además, comprendió de golpe—allá encima del traqueteante camión—su futuro papel: lo seguiría como una sombra peculiar, fantasmal, presentándose aquí como amante, allá como criada, acullá como esposa, y hasta estaba dispuesta a convertirse en nada para luego volver a aparecer; comprendería cada uno de los gestos de Irimiás, se familiarizaría con el sentido secreto de las cadencias de su voz, interpretaría sus sueños y si— ¡Dios no lo quiera!—él sufría algún daño, ella sería la persona en cuyo regazo podría apoyar la cabeza... Aprendería a esperar y se prepararía para

todas las pruebas, y si algún día quisiera el destino que Irimiás tuviera que abandonarla para siempre, se resignaría, pues qué remedio le quedaba: pasaría entonces en silencio el resto de sus días, se vestiría de luto e iría a la tumba con la orgullosa certidumbre de haber sido la amante de «una gran personalidad y de un hombre de verdad»... Nadie podía ensombrecer el buen humor de Halics que permanecía apretujado a su lado, aunque la lluvia, el viento y el traqueteo tampoco a él lo evitaban: sus pies juanetudos estaban helados dentro de los zapatos, del techo de la cabina a veces chorreaba el agua sobre su nuca y en ocasiones le saltaban las lágrimas por las ráfagas de viento que soplaban de costado; no sólo se había alegrado del regreso de Irimiás, sino que también se había entusiasmado con el viaje; a menudo decía que él «no podía resistirse a la embriaguez de la velocidad» y he ahí que finalmente le había llegado la ocasión de disfrutarla: Irimiás—sin preocuparse por los peligrosos baches de la carretera—apretaba el acelerador a fondo, y cuando Halics conseguía, muy de vez en vez, abrir un poquito los ojos, constataba feliz que el paisaje pasaba volando a su lado, por lo que rápidamente concibió un plan: no era tarde aún para hacer realidad un sueño que llevaba tiempo abrigando. Comenzó, pues, a buscar las palabras adecuadas para convencer a Irimiás de que le ayudara en su proyecto, aunque pronto cayó en la cuenta de que un chófer debía evitar esas tentaciones a las que él—¡por desgracia!—, «teniendo en cuenta su edad», no quería renunciar... Por tanto, decidió disfrutar al máximo la alegría del viajar y recordar luego los detalles mientras bebía amigablemente con sus futuros compinches, ya que la simple imaginación, en la que se había basado hasta entonces, «no valía un pito» en comparación con la experiencia real y personal... La señora Halics era la única que no le encontraba ninguna gracia a «esa carrera loca», ya que—al contrario que su marido—era enemiga declarada de los vértigos modernos, y como, además, estaba convencida de que si seguían así acabarían sufriendo un accidente, juntó angustiada las manos para rezar y se dirigió al Señor en busca de protección, para que nos los abandonara en esos momentos en que sus vidas estaban en peligro; sin embargo, en vano procuró convencer a los demás («¡Les ruego por el sagrado nombre de Jesús que pidan a este loco homicida que vaya más despacio!»), pues ellos «se tomaron a chacota» esa petición angustiada rodeada por el zumbido salvaje del motor y del viento, es más, «¡parecían disfrutar con el

peligro!»... Los Kráner y el propio director de la escuela se pavoneaban orgullosos, con un regocijo casi infantil, en lo alto del camión y contemplaban con cierta arrogancia, entrecerrando los ojos, esa región despoblada por la que avanzaban a toda máquina. Decididamente, así imaginaban ellos su camino, que recorrían a velocidad de vértigo, ¡imparables!... Contemplaban orgullosos los paisajes que pasaban de largo y que ellos dejaban atrás no como miserables mendigos, ¡no!, sino con la cabeza bien alta, seguros de sí, con la certeza de la victoria definitiva... Sólo lamentaron, al pasar por delante de la explotación y alcanzar la prolongada curva junto a la casa del peón caminero, no ver por la prisa cómo se concomían de envidia el fondista, las Horgos y el ciego Kerekes... Futaki se toqueteó con cuidado la nariz hinchada y se tranquilizó al comprobar que «se había salvado» sin mayores consecuencias, pues hasta que no había remitido el dolor agudo ni siquiera se había atrevido a acercar la mano y, por consiguiente, no podía saber si se había fracturado o no los huesos de la nariz. Todavía no había recuperado del todo la conciencia, se mareaba y tenía ligeras ganas de vomitar. En su cabeza todo se mezclaba, ora veía el rostro rojo y desfigurado de Schmidt, ora a Kráner detrás de él dispuesto a saltar; a continuación volvía a percibir la mirada severa de Irimiás clavada en él... Mientras poco a poco remitía el dolor de la nariz, fue descubriendo otras lesiones: se le había roto un trozo del diente incisivo y se le había partido el labio inferior. Apenas oía las palabras de ánimo del director apretujado a su lado («Venga, no se lo tome tan a pecho. Ya ve usted que al final todo se ha resuelto...») porque le zumbaban los oídos, y movía la cabeza a un lado y a otro sin poder decidir hacia dónde escupir la sangre coagulada y con sabor a sal que se le había acumulado en la boca; sólo comenzó a sentirse mejor cuando divisó la explotación, vio por un instante el molino abandonado, el tejado hundido de la casa de los Halics, pero por mucho que se movió y se giró no llegó a ver la nave de maquinaria, pues para cuando consiguió situarse bien el camión ya pasaba por delante de la fonda. Echó un tímido vistazo a Schmidt que estaba acurrucado detrás de él y se dio cuenta de que, curiosamente, no estaba enfadado con él; lo conocía bien, sabía que se dejaba llevar por los impulsos, de manera que—antes de que aflorara la idea de vengarse—le perdonó de todo corazón y decidió comunicárselo de alguna manera, pues intuía también el conflicto que aquel hombre estaba viviendo en su interior.

Contempló con tristeza los árboles que iban quedando atrás a los lados del camino y se dijo que lo que había ocurrido en el «castillo» debía suceder de todas maneras. Durante un rato, el ruido, el aullido del viento, la lluvia que caía oblicua distrajeron su atención de Schmidt, así como de Irimiás; consiguió extraer un cigarrillo del bolsillo e, inclinándose hacia adelante, tapando la cerilla con la mano, logró encenderlo. Habían dejado muy atrás la explotación y la fonda, y, por lo que pudo deducir echando una ojeada hacia un costado, sólo les faltaban unos doscientos o trescientos metros para pasar por la planta eléctrica, de manera que en media hora llegarían a la ciudad. No se le escapó, sin embargo, que tanto el director de la escuela como Kráner, acurrucado en la otra punta, volvían la cabeza de aquí para allá engallados y entusiasmados, como si nada hubiera sucedido, como si lo que había ocurrido en el «castillo» fuese un hecho pasajero que no merecía permanecer en la memoria; él, en cambio, no creía en absoluto que la llegada de Irimiás hubiera conjurado los males que los acechaban... Y si bien no cabía duda de que en el instante en que lo vieron en el umbral «se volvieron las tornas», esas prisas por recoger las pertenencias y esa extraña carrera por caminos desiertos no indicaban en absoluto que avanzaran en una dirección prevista con tiempo y exactitud, sino que hacían pensar que huían a la desesperada, que se estaban adentrando a ciegas en un «mundo desconocido» sin intuir siquiera qué los esperaba si es que alguna vez llegaban a parar... Con malos presentimientos constató que no tenía ni la menor idea de los planes de Irimiás, ni entendía en absoluto por qué habían tenido que abandonar con tanta urgencia la quinta. Por una fracción de segundo se le apareció en la mente una imagen terrorífica de la que en los últimos años jamás había podido librarse: volvió a verse a sí mismo con el abrigo desgastado, con el bastón, hambriento y amargado, caminando por la carretera, mientras la explotación se perdía en la niebla a su espalda y el horizonte se desdibujaba, incierto, delante de él... Y ahora, aturdido por el zumbido del motor, hubo de confesarse que aquella corazonada no lo había engañado: pobre como un mendigo, hambriento, roto, sentado en la plataforma de un camión que se había presentado de improviso, iba por un camino hacia quién sabía donde, a lo desconocido, y ni siquiera podía decidir qué dirección tomar cuando llegara a una bifurcación, pues sólo le quedaba resignarse, impotente, a que el rumbo de su vida estuviera determinado por un «trasto» viejo, ruidoso, destartado y traqueteante.

«Por lo visto, no hay salida para mí—pensó ya con cierta apatía—. De una manera u otra, estoy perdido. Mañana me despertaré en una habitación extraña y no sabré qué me espera, igual que si me hubiera marchado solo... Colocaré mis pobres pertenencias en la mesa y en el catre, y a la hora del crepúsculo veré por la ventana, una vez más, cómo se extingue la luz...». Asustado tomó conciencia de que había dejado de creer en Irimiás en el instante mismo en que lo vio en la entrada del «castillo»... Si no hubiera vuelto, tal vez habría quedado una gota de esperanza... ¿Pero así? En el «castillo» percibió ya que sus palabras ocultaban una secreta amargura y se dio cuenta de que algo se había esfumado para siempre cuando lo divisó con la cabeza gacha junto al camión mientras ellos ponían sus bártulos sobre la plataforma... Y de pronto lo vio todo claro... A Irimiás le fallaban las fuerzas, le faltaban la energía y el impulso, había perdido para siempre «el fuego de antaño», se movía con torpeza empujado únicamente por la costumbre, y comprendió entonces que con su burda argumentación del discurso en la fonda sólo había querido ocultar ante quienes aún creían en él que era tan impotente como ellos, pues ya no confiaba en dar un sentido a esa angustia opresiva de la que nunca había podido liberarse. A Futaki le latía la nariz, las ganas de vomitar no habían cesado, y el cigarrillo tampoco le sentó bien, de modo que lo tiró antes de acabarlo. Cruzaron el puente «hediondo» bajo el cual el agua permanecía inmóvil, cubierta de algas y de verdín; comenzaron a proliferar las acacias junto al camino y de vez en cuando aparecían a lo lejos los edificios ruinosos de una granja, rodeados de algunos árboles dormidos; había amainado la lluvia, pero el viento los zarandeaba con furia creciente, amenazando con hacer caer algún bártulo de lo alto de la pila. Por el momento no había ni rastro de un ser humano, y para su gran sorpresa tampoco vieron un alma cuando llegaron al cruce de Póstelek y tomaron el camino que conducía a la ciudad. «¿Qué pasa aquí? —gritó Kráner—. ¿Se ha propagado la peste?». Se tranquilizaron luego al llegar al Escanciador y ver dos siluetas con gabardina que se tambaleaban ante la puerta, se abrazaban y hablaban; doblaron por una calle rumbo a la plaza principal, y como si hubieran permanecido prisioneros largos años, absorbían con ansia el espectáculo de las casas de una sola planta, de las persianas bajadas, de los canalones y de los portones con sus ringorrangos. El tiempo avanzaba a toda prisa, de manera que antes de que llegaran a disfrutar de cuanto veían, el camión se detuvo de pronto en el centro de la

amplia plaza delante de la estación. «¡A ver, gente—gritó Petrina hacia atrás, sacando la cabeza por la ventanilla—, se ha acabado la excursión turística!». «¡Esperen!—frenó Irimiás a cuantos se disponían a apearse, y descendió de la cabina—. ¡Aquí sólo se bajan los Schmidt, los Kráner y los Halics. Usted, Futaki, y usted, director, espérenme aquí». Iba delante con pasos firmes y decididos, mientras los demás lo seguían a trancas y barrancas con sus pertenencias. Entraron en la sala de espera, dejaron los bártulos en un rincón y rodearon a Irimiás. «Hay tiempo, así que podemos hablarlo todo tranquilamente. ¿Han pasado mucho frío?». «Pues creo que vamos a dedicar esta noche a estornudar de lo lindo—dijo la señora Kráner acompañando sus palabras de una risita—. ¿No hay un bar por aquí? ¡Me tomaría algo!». «Por supuesto—contestó Irimiás, y miró el reloj—. Vengan conmigo». El bar de la estación estaba casi desierto, sólo había un ferroviario acodado en la barra, de pie sobre sus inseguras piernas. «Ustedes, los Schmidt—comenzó Irimiás, después de que cada uno apurara una copa de aguardiente de alta graduación—, irán a Elek. —Cogió su cartera, extrajo un papelito y se lo entregó a Schmidt—. Aquí está todo apuntado. A quién deben ir a ver, en qué calle, qué número, y todo lo demás. Dirán que los envío yo, ¿vale?». «Vale», asintió Schmidt. «Y avisen de que dentro de unos días los iré a ver. Entretanto, el hombre debe darles trabajo, comida y vivienda. ¿Está claro?». «Clarísimo. Pero ¿qué es? ¿En qué consiste el trabajo?». «Es carnicero—respondió Irimiás, señalando el papelito—. Allí hay trabajo a punta pala. Usted, señora, despachará. Y usted, Schmidt, le ayudará. Confío en que estén a la altura». «Eso desde luego», aseguró Schmidt. «Perfecto. El tren, a ver...—dijo Irimiás, y volvió a mirar el reloj—. Pues sí, sale dentro de veinte minutos más o menos—añadió, y se volvió hacia los Kráner—. Ustedes tendrán trabajo en Keresztúr. No lo he apuntado, así que grábenselo bien en el cerebro. Su hombre se llama Kálmár, István Kálmár. No sé el nombre de la calle, pero vayan primero a la iglesia católica, que sólo hay una en la ciudad, y a partir de ahí ya no pueden perderse. Por el lado derecho de la iglesia discurre una calle. ¿Está claro? Vale, pues van por esa calle hasta encontrar a mano derecha una casa con un letrero que pone “Modista”. Allí vive Kálmár. Díganle que los envía Dönci, acuérdense bien, Dönci, porque es posible que no recuerde mi verdadero nombre. Explíquenle ustedes que necesitan trabajo, alojamiento y comida. Ya. Tiene atrás un lavadero, o sea que puede

alojarlos allí. ¿Lo han registrado todo?». «Sí—respondió entusiasmada la señora Kráner—, la iglesia, la calle que discurre por el lado derecho del templo, y luego se verá el letrero». «Así me gusta—sonrió Irimiás, y se volvió hacia Halics—. A ver, ustedes, los Halics, se suben al autobús de Póstelek, que sale a cada hora de aquí, de la plaza de la estación. Una vez en Póstelek, se dirigen a la parroquia evangélica y preguntan por el presbítero Gyivicsán. No lo olvidarán, ¿no?». «No... Gyivicsán—repitió, solícita, la señora Halics». «Así es. Le dicen que los envíe yo. Lleva años dándome la lata, pidiéndome que le mande a dos personas. Pues difícilmente podré recomendarle a alguien mejor que ustedes. Allí hay espacio de sobra, incluso podrán elegir dónde acomodarse, y vino de misa, Halics; y usted, señora, podrá encargarse de la limpieza del templo y cocinar para los tres y ocuparse de la economía doméstica...». Los Halics no cabían en sí de felicidad. «¿Cómo podemos agradecerle su bondad?», preguntó una agradecida señora Halics con lágrimas en los ojos. «Nada, nada... Ya habrá tiempo para las muestras de gratitud. Y ahora présteme atención todos—ordenó Irimiás—. Para los primeros tiempos, mientras no se arreglen los asuntos, recibirá cada uno mil forintos de la caja común. ¡Gástenlos con cuidado, no los malgasten! No olviden lo que nos une. No olviden ni por un segundo en qué consiste nuestra misión: observarlo todo con detalle, en Elek, en Póstelek y en Keresztúr, porque sólo así podremos progresar. En unos días iré a ver a las tres parejas y entonces lo hablaremos todo con detalle. ¿Alguna pregunta?». Kráner se aclaró la garganta: «Lo hemos entendido todo, creo yo. Pero ahora con toda solemnidad..., es decir..., nos gustaría agradecerle lo que... por nosotros, pues eso...». Irimiás levantó las manos como si quisiera protegerse: «Amigos, no necesito gratitud. Cumplo con mi deber. Y ahora—añadió levantándose—ha llegado el momento de despedirnos. Me espera una cantidad ingente de asuntos por resolver... Negociaciones complejas...». Halics se acercó a él y, emocionado, le estrechó la mano: «¡Cuídese, cuídese mucho!—farfulló—. Usted sabe que nos preocupamos por usted. ¡Que no le ocurra nada!». «Por mí no se preocupen—dijo con una sonrisa Irimiás, y se encaminó hacia la salida—. Cuídense ustedes y no olviden: ¡vigilancia permanente!». Salió por la puerta de la estación, se dirigió hacia el camión y llamó al director de la escuela: «A usted lo dejaremos ante la tocinería Stréber. Siéntese en el bar Industria que en media hora más o menos lo iré a buscar.

Allí hablaremos de los detalles. ¿Y dónde se ha metido Futaki?». «Aquí estoy», dijo éste, y se bajó por el otro lado del vehículo. «A ver, usted...». Futaki alzó la mano: «Por mí no se apure». Irimiás lo miró perplejo: «¿A usted qué le pasa?». «¿A mí? Nada, nada de nada. Pero yo ya sé adonde ir. En algún sitio me cogerán como vigilante nocturno». Irimiás, irritado, hizo un gesto de desprecio con la mano. «Usted sigue siendo un testarudo. Sería más útil en otro sitio, pero vale, adelante. Vaya a Nagyrománváros, al lado del Triángulo Dorado, ¿sabe dónde está?... Pues al lado del Triángulo Dorado hay un edificio en construcción. Buscan un vigilante nocturno, con alojamiento y todo. Por el momento, tome estos mil forintos. Así podrá pagar el almuerzo. Le recomiendo la taberna de Steigerwald, que está a tiro de piedra y donde se come bien». Futaki agachó la cabeza: «Gracias. ¿Pensaba usted en tirar una piedra?». Irimiás torció el gesto: «Hoy no se puede hablar con usted. Serénese. Y esta noche preséntese en la taberna de Steigerwald. ¿De acuerdo?». Extendió la mano y Futaki, dudoso, finalmente se la estrechó, mientras guardaba el dinero en el bolsillo. A continuación se marchó sin decir palabra, dejando a Irimiás junto al camión, y enfiló hacia la calle Csókos apoyándose en el bastón. «¡Sus maletas!», le gritó Petrina desde la cabina del vehículo, se bajó de un salto y ayudó a Futaki, que había dado media vuelta, a ponérselas sobre la espalda. «¿No son muy pesadas?», preguntó sin intención de prestar ayuda el director de la escuela, y le extendió luego la mano. «No mucho—respondió en voz baja Futaki—. Hasta luego». Volvió a ponerse en marcha; Irimiás, Petrina, el Niño y el director de la escuela lo siguieron desconcertados con la mirada y volvieron a subirse al camión; el director se encaramó a la plataforma; a continuación, arrancaron de vuelta al centro de la ciudad. Futaki avanzaba poco a poco, con la sensación de estar a punto de derrumbarse bajo el peso del equipaje; al llegar al primer cruce, se lo quitó de encima, se despojó de las correas y después de reflexionar un rato tiró una de las maletas a la zanja que discurría junto a la calle y prosiguió su camino con una sola. Amargado, sin rumbo fijo, doblaba por una calle y luego por la otra, dejaba a veces la maleta en el suelo para tomarse un respiro y volvía a ponerse en marcha... Cuando alguien venía de frente, pasaba a su lado con la cabeza gacha, con la sensación de que, si miraba a los ojos a ese extraño, la desdicha lo amargaría aún más. Porque él era un hombre perdido... «¡Qué estúpido! ¡Qué confiado era ayer mismo, cuántas esperanzas abrigaba! ¡Y ahora!

Dando vueltas por aquí con la nariz fracturada, con un diente roto, con el labio partido, cubierto de barro y de sangre, como si así tuviera que pagar mi estupidez... Ahora bien... No es justo... No es justo... », insistió todavía en una de las barracas de la obra situada junto al Triángulo Dorado, mientras miraba con ojos vacuos el reflejo de su rostro lacerado en el sucio vidrio del ventanuco. «Este Futaki es el cabrón más grande que he conocido —señaló Petrina mientras se dirigían al centro de la ciudad—. ¿Qué le ha dado ahora? ¿Qué se ha creído? ¿Que aquí mismo encontraría ya la tierra prometida? ¿O qué diablos? ¿Habéis visto la cara que ha puesto? ¿Con la nariz hinchada?». «Calla, Petrina—gruñó Irimiás—. Si sigues hablando, se te hinchará la nariz a ti también». El Niño, sentado entre ellos, soltó una carcajada: «¿Qué, Petrina? ¿Te has quedado mudo, eh?». «¿Yo?—estalló el otro—. ¿Crees tú que cualquiera me asusta?». «Cierra el pico, Petrina—dijo irritado Irimiás—. Pero si quieres decir algo, no nos vengas con indirectas, ¡suéltalo!». Petrina sonrió y se rascó la cabeza: «Bueno, maestro, si es así... —comenzó titubeante—. Yo no lo he pedido, que quede claro... Pero ¿para qué necesitamos a Páyer?». Irimiás se mordió los labios, aminoró la marcha, dejó a una anciana cruzar la calle y apretó luego el acelerador. «No te metas en cosas de adultos», dijo con tono sombrío. «Pero, maestro, yo querría saber. ¿Para qué lo necesitamos?». Irimiás miraba furioso hacia adelante: «Porque sí». «Maestro, yo no sé... ¿No será porque...?». «¡Sí!», le gritó Irimiás. «Maestro, ¿quieres hacer explotar el mundo entero?—soltó con cara de susto Petrina—. Tú ya no quieres nada». Irimiás no respondió. Frenó. Estaban ante la tocinería Stréber. El director de la escuela se bajó de un salto de la plataforma, se dirigió hacia la cabina, se despidió con un gesto de la mano, cruzó la calle con pasos decididos y abrió la puerta del bar Industria. «Son más de las ocho y media—señaló el Niño—. ¿Qué van a decir?». Petrina hizo un ademán de desprecio: «¡El capitán se puede ir al carajo! ¿Qué es eso de retrasarse? ¡Yo no lo sé! Ya puede alegrarse de que vayamos. Cuando Petrina visita a alguien, para éste es un honor. ¿Entendido, niño? ¡Métetelo en la cabeza, porque no te lo voy a repetir!». «Ja, ja, ja—se burló el Niño, y le sopló el humo a la cara a Petrina—. Malo el chiste». «Pues grábatelo bien en esa mente tuya tan obtusa: un chiste es como la vida—declaró con tono solemne Petrina—. Empieza mal y termina mal. Entremedio es bueno». Irimiás miraba la calle sin pronunciar palabra. Ahora que el asunto llegaba a su fin, no sentía ni una pizca de orgullo.

Tenía los ojos clavados en la vía, el rostro de un color gris. Sujetaba el volante con las manos crispadas, una gruesa vena le latía con fuerza en la sien. Veía las casas intactas a ambos lados de la calle. Los jardines. Los portones desquiciados. Las chimeneas que echaban humo. No sentía ni odio ni repugnancia. Su mente funcionaba fríamente.

SÓLO PREOCUPACIONES,  
SÓLO TRABAJO...

El documento fue a parar a manos de los redactores unos minutos después de la reunión de las ocho y cuarto, y la tarea se les antojó casi imposible. Sin embargo, no mostraron ni el más mínimo signo de asombro, de rabia o de indignación; se miraron en un significativo silencio, dando a entender que se hallaban una vez más ante una prueba fehaciente del descenso del nivel general, de una decadencia que avanzaba a una velocidad entristecedora. Bastaba echar un vistazo a las líneas torcidas y a la escritura garabatosas para darse cuenta en el acto de que el trabajo que les esperaba rayaba en lo imposible; una vez más habían de construir algo limpio, correcto y coherente a partir de un «torpe y deprimente revoltijo». El tiempo incomprensiblemente breve de que disponían, así como la improbabilidad de una solución impecable, los llenó de angustia, pero la extraordinaria dificultad de la misión les insufló también una voluntad heroica. Sólo «los muchos años de experiencia, la madurez, la tan respetable rutina» explicaban que, una vez más, lograran abstraerse en pocos minutos del bullicio de los colegas que correteaban o charlaban a su alrededor; de pronto, el mundo se extinguió en torno a ellos, y su atención se centró única y exclusivamente en el documento. Acabaron relativamente pronto con las frases introductorias; sólo tuvieron que aclarar un poco la habitual redacción nebulosa, así como los «torpes circunloquios» del autor del informe, un lego sin duda, de modo que la primera parte del texto quedó, «como quien dice», intacta en la llamada «versión definitiva»: *Aunque ayer ya señalé en más de una ocasión que no considero afortunado poner por escrito este tipo de informaciones, cumplo aquí con su encargo para que vea usted mi buena disposición, así como mi incuestionable entrega a la causa. En mi informe he tenido muy en cuenta que usted me encareciera que me explayara con total franqueza. Llegado aquí, he de*

señalar que las capacidades de mis hombres están fuera de toda duda y que ayer conseguí convencerlo a usted de ello. Sólo considero importante resaltarlo de nuevo en este lugar, porque del esbozo pergeñado a continuación podría usted sacar otras conclusiones. Le llamo la atención particularmente sobre el hecho de que, para que mi base pueda seguir siendo operativa, sólo yo estableceré contacto con mis hombres, pues cualquier otra opción conllevaría necesariamente el fracaso..., etcétera, etcétera... Sin embargo, cuando llegaron a la parte titulada *Señora Schmidt*, enseguida se encontraron con una serie de enormes dificultades, pues ¿qué hacer con expresiones groseras del tipo *hembra estúpida y tetuda*, cómo dar forma, fieles a su tarea, a formulaciones chapuceras sin tocar el contenido? Después de largas deliberaciones consideraron finalmente satisfactoria la versión que hablaba de una «persona intelectualmente inmadura que sobre todo resaltaba sus atributos femeninos», pero no les dio tiempo para tomarse un respiro, porque enseguida se toparon con la terrible zafiedad de la expresión *puta barata*. Debido a su imprecisión hubieron de renunciar a términos tales como «hetaira», «mujer de la vida» o «de mal vivir» y a una serie de otras fórmulas que a primera vista podían parecer acertadas; nerviosos, tamborileaban con los dedos sobre sus escritorios puestos uno frente al otro y procuraban no mirarse, hasta que acordaron una solución que parecía la menos mala: «mujer que sin escrúpulos pone en venta su cuerpo». No les resultó más fácil desenredar la primera parte de la siguiente frase, pero luego, gracias a una repentina inspiración, lograron transformar la terrible vulgaridad de *se ha dado la fiesta con todo quisque y si con alguno no lo ha hecho es pura casualidad*. en una fórmula más afortunada y objetiva: «estamos hablando de un ejemplo de infidelidad conyugal». Para su sincero asombro, vinieron luego tres frases que pudieron introducir sin cambio alguno en la versión oficial, aunque inmediatamente después volvieron a atascarse. En vano se devanaron los sesos, en vano se lanzaron palabras que parecían las mejores, no había manera de hallar algo equivalente a *un fantasmal olor a estiércol debido a una mezcla de agua de colonia barata y de aire viciado y apestoso*; estaban a punto de levantarse, porque ya no aguantaban más, y de devolver el trabajo al capitán, aunque ello significara el despido, cuando los apaciguó el agradable aroma de un café humeante que fue a parar a sus mesas gracias a una mecanógrafa de edad avanzada y tímida sonrisa. Volvieron a ponderar posibles soluciones

hasta que, para evitar una nueva e inminente crisis, coincidieron en no darle más vueltas y escribir simplemente: «Trataba de mitigar su desagradable olor corporal con métodos poco convencionales». «Colega, que el tiempo pasa volando», observó uno de los redactores cuando consiguieron acabar la parte dedicada a la señora Schmidt, y su compañero miró asustado el reloj: pues sí, quedaba poco más de una hora para el almuerzo... Decidieron dar un impulso al asunto, lo cual significaba que habían de conformarse cada vez con más frecuencia con versiones no demasiado pulidas, aunque cabía señalar al mismo tiempo «que el resultado tampoco podía calificarse de desastroso». Comprobaron satisfechos que gracias a ese nuevo método superaron mucho más rápido la siguiente prueba, titulada *Señora Kráner*. Cambiaron en un momento la fórmula *cotilla trolera* por otra más tranquilizadora: *frívola difusora de noticias sacadas de la manga*; tampoco les costó particularmente sustituir de manera adecuada frases tales como *habría que estudiar seriamente la forma de cerrarle el pico por un tiempo*, o expresiones como *cerda cebada*. Les supuso una especial alegría trasladar casi sin cambios algunas frases a la versión oficial del informe, y ya comenzaron a respirar aliviados cuando llegaron al final del texto dedicado a la *señora Halics*, porque la traducción de las «expresiones de jerga antediluviana» que definían a la persona—acusada de delirio religioso y de ciertas tendencias sospechosas—resultó ser un juego de niños. Sin embargo, al ver las terroríficas incongruencias de la sección titulada *Halics*, se percataron de que, a decir verdad, lo arduo ni siquiera había comenzado aún: cuando ya creían haber calado la espesura lingüística que nutría al autor del informe, hubieron de admitir de pronto que sus fuerzas eran finitas, su talento limitado y su ingenio, una vez más, estaba condenado al fracaso. Porque aún pudieron traducir el *gusano arrugado lleno de alcohol* y convertirlo en un *alcohólico viejo y bajito*, pero ya no supieron qué hacer, para su vergüenza, con el *payaso chisporroteante*, con la *cerrazón inamovible* y con los *ciegos tumbos*; después de muchas vueltas, decidieron por tácito y cómplice acuerdo suprimir esas palabras en el texto definitivo, confiando en que el capitán carecería de la paciencia necesaria para revisarlo todo y en que el documento acabaría, como correspondía, en el archivo, sin ser visto ni leído por nadie... Cansados, se reclinaron en sus asientos, se frotaron los ojos y comprobaron con fastidio que sus colegas charlaban animadamente y se preparaban ya para almorzar: ponían un poco

de orden entre los expedientes, se peinaban mientras conversaban despreocupados y relajados con sus vecinos, se arreglaban y se lavaban las manos para salir al cabo de unos minutos por parejas o en grupos de tres por la puerta que daba al pasillo. Ellos suspiraron con tristeza, comprendiendo que el «almuerzo sería realmente un lujo demasiado grande» en aquella situación, y se sumieron de nuevo en el trabajo masticando un panecillo con mantequilla o unas galletas. Sin embargo, el destino les negó incluso esa modesta alegría: la comida se volvió insípida y el masticar se convirtió en tormento, porque fue toparse con la parte dedicada a *Schmidt* y ver que se hallaban ante una prueba todavía más exigente; se enfrentaban a un grado de nebulosidad, de incomprensibilidad, de dejadez y de turbiedad deliberada o inconsciente que, tal como observó uno de ellos, «equivalía a una bofetada a su actividad, a su trabajo y a sus esfuerzos»... Porque ¿qué podía significar el *cruce de una insensibilidad primaria con un vacío monstruosamente (!) insignificante en el abismo de la oscuridad sin rumbo...?* ¿Qué manera de ensuciar la lengua era ésta, qué caos de imágenes utilizadas al buen tuntún?! ¿Dónde quedaban la pureza y claridad que—¡supuestamente!—caracterizaban al espíritu humano, dónde encontrar el mínimo indicio de un esfuerzo por alcanzar la precisión?! Y lo terrible era que ese capítulo sobre Schmidt estaba integrado en su totalidad por ese tipo de frases y, para colmo, a partir de ese momento la letra del autor del informe era completamente ilegible por causas que escapaban a la comprensión, como si el hombre se hubiera emborrachado mientras escribía... Estaban a punto de tirar la toalla y pedir la rescisión de sus respectivos contratos, porque «es realmente aterrador que día tras día nos impongan este tipo de tareas irresolubles y, por supuesto, no se nos brinde el debido reconocimiento», cuando—por segunda vez en el curso de esas horas—el aroma del café humeante servido con una agradable sonrisa los llevó a recapacitar. Comenzaron, pues, a eliminar fórmulas tales como *estupidez insaciable, lamento inarticulado, preocupación inmóvil petrificada en la densa oscuridad de la desconsolada existencia* y otros horrores parecidos hasta que, al llegar al final de esa caracterización, comprobaron con una sonrisa forzada que en total sólo habían quedado intactas unas conjunciones, así como dos predicados. Y como no cabía ninguna esperanza de poder descifrar lo que el autor del informe realmente quería decir, decidieron, con un golpe de sable propio de húsares, convertir

la diatriba dirigida contra Schmidt en una sola frase hecha y derecha: «sus facultades intelectuales disminuidas y su demostrada pusilanimidad ante la fuerza lo hacen particularmente apropiado para llevar a cabo a un alto nivel la actividad en cuestión». En el texto dedicado a la persona carente de nombre, simplemente mencionada como «*el director de la escuela*», no sólo no se disipó, sino que, si tal cosa era posible, se intensificó la nebulosidad, aumentaron la confusión y las insufribles supuestas sutilezas. «Por lo visto —señaló, ya pálido, uno de los redactores, mostrando, mientras sacudía la cabeza, el borrador arrugado a su compañero que, sentado frente a él, se mostraba exhausto detrás de la máquina de escribir—, por lo visto este idiota ha perdido ya por completo la chaveta. ¡Escucha!». Y leyó la primera frase. *Cuando alguien se dispone a tirarse al agua y en el último momento todavía se lo piensa dos veces allá sobre el puente y se pregunta si saltar o no, yo le recomendaría pensar en el director de la escuela, porque entonces sabría que sólo le queda una posibilidad: saltar.* Se miraron incrédulos, agotados, con expresión de infinita amargura. ¿Qué era eso? ¿Les estaban tomando el pelo? El redactor encogido detrás de la máquina de escribir hizo un gesto a su compañero, dándole a entender que no había nada que hacer, que no tenía ningún sentido, que pasaran por alto ese pasaje. *Físicamente parece un pepino marchito, azotado por el sol, y sus facultades mentales ni siquiera superan las de Schmidt, lo cual supone un auténtico logro...* «Escribamos...—propuso el que estaba a la máquina de escribir—, a ver..., a ver..., que el hombre está deteriorado físicamente y carece de talento...». Su colega, disgustado, chasqueó la lengua: «Pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?». «Oye, ¿qué culpa tengo yo?—respondió el primero—. Así lo pone él. Nosotros no podemos apartarnos del contenido...». «Vale, vale—admitió el otro—. Sigo». *Procura suplir su falta de valor con autobombo, arrogancia vacua y una memez indignante. Tiende al sentimentalismo, al patetismo fuera de lugar, como suele ocurrir con los tipos que practican la masturbación, etcétera.* A esas alturas resultaba ya evidente que buscarían en vano una solución de compromiso, que habrían de conformarse con soluciones mediocres y en ocasiones directamente indignas de ellos; así que, después de mucho discutir, acordaron la siguiente versión: «Cobarde. Tiende a emocionarse. Sexualmente inmaduro». Ya no podía negarse que, después de terminar con el director de la escuela «forzando un poco las cosas», la mala conciencia suscitada por la nueva técnica se había

convertido poco a poco en un auténtico sentimiento de culpa, de modo que comenzaron la parte sobre Kráner con intensa angustia, acompañada de una fuerte irritación al comprobar que el tiempo volaba. Uno de los redactores señalaba furioso el reloj y luego la sala alrededor de ellos, a lo cual su colega reaccionaba con un gesto de impotencia, pues también se había percatado de los movimientos que demostraban sin lugar a dudas que dentro de unos minutos concluía su jornada de trabajo. «¿Será posible?—decía meneando la cabeza—. Se sumerge uno en la faena y enseguida suena el timbre. No lo entiendo. Los días pasan tan rápido que es para volverse loco...». Y cuando transformaron la enervante fórmula *un palurdo que recuerda sobre todo a un bisonte peludo* por «un hombre robusto que en su día había sido herrero» y encontraron una variante humana para *un mono siniestro de mirada opaca, un auténtico peligro público*, todos sus colegas se disponían a marcharse ya a casa y ellos se vieron obligados a aguantar en silencio que les lanzaran algunas frases maliciosas o burlonas a modo de despedida, conscientes de que si interrumpían el trabajo ni que fuera por un instante existía el peligro de que terminaran mandándolo «todo al diablo» y desentendiéndose de las consecuencias sin duda graves que sufrirían al día siguiente. Hacia las cinco y media, después de terminar la torturante sección dedicada a Kráner, se permitieron una pequeña pausa para un cigarrillo. Hicieron crujir sus miembros entumecidos, se frotaron entre gemidos los hombros que les ardían por el dolor y fumaron con los ojos entornados. «Venga, continuemos—dijo uno de los redactores—. Te voy a leer el texto, tú escucha...: *El único personaje peligroso—afirmaba la primera frase de la sección dedicada a Futaki—. Pero no es serio. Sus inclinaciones a la rebeldía sólo se ven superadas por su naturaleza cagona. Podría llegar lejos, pero no consigue librarse de sus obsesiones. A mí me divierte, y estoy convencido de que es él con quien más puedo contar...*», etcétera, etcétera. «Tú escribe lo siguiente—dictó el primer redactor—: “Peligroso, pero utilizable. Intelectualmente superior a los demás. Cojo”». «¿Listo?», suspiró el otro. Su compañero asintió agotado: «Pon el nombre abajo. Al final. Se llama..., a ver..., Irimiás». «¿Cómo?». «He dicho: I-ri-mi-ás. ¿Estás sordo?». «¿Y se escribe tal como...?». «Pues sí. ¿Cómo se va a escribir si no?». Introdujeron el documento en una carpeta y guardaron el expediente en el cajón correspondiente, que cerraron luego para colgar a continuación las llaves en el tablero colocado junto a la salida. Se pusieron

los abrigos en silencio y cerraron la puerta. Abajo, ya en la calle, se estrecharon la mano. «¿Cómo vas?». «En autobús». «Pues hasta luego entonces», dijo el primer redactor. «Bonito día hemos tenido», señaló su compañero. «Así es, la puta que los parió». «Ojalá se dieran cuenta, aunque sólo fuera una vez, de lo que curramos en un día—dijo malhumorado el segundo—. Pero nada». «Desde luego, ni una gota de reconocimiento—confirmó el otro sacudiendo la cabeza». Volvieron a darse la mano y se marcharon en direcciones opuestas, y cuando por fin llegaron a casa, la misma pregunta recibió a ambos en el vestíbulo: «¿Un día duro, cariño?». A lo cual, qué podían responder ellos, cansados, estremeciéndose ligeramente bajo el efecto de un repentino calor que los asaltó, qué podían decir sino: «Nada especial. Lo de siempre, cariño...».

## EL CÍRCULO SE CIERRA

El doctor se puso las gafas, apagó en el brazo del sillón el cigarrillo que le quemaba ya las uñas y, después de echar un vistazo de control a la explotación por el hueco entre la cortina y la ventana (y de constatar «con satisfacción» que fuera todo seguía igual), vertió en el vaso la dosis autorizada de aguardiente y le agregó agua. Determinar las proporciones adecuadas le había supuesto no pocos problemas en el día de su regreso: a la hora de elegir las cantidades de aguardiente y de agua hubo de tener en cuenta, aunque le costara, las amenazas, repetidas hasta la saciedad y sin duda exageradas, del médico jefe del hospital («Si no está dispuesto a abstenerse de la ingesta de alcohol y no reduce radicalmente el consumo diario de tabaco, prepárese usted para lo peor y llame cuanto antes al cura...»), de modo que acabó rechazando la idea de «dos partes de destilado y una parte de agua» y se resignó a la relación de «uno a tres». Bebió la copa poco a poco, a sorbitos, y entonces, como había superado ya la prueba del sin duda torturante «período de transición», sentenció con cierto alivio que uno puede acostumbrarse incluso a ese «brebaje infernal», pues, aunque la primera vez lo había escupido indignado, ahora podía beberlo sin mayores estremecimientos, quizá porque entretanto había aprendido a distinguir lo espantoso de lo soportable de ese «aguachirle». Puso la copa en su sitio, recolocó las cerillas que se habían desplazado sobre el paquete de cigarrillos, recorrió satisfecho con la mirada el «orden de batalla» de las damajuanas llenas alineadas detrás del sillón y constató que podía afrontar perfectamente el invierno que estaba a punto de comenzar. Esto, desde luego, no era en absoluto algo «evidente», ya que cuando hacía dos días le permitieron abandonar «bajo su propia responsabilidad» el hospital de la ciudad y la ambulancia franqueó la entrada principal de la explotación, su angustia, que llevaba semanas torturándolo, se convirtió en un temor bien definido. En ese momento estaba casi seguro de que habría de empezar de

cero: encontraría su habitación revuelta, sus cosas tiradas, es más, en aquel instante ni siquiera descartó que la señora Kráner, una «pícara de siete suelas», aprovechara su ausencia para, aduciendo una limpieza general, atacar la vivienda con «sus escobas mugrientas y sus trapos hediondos» y destrozar cuanto él había levantado en el curso de años, mediante un trabajo ingente y una enorme dedicación. Sin embargo, su temor resultó infundado, pues encontró su habitación tal como la había dejado tres semanas antes, sus cuadernos, sus lápices, su copa, las cerillas, los cigarrillos exactamente en el lugar en que debían estar; además, cuando la ambulancia entró en el recinto y frenó ante su casa no vio, para su alivio, ninguna cara curiosa en las ventanas de sus vecinos y éstos tampoco lo molestaron mientras el conductor—a cambio de una sustanciosa propina—introducía en la vivienda sus bártulos, las bolsas con las vituallas y las damajuanas llenadas en el local de Mopsz. Desde que regresó, en ningún momento se les ocurrió perturbar su tranquilidad. Lógicamente, no podía hacerse la ilusión de que durante su ausencia algo sustancial les hubiera sucedido a «esos patanes de mente obtusa», pero sí hubo de reconocer que se percibía cierta mejora: la explotación parecía desierta, se habían acabado las enervantes carreras de un sitio a otro; por lo visto, la incesante lluvia, que como cada otoño había hecho su irreversible aparición, los disuadía de salir de sus agujeros, de modo que constató sin sorpresa que no se movían de sus casas. Sólo había divisado a Kerekes dos días atrás, a través de la ventanilla de la ambulancia: el hombre recorría el camino entre la casa de los Horgos y la carretera, pero sólo fue un fugaz instante, pues el doctor enseguida apartó la vista. «Confío en no verles el pelo hasta la primavera», escribió en su diario, y luego levantó lentamente el lápiz para no dañar el papel que, debido a su larga ausencia, había absorbido tanta humedad que bastaba una mínima distracción para desgarrarlo... Por tanto, no tenía especiales motivos para inquietarse, ya que su puesto de observación se había conservado intacto gracias a una «fuerza superior», y contra la destrucción causada por el aire húmedo de todos modos no podía hacer nada, pues frente al deterioro no lo protegía «ningún tipo de aspaviento». Cuando franqueó el umbral de su habitación al llegar a casa, constató con cierta perplejidad (más tarde se lo reprochó) que el lugar abandonado durante semanas estaba cubierto por una fina capa de polvo, y los delicados hilos de las telarañas que partían de las esquinas del techo ya casi se tocaban en el centro; sin embargo, pronto

consiguió controlar esa confusión sin fundamento, despidió rápidamente al conductor de la ambulancia que, emocionado por los significativos «honorarios» recibidos, se disponía a dar muestras de su agradecimiento, deambuló por el cuarto y comenzó a examinar a fondo «las dimensiones y características de la decadencia». Desechó primero la idea de una limpieza, por «superflua» y «carente de todo sentido», ya que, como era natural, destruiría precisamente aquello que requería una observación minuciosa; por tanto, se limitó a pasar el paño por la mesa y por los objetos que yacían sobre ella, sacudió ligeramente las mantas y enseguida se puso manos a la obra. Recordó el estado de la casa hacía unas semanas, examinó uno por uno los objetos, la bombilla pelada en el techo, el interruptor, el suelo, las paredes, el armario desvencijado, la basura acumulada delante de la puerta, y procuró registrar con la máxima fidelidad posible los cambios en su diario. Trabajó durante toda la noche y luego todo el día siguiente casi sin interrupción, y descontando breves cabezadas de no más de unos minutos, sólo se permitió un sueño largo, de más de siete horas, cuando consideró haber realizado un registro detallado. Una vez concluida la labor, comprobó con alegría que su capacidad de trabajo no había menguado, es más, había aumentado un poco después de la obligada interrupción; bien era cierto que su resistencia a las «circunstancias molestas» había empeorado en comparación con la época anterior; así como antes la manta que se le deslizaba de los hombros, las gafas que siempre acababan en la punta de su nariz o los picores cutáneos no lo importunaban en absoluto, ahora el cambio más insignificante lo distraía y sólo podía retomar el hilo de sus pensamientos al restablecer el «estado originario» y eliminar «las enervantes minucias». A ese declive se debió que después de dos días de lucha decidiera librarse incluso del reloj despertador comprado «clandestinamente» en el hospital después de muchas vueltas y regateos con el objeto de atenerse a cierto orden a la hora de tomar los medicamentos; sin embargo, no fue capaz de acostumbrarse al irritante y aterrador tictac, los dedos de sus manos y de sus pies hicieron suyo el ritmo infernal del dispositivo y después de tener que aguantar—además de la alarma terrorífica que sonaba a la hora señalada—que incluso su cabeza siguiera aquel satánico compás, cogió el reloj, abrió la puerta de entrada y lo tiró al patio temblando de rabia. Recobró la calma y, tras disfrutar durante unas horas del silencio recuperado, no lograba comprender por qué

no se había atrevido a dar ese paso antes, el día anterior, por ejemplo, o incluso en los días previos. Encendió un cigarrillo y exhaló el humo con parsimonia y deleite, se ajustó las mantas que se habían deslizado y volvió a inclinarse sobre su diario. «Gracias a Dios, llueve sin parar. La perfecta protección. Me siento bastante bien, quizá un poco aturdido de tanto dormir. No se percibe ningún movimiento. La puerta y las ventanas del director de la escuela están rotas, no entiendo lo que ha pasado ni por qué no las arregla». Alzó la cabeza, aguzó el oído, pero sólo oyó el zumbido del silencio; luego clavó la vista en la caja de cerillas; por un momento le dio la impresión de que estaba a punto de caer de su sitio sobre el paquete de cigarrillos. Escuchaba conteniendo la respiración. Sin embargo, no ocurrió nada. Volvió a preparar una bebida, tapó la damajuana, secó con un paño el agua que se había caído sobre la mesa, puso en su sitio la jarra—comprada por treinta forintos en el local de Mopsz—y se tomó la mixtura de agua y aguardiente. Una agradable languidez se apoderó de él, su cuerpo grasiento se relajó, su cabeza se inclinó hacia un lado, sus párpados se cerraron poco a poco; el duermevela no duró mucho, sin embargo, porque no pudo aguantar más de unos instantes la siguiente visión: un caballo con los ojos desorbitados se abalanzaba sobre él, que, aterrado y con todas sus fuerzas, le golpeaba la cabeza con una barra de hierro y no paraba hasta ver los sesos gelatinosos saliendo del cráneo partido... Cogió de la pila perfectamente ordenada y situada al borde de la mesa (el cuaderno con el apellido FUTAKI) y apuntó, a continuación de lo ya escrito: «No se atreve a salir de la nave de maquinaria. Seguro que está tumbado en la cama, roncando o mirando el techo. O, golpeando con el bastón curvo el tablón a los pies de la cama, como un pico picapinos que busca los gusanos de la muerte en la madera. No intuye que así se entrega precisamente a aquello que más teme. Yo estaré en tu entierro, imbécil». Volvió a preparar su mixtura de agua y aguardiente, la apuró con expresión sombría y acto seguido se tomó sus medicamentos de la mañana. Durante el día apuntó dos veces—hacia las doce y luego a la hora del crepúsculo—las condiciones de luz en el exterior, realizó varios esbozos de los regueros de agua que iban cambiando sin cesar y a continuación, tras acabar la descripción del probable estado de la cocina cargada de aire viciado de los Kráner—después de dedicarse a los Schmidt y a los Halics—, de repente oyó unas campanadas lejanas. Recordaba perfectamente haberlas escuchado antes de

ir a parar al hospital, así como estaba seguro de que su excelente oído tampoco lo engañaba esta vez. Hojeó su diario hasta llegar a los apuntes de aquel día, pero no encontró ninguna referencia a ese hecho que en aquel momento sin duda no había registrado debidamente o al que no le había atribuido particular importancia; en ese momento se interrumpieron los toques... Enseguida apuntó ese suceso incomprensible y trató de encontrar una posible explicación: desde luego, no había ninguna iglesia en las inmediaciones, siempre y cuando no tuviera por tal la ermita ruinosa, abandonada desde hacía años, en los terrenos de los Hochmeiss, y la ciudad se hallaba a tal distancia que también había que excluir la posibilidad de que el viento trajera desde allí aquel sonido. Por un instante consideró que Futaki o Halics o Kráner podían entretenerse así en su aburrimiento, pero descartó esa hipótesis, ya que ninguno de ellos era capaz de imitar con tal pericia las campanas de una iglesia... ¡Pero su agudo oído no podía engañarlo!... ¿O quizá sí? ¿Era posible que, a raíz de una disposición especial, se hubiera vuelto tan sensible que confundía un suave zumbido de los alrededores con un lejano repique de campanas?... Desconcertado se quedó escuchando en medio del silencio, encendió un cigarrillo, pero como no ocurrió nada durante largo rato decidió aplazar la investigación hasta que una nueva señal lo guiara hacia la explicación correcta. Abrió una lata de conserva de judías, comió la mitad y la dejó porque sentía su estómago incapaz de digerir más de unos bocados. Decidió pasar la noche en vela, ya que no podía prever cuándo se escucharían de nuevo esas «campanadas» y, si en la siguiente ocasión volvían a sonar tan poco tiempo, bastarían unos minutos de sueño para perderselas... Se preparó otra dosis de su mixtura, se tomó los medicamentos de la noche, empujó con los pies la maleta guardada bajo la mesa para sacarla de ahí y dedicó un buen rato a elegir alguna revista. Pasó las horas hasta el amanecer hojeando y leyendo, pero veló y venció el sueño en vano, las «campanadas» no volvieron a oírse. Se levantó de su sillón para desentumecer con un breve paseo los miembros agarrotados, volvió a sentarse, y cuando el crepúsculo matutino pintó de azul el vidrio de la ventana, él ya dormía profundamente. Se despertó hacia el mediodía, bañado en sudor; y como siempre que dormía mucho, volvió la cabeza a un lado y a otro despotricando furioso, molesto por el tiempo perdido. Se puso rápidamente las gafas, leyó la última frase de su diario, se reclinó en el asiento y miró por el hueco hacia los regueros. Apenas

lloviznaba fuera, el cielo continuaba cubriendo la explotación con un sombrío color gris. La acacia pelada ante la casa de los Schmidt se inclinaba entregada al gélido viento. «La están palmando todos—escribió el doctor—. O están sentados, acodados a la mesa de la cocina. Al director de la escuela no le afectan la puerta y las ventanas rotas. Ya se le congelará el culo cuando llegue el invierno». De pronto, como quien siente que algo se le ha aclarado, se enderezó en su asiento. Levantó la cabeza, clavó la vista en el techo, respiró jadeante, apretó con fuerza el lápiz... «Ahora se levanta—escribió agitado, pero no sin cautela para no dañar el papel—. Se rasca la sien, se despereza. Da una vuelta por la habitación, vuelve a sentarse. Sale a orinar, regresa. Se sienta. Se levanta». Trazaba las letras febrilmente, y no sólo veía que todo ocurría exactamente así, sino que tenía la certeza absoluta de que a partir de ese momento no podría ser de otra manera. Poco a poco se fue dando cuenta de que su trabajo de años, insistente y torturante, por fin empezaba a dar sus frutos: había adquirido una capacidad singular, gracias a la cual no sólo podía enfrentarse con la presteza de la descripción al desafío de las cosas que progresaban eternamente en una dirección, sino también definir en cierta medida la estructura fundamental de los hechos que en apariencia remolineaban caóticamente... Se levantó de su puesto de observación y con los ojos encendidos, excitado, comenzó a caminar de un lado a otro en aquella estrecha habitación... Trató de serenarse, pero en vano: aquella revelación lo sorprendió tan de pronto, se presentó de manera tan sigilosa, lo cogió tan desprevenido, que en los primeros momentos no consideró improbable que hubiera perdido la razón... «¿Es posible? ¿Me habré vuelto loco?». Durante largo rato fue incapaz de tranquilizarse, se le secó la garganta por la excitación, el corazón le latía ferozmente, la frente chorreaba sudor. Hubo un instante en que le dio la sensación de estar a punto de estallar, de no soportar más el peso de las cosas; iba y venía por la habitación jadeando con su cuerpo enorme, obeso, hasta que agotado, resollando, volvió a sentarse en el sillón. Debía pensar tantas cosas a la vez que, por así decirlo, le dolía el cerebro y permaneció sentado bajo aquella luz fría y dura, mientras la confusión crecía en su interior... Cogió con cuidado el lápiz, extrajo de la pila el cuaderno identificado con el apellido SCHMIDT, lo abrió por la página correspondiente e, inseguro como quien tiene todos los motivos para temer «las posibles graves consecuencias de su acto», escribió la siguiente frase:

*Sentado de espaldas a la ventana, proyecta una débil sombra sobre el suelo. Tragó saliva, puso el lápiz en la mesa, preparó con manos temblorosas otra mixtura de agua y aguardiente y se la bebió derramando la mitad. En su regazo, una cacerola roja con patatas a la páprika. No come. No tiene hambre. Le entran ganas de orinar, se levanta, rodea la mesa de la cocina, sale al patio por la puerta trasera. Regresa y se sienta. La señora Schmidt le pregunta algo. No responde. Aparta con el pie la cacerola que ha puesto en el suelo. No tiene hambre.* El doctor encendió un cigarrillo con las manos todavía temblorosas, se enjugó la frente y realizó una serie de movimientos «voladores» con los brazos para ventilar las axilas. Se arregló las mantas sobre los hombros y volvió a inclinarse encima de su diario: «O bien me he vuelto loco o bien esta tarde me he dado cuenta por la gracia de Dios de que poseo una fuerza magnética. Sólo con las palabras soy capaz de determinar la estructura de los hechos que se producen a mi alrededor. Por el momento, sin embargo, ni siquiera intuyo lo que he de hacer. O me he vuelto loco...». Se sintió inseguro. «Es todo mera imaginación...», murmuró, y lo intentó de nuevo. Apartó el diario y cogió el cuaderno con el apellido KRÁNER. Buscó el último apunte y de nuevo comenzó a escribir febrilmente: *Está en la habitación, tumbado sobre la cama, vestido y todo. Le cuelgan los pies para que las botas no embarren la manta. El calor es sofocante. Fuera, en la cocina, la señora Kráner hace ruido con la vajilla. Kráner le dice algo por la puerta abierta. Su mujer le responde. Kráner, furioso, da la espalda a la puerta y hunde la cabeza en la almohada. Trata de dormir, cierra los ojos. Se duerme.* El doctor suspiró nervioso, preparó otra mixtura, tapó la damajuana y paseó inquieto la mirada por la habitación. Con un sentimiento entre el temor y la duda, volvió a formularlo para sus adentros: «No hay nada que hacer, a partir de un determinado nivel de concentración yo mismo puedo determinar lo que ha de suceder en la explotación. Pues sólo ocurre aquello que se formula. Eso sí, no tengo ni la menor idea de cómo fijar la dirección a seguir, porque...». En ese instante, el doctor volvió a oír las «campanadas». Sólo le dio tiempo de constatar que la noche anterior no se había equivocado, que había oído «toques» reales, pero no de precisar de dónde venían esos sonidos que tan pronto como llegaban a sus oídos se desvanecían en medio del silencio que continuaba zumbando, y cuando por fin se extinguió el último quedó en su alma una vacío enorme, como si hubiera perdido algo sumamente importante. En

esos sonos lejanos y peculiares se le antojó haber escuchado «la melodía de la esperanza que creía perdida», una voz de ánimo ya carente de objeto, las palabras completamente incomprensibles de un mensaje decisivo del que sólo podía extraerse que «significaba algo bueno y fijaba el rumbo de mis inciertas facultades...». Interrumpió, pues, sus magnéticas descripciones, se puso a toda prisa el abrigo y metió cigarrillos y cerillas en los bolsillos, pues le pareció que en ese momento lo más importante era intentar hallar la fuente de esas singulares campanadas. Al salir al aire libre se mareó un instante, se frotó los ojos que le ardían y luego—para no llamar la atención de los habitantes de la explotación que permanecían agazapados en sus casas—, salió por la puerta del huerto trasero y apretó el paso todo lo que pudo. Al llegar al molino, se detuvo, pues no sabía si había tomado la dirección correcta. Entró por la enorme puerta del molino y enseguida le llegaron a los oídos unas voces rientes que venían de alguna de las plantas superiores. «Son las chicas Horgos». Salió y miró alrededor desconcertado, sin saber qué hacer. ¿Rodear la explotación y partir rumbo al Secadal?... ¿Ir por la carretera hacia la fonda? ¿Dirigirse a la quinta Almássy? ¿O permanecer allí, esperar ante el molino a que volvieran a sonar las «campanadas»? Encendió un cigarrillo, se aclaró la garganta y se quedó allí pateando el suelo, pues realmente no era capaz de decidir si ir o quedarse. Miró las acacias que rodeaban el gigantesco edificio, sintió un escalofrío por el viento gélido y cortante que soplaba y se preguntó si no había sido una estupidez ese improvisado paseo, si no se había precipitado, ya que había pasado casi toda una noche entre las dos «campanadas», de modo que no podía esperar que se repitieran enseguida... Estaba a punto de dar media vuelta y regresar a su casa, para esperar allí, bajo el calor de las mantas, a que algo sucediera, cuando volvieron a sonar las «campanadas»... Se dirigió a la explanada de delante del molino y por fin logró descifrar hasta cierto punto el misterio: las «campanadas» parecían venir del otro lado de la carretera («¡como si fueran de los antiguos terrenos de los Hochmeiss!»), y no sólo determinó aproximadamente la dirección, sino que se convenció de que esos toques eran un mensaje inequívoco, una voz de ánimo o una promesa, no el fruto de su imaginación enfermiza, no el juego engañoso de una repentina erupción de emotividad... Entusiasmado se puso en marcha rumbo a la carretera, la cruzó, y sin preocuparse ni por el barro ni por los charcos fue caminando hacia los terrenos de los Hochmeiss, «con el

corazón lleno de expectativas, esperanza y confianza»... Le dio la sensación de que esas «campanadas» lo resarcían de todos los tormentos sufridos hasta aquel instante, de la tortura de ser tenido siempre por un payaso, de que eran el merecido premio por la perseverancia... Y si en un futuro conseguía entender mejor esa voz de ánimo, sin duda lograría, como poseedor de un poder especial, dar un impulso hasta entonces desconocido a «las cosas humanas»... Lo inundó una alegría casi pueril cuando al final de los terrenos de los Hochmeiss vio la ermita pequeña y ruinosa, y si bien no tenía noticia de que en aquel edificio minúsculo destruido durante la última guerra y sin señal de vida desde entonces quedara alguna «campana» o algo parecido, en aquel momento no se le antojó inconcebible... El hecho era que durante años nadie había frecuentado el lugar, salvo tal vez algún vagabundo que pernoctara allí en alguna ocasión... Se detuvo ante la entrada de la ermita, trató de abrir la puerta, pero, por mucho que lo intentara, tironeando de la manilla, empujando y apretando con el cuerpo, no se movió. Rodeó el edificio y encontró en un costado, en el muro que se desmoronaba, una portezuela diminuta y podrida; la empujó suavemente y la puerta se abrió chirriando. Incluyó la cabeza y entró; lo recibieron telarañas, polvo, mugre, hedor y tinieblas; de los bancos sólo quedaban unos pocos fragmentos, del altar nada en absoluto, y el pavimento resquebrajado por todas partes estaba tomado por la maleza. Se dio la vuelta de pronto, pues le pareció oír un jadeo en el rincón junto a la antigua entrada principal. Se acercó y vio a una persona acurrucada; un hombrecillo increíblemente viejo, de piel arrugada, estaba encogido en el suelo, temblando de miedo, mirando con ojos centelleantes de espanto en la oscuridad. Al darse cuenta de que había sido descubierto, soltó un gemido desesperado y, gateando a toda prisa se fue al otro rincón. «¿Quién es usted?», preguntó con tono decidido el doctor, después de vencer un primer susto. El hombrecillo no respondió; se limitó a encogerse todavía más en el rincón, dispuesto a saltar cuando fuera necesario. «¿No entiende lo que le he preguntado?—insistió el doctor levantando la voz—. ¿Quién es usted...?». El anciano farfulló unas palabras incomprensibles y alzó las manos para protegerse. Acto seguido se echó a llorar. El doctor le espetó encolerizado: «¿Qué hace aquí? ¿Lo buscan?». Y como el hombrecillo no dejaba de lloriquear, el doctor perdió la paciencia: «¿Hay una campana aquí?», le preguntó a voz en grito. El anciano se levantó de un salto, dejó de

llorar y comenzó a gesticular: «¡A-pa-na! ¡A-pa-na!—repitió, e hizo una señal al doctor para que lo siguiera. Abrió una portezuela oculta tras una columna junto a la puerta principal y señaló hacia arriba—: ¡A-pa-na! ¡A-pa-na!». «¡Por el amor de Dios!—dijo el doctor—. ¡Es un enfermo mental! ¿De dónde te has escapado, pobre guillado?». El hombre subía delante, el doctor lo seguía a unos pasos, pegado a la pared por miedo a que se vinieran abajo los escalones carcomidos que chirriaban amenazadores. Al llegar al pequeño campanario, del que sólo quedaban los muros de ladrillo, pues la techumbre había sido arrancada hacía tiempo por el viento o por una bomba, el doctor no tardó ni un segundo en recobrar la sobriedad y salir «del enfermizo y ridículo éxtasis» en el que llevaba horas sumido. En medio de aquella estructura sin tejado, una pequeña campana colgaba de una viga, uno de cuyos extremos estaba apoyado en lo alto del muro y el otro en el soporte de la escalera. «¿Cómo pudiste poner la viga allí?», inquirió el doctor con tono de amargura. El anciano se lo quedó mirando por unos instantes y se acercó luego a la campana: «¡Que vié e tu-co! ¡Qué vié e tu-co! ¡Que vié e tu-co!», chilló con voz inarticulada, mientras hacía sonar, aterrado, la campana con una barra de hierro. El doctor empalideció, se apoyó en la pared de la escalera y le gritó al hombre que repiqueteaba febrilmente: «¡Para ya! ¡Para ahora mismo!». El otro, sin embargo, insistió con más desesperación si cabía: «¡Que vié e tu-co! ¡Qué vié e tu-co! ¡Que vié e tu-co!», chillaba, mientras golpeaba la campana con más fuerza aún. «¡La que viene es tu madre, que estás como una cabra!», le espetó el doctor, y acopiando las pocas fuerzas que le quedaban bajó de la torre, salió rápidamente al aire libre y procuró marcharse cuanto antes para no oír los chillidos aterradores de aquel ancianito surcado de arrugas, que lo siguieron como los toques de una trompeta ronca hasta la carretera. Se estaba poniendo el sol cuando regresó a su casa y ocupó su puesto de observación junto a la ventana. Muy poco a poco recuperó la calma; luego, cuando el temblor de sus manos se atenuó hasta el punto de poder levantar la damajuana, se preparó una mixtura y encendió un cigarrillo. Bebió el aguardiente con agua, cogió su diario y trató de formular con palabras lo que acababa de vivir. Miró el papel con amargura y escribió: «Error imperdonable, confundí las Campanadas Sonoras del Cielo con las campanas del alma. ¡Un sucio vagabundo! ¡Un enfermo mental que se ha escapado del psiquiátrico! ¡Soy un estúpido!». Se tapó con las mantas, se

reclinó en el sillón y miró hacia fuera. Lloviznaba. Lentamente fue recobrando la sangre fría. Recordó los hechos de primera hora de la tarde, el «momento de la iluminación» y cogió el cuaderno con el nombre SEÑORA HALICS. Lo abrió en la página del último apunte y comenzó a escribir: «Sentada en la cocina, con la Biblia delante, lee el texto en voz baja. Alza la vista. Tiene hambre. Se dirige a la despensa y vuelve con pan, chorizo y tocino. Mastica haciendo ruido, muerde un trozo de pan. Hojea de vez en cuando la Biblia». Aunque el trabajo surtió un efecto positivo en el doctor, tuvo que reconocer, después de leer lo que había escrito desde la tarde en los cuadernos de SCHMIDT, KRÁNER y SEÑORA HALICS, que estaba completamente equivocado. Se levantó, se puso a deambular por la habitación, se detuvo de vez en cuando para reflexionar y continuó andando. «¡A la mierda!», exclamó, buscó la caja de herramientas que guardaba en el fondo del armario y cogió unos clavos; con éstos en una mano y con el martillo en la otra se plantó ante la puerta y la cegó introduciendo con rabia los clavos en ocho puntos. Regresó ya más tranquilo a su puesto de observación, se puso las mantas sobre los hombros y volvió a preparar una mixtura en una proporción de «mitad-mitad» después de pensárselo un rato. Se quedó mirando al vacío y luego, con ojos centelleantes, cogió un cuaderno nuevo. «Llovía cuando...», escribió, pero meneó la cabeza y tachó lo escrito. «Cuando Futaki se despertó, fuera llovía a cántaros...», lo intentó de nuevo, pero le pareció «directamente espantoso». Se frotó la nariz, se ajustó las gafas, se acodó en la mesa y apoyó la cabeza en la mano. Como una imagen de una nitidez fascinante vio ante sí todo el camino que le esperaba, la niebla que poco a poco lo envolvía por los dos lados y en el medio, en una estrecha franja luminosa, todos los rostros que se desvanecerían en el futuro, y en aquellos rasgos, la historia infernal de la asfixia. Volvió a coger el lápiz, y en ese instante ya estaba convencido de seguir la pista buena; tenía bastantes cuadernos, tenía aguardiente, tenía medicamentos hasta la primavera, y nadie lo molestaría mientras no se pudrieran los clavos en la puerta. Con cautela para no rasgar el papel, comenzó a escribir: Una mañana de finales de octubre, poco antes de que las primeras gotas de un otoño largo e implacable cayeran sobre la tierra reseca y agrietada en la zona occidental de la explotación (para que luego un mar de barro hediondo volviera impracticables los caminos e inalcanzable la ciudad hasta la aparición de las primeras heladas), Futaki se

despertó al oír unas campanadas. A unos cuatro kilómetros en dirección suroeste, en lo que fueron los antiguos terrenos de los Hochmeiss, se alzaba una ermita solitaria, pero ahí no quedaba campana alguna, es más, la torre se había derrumbado en la época de la guerra; y la ciudad se hallaba demasiado lejos para que de allí llegara sonido alguno. Además, esos sones triunfales, entre retumbantes y tintineantes, no semejaban los de una remota campana, sino que parecían venir de cerca («como si fuese del lado del molino...»), traídos por el viento. Futaki se acodó sobre la almohada para mirar por el ventanuco de la cocina, pero la explotación, sumida en los colores azulados del alba y en el ya menguante repiqueteo, permanecía en silencio e inmóvil al otro lado del cristal medio empañado: en aquellas casas alejadas la una de la otra, sólo la ventana del doctor velada por una cortina filtraba cierta luz, pues se daba la circunstancia de que su habitante llevaba años sin poder dormirse a oscuras. Contuvo la respiración para no perderse ni uno de aquellos toques que iban y venían como una marea, pues quería averiguar su procedencia («Seguro que estás dormido todavía, Futaki...»), y para ello necesitaba cada sonido por muy tenue que fuese. Con sus ya legendarios pasos de suavidad felina, se acercó renqueando por el gélido suelo de mosaico de la cocina a la ventana («¿No hay nadie despierto? ¿Nadie lo oye? ¿Nadie salvo yo?»), la abrió y se asomó. Lo asaltó un aire húmedo y acre, y hasta tuvo que cerrar los ojos un instante; en medio del silencio intensificado por el canto de un gallo, por lejanos ladridos y por el aullido de un viento cortante y feroz que acababa de levantarse aguzó el oído, mas fue en vano, pues no oyó nada excepto los latidos opacos de su corazón, como si todo no hubiera sido más que el juego fantasmagórico de su duermevela, como si («... alguien hubiera querido asustarme»). Contempló con tristeza aquel cielo que no auguraba nada bueno, los restos abrasados del verano recorrido por bandadas de langostas, y de pronto vio desfilar en una misma rama de acacia la primavera, el verano, el otoño y el invierno, como si percibiera la totalidad del tiempo que jugueteaba en la esfera inmóvil de la eternidad mostrando una infernal línea recta, la cual daba la impresión de atravesar el paisaje escabroso del caos y, al crear así la altura, alimentaba a la vez la ilusión de que el vértigo era algo necesario... Y se vio a sí mismo en una cruz de madera formada por la cuna y el ataúd, se vio allí agitándose, atormentado hasta que finalmente una sentencia árida—que no conocía distintivos ni distinciones y

sonaba como un chasquido—lo entregaba desnudo a los lavadores de cadáveres, a las risotadas de despellejadores afanados, en un lugar donde comprobaría sin piedad, fríamente, la verdadera medida de las cosas humanas, donde constataría que ni un solo sendero lo conducía de regreso, pues para entonces se habría enterado ya, además, de que había ido a parar a una partida cuyo resultado estaba decidido de antemano y en la que los tahúres lo despojarían incluso de la última arma que poseía: la esperanza de poder retornar algún día a casa. Volvió la cabeza hacia un lado, hacia los edificios situados en la zona oriental de la explotación, antaño abarrotados y ruidosos, ahora abandonados y amenazados de ruina, y observó con pesadumbre cómo los primeros rayos de un sol rojo e hinchado se abrían paso por la armadura del tejado de una casa rural ruinoso que se había quedado pelada, sin la cubierta. «Al final tendré que tomar una decisión. Aquí no puedo quedarme». Volvió a meterse bajo el edredón, apoyó la cabeza en el brazo, pero no consiguió cerrar los ojos: lo atemorizaban esas campanadas fantasmagóricas y más aún el repentino silencio, la mudez amenazante, pues le dio la sensación de que a partir de ese momento podría ocurrir cualquier cosa. Sin embargo, nada se movió; él, tumbado en el lecho, tampoco; hasta que de repente se inició un nervioso diálogo entre los objetos que habían permanecido callados...

©

TÍTULO ORIGINAL

Sátántangó

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1985 by László Krasznahorkai  
© de la traducción, 2017 by Adan Kovacsics Meszaros  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-79-2

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

*noviembre de 2017*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# zlibrary

*Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.*



[z-library.sk](http://z-library.sk)

[z-lib.gs](http://z-lib.gs)

[z-lib.fm](http://z-lib.fm)

[go-to-library.sk](http://go-to-library.sk)



[Official Telegram channel](#)



[Z-Access](#)



<https://wikipedia.org/wiki/Z-Library>